This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

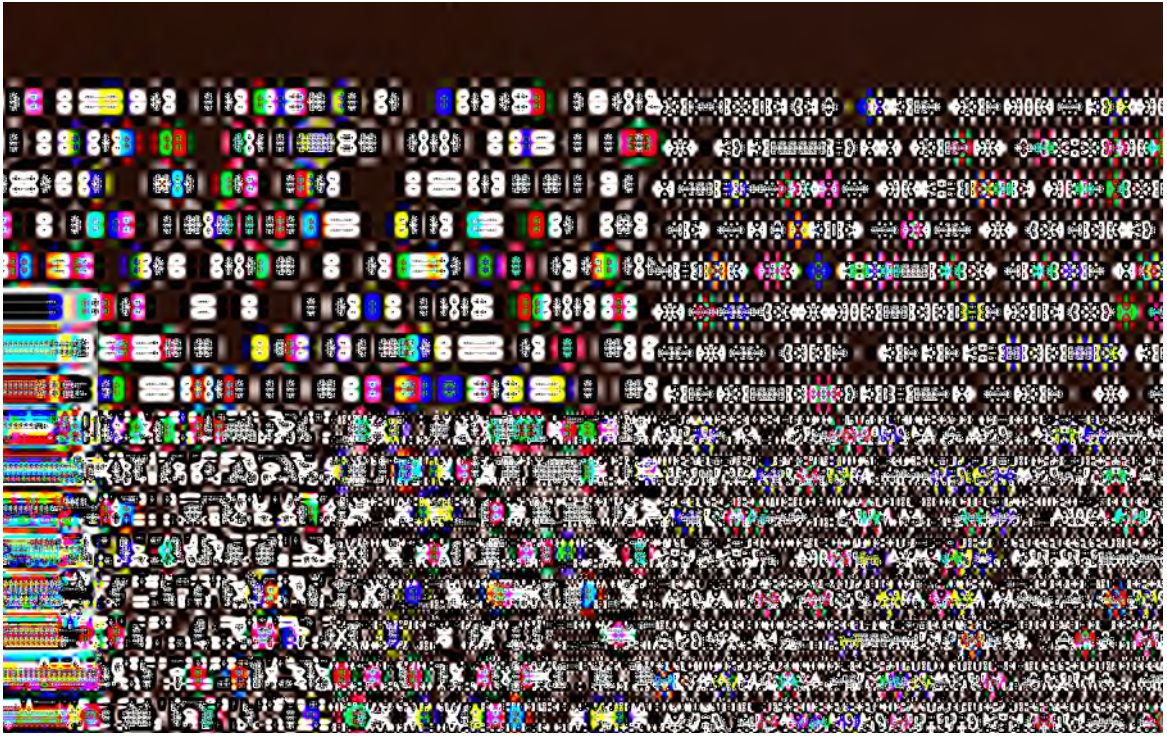
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`



I

La invasión del Dr. Jameson.—Los "uitlanders," sus quejas y aspiraciones.—Cecil Rhodes; el fondo de la cuestión.

Pocas veces he visto en una ciudad mayor excitación que la que reinó en Londres durante la primera semana de enero de 1896. Los periódicos publicaban ediciones tras ediciones que la gente arrebataba de mano de los vendedores; se peroraba y se discutía á gritos en los ómnibus, en los trenes, en los "bares" y en las calles; los empleados en las oficinas, de pescante á pescante los cocheros, á las puertas de las tiendas los que entraban y salían, los "policemen" y los vendedores ambulantes, los desocupados en las plazuelas y en los parques, hasta los hombres de negocios al correr de un lado á otro por los laberintos de la "City," todos daban de mano sus "business," sus ocupaciones habituales, para hablar del mismo asunto..... del "raid del Dr. Jameson."

Declaro francamente mi ignorancia; hasta entonces no había oído hablar de tal señor, pero en pocas horas su nombre y su fisonomía me fueron familiares con exceso. En los escaparates de casi todas las tiendas se exhibían grandes retratos del Dr. Jameson colocados entre los de Nelson y el Duque de Wellington; era, pues, el héroe del día y se le ponía al nivel de las dos glorias nacionales más grandes de Inglaterra.

—¿Pero quién es ese hombre? ¿Qué ha hecho para que así se le ensalce?—pregunté á algunos de mis amigos ingleses.

—¡Cómo! ¿No lo sabe usted?—me contestaron.—El Dr. Jameson es el lugarteniente de Cecil Rhodes, y á la cabeza de 800 hombres de la policía montada de la "Compañía Chartered" de la Rhodesia, Compañía de la cual Rhodes es fundador y director, ha invadido el Transvaal, para cooperar con los "uitlanders" de Johannesburgo, que quieren sacudir la dominación de los boers.

—¡Ah, ya! Pero ¿Inglaterra está en guerra con el Transvaal? No lo sabía.

—No, no estamos en guerra con el Transvaal.

—Entonces no comprendo por qué glorifican ustedes y celebran la acción del Dr. Jameson.

—Pues, porque la mayor parte de los "uitlanders" son ingleses.

—No importa. Si la colonia francesa de Londres se rebelase un día contra el Gobierno de S. M. Británica y viniese un francés con gente armada á auxiliar á los rebeldes, sin estar Francia en guerra con Inglaterra, considerarían ustedes la expedición como filibustera y obrarían en consecuencia. Esa ha sido la conducta de España con cuantas expediciones han salido de los Estados Unidos en ayuda de los rebeldes cubanos, y á todo filibustero que se ha cogido con las armas en la mano se le ha fusilado con perfectísimo derecho. Por lo que veo, ustedes glorifican á un hombre que invade por sorpresa un país con quien Inglaterra está en paz. Eso no es honrado; me parece que no están ustedes en lo firme.

—¡Bien se conoce que no es usted inglés!—exclamaron mis amigos muy exaltados.

—Claro es que no lo soy, y por eso tal vez puedo juzgar la cuestión con más serenidad. Verán ustedes cómo el Gobierno de Inglaterra se apresura á condenar la conducta de ese filibustero.

—En efecto, así fué. El Dr. Jameson con su gente había cruzado la frontera del Transvaal cerca de Mafeking el día 29 de diciembre de 1895, encaminándose á marchas forzadas hacia Johannesburgo; pero cundió la alarma entre

los boers, y reuniéndose unos cuantos centenares de ellos, cayeron sobre los invasores el 2 de enero de 1896, cerca de Dornkop, á unas cinco leguas de Johannesburgo. Los filibusteros fueron derrotados por completo; muchos, muertos ó heridos quedaron en el campo, y todos los restantes, con su jefe el Dr. Jameson, fueron hechos prisioneros por los boers. Tal fué el héroe que el pueblo de Londres aclamaba al igual de Nelson y de Wellington.

El Gobierno inglés se apresuró, efectivamente, á protestar de toda connivencia con la fracasada expedición pero las simpatías de todo el público británico en favor de ella fueron inequívocas y ostentosas. En cambio, el Emperador de Alemania telegrafió á Kruger, Presidente del Transvaal, felicitándole "por haber conseguido el pueblo boer, sin necesidad de apelar á la ayuda de naciones amigas, restablecer la paz con sus propias fuerzas, enfrente de las hordas que á mano armada invadieron su territorio, y defender la independencia de su país contra ataques exteriores." Este telegrama cayó como una bomba en Inglaterra. Nunca he visto á los ingleses tan enfurecidos. Por todas partes se decían pestes del Emperador Guillermo, y hasta en los teatros y "music-halls" se aprovechaba toda coyuntura para zaherirle y ridiculizarle al mismo tiempo que se aclamaba al Dr. Jameson y sus compañeros de filibuste-

rismo, con gran aplauso de las concurrencias. Fuí testigo de todas estas escenas, que fueron públicas y de gran notoriedad.

Cualquiera creería que el Gobierno boer, habiendo aprisionado al Dr. Jameson con las armas en la mano, lo mandaría fusilar en el acto con sus principales corifeos, entre los cuales se hallaba un coronel hermano de Cecil Rhodes; pero el Presidente Kruger fué magnánimo y entregó los prisioneros al Gobierno inglés para que éste mismo los juzgase. El proceso se verificó en Londres; Cecil Rhodes, director de la compañía "Chartered" y á la sazón primer ministro del Gobierno del Cabo, quedó sin recibir castigo alguno, á pesar de ser evidente que la excursión filibustera no pudo verificarse sin su conocimiento, por lo menos; habiendo tenido, por lo tanto, medios de impedirla como era su deber; la Compañía "Chartered" no sufrió en su existencia lo más mínimo cuando lógicamente procedía haberla disuelto; el Dr. Jameson y los principales jefes de la invasión fueron sentenciados á año y medio de cárcel, y los soldados de fila que los acompañaron, enviados á sus casas por todo castigo. Durante el proceso, el público inglés tributó frecuentes ovaciones á los filibusteros, y no pocas damas británicas ofrecieron su fortuna y su mano al Doctor derrotado por los boers. Es difícil calcular lo que hubiera hecho en el caso de ser vencedor de un gran ejército.

* * *

Espectador de todas estas cosas, no tuve más remedio que enterarme á fondo de la cuestión entre ingleses y boers; de ponerme al tanto de los intereses que se ventilaban y de las aspiraciones de ambas partes contendientes.

En primer lugar, ¿quiénes son los "uitlanders?" ¿Qué quejas tienen contra el Gobierno boer y por qué protestan de su dominación?

Los "uitlanders" son los extranjeros establecidos en el Transvaal. Hasta 1886 fueron muy pocos los inmigrantes en aquel remoto país, y puede decirse que los boers, los colonos de raza holandesa procedentes del territorio del Cabo de Buena Esperanza, eran casi los únicos habitantes blancos de aquellas tierras que ellos habían colonizado después de terirbles luchas contra las fieras, contra los elementos y las tribus salvajes que por allí dominaban. Pero en 1886 empezaron á explotarse, á la parte Sur del Transvaal, ricos criaderos de oro, y, á la husma acudieron gentes de todos los países de la tierra, pero principalmente ingleses, por ser colonias británicas los países más cercanos. Estos advenedizos eran los llamados "uitlanders" (gentes de tierras de afuera), y tantos acudieron que llegaron á exceder en número á los ciudadanos del país. Presentóse entonces ante éstos un problema muy grave. Hasta 1882 cualquier extranjero establecido en el Trans-

vaal podía solicitar la naturalización y obtener las franquicias ó derechos de ciudadanía al año de residencia. En 1882 este período se elevó á cinco años, pero desde 1886 á 1890 la ola invasora fué tan grande, que muy pronto los extranjeros naturalizados, principalmente ingleses, amenazaban contar más votos que los boers primitivos, y siendo representativo el Gobierno del país, los "uitlanders" se apoderarían de él, podrían dictar leyes según su conveniencia y aun anexionarse voluntariamente á Inglaterra, que era la nación de donde la mayor parte procedía. ¿Qué hicieron los boers para proteger su país de la invasión? Elevar á catorce años el período de residencia, necesario para obtener las franquicias de ciudadano.

—De esto se quejan los "uitlanders"—me decían mis amigos de Londres.—Sostienen que, pagando enormes contribuciones, deben tener voz y voto para intervenir: primero, en la distribución y administración de las sumas con que ellos mismos tributan; segundo, en el nombramiento de empleados; tercero, en las medidas de policía sanitaria; en fin, que deben tener representación en el Parlamento y el Municipio.

—Todo eso está muy bien,—repliqué;—pero si todos esos individuos en lugar de ir al Transvaal hubieran ido á Rusia, á Turquía, á cualquier nación donde no haya Gobierno re-

presentativo, ó, aunque lo haya, el sufragio sea restringido, ¿se considerarían con derecho á que se alterasen en su beneficio las leyes del país? Me parece que no, y lo más probable sería que el Gobierno de la nación donde se establecieran los enviaría enhoramala si tal cosa pretendieran. Lo más seguro es que el Gobierno interesado les dijera: "Son ustedes libres de establecerse en este país ó no; pero si lo hacen, respeten las leyes que aquí rigen;" y no veo por qué los boers no han de tener en su tierra las mismas atribuciones que se reconoce en la suya á los rusos y á los turcos, por ejemplo. En la India tiene la Gran Bretaña millones de súbditos sin las franquicias de ciudadanos. Es más, en Inglaterra mismo hay muchísimos individuos, no extranjeros, sino nacidos súbditos ingleses, que no tienen voto, y, proporcionalmente son los que más contribuyen, puesto que siempre los tributos pesan más sobre las clases pobres que sobre las ricas. Pues si hay muchos ingleses que en su propio país no tienen voto, ¿con qué derecho pretenden imponerse y obtenerlo antes de cuando lo determinan las leyes de la nación en donde son advenedizos?

—Puestas así las cosas, parece que lleva usted razón; pero ha de tener en cuenta que en el Transvaal los boers son los menos y los extranjeros que allí han ido á establecerse son los más.

—Mayor razón para que los fundadores del país se precavan y defiendan contra la turba de inmigrantes.

—Pero es que la administración boer está corrompida; es que el Gobierno transvaalense se enriquece con el trabajo de esos inmigrantes; es que éstos pagan enormes sumas por instrucción y á sus hijos no se les enseña en las escuelas públicas como ellos desean.

—Todo eso es muy sensible, si es cierto. Y suponiendo que lo sea, los "uitlanders" no creo que tengan derecho á rebelarse. Pues qué, ¿si la administración norteamericana, la china, la turca ó la inglesa misma estuvieran también corrompidas, los inmigrantes se considerarían justificados para rebelarse ó intervenir en el Gobierno fuera de los casos que cayeran dentro de la acción de los Tribunales? ¿Podría ninguna nación extraña alegar motivo para ingerirse en los negocios interiores de cualquiera de los países que he aludido?

—Es que Inglaterra es la potencia suprema en Africa, la que allí tiene la hegemonía, y no puede consentir que sus súbditos sean vejados ó sometidos á peor condición que los "burghers" del Transvaal.

—Entonces, con la misma razón, los Estados Unidos podrían pretender que los ciudadanos norteamericanos gozaran de plenas franquicias en todas las demás Repúblicas de América, y

ustedes los ingleses deberían aspirar á lo mismo en Marruecos, en Trípoli, en Abisinia y en todos los demás Estados africanos. Además, juzgo que si los "uitlanders" lo que desean es poderse naturalizar en seguida en el Transvaal y gozar todos los derechos de ciudadanía en aquel país, dejarán de ser "ipso facto" súbditos ingleses, ó americanos, ó alemanes, etc., según el país de donde procedan. Me parece que no tendrán la pretensión de ser ciudadanos de dos países á un mismo tiempo.

—¡Hombre!.....

Efectivamente, luego me enteré que muchos "uitlanders" querían gozar en el Transvaal de las franquicias del ciudadano y no perder su nacionalidad primera; otros deseaban tener los derechos políticos, pero no las obligaciones anejas, especialmente las referentes al servicio de las armas en favor de la República sudafricana, siendo perfectamente manifiesto que, en el caso de una contienda entre dicha República é Inglaterra, los naturalizados en el Transvaal que fuesen de procedencia inglesa nunca pelearían por los boers en contra de su patria primitiva; actitud perfectamente natural, después de todo.

Por eso el Gobierno del Transvaal extendió á catorce años el período de residencia necesario para pedir la naturalización; pues calculaba que, al cabo de dicho tiempo, el individuo

habría adquirido raíces en el país, contraído vínculos y adquirido intereses que le hicieran considerar la nueva patria como definitiva, y aceptar de buena fe las obligaciones del ciudadano, al par que gozaba de los beneficios.

Para suscribir el acta de naturalización en el Transvaal había que prestar juramento previo, en el que "se renunciaba formalmente á todos los deberes de obediencia, lealtad y sumisión respecto á los príncipes, jefes, Estados y soberanías de quienes hasta entonces se hubiera sido súbdito ó ciudadano, prestando juramento de fidelidad y obediencia al Gobierno, á las leyes y al pueblo de la República sudafricana."

Otra condición precisa para la naturalización era haber estado inscrito dos años, por lo menos, en las listas de los "field-cornets," ó sean jefes militares de distrito, y, por lo tanto, hallarse dispuestos á acudir al llamamiento á las armas.

* * *

Pensando detenida y friamente sobre todo esto, bien se comprende que en el fondo de la agitación de los "uitlanders" debía de haber algo más que la simple aspiración á los derechos de ciudadanía y á que se corrigieran los defectos que alegaban en el Gobierno transvaalense; porque, una de dos: ó el inmigrante

pensaba residir provisionalmente en el Transvaal, es decir, sólo el tiempo necesario para hacer su pacotilla en las minas de oro y volverse con ella á su país de origen, y, en tal caso, no iba á renunciar á su nacionalidad primitiva, ni le habían de importar gran cosa los derechos de ciudadano transvaalense; ó tenía intención de establecerse definitivamente en el país, y entonces sabía que, cumpliendo las leyes establecidas en éste, llegaría á ser ciudadano con todos sus derechos y deberes.

Si, pues, la cuestión de las franquicias y representación en el Parlamento y en el Municipio, aun siendo el motivo ostensible, no podía ser la razón efectiva de la agitación de los "uitlanders," ¿á qué obedecía ésta?

Buscando antecedentes encontréme con los hechos que siguen: Mr. Cecil Rhodes, un inglés de gran capacidad é iniciativa, llegó al Africa del Sur, pobre y enfermo, en 1870, contando diez y siete años de edad; enriquecióse en los campos de diamantes de Kimberley, y en 1888 logró amalgamar todas las Compañías que aquellos campos explotaban y constituir la Compañía De Beers, resultando él archimillonario.

Desde 1881 había empezado á tomar parte en los asuntos políticos del Africa del Sur, soñando con hacer de toda aquella gran parte del Continente una poderosa Federación africana,

bajo la bandera de Inglaterra. El desarrollo de las nacionalidades boers en aquella región era un obstáculo á su pensamiento, y de este modo Rhodes, aspirando á un Africa Austral unida y británica, y Kruger, trabajando por afianzar y extender la nacionalidad del pueblo patriarcal que le había elegido Presidente, representaban dos tendencias opuestas, dos intereses antitéticos.

Lo primero que hizo Cecil Rhodes fué impedir la expansión de los boers hacia el Oeste, consiguiendo que Inglaterra se anexionara la Gricualandia y la Bechuanalandia; después, en 1888, cuando ya sus inmensas riquezas le dieron medios para ello, marchó á las regiones que al Norte del Transvaal se extienden, ocupadas por los matabeles y obtuvo del jefe de éstos, Lobengula, grandes concesiones territoriales, y del Gobierno inglés una carta de privilegio para la constitución de una Compañía que había de explotar aquellas comarcas. Así se fundó la Compañía "Chartered," y el país colocado bajo su jurisdicción se llamó "Rhodesia." Dos guerras sangrientas con los matabeles costó el asegurar la dominación de aquellos territorios; pero, una vez hecha la paz, quedó también cerrada para los boers toda expansión por el Norte.

Para la Colonia del Cabo tenía gran impor-

tancia la civilización y población de la Bechuanalandia y la Rhodesia, pues aseguraba gran extensión y prosperidad á su agricultura y su comercio, y Cecil Rhodes supo así entusiasmar al partido ó liga de los "africanders," partido ó liga que, empezando por ser una simple asociación agrícola, llegó á constituir el factor dominante en la política del Cabo. El hábil millonario inglés, apoyado en los africanders, llegó á ser de este modo jefe del Gobierno de la Colonia, y propuso, lo primero, formar una Unión aduanera con todos los países del Africa Austral.

A todo esto, desde 1886 había empezado en el Transvaal la explotación del oro en grande escala; esta comarca, antes pobre y débil, se iba haciendo de año en año más rica y más fuerte. En cambio, los campos auríferos que se aseguraba existían en la Rhodesia no aparecían por ninguna parte. El capital con que se había fundado la "Chartered," y que después se amplió, fué tan enorme, que se necesitaba un rendimiento muy grande para obtener un interés muy módico. Y el rendimiento era escaso, de suerte que lo que registraba la Compañía era un "déficit" espantoso y sus acciones bajaron á proporción.

No pude, pues, menos de considerar y relacionar estos hechos:

Primero. Mr. Rhodes tiene el gran pensa-

miento político (que como ciudadano inglés le honra) de crear una gran Federación africana bajo la bandera británica.

Segundo. Ha asegurado la Gricualandia y la Bechuanalandia para Inglaterra y creado la Rhodesia, rodeando así con un círculo de hierro las nacionalidades boers.

Tercero. Estas, que son el único obstáculo á la realización de su pensamiento, en lugar de debilitarse se robustecen y afirman: el Orange, con la tranquilidad, prosperidad agrícola y buena administración de que disfruta; el Transvaal, con la riqueza que le dan las minas de oro y la sagacidad con que su Presidente Kruger lleva su política interior y exterior.

Cuarto. El fracaso financiero de la Rhodesia compromete muchos capitales ingleses, en primer lugar; y en segundo, la realización de la gran Federación sudafricana.

Quinto. Es evidente, entonces, que si el Transvaal fuera inglés, el obstáculo para la Federación, bajo la bandera británica, quedaba destruído y la riqueza de sus minas de oro compensaría la inopia de las de la Rhodesia. Dominado el Transvaal, la absorción del Orange no ofrecería dificultad alguna.

Y en vista de todo esto no pude menos de meditar profundamente y de preguntarme:

—La agitación de los "uitlanders" en el Transvaal, y especialmente la de los de nacio-

nalidad inglesa, que son los que más excitados y levantiscos se muestran, ¿tendrá alguna relación con la política británica que personifica Mr. Rhodes? ¿Estará en esto el fondo de la cuestión?

* * *

Fuese ó no mera coincidencia, es lo cierto que á poco de ocupar Mr. Rhodes el cargo de primer ministro en el Cabo, empezó la agitación de los "uitlanders" en el Transvaal. En 1893 presentaron al Parlamento boer una petición, firmada por 13,000 de ellos, solicitando las franquicias de ciudadanos en condiciones que ningún Estado puede admitir; en 1894 la Sociedad "Unión Nacional para la Reforma" ("National Reform Union"), compuesta toda de inmigrantes extranjeros, organizó la agitación, presentó nuevas peticiones al Parlamento, convocó reuniones tumultuosas, atizó las pasiones, soliviantó los ánimos y empezó á tramar una conspiración para derribar al Gobierno boer de Pretoria y alzarse los "uitlanders" con el santo y la limosna. Los conjurados empezaron á introducir furtivamente armas en Johannesburgo y á organizarse para la revuelta Pero no estaban solos. Contaban con las fuerzas armadas de la Compañía "Chartered" de la Rhodesia dispuestas á auxiliarles. El plan era

alzarse en armas los inmigrantes de Johannesburgo y acudir al mismo tiempo las tropas de la "Chartered" en su apoyo. Pero en el crítico momento muchos de los "uitlanders" consideraron sospechosa esta ayuda, esta connivencia; calcularon, sin duda, que iban á salir de la dominación de los boers para caer en una oligarquía de capitalistas y se retrajeron de tomar parte en el movimiento. El elemento obrero, principalmente, rehusó entrar en la rebelión. El Dr. Jameson, al frente de las tropas de la "Chartered," se decidió á dar el golpe de mano invadiendo el Transvaal, pensando que al llegar á Johannesburgo ya los conjurados serían dueños de la población. Pero ya he dicho cómo la expedición filibustera fué deshecha por los boers campesinos, armados y reunidos precipitadamente; los conspiradores johannesburgueses, antes de alzarse, supieron la noticia del tremendo fracaso de sus auxiliares y la conjura se vino á tierra.

Ahora bien: estando la Compañía "Chartered" comprometida en el movimiento y prestando sus fuerzas para él, y siendo Cecil Rhodes director de la Compañía y primer ministro del Cabo, es absolutamente insostenible que no estuviese enterado de todo; y estándolo, si no hubiera querido prestar su asentimiento, fácilmente hubiera deshecho toda la trama. Esto es evidente.

Más aún: siguiendo toda la serie de los sucesos, es irremediable el pensar si todo ello no sería obra suya con objeto de destruir la nacionalidad boer y realizar aquellos sueños de la federación británico-africana. Sin embargo, esto no está probado, y las dos Comisiones de investigación designadas por el Gobierno inglés, con motivo del proceso del Doctor Jameson, no han podido descubrir todo el misterio ni hacer completa luz sobre el asunto.

Pero como consecuencia de la incursión de las tropas de la "Chartered," Cecil Rhodes cesó en el cargo de primer ministro en el Cabo y perdió la confianza del partido africander, afine, al fin y al cabo, de la raza que había constituído los Estados del Transvaal y del Orange.

II

Conducta de los uitlanders.—Actitud del pueblo inglés.—Conducta de los boers.—Actitud del Gobierno británico.—La intervención inglesa.—Las negociaciones.—El "ultimatum" boer.

El efecto extraordinario que había causado en Londres la invasión y proceso del Dr. Jameson y el interesante problema político que se planteaba en el Africa Austral, me impulsaron á seguir desde entonces con gran atención todos los sucesos que, referentes al mismo, fueron desarrollándose; y á estudiar detenidamente todos los elementos ó factores que en la cuestión intervenían, á saber:

La conducta de los "uitlanders" después del fracaso de su conjuración.

La actitud del pueblo inglés.

La conducta de los boers; y

La actitud del Gobierno de la Gran Bretaña é Irlanda.

Los "uitlanders," visto perdido su pleito si quedaban reducidos á sus propias fuerzas, solicitaron abiertamente la intervencion inglesa; al mismo tiempo cuidaron de seguir manteniendo la intranquilidad en el Africa y emprendieron una activa campaña periodística en Inglaterra en favor de sus pretensiones, excitando el patriotismo inglés y culpando á la obstinación boer de la causa del conflicto. Por fin, en abril de 1899, presentaron directamente á la Reina Victoria una petición firmada por 20,000 solicitando la protección de S. M. Británica.

No necesitaba el "pueblo inglés" de muchas excitaciones para determinar su conducta. Ya he descrito la explosión de entusiasmo con que Londres acogió la noticia de la invasión del Transvaal por la fuerza armada de la "Chartered." El sentimiento de hostilidad contra los boers y los deseos de una intervención armada por parte de Inglaterra fueron creciendo y haciéndose más ostensibles cada día, y no puede negarse que eran verdaderamente populares.

Además de las naturales simpatías por los "uitlanders" ingleses, del deseo de engrandecimiento propio de toda nación, de la enemiga tradicional contra los boers, que siempre habían resistido y dificultado las expansiones británicas en Africa, existían grandes intereses de por medio. En Inglaterra hay muchos ac-

cionistas de las minas del Transvaal, é inglés es también casi todo el capital suscrito para la explotación de la Rhodesia; todos estos accionistas habrían de suponer con fundamento que si se derrocaba la dominación boer y se sustituía por la británica, habían de aumentar sus beneficios y el comercio inglés también aumentaría. Públicamente se decía en Londres, y en libros muy leídos está impreso, que el Transvaal "es un país por el que vale la pena ir á la guerra" (the Transvaal is a country worthy to fight for); los periódicos londinenses, incluso "The Times," hablaban, como la cosa más natural del mundo, de la intervención armada; se contaban las fuerzas militares inglesas de que se podía disponer en Africa; el "Intelligence Department" (oficina de noticias y averiguaciones del Ministerio de la Guerra inglés) publicaba sus "notas militares" exponiendo cómo debía hacerse la guerra en el Transvaal, y Lord Wolseley, generalísimo del ejército británico, presentaba al Gobierno de S. M. Británica un plan para la invasión y conquista de las dos Repúblicas boers. Todo esto mientras el Gobierno inglés, cediendo á la solicitud de los "uitlanders," había intervenido en favor de éstos, entablando negociaciones amistosas con el Gobierno del Transvaal. Cuando salí de Londres, en el verano de 1899, la atmósfera en toda la Gran Bretaña respira-

ba guerra, y de un confín á otro del país no se hablaba más que de preparaciones militares. Entretanto se celebraba la conferencia de La Haya, propuesta por el Emperador de Rusia, para llegar á la paz universal sustituyendo las guerras por arbitrajes.

Ha sido, pues, un hecho evidente, público y notorio, que el pueblo inglés y su Gobierno han deseado la guerra con los boers antes de empezar las negociaciones con el Transvaal y durante el curso de las mismas.

¿Cuál era la actitud de los boers entretanto? Al más lerdo se le ocurre que á consecuencia de la conjura de los "uitlanders" y de la invasión del Dr. Jameson habían de tomar toda clase de precauciones en defensa propia. Vieron que tenían un enemigo formidable dentro de su casa, que este enemigo actuaba en connivencia con poderosos auxiliares exteriores y que, en fin, en lontananza, aparecía la intervención inglesa amenazando su independencia.

Se prepararon, pues, á la defensa, adquiriendo y llevando á su país armas, municiones y vituallas. Todo pueblo, no siendo ciego ó suicida, hubiera hecho lo mismo. En marzo de 1897 las dos Repúblicas boers, ó sean el Transvaal y el Orange, ajustaron un tratado de alianza ofensiva y defensiva, pues aun cuando la contienda amenazaba por lo pronto sólo al Transvaal, vencido éste, el Orange, aisla-

do, sufriría después irremisiblemente la misma suerte. Al mismo tiempo se hicieron en el Transvaal reformas importantes en las tarifas ferroviarias, en la venta de explosivos para las minas; se vigorizaron las leyes existentes sobre la venta de licores á la población negra; hicieron, en fin, cuanto creyeron posible para quitar á los "uitlanders" todo pretexto para pedir la intervención. Habiendo expirado el término por el cual Kruger había sido elegido Presidente del Transvaal, en febrero de 1898 fué designado por "cuarta vez" para dicho cargo por una inmensa mayoría; prueba indudable de que el pueblo boer tenía confianza en él y aprobaba su política de resistencia á las pretensiones de los "uitlanders."

Pero es evidente que á los boers no les convenía la guerra de ningún modo. Luchar contra Inglaterra es cosa que á las naciones más fuertes de Europa mete miedo; más había de reparar en ello un pueblo pequeñísimo, cuyas fuerzas y recursos, comparados con los de la Gran Bretaña, no montan nada. Y aun suponiendo que pudieran resistir la acometida, la guerra tenía que ser una calamidad tremenda. Discurriendo con serenidad, me parece absurdo creer que los boers pensasen en ser agresores. Es de sentido común que, aun cuando firmemente dispuestos á mantener sus derechos é independencia, habían de hacer todo lo

posible para evitar la lucha, y en último término limitarse á defenderse. La prueba es que, en 1897, el Gobierno del Transvaal propuso someter á un arbitraje todas las cuestiones sobre las que Inglaterra pudiera alegar derecho á intervenir.

Veamos ahora los actos públicos del Gobierno inglés.

En enero de 1896, á raíz de la algarada del Doctor Jameson, propuso Mr. Chamberlain, ministro inglés de las Colonias, enviar un gran contingente militar al Cabo, con objeto de prevenirse contra todas las contingencias posibles. El comisario supremo inglés en aquella Colonia, Sir Hércules Robinson, fué de opinión distinta y el envío de tropas no se verificó. Mr. Chamberlain propuso entonces á Kruger conceder autonomía completa á la ciudad de Johannesburgo, á lo cual se negó el Presidente del Transvaal. La contestación de Mr. Chamberlain fué de tal naturaleza, que la mayoría del Parlamento de la colonia inglesa del Cabo y los ministros del Natal, también colonia inglesa, protestaron contra ella.

Pero, para que Inglaterra pudiera intervenir oficialmente en los negocios interiores de un país extraño, era menester apoyarse en algún derecho. A este fin, cuando Mr. Chamberlain recibió la proposición del Gobierno transvaalense de someter á un arbitraje las cuestiones

pendientes, se negó á ello, sosteniendo que el Gobierno de S. M. Británica consideraba en vigor el preámbulo de la Convención firmada en 1881, en Pretoria, entre Inglaterra y el Transvaal, después de la campaña que terminó con la derrota de los ingleses en Majuba; y en tal Convención se establecía que el Transvaal gozaría, como Estado con Gobierno propio, de una independencia práctica, pero bajo la "soberanía" de Inglaterra. Mas hay que notar que, en 1884, habiendo ido Kruger con otros comisionados transvaalenses á Londres, se ajustó una nueva Convención, en la que no se mencionaba la referida soberanía.

En efecto, las cláusulas más importantes del tratado de Londres, firmado en febrero de 1884, dicen así:

"El Gobierno de la República sudafricana ha manifestado que el tratado firmado en Pretoria en 1881 contiene algunas condiciones onerosas para el referido Estado. Después de haberse dignado S. M. la Reina tomar en consideración las manifestaciones citadas, se ordena por el presente documento que los artículos siguientes, suscritos por los delegados que antes se mencionan, una vez ratificados por el Volksraad de la República sudafricana, sustituyan á los artículos contenidos en el tratado de Pretoria.

....

Artículo cuarto. La República sudafricana no podrá firmar ningún tratado ó convenio con otro Estado, excepción hecha del Estado libre de Orange, ni con ninguna tribu indígena del Este ó del Oeste de la República, sin que ese tratado ó convenio haya sido aprobado por S. M. la Reina. Se entenderá concedida esta aprobación si el Gobierno de S. M. Británica, en el plazo de seis meses, á contar desde el día en que se reciba una copia del tratado, no manifiesta que la firma de éste es perjudicial á los intereses de la Gran Bretaña ó á los de sus posesiones en el Africa del Sur."

Por virtud de este tratado de Londres, en donde no se nombra para nada la palabra "soberanía," puede decirse que cesó, en efecto, de existir la soberanía de Inglaterra en la República sudafricana, constando solamente una limitación en los poderes del Estado transvaalense en lo que se refiere á su política exterior.

Mr. Chamberlain, sin embargo, para rechazar la proposición de arbitraje propuesta por Kruger, sostuvo: que el tratado de 1884 no era más que una aclaración del de 1881; que Inglaterra mantenía su soberanía sobre el Transvaal; y que, por lo tanto, no sometería sus diferencias con un Estado vasallo ante un árbitro extranjero.

El Presidente Kruger sostuvo que para la continuación ó subsistencia de la soberanía no

hubiera sido preciso el artículo cuarto de la Convención de Londres, puesto que existiendo la repetida soberanía, era evidente que la República transvaalense no podría firmar tratado alguno con ninguna potencia extranjera sin la aprobación del Estado soberano; y al consignar expresamente en el art. IV del tratado de Londres la pequeña limitación en materia de política exterior, es evidente que á esto, y sólo á esto, estaba reducida la dependencia de la República, quedando en todo lo demás reconocida su absoluta independencia. Además, en el protocolo que precede al tratado de Londres se consigna de una manera expresa que los nuevos artículos sustituían á los antiguos de la Convención de Pretoria.

Sir Edward Clarke, gran jurisconsulto, afiliado al partido conservador inglés, declaró en la Cámara de los Comunes, en sesión del 19 de octubre de 1899, que "sostener, después de 1884, que Inglaterra tuviese derecho de soberanía sobre el Transvaal, era no sólo faltar á la verdad de los hechos, sino faltar también á un compromiso nacional."

El mismo Lord Salisbury declaró igualmente en la Cámara de los Pares que "Mr. Kruger, para conseguir eliminar la odiosa palabra (la de "soberanía"), había hecho considerables sacrificios territoriales y de otras clases."

Se ve, pues, que Mr. Chamberlain no tenía

derecho para invocar la soberanía de Inglaterra sobre el Transvaal, ni razón, por consiguiente, para, fundándose en esto, rechazar el arbitraje propuesto por Kruger.

Entretanto, Sir Alfred Milner, nombrado comisario supremo de Inglaterra en el Cabo desde 1897, se colocó resueltamente de parte del movimiento anti-boer que agitaba la Liga sudafricana, Sociedad patriotera y perturbadora, contra cuyos asertos y manifestaciones el mismo Sir William Butler, general que mandaba las fuerzas británicas en Africa, previno á Mr. Chamberlain. Sin embargo, Milner continuó telegrafiando á Londres que era urgente tomar medidas radicales; que los individuos de raza holandesa tramaban una conspiración para arrojar á los ingleses de Africa del Sur; y, en fin, que la necesidad de la intervención en el Transvaal era apremiante. Esto dió origen á entablarse negociaciones entre el Gobierno británico y el de Pretoria para tratar de llegar á un acuerdo.

* * *

En primero de junio de 1899 se reunieron Kruger y Milner en Bloemfontein, á fin de resolver las cuestiones pendientes. La conferencia de Bloemfontein duró cinco días. Las demandas presentadas por Milner en nombre de Inglaterra fueron las siguientes:

Primera. Concesión de la franquicia á los extranjeros establecidos en el Transvaal, á los cinco años de residencia, dando á esta ley carácter retroactivo, es decir, que fuese aplicable á los ya establecidos en el país.

Segunda. Modificación del texto del juramento de naturalización.

Tercera. Ampliación de la representación en el Parlamento para los recién naturalizados.

Las proposiciones de Kruger fueron:

Primera. Dos años de residencia para asegurar la naturalización, y cinco años más para obtener todos los derechos de ciudadanía. Todos los establecidos en el país antes de 1890, tendrían el derecho al voto en 1900.

Segunda. Se concedería mayor representación en el Parlamento á los "uitlanders."

Tercera. Ser necesario, para la obtención de las franquicias, ocupar una casa de 50 libras esterlinas de alquiler, ó poseer propiedades por valor de 150 libras.

Cuarta. Que el solicitante probase que poseía derechos civiles en la nación de donde procediera.

Quinta. El texto del juramento sería similar al usado en el Estado libre de Orange.

Sexta. Que todas estas proposiciones quedasen sujetas á que Inglaterra aceptase el derecho de arbitraje.

Milner manifestó que las proposiciones de Kruger relativas á las franquicias eran suficientes, y rechazó lo referente al arbitraje. Kruger, entonces, propuso para árbitro un tribunal africano; y con esto terminó la conferencia.

Kruger, al volver á Pretoria, presentó al Parlamento transvaalense un proyecto de ley decretando:

Primero. Siete años de residencia, como mínimum, para obtener las franquicias.

Segundo. Concesión de éstas inmediatamente á todos los que llevasen residiendo ya en el país nueve años, y requiriendo solamente cinco más á los que ya llevasen dos en el país.

Tercero. Concesión de las franquicias á todos los adultos hijos de extranjeros, pero que hubiesen nacido en el Transvaal.

Cuarto. Aumento de la representación parlamentaria de los distritos auríferos con cuatro miembros más en cada Cámara.

Este proyecto de ley fué aprobado por el Parlamento del Transvaal el 19 de julio, pero el Gobierno inglés no lo consideró aceptable. El 27 del mismo mes, Mr. Chamberlain manifestó en un despacho que las proposiciones del Transvaal representaban ya un gran progreso, pero recordaba de nuevo el derecho de soberanía de Inglaterra, y, algunos días después, en primero de agosto, proponía el nom-

bramiento de una Comisión mixta para resolver todas las cuestiones secundarias.

Kruger, el 22 del mismo agosto, manifestó que aceptaba la idea de la Comisión mixta, y ofreció al propio tiempo conceder á los "uitlanders" las franquicias con sólo cinco años de residencia y ocho nuevos puestos en el Parlamento para los distritos auríferos, con lo cual estos distritos contarían con una representación de diez miembros en una Cámara compuesta de 36; todo esto á condición de que:

Primero. El Gobierno británico no siguiera interviniendo para nada en los asuntos interiores del Transvaal.

Segundo. No se volviera á hablar más del "derecho de soberanía" de Inglaterra; y

Tercero. Se aceptara el arbitraje una vez aprobada la nueva ley.

A esto contestó Milner en un despacho diciendo que las nuevas proposiciones eran tan liberales como las que él hubiera podido presentar, pero que había otras reclamaciones á que atender. Y efectivamente, dos días después, la Liga sudafricana y el Consejo de los "uitlanders" declaraban que la reforma de las franquicias no era suficiente, pidiendo, en su consecuencia, otras muchas cosas, entre ellas el desarme de la población boer y la demolición de los fuertes de Johannesburgo.

El 2 de septiembre el Gobierno del Trans-

vaal lamentaba que se hubieran rechazado sus últimos ofrecimientos; en su virtud, consideró éstos como no hechos, y volvió á sus proposiciones primitivas, si bien aceptando el nombramiento de la Comisión mixta, siempre que no constituyera un precedente para lo futuro.

El 8 de septiembre Mr. Chamberlain manifestó que aceptaría las proposiciones presentadas por Kruger en la conferencia de Bloemfontein, pero sin las condiciones anejas, intimando además que si esta proposición era rechazada, el Gobierno de Su Majestad Británica se reservaba el derecho de revisar de nuevo y volver á considerar toda la situación, y formularía sus proposiciones para un arreglo final, esto es, anunciaba un "ultimatum."

El 16 de septiembre el Gobierno transvaalense manifiesta que mantiene sus proposiciones de Bloemfontein con las condiciones anejas, y apela á lo indicado por Mr. Chamberlain sobre el nombramiento de la Comisión mixta, esperando al mismo tiempo las proposiciones inglesas anunciadas en 8 de septiembre.

Pasaron, sin embargo, días y días, y dichas proposiciones no se presentaban. El 2 de octubre el Gobierno boer telegrafió preguntando por el documento, y Mr. Chamberlain contestó simplemente que el despacho no estaba dispuesto todavía.

Entretanto, como he dicho al principio, y á

pesar de estarse manteniendo estas negociaciones, Inglaterra entera ardía en manifestaciones belicosas. El 7 de septiembre las tropas británicas empezaron á concentrarse hacia las fronteras del Transvaal, y el Dr. Reitz, secretario de Estado de la República sudafricana, pidió explicaciones á Sir A. Milner de lo que significaban aquellos movimientos militares mientras dos Estados se hallaban en negociaciones amistosas. Milner replicó que no sabía á lo que el secretario de Estado hacía referencia, añadiendo solamente que las tropas estaban en Africa para proteger los intereses británicos y precaverse contra futuras eventualidades. Al día siguiente, 8 de septiembre, el Gobierno inglés decidió enviar 10,000 hombres desde la India al Natal, y el día 15 Lord W. Hely Hutchinson, gobernador de esta colonia británica, propuso á Mr. Chamberlain la invasión del Transvaal.

El 19 del mismo mes Milner notificó al Presidente Steyn el propósito de estacionar tropas inglesas junto á la frontera del Estado libre de Orange, pero pide que este Estado guarde una estricta neutralidad.

Steyn replicó al día siguiente diciendo que los ciudadanos del Orange pueden alarmarse ante la concentración de las tropas inglesas, y deja la responsabilidad de cuanto ocurra al Gobierno británico.

Todos estos preparativos amenazadores no podían menos de soliviantar á los boers y de darles á entender claramente cuáles eran los propósitos verdaderos de Inglaterra. Sin embargo, continuaron sin tomar determinación alguna, esperando las proposiciones anunciadas por Mr. Chamberlain el 8 de septiembre.

Pero el 3 de octubre dichas proposiciones no se habían formulado aún. ¿Por qué esta dilación? Autores ingleses han dicho que porque no estaban aún acabados todos los preparativos militares. En cambio, en todos los periódicos de Londres se publicó una nota semioficial anunciando que el Parlamento inglés sería convocado el 17 de octubre. Todo el mundo juzgó que esta convocatoria extraordinaria tenía por objeto llamar las reservas, votar recursos y declarar la guerra. Entretanto, el Presidente Steyn se apresuraba á ofrecer su mediación, y el jefe de los africanders, Mr. Jan Hofmeyn, trataba, á todo trance, de salvar la situación. Todo esto fué inútil. El 7 de octubre el Gobierno inglés, sin enviar las proposiciones que Kruger seguía esperando, llamó las reservas y convocó el Parlamento. ¿Qué había de hacer el Gobierno boer? ¿Esperar á que los ingleses lo tuvieran dispuesto todo á su satisfacción é invadiesen el Transvaal cuando les conviniera?

El día 9 de octubre, ante tan críticas y ame-

nazadoras circunstancias, el Gobierno del Transvaal envió al de S. M. Británica la comunicación siguiente:

ULTIMATUM BOER

"El Gobierno de la República sudafricana se ve obligado á llamar la atención una vez más al Gobierno de S. M. la Reina de la Gran Bretaña é Irlanda acerca de la Convención de Londres de 1884, ajustada entre esta República y el Reino Unido, y cuya Convención, en su artículo 14, define, fija y asegura ciertos derechos á la población blanca de esta República. (Aquí se transcribe el art. 14 de la Convención).

Hasta dónde llega el derecho del Gbierno inglés para intervenir.—Este Gobierno desea, además, hacer constar que los derechos expresados en dicho artículo son los únicos que se ha reservado el Gobierno de S. M. en la ya mencionada Convención, con relación á los extranjeros avecindados en el Transvaal ("uitlanders"), y que solamente la violación de tales derechos podría dar razón á ese Gobierno para entablar reclamaciones diplomáticas ó para una intervención; y, por lo tanto, que la regulación de todas las demás cuestiones que afectan á la condición y á los derechos de los referidos "uitlanders," ha quedado reservada por la ya repetida Convención al Gobierno y

á los representantes del pueblo de la República sudafricana.

La concesión de franquicias es cuestión que sólo compete al Gobierno del Transvaal.—Entre las cuestiones cuya regulación queda exclusivamente dentro de la competencia del Gobierno y del Parlamento del Transvaal están incluídas las de las franquicias y representación de los habitantes de esta República; pero aun cuando resulta así que el exclusivo derecho de este Gobierno y Parlamento á regular las referidas franquicias y representación es indisputable, sin embargo, este Gobierno no ha rehuído la ocasión de discutir amistosamente con el Gobierno de S. M. la cuestión de dichas franquicias y representación, pero siempre sin reconocer en el Gobierno de S. M. ningún derecho para intervenir en ello. Este Gobierno, al formular la nueva ley, ahora existente, acerca de las franquicias y la resolución relativa á la representación, ha tenido constantemente á la vista estas discusiones amistosas.

Las notas británicas cada vez más amenazadoras.—A pesar del carácter amistoso de estas discusiones, el tono, por parte del Gobierno de S. M., ha ido siendo cada vez más amenazador, y los ánimos del pueblo de esta República y de todo el Africa del Sur se han ido excitando, llegando á crearse un estado de ten-

sión extrema, especialmente cuando se vió que el Gobierno de S. M. no se conformaba con la legislación respecto á las franquicias, ni con la resolución relativa á la representación. Finalmente, la excitación ha llegado á su apogeo con vuestra nota de 25 de septiembre de 1899 rompiendo toda correspondencia amistosa acerca del asunto, é intimando que el Gobierno de S. M. se ve obligado á formular las proposiciones que estime convenientes para un arreglo final. Este Gobierno no puede ver en dicha intimación del Gobierno de S. M. sino una nueva violación de la Convención de Londres de 1884, la cual no confiere al Gobierno de S. M. derecho alguno para el arreglo unilateral de una cuestión que es exclusivamente doméstica y de la sola competencia del Gobierno de esta República, que ya ha legislado sobre la cuestión.

El Gobierno británico rompe las relaciones amistosas.—Fundándose en la tirantez de la situación y en los perjuicios que el comercio y, en general, todos los negocios sufren con el giro que han ido tomando las negociaciones acerca de las franquicias y de la representación en esta República, el Gobierno de S. M. apremió por un pronto arreglo, y, por último, exigió, por intermedio vuestro, una respuesta, en el plazo de veinticuatro horas, á vuestra nota del 12 de septiembre, contestada

por este Gobierno el 15 del mismo mes. Vino después vuestra nota del 25 de septiembre rompiendo toda negociación amistosa, y este Gobierno recibió además la notificación de que el Gobierno de S. M. presentaría en breve plazo sus proposiciones para un arreglo final. Pero á pesar de esta promesa, una vez más repetida, dichas proposiciones no han llegado á ser presentadas á este Gobierno.

Durante las negociaciones van aumentando las tropas inglesas y acumulándose cerca de las fronteras boers.—A todo esto y aun mientras se mantenía correspondencia amistosa entre los dos Gobiernos, el de S. M. iba acumulando en el Africa del Sur tropas en gran escala y estacionándolas en la proximidad de las fronteras de esta República.

Teniendo presentes pasados acontecimientos de gran importancia en la historia de esta República, y que no es necesario recordar ahora, este Gobierno se juzgó obligado á considerar esta fuerza militar, acumulada en las cercanías de sus fronteras, como una amenaza á la independencia de la República sudafricana, pues no existía la menor circunstancia que justificase la presencia de tal fuerza militar en el Africa del Sur y en la proximidad de nuestras fronteras.

En contestación á las explicaciones que, con respecto á este punto, fueron pedidas á su ex-

celencia el comisionado supremo británico, este Gobierno ha recibido, con gran asombro de su parte, una respuesta en la que se hace la velada insinuación de que del lado de esta República se estaba preparando un ataque contra las colonias de S. M., y al mismo tiempo se hacen misteriosas referencias á posibilidades que aumentan los recelos de que se amenaza á la independencia de esta República.

Situación intolerable.—Este Gobierno, en su consecuencia, se ha visto obligado, como medida defensiva, á enviar á la frontera una porción de los ciudadanos de esta República, con objeto de presentar la oportuna y necesaria resistencia ante las aludidas posibilidades ó contingencias.

De este modo la intervención ilegal del Gobierno de S. M. en los asuntos interiores de esta República, en contra de lo dispuesto en la Convención de Londres de 1884, sumada con el extraordinario refuerzo de tropas en la vecindad de las fronteras de esta República, ha creado una situación intolerable, obligando á este Gobierno, en interés, no solamente de esta República, sino también en el de toda el Africa del Sur, á ponerle término tan pronto como sea posible.

El Gobierno de la República sudafricana se halla, pues, compelido á apremiar con toda formalidad y urgencia por la terminación in-

mediata de tal estado de cosas, y pide al Gobierno de S. M. que dé seguridades:

(a) De que todas las diferencias entre ambos Gobiernos serán reguladas por el amistoso procedimiento de arbitraje ó por cualquier otro procedimiento amistoso que pueda convenirse entre este Gobierno y el Gobierno de S. M.

(b) De que las tropas concentradas cerca de las fronteras de esta República serán retiradas inmediatamente.

(c) De que todos los refuerzos militares llegados al Africa del Sur desde primero de junio de 1899 serán retirados del Africa del Sur en un período de tiempo razonable, convenido con este Gobierno, y con la mutua seguridad y garantía por parte de este Gobierno de que ni ataque de ningún género ni hostilidades de ninguna clase sobre porción alguna de las posesiones británicas se harán por esta República durante las subsiguientes negociaciones por el período de tiempo que se determine de mutua conformidad entre ambos Gobiernos; y, en cumplimiento de esto, el Gobierno de esta República se dispondrá á retirar los ciudadanos armados concentrados en las fronteras de esta República.

(d) De que todas las tropas de S. M. que se hallan actualmente en alta mar navegando con

rumbo al Africa del Sur no desembarcarán en puerto alguno del Africa del Sur.

Este Gobierno se ve obligado á solicitar una contestación inmediata y afirmativa á estos cuatro extremos, y formalmente demanda al Gobierno de S. M. el envío de dicha contestación el miércoles 11 de octubre de 1899 hasta las cinco de la tarde, ó antes de dicha fecha; y desea añadir además que, en el caso inesperado de que no se recibiese una contestación satisfactoria en el plazo indicado, se verá obligado, con gran sentimiento, á considerar la acción del Gobierno de S. M. como una declaración de guerra formal, y no se considerará este Gobierno responsable de las consecuencias que sobrevengan. Además, que, en el caso de que se verifiquen más movimientos de tropas dentro del mencionado período en la dirección de nuestras fronteras, este Gobierno será igualmente compelido á considerarlo como una declaración formal de guerra.—Firmado. F. W. Reitz, secretario de Estado."

***

Tal fué el "ultimatum" del Gobierno del Transvaal. ¿Se puede considerar por él á los boers como provocadores de la guerra?

La contestación la dará por mí un escritor inglés (1). "¿Por qué—dice—la oferta hecha

(1) A. H. Crosfield.

en 22 de agosto por Mr. Kriiger no puso término á la controversia? Nos daba en ella todo lo que manifestábamos pretender, y en cambio pedía tan sólo una confirmación de lo que en 1884 habíamos concedido al Transvaal por una Convención que le constituía en Estado soberano, sujeto solamente á nuestro derecho de veto en tratados con potencias extrañas. ¿Cuál fué la contestación de Mr. Chamberlain?.... Rechazar todas las proposiciones de Mr. Kriiger (que eran las que en un principio el Gobierno inglés había formulado).... Dos semanas después Mr. Chamberlain anunció que estaba preparando un "ultimatum," cuya presentación se dilataba para dar tiempo á terminar nuestras preparaciones militares."

No sé cómo considerarán esto los ingleses; acaso lo juzguen habilidad. En España lo llamamos "doblez y villanía." Pero el autor citado sigue diciendo:

"Convencimos á los boers de que nuestro propósito era la guerra. ¿Iban ellos á esperar inactivos á que nosotros rompiéramos las hostilidades cuando nos conviniera? ¿Iban á permanecer tranquilos mientras concentrábamos nuestras tropas á sus puertas? Lo maravilloso es que dieran lugar á que llegaran al Africa nuestros regimientos de la India.

"En realidad ha sido nuestro Gobierno (el inglés) quien ha hecho el primer llamamiento á las armas, quien ha ejecutado el primer acto

de guerra con los movimientos amenazadores del Natal."

***

A poco que se medite en el modo de desarrollarse los sucesos, y examinando con imparcialidad todos los hechos expuestos, se adquiere el convencimiento de que la guerra podía haberse evitado.

Si el Dr. Jameson y sus compañeros de filibusterismo hubiesen sido castigados como merecían, si las negociaciones se hubieran llevado con tacto, calma y sinceridad, la gran catástrofe no hubiera sobrevenido. Si la cuestión era lisa y honradamente proteger á los "uitlanders" y que lograsen sus aspiraciones, ¿por qué cuando, apremiado Kriiger, cedió al fin á todo lo que aquéllos en un principio pretendían no se consideró terminada la cuestión y satisfecha Inglaterra en su amor propio con el triunfo conseguido?

"¡No!—exclama el escritor inglés ya citado. —La cuestión verdadera no estaba en las quejas de los "uitlanders," ni en la franquicia á los cinco años. El partido llamado "leal" en el Africa Austral estaba resuelto á destruir la República boer.... El grupo de financieros que dominaba la prensa sudafricana había decidido la guerra . Conquistaron el ánimo de Sir Alfred Milner, el comisario supremo, y

éste fué, en nombre de aquéllos, quien reclamó "medidas extremas." Seis meses de telegramas alarmantes y furibundos, de discursos violentos y de ultrajes hábilmente preparados, sirvieron para extraviar la opinión en Inglaterra.... Ya lo expresó el mismo Milner en un discurso en Cape Town: "Nuestro objeto es hacer, de una vez para siempre, de toda el Africa del Sur un solo país, bajo una sola bandera y obedeciendo á un solo sistema de leyes y Gobierno." Esta, pues, es la pura verdad—continúa Mr. A. H. Crosfield.—Las franquicias eran simplemente un pretexto; el punto cardinal, el propósito efectivo de la política de los "leales" era destruir para siempre las Repúblicas boers. ¡Y todavía pretendemos (los ingleses) sostener que el Transvaal fué el agresor!"

En resumen: pesando y midiendo con honradez y sinceridad todos los antecedentes del terrible drama, me parece que puede afirmarse:

Primero. Que un grupo de personas concibió y decidió la guerra á todo trance, para destruir las nacionalidades boers, concitando cuantos medios tuvieron á su alcance, lícitos é ilícitos.

Segundo. Que el pueblo inglés fué á la guerra juzgando que era "patriótica" y "conveniente," pero sin ver que era "injusta."

O mucho me equivoco, ó si la cuestión hubiera sido extraña á los ingleses y éstos hubieran podido discurrir con serenidad; si el problema se hubiese planteado en Francia ó en Alemania, por ejemplo, dado el natural espíritu de rectitud y libertad de los britones, hubieran éstos apreciado en dónde estaba la justicia.

Tercero. Que los boers, advertidos por la incursión del Dr. Jameson, temieron, y los hechos han demostrado que no se equivocaban, nuevas y más formidables agresiones, preparándose, en su consecuencia, lo mejor que pudieron para resistirlas. Cedieron cuanto les fué posible para evitar la guerra, que había de ser para ellos una calamidad terrible, aun saliendo victoriosos, y sólo acudieron á las armas cuando no les quedaba otro remedio. Huye el jabalí del cazador evitando la pelea; pero, cuando se ve acorralado, lucha y se defiende para vender cara su vida.

Sin embargo, si los boers hubieran formado un pueblo de egoístas ó degenerados, hubiesen preferido rendirse sin pelear y salvar cada uno sus intereses particulares. Al no obrar así y afrontar la contienda con enemigo tan formidable como Inglaterra, han dado un altísimo ejemplo de virilidad y de patriotismo.

¡Así se ha realizado el crimen más grande y la epopeya más sublime y heróica que registra la Historia!

[illegible]

glesas existentes en Africa á primeros de octubre se hallaban en el Natal. El núcleo más importante se situó en Ladysmith, pero un cuerpo de unos 4,000 hombres avanzó hasta Glencoe, muy cerca de las fronteras del Transvaal. Fuerzas de las guarniciones del Cabo marcharon hacia las fronteras del Orange y algunas tropas se destinaron á Kimberley.

No es extraño que ante tales amenazas los boers procuraran prepararse y que se fueran reuniendo en la frontera transvaalense, más inmediatamente amenazada, ciudadanos arcomún, y, desde el principio, los dos Estaburgo, Middelburgo, Krugersdorp, Standerton, Wakkerstroom, Ermelo, Utrech y Swazilandia.

El Gobierno inglés llevaba trazas, sin embargo, de dar largas y de dilatar la ruptura hasta que se hallase en Africa el cuerpo de ejército de Buller. El "ultimatum" de Kruger desbarató estos propósitos, y no hubo más remedio que seguir adelante. Inglaterra contestó inmediatamente que juzgaba imposible discutir la comunicación boer, y el 11 de octubre quedaron en estado de guerra ambos países.

El Orange unió su suerte á la República hermana. El día 12, el Presidente Steyn dió una proclama llamando á las armas á los

orangistas para defenderse contra el enemigo común, y, desde el principio, los dos Estados boers han combatido uno al lado del otro.

Formóse inmediatamente un cuerpo de ejército al Este, á las órdenes del general Joubert, con la columna principal mandada por Viljoen, y estacionada en Zansprint; el flanco derecho, dirigido por el alemán Schield y del que formaban parte los destacamentos de alemanes, holandeses é irlandeses, se situó en Volkrust; y el ala izquierda, bajo Lucas Meyer, Schalk-Bugher y Erasmo, acampó en Walkerstroom y en Utrech. En total unos 16,000 hombres.

El núcleo principal de los orangistas, mandados por Grobler, avanzó hacia Harrysmith, al Oeste del Natal, con dos destacamentos, á uno y otro flanco, sumando de 6 á 7,000 combatientes.

Al Sur del Orange, junto á las fronteras del Cabo, se situaron dos columnas del Estado libre, una cerca de Springfontein y otra amenazando á Alival-North, contando, entre las dos, alrededor de 6,000 hombres.

Al Oeste se hallaba Botha con unos 2,000 boers, junto á Boshof; y Cronje, con 3 ó 4,000 al Este de Mafeking.

Diversos grupos se apostaron en la frontera septentrional para observar la Rhodesia, y

otros al Oriente en los confines de la colonia portuguesa de Lorenzo-Márquez.

El pueblo boer entero había tomado, pues, las armas para defender su independencia, y al mismo tiempo por el Este y por el Oeste comenzaron las operaciones para conseguir las mayores ventajas posibles antes de que llegasen al teatro de la guerra los grandes ejércitos que Inglaterra estaba disponiendo. Así, á partir del mismo día 12, mientras los grupos boers de Occidente empezaban á rodear á Mafeking y á Kimberley, las fuerzas más numerosas del Oriente cruzaban la frontera y comenzaban la invasión del Natal. La gráfica descripción de aquel movimiento memorable, hecha por un boer á las órdenes de Erasmo y publicada en el "Standard and Diggers News," de Johannesburgo, parece una página de "Plutarco:"

"Campo frente á Newcastle, 14 de octubre de 1899.—Acabamos de cruzar la frontera del Natal por uno de los vados menos conocidos del río Búfalo. Vamos reunidos los ciudadanos de Pretoria y su distrito, los de Heidelberg y los de Boksburgo, formando un contingente de 4,000 hombres á caballo, á las órdenes de Erasmo.

Hemos acampado en una llano, como á una milla de la frontera, dentro ya de territorio inglés. A gran distancia, y hacia el Norte,

se distinguen las cumbres de Mont Prospect, Majuba y Lang's Nek, y más allá, cerrando el horizonte, las altas crestas del Pogwen Kop, donde la República ha montado uno de sus cañones de gran calibre. No lejos de nosotros, pero invisible desde nuestro campo, se halla la ciudad de Newcastle, que es nuestro inmediato objetivo, y á la que atacaremos esta tarde.

En la madrugada de hoy, después de levantar el campamento de Wakkerstroomroad, y antes de cruzar la frontera, Erasmo convocó toda la gente y desde una pequeña eminencia nos arengó con breves palabras.

Alto, fornido, con su cabellera y barba grises, y su imponente presencia, aparecía Erasmo como el verdadero tipo de nuestros héroes legendarios. "Ciudadanos—dijo,—vamos á pelear por nuestra independencia y por nuestro derecho. Es nuestro deber ser dignos hijos de nuestros antecesores, que siendo un puñado de hombres mal armados, casi desnudos, sin más recursos que los que cada cual podía llevar consigo, y la confianza puesta en el Altísimo, supieron darnos una nacionalidad y un hogar independiente.

"Aquellos hombres no tenían artillería, ni fusiles Mausser, ni administración militar, y eran físicamente más débiles que nosotros ahora. Seguimos siendo pocos, y con pocas

fuerzas, para combatir á un poderoso como la Gran Bretaña, pero debemos ir á la lucha con firme confianza en la justicia de nuestra causa y en la ayuda de Dios." Después de estas palabras, nuestro veterano comandante manifestó que acababa de recibir la noticia de que las fuerzas de la República habían capturado al enemigo un tren blindado en la línea férrea de Bechuanalandia, con dos cañones de grueso calibre, y otros dos Maxim, de tiro rápido, además de un cargamento de dinamita, municiones y algunos prisioneros. Estas noticias fueron recibidas con vivas entusiastas.

Siguió después una escena que me causó gran impresión. Todos los hombres allí reunidos, con la brida del caballo al diestro, descubrieron sus cabezas é hincaron rodilla en tierra, y entretanto, el reverendo Postma, de Pretoria, y el anciano y venerable Hendrich Schoeman, invocaban las bendiciones del Dios de las batallas para aquellos ciudadanos que iban á pelear por la salvación de la República.

Después de esto, cada cual acudió á su puesto, y la columna emprendió su avance cruzando el río por el vado antes aludido. El paso de la frontera se hizo en el mayor silencio; ni gritos, ni hurras, ni salvas, pero todos manifestaban, en su expresión, su decisión

completa de cumplir su empeño y su deber hasta el último extremo.

Todos llevábamos la convicción profunda, al cruzar el río Búfalo, de que la guerra realmente comenzaba; de que todo arreglo entre Inglaterra y las Repúblicas africanas era imposible, y que del valor y modo de portarse de cada uno dependían la salvación y la prosperidad futura de nuestro país.

Antes de terminar el día estaremos sobre Newcastle, y seguramente tendremos el primer choque con las tropas imperiales."

* * *

Las columnas de Lucas Meyer, Erasmo y Trichard avanzaron simultáneamente para caer sobre Glencoe, donde debían reunirse el día 20. La niebla y las lluvias retrasaron á los dos últimos, y Meyer solo comenzó el ataque en la fecha fijada. Así se verificó el combate de Talana Hill, donde los ingleses perdieron 56 muertos, 196 heridos y 122 prisioneros; combate que en Inglaterra se calificó de victoria táctica y derrota estratégica, pues tuvieron que abandonar las posiciones tomadas, no pudieron sostener las propias (que eran bombardeadas por los cañones de mayor alcance de los boers), costó la vida al general Symons, y, después de tres días de tiroteo continuo, tuvieron que abandonar

heridos, enfermos y todo el material de guerra acumulado en Dundee y en Glencoe, retirándose sobre Ladysmith, á donde llegaron completamente estropeados después de seis noches sin dormir, cuatro días sin rancho y acosados de cerca por el enemigo.

Entretanto, el día 21, el general French, en una columna sacada de Ladysmith libró en con una columna sacada de Ladysmit libró en en Elandslaagte, á la mitad de la distancia de aquella plaza á la de Glencoe, una sangrienta acción contra la vanguardia de la columna boer de Jan Kock. Este encuentro fué una victoria para los ingleses, pues las escasas fuerzas de Kock no debieron aceptar el combate antes de haberse reunido el grueso de sus camaradas. Perdieron los republicanos en esta jornada 450 hombres entre muertos, heridos y prisioneros, y 257 los ingleses, cuya caballería se ensañó con los heridos y con los que se rendían prisioneros, alanceándolos sin piedad.

Pero el general French no pudo sacar fruto alguno de aquella victoria, pues no pudo resistir á los grandes núcleos que avanzaban con Joubert y tuvo al día siguiente que refugiarse en Ladysmith.

Vinieron después los combates de Rietfontein, Lombard's Kop y Nicholson's Nek, en los que los ingleses perdieron, en junto, unos

2.000 hombres entre muertos, heridos y 900 prisioneros, con siete cañones y gran número de mulas, y cuyas consecuencias fueron que los boers completaran el día 30 de octubre el cerco de Ladysmith coronando las alturas que rodean aquella plaza con artillería gruesa procedente de Pretoria.

Mientras una parte de las fuerzas de Joubert mantenían el sitio de la población donde quedaba encerrado el general White con cerca de 10,000 hombres, Lucas Meyer, con buen golpe de sus gentes, avanzó hacia Colenso, ocupando esta villa y el fuerte de Bulwer-Bridge, conquistando de esta manera una posición perfectamente dispuesta para rechazar los esfuerzos que los ingleses pudieran hacer en socorro de Ladysmith, y una base para las operaciones sucesivas hacia el Sur.

Entretanto, en el Oeste los boers estrechaban el sitio de Mafeking y de Kimberlay respectivamente, bombardeando sin cesar dichas plazas; y los reunidos en el Sur atravesaron el río Orange y penetraron en el territorio de la Colonia del Cabo avanzando hacia Colesberg.

A primeros de noviembre desembrcó el general Buller en Durban y empezó á organizar las tropas que habían de socorrer á Ladysmith; refuerzos llegaban continuamente de Inglaterra, y entretenidos los boers en los

tres cercos de las plazas mencionadas, dieron lugar á que se formasen tres núcleos de fuerzas británicas: uno, con el citado Buller, de unos 18,000 hombres, en el Natal; otro, de unos 9,000, mandados por Lord Methuen, y cuyo objetivo fué levantar el sitio de Kimberlay donde se encontraba encerrado Cecil Rhodes; y, en fin, otra división de unos 6,000 combatientes, á las ordenes del general Gatacre, que avanzó hacia Betulia con intento de oponerse á la invasión de los orangistas en el territorio del Cabo. A pesar de que ya entonces las fuerzas de ambos combatientes estaban casi equilibradas, por todas partes sufrieron los ingleses terribles descalabros.

Lord Methuen, en su avance sobre Kimberlay, libró los combates de Belmont, donde perdió 26 oficiales y 258 soldados muertos y heridos; la acción de Graspan, donde tuvo 208 bajas; la batalla de Modder River, en la cual contaron los ingleses 365 muertos y 700 heridos, entre ellos el mismo Methuen; viéndose obligado el general británico á detenerse esperando refuerzos, con los que, y ya repuesto de su herida, atacó de nuevo á los boers el 12 de diciembre en Maggersfontein, librando uno de los combates más sangrientos de toda la campaña, pues quedaron en el campo 1,017 ingleses muertos y heridos, la mayor parte pertenecientes á la brigada escocesa

del general Wauchope. Los resultados de esta sangrienta derrota de las tropas británicas fueron imposibilitar á Lord Methuen de emprender movimiento alguno hasta que llegasen en su auxilio grandes contingentes, que al efecto se prepararon á toda prisa en Inglaterra.

En el Sur, el general French fué rechazado con grandes pérdidas hacia Naauwport, y el general Gatacre, sorprendido en Stomberg, vió deshecha la columna que mandaba, perdiendo 9 oficiales y 21 soldados que quedaron en el campo y 670 prisioneros con tres cañones

En el Natal continuaba el bombardeo de Ladysmith por los boers, que rechazaron bastantes salidas del general White; se libraron algunos combates y escaramuzas entre Colenso y Estcourt; y, en fin, el 15 de diciembre se dispuso el general Buller á atacar de frente con todas sus fuerzas disponibles las líneas formidables de los boers á las orillas del Tugela. El combate, llamado de Colenso, que en aquella fecha se libró, fué una espantosa derrota para los ingleses, que perdieron aquel día 11 cañones y 1,200 hombres, entre ellos 15 oficiales y 348 soldados que quedaron prisioneros.

Todos estos desastres acaecidos en los tres principales campos de operaciones, el aprie-

te en que se hallaban Mafeking, Kimberley y Ladysmith, y las formidables cualidades militares de resistencia que se advirtieron en los boers, produjeron un efecto indecible en el ejército inglés, en el Gobierno y en el pueblo, en Inglaterra, y un asombro general en toda Europa.

En Inglaterra se había acogido el "ultimatum" de Kruger con una carcajada, juzgándolo unos como insolencia; otros, simplemente como una locura. Los primeros desastres ocasionaron disgusto, pero no cuidado; los descalabros posteriores y la revelación del poder militar de los boers causaron sorpresa, pero no zozobra. Cuando llegase el ejército expedicionario se arreglaría todo. El pueblo inglés, por boca de Stanley, lo dijo: "La campaña de Buller es cuestión de tres semanas." Se habló de la Nochebuena en Pretoria, de hacer responsable á Kruger de la sangre vertida, de cómo pagaría el Transvaal los gastos de la guerra y de los preparativos para recibir al ejército vencedor.

Después se fué de decepción en decepción, de desencanto en desencanto, y vino el cuidado, el desasosiego y la zozobra; y á continuación de las noticias de las derrotas, los convoyes de inválidos y enfermos, el luto en las familias, el dolor y el despecho en todos y las recriminaciones y censuras para los promovedores y organizadores de la campaña.

Como consecuencia de las noticias que sucesivamente se iban recibiendo del teatro de la guerra, el 31 de octubre se movilizaron, además de las fuerzas llamadas en 7 del mismo, tres batallones, una batería de montaña y sus reservistas correspondientes. El 3 y el 4 de noviembre se decretó la movilización de 38 batallones de milicia, y el 21 de igual mes, la orden de movilizar asimismo la 5a. división de Infantería y 10 regimientos de Caballería, con sus reservas anejas y las armas especiales correspondientes; el 23 de noviembre se movilizaron otros ocho batallones de milicia, y el 29 del mismos mes y el 2 del siguiente se embarcó también para Africa la guardia de Caballería de la Reina.

Después de la tremenda derrota del Tugela, el día 15 de diciembre, el Gobierno inglés apreció la gravedad de la situación, y comprendiendo que todas las considerables fuerzas ya dispuestas no eran, sin embargo, suficientes para aplastar á un enemigo que tan pujante se mostraba, decidió hacer un vigoroso esfuerzo; y el 17 de diciembre publicó un decreto nombrando al Feld Mariscal Lord Roberts general en jefe de las fuerzas inglesas en Africa, llevando á Lord Kitchener como jefe de Estado Mayor y dejando á Buller solamente el mando de las tropas del Natal; disponiendo que serían llamadas á las

filas todas las reservas que no lo hubieran sido todavía; que partiera inmediatamente para Africa la 7a. división del ejército inglés con más refuerzos de Artillería; autorizando al general en jefe para reclutar tropas montadas en el Africa del Sur; destinando doce batallones de la milicia para prestar servicio voluntario fuera del Reino Unido; poniendo en pie de guerra, para servir en el Africa del Sur, un numeroso contingente de voluntarios, escogidos entre los regimientos de la Yeomanry (milicias montadas privilegiada)s; y, en fin, aceptar los contingentes ofrecidos patrióticamente por las colonias.

Con estas disposiciones, el generalísimo Lord Roberts podría contar al poco tiempo de su llegada al Africa, y además de las tropas ya existentes en el campo de operaciones, con unos 40 000 hombres de Infantería, 6,000 de Caballería y 132 cañones, que podría acumular en el punto que le pareciera más conveniente, alterando por completo la balanza de la guerra.

Mientras Lord Roberts y Lord Kitchener llegaban á su destino y disponían su plan de campaña, preparando y distribuyendo con gran sigilo los contingentes que les iban enviando, el general Buller emprendió, con numerosas fuerzas, un movimiento envolvente para intentar de nuevo libertar á Ladysmith.

El 15 de enero dieron principio estas operaciones, que terminaron el 27 del mismo mes, después de doce días de marchas y batallas continuas. Entonces se libraron los combates de Acton Homes, de Spion Kop y de Valkrantz, siendo el resultado final tan desastroso para los ingleses como lo fué en el mes anterior la batalla de Colenso, pues perdieron 2,356 hombres entre muertos y heridos, y se vieron obligados á repasar nuevamente al Tugela. Si en aquella retirada los boers hubieran tomado la ofensiva y hubieran cañoneado á los ingleses cuando repasaban el río, seguramente todo el cuerpo de ejército de Buller hubiese quedado destruído. Esta falta de iniciativa para los movimientos ofensivos que entonces manifestaron los boers, fué lo único que salvó á las tropas británicas del Natal, y lo que hizo que toda esta colonia no hubiera quedado en poder de las fuerzas republicanas y Ladysmith irremisiblemente perdido. El general Buller pudo así retirarse al campamento fortificado de Spearmans-Kam, donde dió á sus tropas un descanso de ocho días, al cabo de los cuales volvió á atacar al enemigo por su flanco izquierdo.

El 4 de febrero empezó sus nuevas operaciones, que continuaron el 5, el 6 y el 7, pe-

leando rudamente y sufriendo numerosísimas bajas; pero todos sus esfuerzos se estrellaron ante la inexpugnable posición que los boers ocupaban en Krantz-Kloof, donde el fuego cruzado del enemigo obligó á detenerse á las fuerzas inglesas. Y como al mismo tiempo los boers iniciaron movimientos envolventes por el Este y por el Oeste, Buller, temiendo que le cortasen la retirada, retrocedió de nuevo á sus antiguos campamentos de Chieveley y Frere, abandonando por tercera vez el campo donde tan dolorosísimas pérdidas había sufrido.

* * *

¿Y qué ocurría entretanto en Ladysmith? El asedio de esta plaza quedará como uno de los episodios más memorables de la gran tragedia.

Noventa días de bloqueo; la décima parte de la guarnición muerta; la cuarta parte del contingente enfermos ó heridos; las raciones escasas; las municiones contadas; el bombardeo incesante y más nutrido y dañino cada día; á lo lejos las señales del socorro que nunca llegaba; cinco tentativas para romper ó quebrantar el cerco, infructuosas. Tal era la situación de Ladysmith, mientras Buller combatía en las orillas del Tugela.

Al principio las tropas inglesas bloqueadas no tomaron la cosa en serio. Eran muchos y fuertes; las defensas buenas; las provisiones de boca y guerra, abundantes; las posiciones de los sitiadores, lejanas, y, por lo tanto, el cerco poco apretado; la venida de prontos refuerzos, segura.

Pero el cerco se fué estrechando. La primera tentativa para impedir que el enemigo aproximara sus piezas de sitio fué un descalabro, y los refuerzos auxiliares tardaban en llegar.

Entonces ocurrió lo que de muy pocos sitios se cuenta. Los sitiadores no querían dañar á la porción civil de la ciudad, ni cañonear á los heridos y enfermos de la guarnición, y señalaron un campo neutral con amplio espacio, donde se estableció un campamento para la población pacífica y donde la guarnición sitiada pudo llevar sus heridos y enfermos sin temor de que fueran molestados.

Los boers renunciaron á tener en su favor la depresión que causa siempre en el ánimo de los sitiados la aglomeración de heridos y enfermos, las escenas de horror que esto motiva, la falta de libertad y de coraje que en los combatientes produce la presencia del dolor.

Dos veces se quejó White á Joubert de que los cañones boers apuntaban á la Casa Consistorial de Ladysmith, donde tenía soldados heridos.

—Haceis mal en tenerlos ahí y es contra el derecho de vuestros mismos soldados—le contestó Joubert.—Conducidlos al campamento neutral que para el caso se ha designado.

A pesar de esta forma humanitaria de hacer la guerra; de que el bombardeo, aunque constante, era poco vivo y las luchas no muy frecuentes, el espíritu de la guarnición fué decayendo. La disentería y las fiebres tifoideas empezaron á hacer estragos, que cada día fueron en aumento. Los caballos, escasos de forraje, perecían por centenares; las provisiones iban menguando y las más apetecidas por el soldado inglés faltaron por completo.

Y á todo esto el estío africano empezó á hacer sentir sus furores. Calor tropical insufrible durante el día; tormenta y chaparrón tremendo por las tardes ó por las noches; y el servicio de vigilancia continuo y la vigilia y la zozobra constante con sol ardiente ó con lluvia torrencial hicieron decaer á los más animosos.

Una noche, ráfagas luminosas destacándose en el cielo hacia la parte del Sur y al otro lado de los montes ocupados por el enemigo, hicieron saber que el esperado socorro llegaba. La guarnición se reanimó. Inglaterra acudía en auxilio de sus hijos. La osadía del enemigo quedaría bien castigada.

Pero pasan días y los camaradas no avanzan. Se oye el fuego, el lidiar por acercarse;

mas el cerco no se rompe. Llegan noticias de desastres increíbles. Un ejército británico se ha estrellado contra los muros de fuego y hierro de los sitiadores y el socorro no puede avanzar.

White, entonces, reanima sus soldados. Es menester no desfallecer; hay que juntar los esfuerzos de la guarnición sitiada con los de los camaradas que vienen en su auxilio; y la guarnición, animada con la esperanza del triunfo, pelea brava, pero inútilmente.

En el ataque de Wagon Hill la Caballería ligera imperial perdió ocho de sus diez oficiales. El teniente Jones, del cuerpo de Ingenieros, toma el mando de los supervivientes, y después de hacer prodigios de valor cae también muerto. El subteniente Denniss, que le sucede, también perece. El comandante Wessels es encontrado muerto con su látigo en la mano. Un destacamento de King's Royal Rifles se vió rodeado por el enemigo. Intimóles éste la rendición. Negáronse á rendir, y todos perecieron peleando. Una compañía de la brigada de Fusileros fué cortada del resto de la fuerza, cuando sólo tenían los soldados dos cartuchos por plaza. Se resistieron por seis horas, disparando metódicamente antes de caer prisioneros.

A pesar de estos y otros muchos actos d heroísmo, ni desde dentro ni por fuera pod

romperse el cerco; y otra vez á esperar, viendo cómo la fiebre y las privaciones mermaban las filas, cómo los camaradas iban cayendo uno tras otro, y cómo, si un esfuerzo supremo de la madre patria no barría al enemigo, no quedaba al fin otro trance en perspectiva que rendirse al faltar los medios de pelear y de vivir.

No sólo los combatientes cayeron. Otros soldados del deber, heroicos periodistas que acompañaron al ejército en sus combates y en sus tribulaciones, perecieron también víctimas del sitio. El famoso Steevens, el joven y simpático coresponsal, célebre en todo el mundo y de todos estimado, sucumbió también en Ladysmith. La fiebre lo mató en lo mejor de su carrera. El 20 de enero á media noche quedó enterrado en el cementerio que en los campos al Oeste de la plaza y cerca de las líneas boers se hallaba.

Toda la población sintió la pérdida, y cuantos pudieron formaron parte del fúnebre cortejo desde la ciudad al camposanto. Y en medio de las tinieblas de la noche, allá á lo lejos, desde las alturas del Umbulwana, la luz de los reflectores eléctricos de los boers se proyectó constantemente sobre la triste comitiva, como muestra de homenaje y respeto que el enemigo quiso dar al talento fenecido, añadiendo imponente y melancólica solemnidad á la ceremonia.

***

Por este tiempo, es decir, á principios de febrero, ya había llegado al Africa del Sur la mayor parte de los refuerzos acordados por el gobierno inglés en noviembre y diciembre. Con ellos se encontró Lord Roberts con tropas numerosas para tomar la ofensiva por el punto que más le conviniera. Eligió el caer sobre Cronje, que sitiaba á Kimberley, con lo cual podría: librar esta población, que se hallaba ya muy apurada; tener una buena base de operaciones para dirigirse contra Bloemfontein, la capital del Orange; y, una vez posesionado de ésta, amenazar de flanco y aun por retaguardia á los sitiadores de Ladysmith.

El movimiento sobre Kimberley lo llevó á cabo con gran rapidez. Mientras Lord Methuen con sus fuerzas seguía en el campamento de Modder River frente á Cronje, el generalísimo, con dos divisiones, marchó sobre Jacobsdal, al Este de Kimberley y en el camino hacia Bloemfontein; el general Kelly-Kenny, con la sexta división, cruzaba el río Riet por Waterval, y French, con una división de Caballería y dando un gran rodeo, emprendió un movimiento envolvente contra los sitiadores de Kimberley. Vióse así obligado Cronje á levantar precipitadamente el cerco, y French pudo entrar sin resistencia en la ciudad de los

diamantes el 15 de febrero. La noticia causó en Londres un júbilo indescriptible.

Al día siguiente 16 continuó French la persecución de los sitiadores, que se habían retirado hacia el Este, siguiendo la margen septentrional de Modder River, antes que llegase la división de Kelly-Kenny. Sin embargo, como ya Lord Roberts, con el grueso de sus fuerzas, se había apoderado de Jacobsdal, la posición de Cronje resultaba muy comprometida, y su única salvación hubiera sido escapar rápidamente por el Nordeste, antes de que el enemigo se hiciera perfecto cargo de dónde se encontraba y le cercase por todas partes.

La guerra, pues, cambiaba de aspecto por completo. La gran superioridad numérica de las fuerzas inglesas reunidas en el campo de operaciones y la dirección activa que les imprimía el generalísimo, alteraba profundamente la balanza de la campaña. Si los boers hubieran aprovechado con una enérgica ofensiva los dos meses transcurridos desde sus grandes triunfos de Maggersfontein y de Colenso, y cuando aún no había llegado el grueso de los refuerzos británicos hubiesen estado en mejores condiciones para resistir la acometida. Pero en las circunstancias en que se encontraban, ¿podrían contener un enemigo tres veces superior y que seguía aumentando constantemente?

La ansiedad en el mundo entero fué inmensa. Todas las miradas se dirigían hacia el Africa Austral, y no hubo persona cuya atención no estuviese pendiente del desarrollo del interesantísimo drama.

En estas circunstancias, "El Imparcial," de Madrid, me propuso partir inmediatamente para el Transvaal para dar desde allí, como testigo de vista, cuenta cabal de lo que ocurriera.

Acepté sin titubear y marché en seguida á Nápoles para embarcarme en aquel punto con rumbo á la bahía de Delagoa.

Lo que sigue es casi un diario de mi viaje, con las impresiones recogidas sobre el terreno en cada momento.

[illegible] mas
[illegible] lla-
[illegible] los
[illegible] el
[illegible] her-
[illegible] mismo
[illegible] en-
[illegible] ller,
[illegible] tro-
[illegible] mentos
[illegible] ter-
[illegible] mas

[illegible] ith?
[illegible] uno
[illegible] gran

[illegible] parte
[illegible] del
[illegible] ones
[illegible] bar-
[illegible] día;
[illegible] unca
[illegible] que-
[illegible] da si-
[illegible] mba-

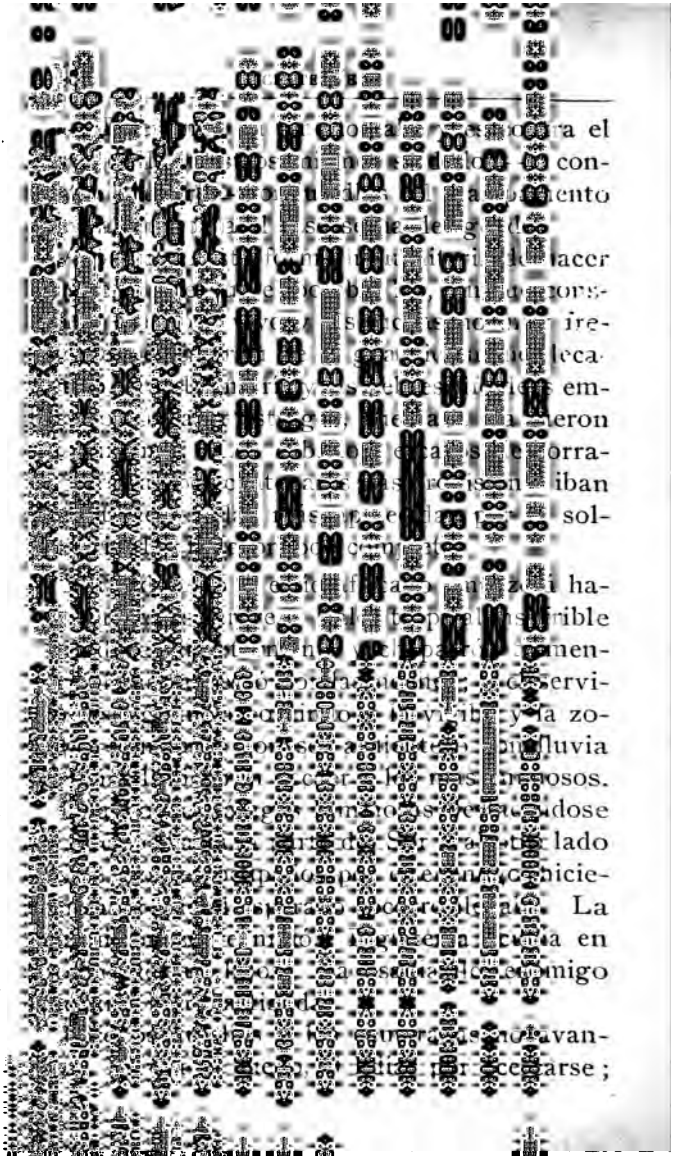
Al principio las tropas inglesas bloqueadas no tomaron la cosa en serio. Eran muchos y fuertes; las defensas buenas; las provisiones de boca y guerra, abundantes; las posiciones de los sitiadores, lejanas, y, por lo tanto, el cerco poco apretado; la venida de prontos refuerzos, segura.

Pero el cerco se fué estrechando. La primera tentativa para impedir que el enemigo aproximara sus piezas de sitio fué un descalabro, y los refuerzos auxiliares tardaban en llegar.

Entonces ocurrió lo que de muy pocos sitios se cuenta. Los sitiadores no querían dañar á la porción civil de la ciudad, ni cañonear á los heridos y enfermos de la guarnición, y señalaron un campo neutral con amplio espacio, donde se estableció un campamento para la población pacífica y donde la guarnición sitiada pudo llevar sus heridos y enfermos sin temor de que fueran molestados.

Los boers renunciaron á tener en su favor la depresión que causa siempre en el ánimo de los sitiados la aglomeración de heridos y enfermos, las escenas de horror que esto motiva, la falta de libertad y de coraje que en los combatientes produce la presencia del dolor.

Dos veces se quejó White á Joubert de que los cañones boers apuntaban á la Casa Consistorial de Ladysmith, donde tenía soldados heridos.



mas el cerco no se rompe. Llegan noticias de desastres increíbles. Un ejército británico se ha estrellado contra los muros de fuego y hierro de los sitiadores y el socorro no puede avanzar.

White, entonces, reanima sus soldados. Es menester no desfallecer; hay que juntar los esfuerzos de la guarnición sitiada con los de los camaradas que vienen en su auxilio; y la guarnición, animada con la esperanza del triunfo, pelea brava, pero inútilmente.

En el ataque de Wagon Hill la Caballería ligera imperial perdió ocho de sus diez oficiales. El teniente Jones, del cuerpo de Ingenieros, toma el mando de los supervivientes, y después de hacer prodigios de valor cae también muerto. El subteniente Denniss, que le sucede, también perece. El comandante Wessels es encontrado muerto con su látigo en la mano. Un destacamento de King's Royal Rifles se vió rodeado por el enemigo. Intimóles éste la rendición. Negáronse á rendir, y todos perecieron peleando. Una compañía de la brigada de Fusileros fué cortada del resto de la fuerza, cuando sólo tenían los soldados dos cartuchos por plaza. Se resistieron por seis horas, disparando metódicamente antes de caer prisioneros.

A pesar de estos y otros muchos actos d heroísmo, ni desde dentro ni por fuera pod

romperse el cerco; y otra vez á esperar, viendo cómo la fiebre y las privaciones mermaban las filas, cómo los camaradas iban cayendo uno tras otro, y cómo, si un esfuerzo supremo de la madre patria no barría al enemigo, no quedaba al fin otro trance en perspectiva que rendirse al faltar los medios de pelear y de vivir.

No sólo los combatientes cayeron. Otros soldados del deber, heroicos periodistas que acompañaron al ejército en sus combates y en sus tribulaciones, perecieron también víctimas del sitio. El famoso Steevens, el joven y simpático coresponsal, célebre en todo el mundo y de todos estimado, sucumbió también en Ladysmith. La fiebre lo mató en lo mejor de su carrera. El 20 de enero á media noche quedó enterrado en el cementerio que en los campos al Oeste de la plaza y cerca de las líneas boers se hallaba.

Toda la población sintió la pérdida, y cuantos pudieron formaron parte del fúnebre cortejo desde la ciudad al camposanto. Y en medio de las tinieblas de la noche, allá á lo lejos, desde las alturas del Umbulwana, la luz de los reflectores eléctricos de los boers se proyectó constantemente sobre la triste comitiva, como muestra de homenaje y respeto que el enemigo quiso dar al talento fenecido, añadiendo imponente y melancólica solemnidad á la ceremonia.

***

Por este tiempo, es decir, á principios de febrero, ya había llegado al Africa del Sur la mayor parte de los refuerzos acordados por el gobierno inglés en noviembre y diciembre. Con ellos se encontró Lord Roberts con tropas numerosas para tomar la ofensiva por el punto que más le conviniera. Eligió el caer sobre Cronje, que sitiaba á Kimberley, con lo cual podría: librar esta población, que se hallaba ya muy apurada; tener una buena base de operaciones para dirigirse contra Bloemfontein, la capital del Orange; y, una vez posesionado de ésta, amenazar de flanco y aun por retaguardia á los sitiadores de Ladysmith.

El movimiento sobre Kimberley lo llevó á cabo con gran rapidez. Mientras Lord Methuen con sus fuerzas seguía en el campamento de Modder River frente á Cronje, el generalísimo, con dos divisiones, marchó sobre Jacobsdal, al Este de Kimberley y en el camino hacia Bloemfontein; el general Kelly-Kenny, con la sexta división, cruzaba el río Riet por Waterval, y French, con una división de Caballería y dando un gran rodeo, emprendió un movimiento envolvente contra los sitiadores de Kimberley. Vióse así obligado Cronje á levantar precipitadamente el cerco, y French pudo entrar sin resistencia en la ciudad de los

[illegible]

[illegible] al

[illegible] io á

[illegible] nun-

[illegible] bien-

[illegible] icias

[illegible] oers.

[illegible] hasta

[illegible] has-

[illegible] a lu-

[illegible] ero y

[illegible]

[illegible] esis-

[illegible] cipa-

[illegible] rans-

[illegible] toda-

[illegible] cam-

[illegible] ra los

[illegible] rale-

[illegible] n los

[illegible] y inteni-

[illegible] e en-

[illegible] endas,

[illegible] s que

[illegible] anzar,

[illegible] ables,

[illegible] as ho-

[illegible] mpaña

[illegible] ingle-

De la resistencia que serán capaces de desplegar los boers no puede decirse más que lo expresado por un miembro del Parlamento inglés refiriéndose á la captura de Cronje:

"En realidad, el hecho es que 40,000 soldados ingleses, con 60 cañones, han tenido que luchar ocho días para rendir 4,000 boers con seis cañones. Esto demuestra las dificultades que nos esperan."

Algunos críticos militares ingleses, de mucha competencia, se maravillan del escaso número de combatientes que Cronje llevaba consigo. Aun suponiendo que las fuerzas del general republicano Dewet, que han logrado escapar á la persecución de los ingleses, formase también parte del cuerpo de ejército de Cronje, se ve que éste apenas si llegaba á 7,000 hombres.

Esta exigua cifra explica la falta de elementos de los boers para socorrer á Cronje contra el ataque de un ejército de 40,000 ingleses. Manifiesta también que se ha exagerado el número de boers combatientes, y que éstos han hecho verdaderos milagros con las escasas fuerzas de que han dispuesto.

Ahora se comprende también por qué los boers no han podido aprovechar mejor los frutos de sus primeras victorias. La escasez de sus fuerzas limitaba su ofensiva y han tenido

[illegible] ones
[illegible] ollar.
[illegible] ecen
[illegible] den-
[illegible] nida-
[illegible] Dra-
[illegible] r de
[illegible] uella
[illegible] así
[illegible] érci-

[illegible] eron
[illegible], se
[illegible] año-
[illegible] nga-
[illegible] r en

[illegible] de la
[illegible] Co-
[illegible] ntran
[illegible] Oran-
[illegible] ficul-
[illegible] con
[illegible] nes y
[illegible]

[illegible] em-
[illegible] to al

A bordo del "Koning," 6 de marzo.

Hoy es el quinto día de nuestra navegación, y esperamos llegar á Port-Said esta noche.

El tiempo ha sido frío, con viento fuerte y lluvia á ratos. Pasamos el estrecho de Messina con gran cerrazón, distinguiendo apenas, á pesar de la corta distancia, á la izquierda la costa napolitana y á la derecha la de Sicilia.

Después cielo y agua, y hemos cruzado el "Marenostrum" en medio de la mayor soledad; quiero decir, sin haber encontrado un solo barco después de pasado el estrecho de Messina.

* * *

El "Konig" es un barco alemán de 6,300 toneladas, el mejor de los que, pertenecientes á la Compañía "Deustche Ost Afrika Linie," hacen la carrera desde Hamburgo á Durban.

Lleva á bordo en este viaje unos 400 pasajeros en total.

El núcleo de los de tercera clase lo forma un pelotón de soldados portugueses y buen número de emigrantes de la misma nacionalidad, que van á distintos puntos de los territorios de Mozambique. Van también muchos holandeses y alemanes y algún francés.

De los 95 pasajeros de primera clase, 59 vamos á Delagoa Bay; los 36 restantes se distribuirán entre Port-Said, Tanga, Dar-es-Salaam,

I

DESDE NAPOLES A ZANZIVAR

Al embarcar.—Situación de la guerra al salir de Europa.—Los pasajeros del "Konig."—Transvaalenses á bordo.—Carácter de la guerra.—El canal de Suez.—Conversaciones con los transvaalenses.—Las mujeres boers.—La civilización del Transvaal y del Orange.—La pretendida conspiración sudafricana contra los ingleses.—En el mar Rojo.—Conducta militar de los boers.—La mortalidad de los oficiales ingleses.

Nápoles, 2 de marzo de 1900.

Al hacerme "El Imparcial" el encargo, para mí honrosísimo, de marchar al Transvaal y relatar, como testigo de vista, todo lo que allí pudiera presenciar, hube de aceptar sin vacilación y considerándome muy afortunado en ello.

Marchar al teatro mismo de la dramática

contendientes, mi neutralidad ha de ser perfecta y la verdad y discreción mis únicas consejeras.

Con estos intentos he salido de Madrid, y después de cruzar Francia, atravesar los Alpes, todavía nevados, por Mont Cenis, pasar como un meteoro por Turín, Génova, Pisa y Roma, he llegado á Nápoles para embarcarme hoy en el vapor "Konig" de la "Deustche ost Afrika Linie," para Delagoa Bay, siguiendo la costa oriental africana.

* * *

Al dejar Europa, la campaña encuéntrase en un período muy crítico.

Los acontecimientos de los últimos días han variado por completo las condiciones que hasta ahora venía presentando la guerra y ésta afectará un carácter más terrible.

No puede negarse que la última semana ha sido desastrosa para los boers. El Oeste del Orange invadido por cerca de 50,000 soldados ingleses; Cronje, con sus 4,000 heroicos compatriotas, rendido y prisionero; Kimberley y Ladysmith, libertadas; Colesberg y Rensburgo, al Norte de la Colonia del Cabo, vueltos á ocupar por las tropas británicas; Mafeking, rechazando los asaltos de los transvaalenses; y, en fin, los boers en retirada por todas partes. Este es el aspecto que ofrece la campaña en

al

á

un-

ien-

cias

ers.

asta

as-

lu-

ro y

sis-

pa-

ans-

oda-

am-

los

rale-

n los

teni-

en-

das,

que

nzar,

bles,

s ho-

paña

gle-

De la resistencia que serán capaces de desplegar los boers no puede decirse más que lo expresado por un miembro del Parlamento inglés refiriéndose á la captura de Cronje:

"En realidad, el hecho es que 40,000 soldados ingleses, con 60 cañones, han tenido que luchar ocho días para rendir 4,000 boers con seis cañones. Esto demuestra las dificultades que nos esperan."

Algunos críticos militares ingleses, de mucha competencia, se maravillan del escaso número de combatientes que Cronje llevaba consigo. Aun suponiendo que las fuerzas del general republicano Dewet, que han logrado escapar á la persecución de los ingleses, formase también parte del cuerpo de ejército de Cronje, se ve que éste apenas si llegaba á 7,000 hombres.

Esta exigua cifra explica la falta de elementos de los boers para socorrer á Cronje contra el ataque de un ejército de 40,000 ingleses. Manifiesta también que se ha exagerado el número de boers combatientes, y que éstos han hecho verdaderos milagros con las escasas fuerzas de que han dispuesto.

Ahora se comprende también por qué los boers no han podido aprovechar mejor los frutos de sus primeras victorias. La escasez de sus fuerzas limitaba su ofensiva y han tenido

SEGUNDA PARTE

CAMINO DEL TRANSVAAL

I

DESDE NAPOLES A ZANZIVAR

Al embarcar.—Situación de la guerra al salir de Europa.—Los pasajeros del "Konig."—Transvaalenses á bordo.—Carácter de la guerra.—El canal de Suez.—Conversaciones con los transvaalenses.—Las mujeres boers.—La civilización del Transvaal y del Orange.—La pretendida conspiración sudafricana contra los ingleses.—En el mar Rojo.—Conducta militar de los boers.—La mortalidad de los oficiales ingleses.

Nápoles, 2 de marzo de 1900.

Al hacerme "El Imparcial" el encargo, para mí honrosísimo, de marchar al Transvaal y relatar, como testigo de vista, todo lo que allí pudiera presenciar, hube de aceptar sin vacilación y considerándome muy afortunado en ello.

Marchar al teatro mismo de la dramática

contendientes, mi neutralidad ha de ser perfecta y la verdad y discreción mis únicas consejeras.

Con estos intentos he salido de Madrid, y después de cruzar Francia, atravesar los Alpes, todavía nevados, por Mont Cenis, pasar como un meteoro por Turín, Génova, Pisa y Roma, he llegado á Nápoles para embarcarme hoy en el vapor "Konig" de la "Deustche ost Afrika Linie," para Delagoa Bay, siguiendo la costa oriental africana.

* * *

Al dejar Europa, la campaña encuéntrase en un período muy crítico.

Los acontecimientos de los últimos días han variado por completo las condiciones que hasta ahora venía presentando la guerra y ésta afectará un carácter más terrible.

No puede negarse que la última semana ha sido desastrosa para los boers. El Oeste del Orange invadido por cerca de 50,000 soldados ingleses; Cronje, con sus 4,000 heroicos compatriotas, rendido y prisionero; Kimberley y Ladysmith, libertadas; Colesberg y Rensburgo, al Norte de la Colonia del Cabo, vueltos á ocupar por las tropas británicas; Mafeking, rechazando los asaltos de los transvaalenses; y, en fin, los boers en retirada por todas partes. Este es el aspecto que ofrece la campaña en

[illegible] al

[illegible] á

[illegible] un-

[illegible] ien-

[illegible] cias

[illegible] ers.

[illegible] asta

[illegible] has-

[illegible] lu-

[illegible] o y

[illegible] esis-

[illegible] ipa-

[illegible] ans-

[illegible] oda-

[illegible] am-

[illegible] a los

[illegible] rale-

[illegible] los

[illegible] teni-

[illegible] en-

[illegible] das,

[illegible] que

[illegible] nzar,

[illegible] bles,

[illegible] s ho-

[illegible] paña

[illegible] ngle-

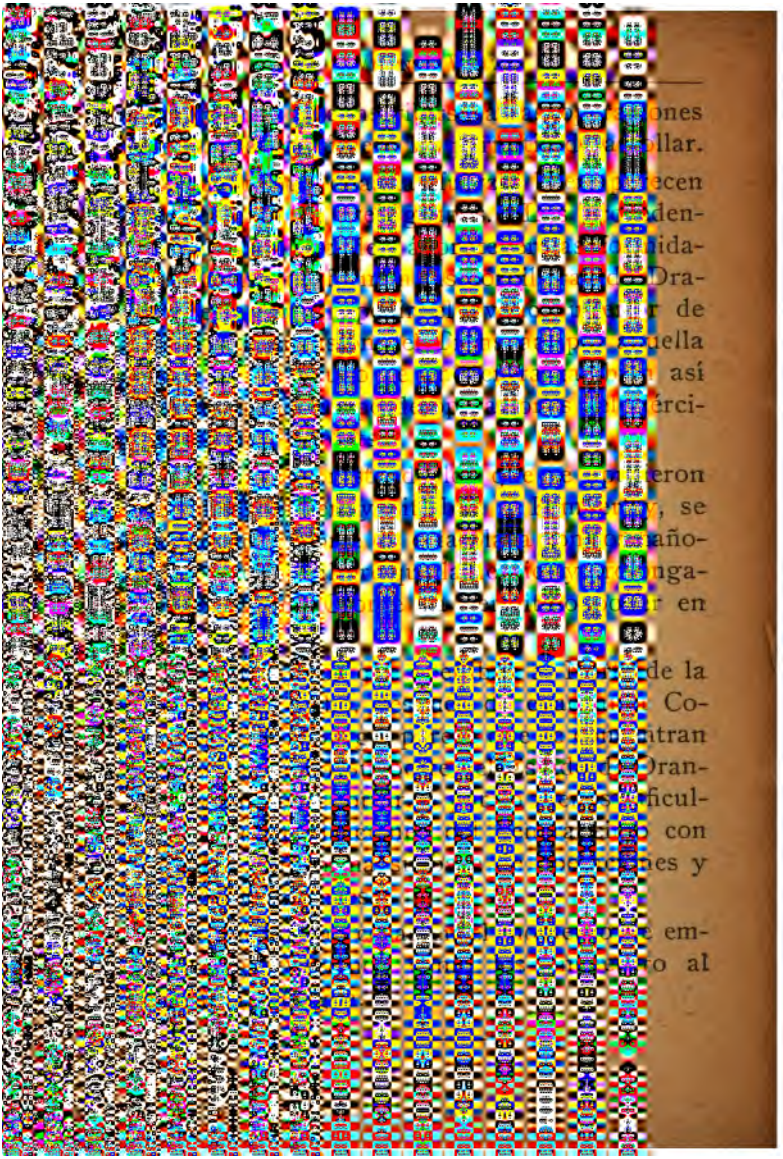
De la resistencia que serán capaces de desplegar los boers no puede decirse más que lo expresado por un miembro del Parlamento inglés refiriéndose á la captura de Cronje:

"En realidad, el hecho es que 40,000 soldados ingleses, con 60 cañones, han tenido que luchar ocho días para rendir 4,000 boers con seis cañones. Esto demuestra las dificultades que nos esperan."

Algunos críticos militares ingleses, de mucha competencia, se maravillan del escaso número de combatientes que Cronje llevaba consigo. Aun suponiendo que las fuerzas del general republicano Dewet, que han logrado escapar á la persecución de los ingleses, formase también parte del cuerpo de ejército de Cronje, se ve que éste apenas si llegaba á 7,000 hombres.

Esta exigua cifra explica la falta de elementos de los boers para socorrer á Cronje contra el ataque de un ejército de 40,000 ingleses. Manifiesta también que se ha exagerado el número de boers combatientes, y que éstos han hecho verdaderos milagros con las escasas fuerzas de que han dispuesto.

Ahora se comprende también por qué los boers no han podido aprovechar mejor los frutos de sus primeras victorias. La escasez de sus fuerzas limitaba su ofensiva y han tenido



A bordo del "Koning," 6 de marzo.

Hoy es el quinto día de nuestra navegación, y esperamos llegar á Port-Said esta noche.

El tiempo ha sido frío, con viento fuerte y lluvia á ratos. Pasamos el estrecho de Messina con gran cerrazón, distinguiendo apenas, á pesar de la corta distancia, á la izquierda la costa napolitana y á la derecha la de Sicilia.

Después cielo y agua, y hemos cruzado el "Marenostrum" en medio de la mayor soledad; quiero decir, sin haber encontrado un solo barco después de pasado el estrecho de Messina.

* * *

El "Konig" es un barco alemán de 6,300 toneladas, el mejor de los que, pertenecientes á la Compañía "Deustche Ost Afrika Linie," hacen la carrera desde Hamburgo á Durban.

Lleva á bordo en este viaje unos 400 pasajeros en total.

El núcleo de los de tercera clase lo forma un pelotón de soldados portugueses y buen número de emigrantes de la misma nacionalidad, que van á distintos puntos de los territorios de Mozambique. Van también muchos holandeses y alemanes y algún francés.

De los 95 pasajeros de primera clase, 59 vamos á Delagoa Bay; los 36 restantes se distribuirán entre Port-Said, Tanga, Dar-es-Salaam,

I

DESDE NAPOLES A ZANZIVAR

Al embarcar.—Situación de la guerra al salir de Europa.—Los pasajeros del "Konig."—Transvaalenses á bordo.—Carácter de la guerra.—El canal de Suez.—Conversaciones con los transvaalenses.—Las mujeres boers.—La civilización del Transvaal y del Orange.—La pretendida conspiración sudafricana contra los ingleses.—En el mar Rojo.—Conducta militar de los boers.—La mortalidad de los oficiales ingleses.

Nápoles, 2 de marzo de 1900.

Al hacerme "El Imparcial" el encargo, para mí honrosísimo, de marchar al Transvaal y relatar, como testigo de vista, todo lo que allí pudiera presenciar, hube de aceptar sin vacilación y considerándome muy afortunado en ello.

Marchar al teatro mismo de la dramática

contendientes, mi neutralidad ha de ser perfecta y la verdad y discreción mis únicas consejeras.

Con estos intentos he salido de Madrid, y después de cruzar Francia, atravesar los Alpes, todavía nevados, por Mont Cenis, pasar como un meteoro por Turín, Génova, Pisa y Roma, he llegado á Nápoles para embarcarme hoy en el vapor "Konig" de la "Deustche ost Afrika Linie," para Delagoa Bay, siguiendo la costa oriental africana.

* * *

Al dejar Europa, la campaña encuéntrase en un período muy crítico.

Los acontecimientos de los últimos días han variado por completo las condiciones que hasta ahora venía presentando la guerra y ésta afectará un carácter más terrible.

No puede negarse que la última semana ha sido desastrosa para los boers. El Oeste del Orange invadido por cerca de 50,000 soldados ingleses; Cronje, con sus 4,000 heroicos compatriotas, rendido y prisionero; Kimberley y Ladysmith, libertadas; Colesberg y Rensburgo, al Norte de la Colonia del Cabo, vueltos á ocupar por las tropas británicas; Mafeking, rechazando los asaltos de los transvaalenses; y, en fin, los boers en retirada por todas partes. Este es el aspecto que ofrece la campaña en

[illegible] al

[illegible] á

[illegible] un-

[illegible] en-

[illegible] ías

[illegible] ers.

[illegible] sta

[illegible] as-

[illegible] du-

[illegible] o y

[illegible] sis-

[illegible] pa-

[illegible] ans-

[illegible] oda-

[illegible] am-

[illegible] los

[illegible] rale-

[illegible] los

[illegible] reni-

[illegible] en-

[illegible] edas,

[illegible] que

[illegible] zar,

[illegible] bles,

[illegible] ho-

[illegible] aña

[illegible] gle-

De la resistencia que serán capaces de desplegar los boers no puede decirse más que lo expresado por un miembro del Parlamento inglés refiriéndose á la captura de Cronje:

"En realidad, el hecho es que 40,000 soldados ingleses, con 60 cañones, han tenido que luchar ocho días para rendir 4,000 boers con seis cañones. Esto demuestra las dificultades que nos esperan."

Algunos críticos militares ingleses, de mucha competencia, se maravillan del escaso número de combatientes que Cronje llevaba consigo. Aun suponiendo que las fuerzas del general republicano Dewet, que han logrado escapar á la persecución de los ingleses, formase también parte del cuerpo de ejército de Cronje, se ve que éste apenas si llegaba á 7,000 hombres.

Esta exigua cifra explica la falta de elementos de los boers para socorrer á Cronje contra el ataque de un ejército de 40,000 ingleses. Manifiesta también que se ha exagerado el número de boers combatientes, y que éstos han hecho verdaderos milagros con las escasas fuerzas de que han dispuesto.

Ahora se comprende también por qué los boers no han podido aprovechar mejor los frutos de sus primeras victorias. La escasez de sus fuerzas limitaba su ofensiva y han tenido

I

DESDE NAPOLES A ZANZIVAR

Al embarcar.—Situación de la guerra al salir de Europa.—Los pasajeros del "Konig."—Transvaalenses á bordo.—Carácter de la guerra.—El canal de Suez.—Conversaciones con los transvaalenses.—Las mujeres boers.—La civilización del Transvaal y del Orange.—La pretendida conspiración sudafricana contra los ingleses.—En el mar Rojo.—Conducta militar de los boers.—La mortalidad de los oficiales ingleses.

Nápoles, 2 de marzo de 1900.

Al hacerme "El Imparcial" el encargo, para mí honrosísimo, de marchar al Transvaal y relatar, como testigo de vista, todo lo que allí pudiera presenciar, hube de aceptar sin vacilación y considerándome muy afortunado en ello.

Marchar al teatro mismo de la dramática

contienda cuyo desarrollo sigue con tanto interés el mundo entero; hablar con los personajes principales que en ella intervienen; presenciar sus actos; recoger las impresiones, frescas y auténticas, de los naturales del país y las relaciones de los combatientes; ver sobre el terreno las cosas, el país tal como es y los hechos tal como son...., todo eso tiene un valor tan grande y un atractivo tan intenso, que creo que nadie pudiera resistir la tentación ante la posibilidad de realizarlo.

Luego, en el campo inglés, los corresponsales se cuentan no por docenas, sino por cientos; pero de los del campo boer apenas se tiene noticia, y desde el principio de la campaña casi no hay más versiones que las que, restringidas por las necesidades de la censura, envían dichos corresponsales ingleses.

Es, pues, de un interés inmenso obtener noticias directas, hasta ahora vedadas, del campo boer, del territorio bloqueado; y es el propósito que yo, con carácter perfectamente neutral y ajeno por completo á la contienda, me interne en el Transvaal y el Orange y relate sencillamente mis impresiones sin prejuzgar nada y con imparcialidad absoluta.

No hay duda que, si la suerte me ayuda, mi trabajo puede ser interesante. Juzgo que en ninguno de los dos campos he de encontrar dificultades, pues mi respeto es igual por ambos

contendientes, mi neutralidad ha de ser perfecta y la verdad y discreción mis únicas consejeras.

Con estos intentos he salido de Madrid, y después de cruzar Francia, atravesar los Alpes, todavía nevados, por Mont Cenis, pasar como un meteoro por Turín, Génova, Pisa y Roma, he llegado á Nápoles para embarcarme hoy en el vapor "Konig" de la "Deustche ost Afrika Linie," para Delagoa Bay, siguiendo la costa oriental africana.

* * *

Al dejar Europa, la campaña encuéntrase en un período muy crítico.

Los acontecimientos de los últimos días han variado por completo las condiciones que hasta ahora venía presentando la guerra y ésta afectará un carácter más terrible.

No puede negarse que la última semana ha sido desastrosa para los boers. El Oeste del Orange invadido por cerca de 50,000 soldados ingleses; Cronje, con sus 4,000 heroicos compatriotas, rendido y prisionero; Kimberley y Ladysmith, libertadas; Colesberg y Rensburgo, al Norte de la Colonia del Cabo, vueltos á ocupar por las tropas británicas; Mafeking, rechazando los asaltos de los transvaalenses; y, en fin, los boers en retirada por todas partes. Este es el aspecto que ofrece la campaña en

el momento en que emprendo mi marcha al país donde se lucha.

Pero juzgo que se equivocaría de medio á medio el que crea que los últimos sucesos anuncian el próximo fin de la guerra. Quien tal piense no conoce á los ingleses, ni tiene noticias exactas de la firmísima decisión de los boers. Inglaterra no oirá proposiciones de paz hasta no haberse apoderado de Pretoria, ó bien hasta que el país se mostrase cansado de una lucha larga y costosísima en vidas y en dinero y de resultados problemáticos.

Los boers están decididos á llevar su resistencia hasta el último extremo. Sus principales defensas están en las fronteras del Transvaal, y á estas líneas no se ha llegado todavía después de cuatro meses y medio de campaña.

La guera dentro del Transvaal será para los ingleses muy difícil y penosa por la naturaleza del clima y del terreno, dificultad en los transportes, aprovisionamientos y mantenimiento de las comunicaciones; porque se encontrarán con líneas de defensa tremendas, muy cuidadosamente estudiadas y en las que se opondrán á cada paso que intenten avanzar, y luego con guerrilleros audaces, incansables, conocedores del país, molestándoles á todas horas sin darles punto de reposo. La campaña verdaderamente dura y terrible para los ingleses comenzará entonces.

De la resistencia que serán capaces de desplegar los boers no puede decirse más que lo expresado por un miembro del Parlamento inglés refiriéndose á la captura de Cronje:

"En realidad, el hecho es que 40,000 soldados ingleses, con 60 cañones, han tenido que luchar ocho días para rendir 4,000 boers con seis cañones. Esto demuestra las dificultades que nos esperan."

Algunos críticos militares ingleses, de mucha competencia, se maravillan del escaso número de combatientes que Cronje llevaba consigo. Aun suponiendo que las fuerzas del general republicano Dewet, que han logrado escapar á la persecución de los ingleses, formase también parte del cuerpo de ejército de Cronje, se ve que éste apenas si llegaba á 7,000 hombres.

Esta exigua cifra explica la falta de elementos de los boers para socorrer á Cronje contra el ataque de un ejército de 40,000 ingleses. Manifiesta también que se ha exagerado el número de boers combatientes, y que éstos han hecho verdaderos milagros con las escasas fuerzas de que han dispuesto.

Ahora se comprende también por qué los boers no han podido aprovechar mejor los frutos de sus primeras victorias. La escasez de sus fuerzas limitaba su ofensiva y han tenido

siempre que circunscribirse á las operaciones que su escaso número les permitía desarrollar.

Actualmente todas las fuerzas boers parecen concentrarse en tres grupos. Los procedentes del Natal acuden á proteger las formidables líneas que forman las cordilleras de Drakensberg para impedir el avance ulterior de Buller y la invasión del Transvaal por aquella parte. Este grupo se encuentra también así más cerca del campo de operaciones del ejército de Lord Roberts.

Otro núcleo, resto de los que se opusieron á Lord Methuen y sitiaban á Kimberley, se concentra al Norte de esta plaza con los cañones de grueso calibre que la heroica y prolongada defensa de Cronje ha permitido poner en salvo.

Por último, los que operaban al Norte de la Colonia del Cabo, después de evacuar á Colesberg y Rensburgo, parece que se concentran hacia el extremo Sudoeste del Estado de Orange, tratando de cortar, ó por lo menos dificultar, las comunicaciones del generalísimo con De Aar, que forma su base de operaciones y aprovisionamientos.

Así quedan las cosas en el momento de embarcarme. Veremos cómo las encuentro al arribar á Delagoa.

A bordo del "Koning," 6 de marzo.

Hoy es el quinto día de nuestra navegación, y esperamos llegar á Port-Said esta noche.

El tiempo ha sido frío, con viento fuerte y lluvia á ratos. Pasamos el estrecho de Messina con gran cerrazón, distinguiendo apenas, á pesar de la corta distancia, á la izquierda la costa napolitana y á la derecha la de Sicilia.

Después cielo y agua, y hemos cruzado el "Marenostrum" en medio de la mayor soledad; quiero decir, sin haber encontrado un solo barco después de pasado el estrecho de Messina.

* * *

El "Konig" es un barco alemán de 6,300 toneladas, el mejor de los que, pertenecientes á la Compañía "Deustche Ost Afrika Linie," hacen la carrera desde Hamburgo á Durban.

Lleva á bordo en este viaje unos 400 pasajeros en total.

El núcleo de los de tercera clase lo forma un pelotón de soldados portugueses y buen número de emigrantes de la misma nacionalidad, que van á distintos puntos de los territorios de Mozambique. Van también muchos holandeses y alemanes y algún francés.

De los 95 pasajeros de primera clase, 59 vamos á Delagoa Bay; los 36 restantes se distribuirán entre Port-Said, Tanga, Dar-es-Salaam,

Zanzíbar, Mozambique, Beira, Chindo, Quelimane y Durban, que son los distintos puntos de escala del vapor.

De los citados 95 pasajeros, 22 son portugueses, todos ellos con destinos civiles ó militares para las colonias lusitanas; cuatro ingleses, dos norteamericanos, un ruso y un español. El resto, ó sea la mayor parte del pasaje, lo constituyen holandeses y alemanes.

Van también en el buque cinco transvaalenses, todos ellos tipos muy singulares y con los cuales he tenido ya conversaciones interesantes.

Uno de ellos salió del Transvaal acompañando al excónsul norteamericano en Pretoria, Mr. Macrum, en el viaje de éste á Europa, de paso para los Estados Unidos, y ahora vuelve al Transval á ocuparse de sus asuntos. Este ciudadano de Pretoria está, pues, muy al corriente de todos los detalles de la situación de su país hasta hace muy poco tiempo.

Los otros transvaalenses á bordo han estado también ausentes de su patria poco tiempo y vuelven á ella después de cortas excursiones por recreo ó por negocios particulares en Inglaterra, Países Bajos y Alemania.

* * *

A pesar de presentar el pasaje una mezcla de tantos tipos, de tantos pueblos, idiomas y

caracteres, reina á bordo muy buena armonía.

Un aviso colocado en los puntos más visibles del barco suplica á los pasajeros que eviten toda clase de discusiones políticas, pero en rigor no era necesaria esta advertencia.

Los portugueses forman núcleo aparte y hablan, comen y se divierten juntos.

Todos los demás pasajeros, incluso los ingleses, parece que son del mismo modo de pensar en todo y ni se preguntan ni discuten nada. Todos van á Africa por algo, pero tácitamente han establecido el mismo convenio y procedimiento, y nadie pregunta á nadie á dónde va, ni de dónde viene, ni promueve discusiones, ni suscita cuestión alguna.

Será curioso ver el modo de distribuirse en el Africa del Sur toda esa gente.

Por lo pronto todos son jóvenes, fuertes, robustos, decididos. Gente rica que va donde sus simpatías la impulsan. Y algo grande debe haber en esta corriente que lleva en la misma dirección y junta en aspiraciones idénticas al hijo del opulento banquero holandés; al joven aristocrático alemán que viaja con su ayo; al exoficial de la marina rusa que deja su carrera en los mejores años de su vida; al millonario yankee, teniente de caballería, que fué á Filipinas por **sport**, no quiere seguir combatiendo á los tagalos que pelean por su libertad y busca otras campañas y otras luchas; á es-

contendientes, mi neutralidad ha de ser perfecta y la verdad y discreción mis únicas consejeras.

Con estos intentos he salido de Madrid, y después de cruzar Francia, atravesar los Alpes, todavía nevados, por Mont Cenis, pasar como un meteoro por Turín, Génova, Pisa y Roma, he llegado á Nápoles para embarcarme hoy en el vapor "Konig" de la "Deustche ost Afrika Linie," para Delagoa Bay, siguiendo la costa oriental africana.

* * *

Al dejar Europa, la campaña encuéntrase en un período muy crítico.

Los acontecimientos de los últimos días han variado por completo las condiciones que hasta ahora venía presentando la guerra y ésta afectará un carácter más terrible.

No puede negarse que la última semana ha sido desastrosa para los boers. El Oeste del Orange invadido por cerca de 50,000 soldados ingleses; Cronje, con sus 4,000 heroicos compatriotas, rendido y prisionero; Kimberley y Ladysmith, libertadas; Colesberg y Rensburgo, al Norte de la Colonia del Cabo, vueltos á ocupar por las tropas británicas; Mafeking, rechazando los asaltos de los transvaalenses; y, en fin, los boers en retirada por todas partes. Este es el aspecto que ofrece la campaña en

el momento en que emprendo mi marcha al país donde se lucha.

Pero juzgo que se equivocaría de medio á medio el que crea que los últimos sucesos anuncian el próximo fin de la guerra. Quien tal piense no conoce á los ingleses, ni tiene noticias exactas de la firmísima decisión de los boers. Inglaterra no oirá proposiciones de paz hasta no haberse apoderado de Pretoria, ó bien hasta que el país se mostrase cansado de una lucha larga y costosísima en vidas y en dinero y de resultados problemáticos.

Los boers están decididos á llevar su resistencia hasta el último extremo. Sus principales defensas están en las fronteras del Transvaal, y á estas líneas no se ha llegado todavía después de cuatro meses y medio de campaña.

La guera dentro del Transvaal será para los ingleses muy difícil y penosa por la naturaleza del clima y del terreno, dificultad en los transportes, aprovisionamientos y mantenimiento de las comunicaciones; porque se encontrarán con líneas de defensa tremendas, muy cuidadosamente estudiadas y en las que se opondrán á cada paso que intenten avanzar, y luego con guerrilleros audaces, incansables, conocedores del país, molestándoles á todas horas sin darles punto de reposo. La campaña verdaderamente dura y terrible para los ingleses comenzará entonces.

De la resistencia que serán capaces de desplegar los boers no puede decirse más que lo expresado por un miembro del Parlamento inglés refiriéndose á la captura de Cronje:

"En realidad, el hecho es que 40,000 soldados ingleses, con 60 cañones, han tenido que luchar ocho días para rendir 4,000 boers con seis cañones. Esto demuestra las dificultades que nos esperan."

Algunos críticos militares ingleses, de mucha competencia, se maravillan del escaso número de combatientes que Cronje llevaba consigo. Aun suponiendo que las fuerzas del general republicano Dewet, que han logrado escapar á la persecución de los ingleses, formase también parte del cuerpo de ejército de Cronje, se ve que éste apenas si llegaba á 7,000 hombres.

Esta exigua cifra explica la falta de elementos de los boers para socorrer á Cronje contra el ataque de un ejército de 40,000 ingleses. Manifiesta también que se ha exagerado el número de boers combatientes, y que éstos han hecho verdaderos milagros con las escasas fuerzas de que han dispuesto.

Ahora se comprende también por qué los boers no han podido aprovechar mejor los frutos de sus primeras victorias. La escasez de sus fuerzas limitaba su ofensiva y han tenido

siempre que circunscribirse á las operaciones que su escaso número les permitía desarrollar.

Actualmente todas las fuerzas boers parecen concentrarse en tres grupos. Los procedentes del Natal acuden á proteger las formidables líneas que forman las cordilleras de Drakensberg para impedir el avance ulterior de Buller y la invasión del Transvaal por aquella parte. Este grupo se encuentra también así más cerca del campo de operaciones del ejército de Lord Roberts.

Otro núcleo, resto de los que se opusieron á Lord Methuen y sitiaban á Kimberley, se concentra al Norte de esta plaza con los cañones de grueso calibre que la heroica y prolongada defensa de Cronje ha permitido poner en salvo.

Por último, los que operaban al Norte de la Colonia del Cabo, después de evacuar á Colesberg y Rensburgo, parece que se concentran hacia el extremo Sudoeste del Estado de Orange, tratando de cortar, ó por lo menos dificultar, las comunicaciones del generalísimo con De Aar, que forma su base de operaciones y aprovisionamientos.

Así quedan las cosas en el momento de embarcarme. Veremos cómo las encuentro al arribar á Delagoa.

A bordo del "Koning," 6 de marzo.

Hoy es el quinto día de nuestra navegación, y esperamos llegar á Port-Said esta noche.

El tiempo ha sido frío, con viento fuerte y lluvia á ratos. Pasamos el estrecho de Messina con gran cerrazón, distinguiendo apenas, á pesar de la corta distancia, á la izquierda la costa napolitana y á la derecha la de Sicilia.

Después cielo y agua, y hemos cruzado el "Marenostrum" en medio de la mayor soledad; quiero decir, sin haber encontrado un solo barco después de pasado el estrecho de Messina.

* * *

El "Konig" es un barco alemán de 6,300 toneladas, el mejor de los que, pertenecientes á la Compañía "Deustche Ost Afrika Linie," hacen la carrera desde Hamburgo á Durban.

Lleva á bordo en este viaje unos 400 pasajeros en total.

El núcleo de los de tercera clase lo forma un pelotón de soldados portugueses y buen número de emigrantes de la misma nacionalidad, que van á distintos puntos de los territorios de Mozambique. Van también muchos holandeses y alemanes y algún francés.

De los 95 pasajeros de primera clase, 59 vamos á Delagoa Bay; los 36 restantes se distribuirán entre Port-Said, Tanga, Dar-es-Salaam,

Las mujeres boers de hoy día, madres, esposas ó hijas de los hombres que combaten, están tan convencidas de que la causa por la cual las Repúblicas pelean es la más justa, que manifiestan, si cabe, más decisión que los varones.

Por turno van ellas al campo de operaciones, llevando consigo cuanto puede servir de utilidad ó alivio á los hombres en campaña, sirven de enfermeras y vuelven á sus granjas, aldeas ó ciudades acompañando á los heridos, después de haberlos ayudado en los combates mismos.

Las que quedan en los sitios adonde no ha llegado la guerra se reunen por grupos en las casas de unas ú otras á preparar equipos para los combatientes, hilas y vendajes para los heridos, banastas con provisiones para todos.

Y es de notar que, á pesar de su odio á Inglaterra, no dejan de prestar también los beneficios de sus cuidados á los mismos prisioneros ingleses.—¡Estos pobres muchachos—dicen refiriéndose á los soldados—no saben por lo que pelean y no han hecho más que obedecer á los que les mandan!

Esto no lo digo yo solo—añadió mi compañero de viaje,—lo han dicho también los mismos prisioneros escribiendo á sus familias y cuantos extranjeros han presenciado estos hechos y los han podido publicar después.

* * *

—Porque otra de las armas que constantemente ha esgrimido Inglaterra contra nosotros —prosiguió el boer—ha sido la de la calumnia.

En sus periódicos, en sus libros y en sus discursos los ingleses han procurado presentarnos ante todas las naciones civilizadas como un pueblo ignorante, fanático, semisalvaje y cruel y corrompido.

Desgraciadamente, tanto y tanto propagaron estas ideas, que nos cuesta mucho trabajo rectificarlas.

Los hechos, sin embargo, van demostrando la absoluta sinrazón de las imputaciones inglesas.

Contra la afirmación de que somos ignorantes, está el que los hijos de nuestras principales familias se han educado y graduado en Europa, en las mejores Universidades y colegios de Alemania, Francia é Inglaterra, y está también el número y organización de nuestras escuelas de todos los grados.

Que no somos fanásticos ni intransigentes, lo prueba la hospitalidad que hemos dado en nuestro país á hombres de todas razas y creencias, concediéndoles derechos que en ningún otro país encuentra con tanta facilidad la masa emigrante.

En favor de nuestra laboriosidad y civilización hablan los territorios que en menos de medio siglo hemos colonizado y cultivado, convirtiendo en países prósperos y civilizados lo que hace cincuenta años eran lugares agrestes y salvajes, habitados solamente por fieras y por hordas de bárbaros á quienes los ingleses han ayudado muchas veces contra nosotros.

Nuestra organización política es más liberal que la de muchas naciones civilizadas. El Orange es uno de los Estados mejor gobernados en el mundo, y el Transvaal ha hecho más progresos educativos en diez años que Inglaterra en medio siglo.

Nuestra administración de justicia puede sostener la comparación con el modelo más perfecto que se presente en Europa ó en América.

Se habla también de la corrupción de nuestra administración, y en esto, como en todo lo demás, las afirmaciones inglesas son completamente infundadas.

Desde el descubrimiento de las minas de oro, los boers que hasta entonces sólo habían sido agricultores y ganaderos, tuvieron que pensar en la organización de una buena administración, y cuantos han estudiado y comparado la administración del Witwatersrand (región de los campos de oro del Transvaal)

con las de los demás países mineros, convienen en que la organizada por los boers es la mejor; muy superior á las de las explotaciones auríferas de California, Australia y Klondike, y que no ha dado nunca motivo á las turbulencias y conflictos que han ocurrido siempre en otros distritos mineros y que con tanta frecuencia se han producido en la misma Gricualandia, bajo la administración inglesa.

* * *

Permítame usted—dijo el boer—que me haya extendido en todo esto; pero son tan contadas las ocasiones que se nos presentan de dar á conocer al mundo el verdadero carácter y las exactas condiciones de nuestro pueblo, que no podemos menos de aprovecharlas para desvanecer cuantos errores y falsos prejuicios se han extendido acerca del pueblo boer.

De cómo hacemos la guerra y cómo tratamos á los prisioneros, no tengo necesidad de hablar. Los hechos, á pesar de la censura inglesa, son cada día más conocidos, y me atrevo á asegurar que en este punto contamos con las simpatías de todo el mundo civilizado y hasta con el respeto de Inglaterra misma.

* * *

—Y ¿qué me dice usted de la conspiración de todos los elementos de raza holandesa en el

Africa Austral para echar de allí á los ingleses y formar una gran nacionalidad, los Estados Unidos del Africa del Sur, bajo la bandera de las Repúblicas boers? He oído decir en Inglaterra que ese peligro es lo que ha decidido á Mr. Chamberlain á provocar la guerra, calculando, sin duda, que cuanto más tiempo transcurriese, de más medios dispondrían los conspiradores para conseguir su objeto.

—Esa conspiración no ha existido más que en la mente de algunos individuos. Desafío á que nadie presente pruebas positivas de su existencia. No podrán aducirse sencillamente porque no ha habido tal conspiración. Los colonos de raza holandesa existentes en el Cabo han tenido siempre, como es natural, grandes simpatías por sus afines los del Transvaal y del Orange, pero no ha habido más que esto. Desde 1895, el Transvaal empezó á armarse ante la agitación cada vez mayor y más agresiva de los **uitlanders**; después de la irrupción del Dr. Jameson, los armamentos continuaron como era muy lógico; se construyeron fuertes en Bloemfontein, Johannesburgo y Pretoria, pero éstos tenían por objeto defender esas ciudades, no efectuar invasiones. Los colonos del Cabo no se han armado como lo hubieran hecho si se hubiese proyectado un alzamiento general. Esté usted seguro que los propósitos de los boers han sido solamente defensivos.

Lo han demostrado bastante al no provocar la guerra cuando los ingleses tenían fuerzas reducidísimas en el Africa, y entonces sí que hubiera sido posible, de haber existido la pretendida conspiración, derrocar el imperio británico en Africa, contando con la ayuda de los boers avecindados en el Cabo y en el Natal. Pero ya ve usted cómo nada de esto ha sucedido.

—Sin embargo, tengo entendido que son muchos los colonos de raza holandesa del Natal y del Cabo que se hallan ahora peleando al lado de los transvaalenses y orangistas.

—No pasarán seguramente de 5,000 hombres procedentes la mayor parte de los distritos fronterizos, y unidos, por lo tanto, por vínculos de familia, comunidades de intereses y de ideas con sus vecinos. 5,000 hombres no representa gran cosa al lado de la población total de raza holandesa existente en las dos colonias. Pero ahora sí; la conducta de Inglaterra ha producido gran indignación entre toda esa gente; ha aumentado sus simpatías por los boers de las dos Repúblicas; y la injusticia con que se quiere despojar á éstos de su nacionalidad no ha podido menos de provocar un movimiento natural de aproximación entre individuos de la misma sangre. Así es que pudiera muy bien suceder que se realizara de un momento

á otro lo que antes era solamente fantasía ó temor infundado entre algunos ingleses.

* * *

Con esto terminó una de mis más interesantes conversaciones con el pasajero transvaalense.

La reproduzco casi íntegra, sin prejuzgar ni comentar nada. Creo que todo cronista debe transmitir con la mayor fidelidad y sinceridad las versiones y puntos de vista de los antagonistas, para que así el público imparcial pueda formar juicio más exacto de las cosas.

Y así como conocemos á diario lo que los periódicos ingleses nos dicen, creo que debe saberse también la opinión de los boers.

* * *

En el Mar Rojo, 12 de marzo.

Cinco días llevamos ya de travesía en el Mar Rojo sufriendo temperaturas que oscilan entre 44 y 46 grados á la sombra.

De cuando en cuando fortísimos ventarrones, soplando ya sea del SE., ya del SO., ó sea, bien procedentes de los desiertos de la Arabia, bien de los de Egipto, contribuyen á hacer aún más penoso el viaje, pues en vez de refrescar la atmósfera resecan y abrasan.

Durante los dos primeros días de navega-

ción por el Mar Rojo se distinguían á la derecha las costas egipcias y á la izquierda las de la Arabia. Tierras bajas primero, algunos montículos después, y, por último, dos cadenas de montañas, una á cada lado, mostrando sus escuetas cumbres saliendo de entre lechos de arena que el viento acumula en sus faldas.

Al anochecer del día 9 se dejaron de ver á nuestra izquierda los últimos picachos de las derivaciones del Sinaí; ayer hemos pasado á la altura de la Meca, y esta mañana desfilamos delante de los islotes de Farisan. Ya tenemos, pues, á la derecha las costas de Abisinia y pronto entraremos en el estrecho de Bab-el Mandel.

Mañana 13 estaremos á la vista de Aden, si el fuerte viento que llevamos de proa no nos retrasa, y aun cuando no tocaremos en dicho puerto arábigo, por causa de la peste, probablemente anclaremos en bahía para tomar carbón.

* * *

Los largos ocios que la vida á bordo proporciona en esta larga travesía, de ningún modo puedo ocuparlos mejor que conversando con los viajeros transvaalenses, que vienen á ser para mí fuentes vivas de conocimiento acerca del país que voy á visitar.

Aunque parezca extraño, los referidos trans-

873245

vaalenses son los que menos impaciencia muestran por saber noticias cuando llegamos á puerto.

—Cualesquiera que sean los incidentes de la guerra—dicen,—estamos tranquilos respecto al resultado final.

—¿De modo que confían ustedes en el triunfo?

—No hay boer que no lo tenga por seguro. Lo que ignoramos es lo que durará la lucha y los sacrificios que al Transvaal y el Orange les costará ésta.

Como cosa há largo tiempo esperada y siempre tenida por irremediable, nos hemos preparado lo mejor posible, y la ruptura de hostilidades nos causó dolor, pero no sorpresa ni sobresalto.

Como todo el mundo en las Repúblicas sudafricanas juzga que la guerra será muy larga, tienen ya hecho el ánimo á ello y proceden en consecuencia.

En Pretoria, por ejemplo, á la fecha de las últimas noticias recibidas en Holanda, la vida casi presentaba su aspecto normal. La mayor parte de las casas de negocios siguen abiertas. Es cierto que casi todos los hombres útiles salieron á campaña tan pronto como estalló la guerra, incluso los empleados públicos, los hombres de profesiones liberales, los comerciantes; todos, en fin, ricos y pobres, sin dis-

tinción de clases, pero todos ellos vuelven por turno á sus hogares, según las necesidades de la guerra lo consienten, descansan algún tiempo, se reparan su equipo, despachan sus asuntos urgentes y vuelven al campo de operaciones; y en estas idas y venidas todos muestran la misma calma y serenidad que si se tratara de los negocios más normales de la vida corriente.

Durante el bloqueo de Ladysmith las fuerzas sitiadoras se han renovado por completo cinco ó seis veces.

Somos muy pocos para combatir tanta gente como Inglaterra envía y tenemos que mirar bien lo que hacemos, ahorrar vidas y atender no sólo á la pelea, sino á todo lo demás que la existencia de nuestro país exige.

Por estas razones los boers limitan en cuanto pueden su campaña á operaciones defensivas. La naturaleza del terreno, el conocimiento de éste, su gran destreza en el tiro y su gran movilidad, son sus grandes ventajas en su guerra de defensa.

El no usar bayonetas y, aun siendo todas plazas montadas, no usar armas de las que emplea la Caballería, es prueba de que nunca han pensado en una guerra verdadermente ofensiva.

Si invadieron el Natal, fué porque el haber arrollado las primeras fuerzas inglesas se lo

permitió fácilmente, consiguiendo así, además del efecto moral, dos grandes ventajas de mucha importancia estratégica: primera, aumentar las líneas de defensa cuando los ingleses empezasen el ataque en fuerza; y así ha sucedido que el ejército de Buller, en vez de encontrar, como primera línea que atacar, la cordillera de los Drakenbergen, se ha visto detenido en el Tugela, necesitando **cuatro meses** y perder más de **8,000 hombres** para forzar esta primera línea.

La segunda ventaja es que la ocupación de una extensa parte del Natal ha proporcionado á los boers gran cantidad de recursos de toda clase, especialmente provisiones, caballos y hombres, y sobre todo la posesión de la rica cuenca hullera de Dundee.

En efecto, las minas de carbón de tal distrito constituyen el principal recurso para los aprovisionamientos de hulla en toda la costa oriental, y el haberse apoderado de ellas los boers, no sólo ha sido una pérdida importantísima para los ingleses, dificultando y encareciendo mucho las operaciones de la escuadra y de los trenes del Sur del Natal, sino que, proporciona á los repúblicanos cuanto carbón necesiten para sus ferrocarriles y para todas las necesidades del país.

Si los boers tuviesen que replegarse por completo dentro de las fronteras del Trans-

vaal, y por lo tanto se viesen obligados á abandonar las minas de carbón del territorio inglés de Dundee, puede tenerse por seguro que destruirán dichas minas antes que dejar que Inglaterra vuelva á aprovecharse de ellas.

* * *

—Una de las cosas que más han llamado la atención en toda Europa, acerca de esta guerra extraordinaria—dije á uno de los transvaalenses,—es la enorme desproporción entre las bajas de los jefes y oficiales ingleses y las de los soldados. Esto en los primeros encuentros no causó gran sorpresa, sabiéndose que los boers son tan buenos tiradores y que los oficiales británicos avanzaban siempre con gran bravura á la cabeza de sus soldados. Pero la mortalidad entre los jefes ha continuado siempre siendo terrible, á pesar de haber tomado toda clase de precauciones para que el enemigo no los distinga de los soldados. ¿Cómo puede usted explicarme esto?

—En primer lugar—me contestó el transvaalense, que, dicho sea de paso, es un doctor en medicina graduado en Alemania,—no debe extrañar á nadie que los boers procuren hacer más bajas entre los jefes enemigos que entre los soldados. Además del efecto moral y de la mayor pérdida positiva que representan las bajas entre la oficialidad, bajas difíciles de re-

poner, porque buenos oficiales no se improvisan, está la siguiente consideración que con gran sentido práctico hizo uno de los jefes boers en uno de los consejos de guerra celebrados al principio de la campaña:

"Esta lucha no se verifica en condiciones iguales para ambos beligerantes. Ved nuestras fuerzas. No hay en ellas un hombre que no tenga una profesión ú oficio de qué vivir, ó una tierra que cultivar, y siempre una familia que sostener. El enemigo, en cambio, envía para combatirnos soldados de oficio, gente que ha elegido este modo de vivir, que está pagada para hacer la guerra. Los oficiales son los únicos que pueden considerarse como hombres de profesión, y generalmente, con familias. Contra éstos, pues, debemos principalmente dirigirnos. Es muy sensible, pero ellos son los que deben ser principalmente el blanco de nuestros tiradores. Los soldados no se cuentan más que como números. Las pérdidas que harán mella en Inglaterra serán solamente las de los jefes, y la vida de cada ciudadano boer vale, por lo menos, tanto como la de cualquier oficial inglés."

—Comprendo esto—contesté; pero ¿cómo se las arreglan los tiradores boers para seguir acertando á los oficiales con preferencia á los soldados, cuando ya no llevan símbolo alguno, ni aun armas que los diferencien?

—¡Oh! siempre hay modo de distinguirlos. Nuestros tiradores escogidos, de los cuales hay siempre un buen número en cada **comando,** usan magníficos gemelos de campaña. En cambio la mayor parte de los oficiales ingleses, ¿sabe usted lo que llevan? El **monóculo,** aditamento muy elegante y muy vistoso en los paseos, en los clubs y en las tertulias; pero en esta guerra del Africa del Sur muy peligroso, porque reflejando la luz del sol, forma un punto brillante que se distingue á grandes distancias y ofrece magnífico blanco á los tiradores boers.

* * *

De este modo resulta que no hay día que en mis conversaciones con mis compañeros de viaje no adquiera interesantes detalles acerca de la campaña, considerándome muy afortunado con esta circunstancia que me permite durante el largo período de esta tremenda travesía ir conociendo y dando á conocer en mis correspondencias datos curiosos acerca de la guerra y de los hombres y las tierras que voy á visitar.

ta que me hallo todavía en el camino y yacente en un hospital de esta isla de Zanzíbar.

* * *

Cruzamos la línea el 18 de marzo, celebrándose á bordo el suceso con las solemnidades y diversiones del caso, y el 20 amanecimos anclados en la magnífica y pintoresca bahía de Tanga, una de las principales estaciones alemanas en el Zanguebar.

La mayor parte de los pasajeros del "Konig" desembarcamos, y divididos en pequeños grupos, según nuestras simpatías y aficiones, pasamos el día entero en tierra, unos recorriendo la población, otros los campos.

Yo fuí de estos últimos, haciendo una interesante excursión por aquellos inmensos bosques en donde la vegetación tropical africana se desarrolla en todo su esplendor.

Pero, **latet anguis sub herba**; ese país tan hermoso sólo es bueno **to look out**, como dicen los ingleses, ó, según expresamos en Castilla, **para visto en panorama**, pues en aquellos bosques tan magníficos se desarrollan también los gérmenes de fiebres perniciosas de las más terribles para los europeos; así es que de los 30,000 habitantes que constituyen la población de Tanga y que viven en chozas construídas de ramas y hojas de palmera y diseminadas y casi ocultas por la vegetación, sólo ochenta ó

noventa son europeos, y de éstos la mayor parte alemanes con cargo más ó menos oficial y que tienen que ser renovados con frecuencia.

Ello es que aquella noche había ya entre los expedicionarios muchos casos de fiebre, y al día siguiente estábamos tres desgraciados con el vientre hinchado como una cantimplora, y por lo que hace á mi caso, con tales complicaciones y dolores tan agudos, á causa de un desgraciado accidente que me ocurrió en tierra, que creí llegada mi última hora.

En efecto, el médico del barco puso muy mala cara al verme; llamó en consulta á otros dos doctores compañeros de pasaje, y todos convinieron en que el caso era muy grave y que se hacía absolutamente precisa una operación quirúrgica muy seria para salvarme.

Como á bordo no había elementos para hacer esta operación como era debido, y á las pocas horas podíamos arribar á Zanzíbar, donde hay un buen hospital para europeos, acordaron que á dicho hospital se me trasladase y en él se haría la operación requerida.

Horrorizado ante la idea de tener que dejar el barco é interrumpir mi viaje, manifesté que me sometía á todo, menos á desembarcar; pero los tres doctores insistieron en que la situación era gravísima y de ninguna manera podían consentir, bajo su responsabilidad, que arriesgara la vida de tal modo.

Sometíme, pues. A las pocas horas anclaba el "Konig" en medio de la bahía de Zanzíbar al lado del acorazado alemán "Condor," y sujetándome á una "chaisse long," á modo de camilla, me descolgaron, por una de las bandas del buque, á un bote del mismo para conducirme á tierra. En el bote embarcaron también los tres doctores y en otras dos lanchas los otros dos enfermos menos graves que yo, pero de la misma causa.

Y aún me parece que veo la escena. Todos los pasajeros del "Konig" asomados á las bandas despidiéndonos con sus pañuelos (las mujeres llorando, por supuesto), los marineros del "Condor" contemplando asombrados el extraño cargamento que salía por las bandas del "Konig" y la multitud de barquichuelos que surcaban la bahía abriendo calle y dejando pasar con silencioso respeto las tres lanchas que, en las camillas improvisadas, transportaban los moribundos.

* * *

Conducido al hospital de San José, que la Congregación del Espíritu Santo tiene establecido en Zanzíbar, los doctores W. Specht, médico del "Konig," Fr. Liebaert, belga, y Siegmund Kaufann, transvaalense, educado en Viena, expusieron mi caso al doctor Friedrikchsenn, médico principal del hospital, y al

doctor Scholz, médico del "Condor," y que al tener noticia de lo que ocurría acudió amistosamente. Todos convinieron en que no había más salvación posible que la operación, y ésta inmediata, pues la situación se agravaba por momentos.

Diéronme, por lo tanto, una hora para que arreglara mis asuntos, mientras ellos preparaban los suyos, advirtiéndome que me dispusiera para las más graves contingencias.

Tomadas todas mis disposiciones y arreglado mi equipaje para la expedición de donde no se vuelve nunca, me entregué al brazo armado de los cinco doctores ya referidos.

Cuantos esfuerzos hicieron para anestesiarme fueron inútiles, no atreviéndose á emplear, á causa de mi gravísimo estado, altas dosis de cloroformo y de éter, por lo cual les aconsejé, puesto que la operación era absolutamente indispensable, que procedieran sin reparo alguno.

Pero lo que no lograron los anestésicos lo hicieron los dolores y mi situación, que se agravaba por momentos; y, pensando en los seres queridos que dejaba y en el miserable fin que tenía la hermosa misión que "El Imparcial" me había confiado, perdí el conocimiento y no mucho después lancé el último suspiro; quiero decir, dejé de respirar.

* * *

Cuentan, en efecto, que cuando me tenían abierto en canal, con detalles cruentos que no hay que describir, el doctor encargado de vigilar mi respiración y circulación, exclamó: "¡Stop!" "¡Stop!" Alto, señores, que el pulso ha desaparecido y la respiración cesado por completo.

Tuvieron que suspenderlo todo y tratar de volverme á la vida; y, cuando por medio de la respiración artificial consiguieron restablecer las funciones principales, volvieron á la obra quirúrgica, que remataron de un modo espléndido, como se ha visto por los resultados.

Pero ello es que he estado muerto, aunque haya sido interinamente. Y los negros swahilis que, en clase de mozos, asistieron á la operación y que presenciaron todos aquellos horrores, no pueden creer ahora que yo sea un vivo como los demás, y me tratan con un respeto rayano en miedo, y me miran con el pavor singular con que los niños contemplan las figuras de cera.

Pasé muchas horas en las tinieblas del no sér, y cuando, muy avanzada ya la noche, empecé á recobrar los sentidos, aunque no la conciencia de mi estado, oí una voz que preguntaba:

—¿Se ha muerto ya?

—"Todavía no!"—contestaron.

Confieso que se me puso carne de gallina al oir esto; pero, en fin, pasé el mal trago y tres semanas de inmovilidad absoluta en el lecho y una de convalecencia, me han dejado como nuevo y en disposición de continuar mi viaje. Así intento hacerlo embarcándome en el vapor "Herzog" que se espera hoy ó mañana en este puerto y que lleva la misma ruta que el "Konig."

* * *

Pero no puedo menos de hacer públicas las inmensas atenciones, las cariñosas muestras de consideración que he recibido en estas tierras de Africa con ocasión de mi desgracia.

Aparte de lo que han hecho los médicos y las Hermanas de la Caridad del hospital, y especialmente la directora sor Lucy, son muchas las personas y entidades que me han dado altas pruebas de afecto y simpatía como español, como Cónsul honorario de España en Bloemfontein y como representante de "El Imparcial."

El jefe inglés A. E. Raikes, jefe de las fuerzas militares de Zanzíbar, ha estado personalmente á visitarme casi á diario, poniéndose enteramente á mi disposición y enviándome su carruaje todos los días de mi convalecen-

cia para que pasease y recorriese la población y sus alrededores.

El provicario apostólico de Zanguebar, P. Etienne Baur, decano de los misioneros en Africa, adonde vino hace treinta y siete años, me ha hecho largas horas de diaria compañía, relatándome multitud de hechos curiosísimos é inéditos relativos á la introducción de la civilización en Africa, que me darán asunto para artículos de altísimo interés en todo tiempo.

El Rvdo. P. A. Gommenguiga, superior de la misión católica de Zanzíbar, me ha dado también pruebas de extraordinario aprecio; y los misioneros del Zambezi, que en su paso para Europa han tocado en Zanzíbar, no han dejado de venir á visitar al español enfermo.

De la Compañía de vapores "Deutsche Ost Afrika Linie" no puedo hablar sino en términos muy encomiásticos. En primer lugar, el vapor "Konig" detuvo un día su salida de Zanzíbar para que los tres doctores de á bordo terminaran mi operación; y en segundo lugar, dispusieron que si una vez curado no me convenía esperar para continuar mi viaje á uno de los grandes vapores de la línea, la Compañía destinaría uno de los vapores menores dedicados al servicio de las estaciones de Africa para que me condujera á mí solo á Delagoa Bay á cuenta de la Compañía.

De distintos puntos de la costa de Africa

he recibido también cariñosos telegramas de simpatía; en una palabra, que mi desgraciado accidente me ha hecho conocido en el Oriente africano y tengo motivos para creer que me ha de facilitar mi misión en lo futuro; de modo que bien puedo decir ahora como el proverbio: "no hay mal que por bien no venga."

* * *

A pesar de mi invalidez, durante el mes que aquí he pasado he visto y aprendido mucho. En los primeros días contemplaba desde mi lecho la inmensa bahía de Zanzíbar, surcada por buques de vapor á la moderna y por barcos morunos de las mismas hechuras que los que hace miles de años se usaban por estas regiones; veía en lontananza porción de pintorescos islotes, cubiertos de verdura, que bordan la bahía; y cuando, por las tardes, descargaba con todo su fragor la tormenta cuotidiana, podía contemplar el imponente espectáculo de la naturaleza alborotada, con rayos surcando la atmósfera en todas direcciones, truenos ensordecedores y la mar batiendo embravecida los muros del mismo hospital donde me hallo.

Al cabo de una semana me trasladaron á la parte opuesta del edificio. Los balcones de mi cuarto se abren sobre una galería amplia

y magnífica, que da al jardín, y, á la vera de éste, corre la arteria principal de la ciudad. Por allí he visto desfilar todas las mañanas la guardia del Sultán de Zanzíbar con su charanga á la cabeza; y, á todas horas, bullir la población más abigarrada y más pintoresca que puede verse reunida en ciudad alguna; árabes de Mascate, con sus turbantes y albornoces; pashies de la India, con sus extraños bonetes negros y sus largas túnicas de seda de colores vivísimos; negras swahilis, con artísticos y complicadísimos peinados, la faz llena de ornamentos y pinturas, el cuerpo apenas envuelto en un percal de tintes chillones y dibujos imposibles; negros de todas las regiones de la costa oriental africana, unos desnudos, otros llevando por todo atavío una camisa ó bata blanquísima, y el fez colorado á la cabeza; malayos aceitunados; marinos de los buques surtos en el puerto; y, en medio de la variedad de razas y de tipos orientales, alguno que otro europeo con su chaqueta y pantalones blancos, su sombrero en forma de casco contra el sol; unos á pie, con su indispensable sombrilla, otros en carricoches tirados por negros á la usanza japonesa.

Extraño país es este de Zanzíbar, donde los hombres van casi vestidos y las mujeres casi desnudas; donde los perros no ladran, sino aullan; donde todas las razas se juntan y to-

das las lenguas se hablan; paraíso de las ruinas que cuarrean por todas partes en estas tierras encharcadas; punto de cita de todos los mosquitos más agresivos y pertinaces del mundo, que aquí viven en orgía desenfrenada y continua. Estos insolentes vampiros me han convertido cara y manos en una pura llaga, y no dejan á los blancos minuto tranquilo ni momento de reposo. Ellos hacen un infierno de este jardín deleitoso y perpetuo.

Los swahilis, que constituyen la masa negra de la población forman un pueblo curiosísimo. Son todos ellos como niños grandes, con las cualidades características de la puericia, aunque se caigan de viejos. Inteligentes y vivos, mentirosos y rapaces, pedigüeños hasta lo infinito, caprichosos por todo lo nuevo, no se puede atar con ellos dos cuartos de cominos, pero tampoco es posible enfadarse, porque todo lo toman á risa y á chacota.

Cuando en estos últimos días he salido de paseo en el cochecillo japonés de Mr. Raikes, el amabilísimo jefe inglés de las fuerzas militares en Zanzíbar, mi enfermero de día en el hospital (un swahili, venerable por su edad, pues frisará en los cincuenta), iba siempre, á quieras ó no, trotando á modo de batidor delante de mi vehículo, haciendo la más extraña figura que se puede imaginar, con su camisa blanca y gorro colorado por todo vestido, agi-

tando un manojo de palmas y flores que se procuró inmediatamente, y más orgulloso que fundador romano entrando por la vía Apia.

Sucede también que como los negros que tiran de mi carricoche llevan el uniforme de la guardia de Mr. Raikes, cuando, por acaso, en la ciudad ó en el campo encontramos un puesto militar ó de policía, al ver mi gente, se prepara la fuerza, se alínea, se cuadra y saluda. Lo mismo me ha ocurrido pasando delante del Palacio del Sultán, en cuyo caso sonaban las cornetas y la guardia presentaba armas, no puedo decir que á mí, que no me conocen, sino á mi vehículo y á los uniformes de mis automotores.

En Zanzíbar hay magníficos bazares. En ellos he hecho mis compras, procurándome una multitud de cosas necesarias en mi expedición, que no tuve tiempo de adquirir en Europa y que pensaba mercar en Delagoa antes de entrar en el Transvaal. Aquí me han aconsejado que no hiciera eso, pues en Lorenzo Márquez los precios de todo andan por las nubes, por causa del bloqueo.

En los bazares he recibido una agradable sorpresa. No he tenido necesidad, para entenderme, de echar mano de ninguna lengua extranjera, sino lisa y llanamente de la fabla castellana de los tiempos de Jorge Manrique y del Marqués de Villena La razón es muy

sencilla; andan por estas tierras muchos mercaderes judíos, súbditos portugueses la mayor parte; pero con apellidos que indican su abolengo castellano, lo que el idioma que entre ellos hablan confirma. Estos mercaderes, con casas y corresponsales por todas las islas y costas que baña el mar de las Indias y donde haya un cuarto que ganar, me acogieron, no con la afabilidad melosa destinada al cliente explotable, sino con la alegría franca de amigo antiguo, como se recibe á la gente de casa. Experimente algo así como el que encuentra parte de un capital que ha derrochado, y no pude menos de hacerme algunas reflexiones. En fin, compré lo que necesitaba; ellos no perderían en la transacción, por supuesto; pero la gente conocida de Zanzíbar me dijo que yo había hecho buen negocio.

Curado ya y pertrechado, sólo me falta esperar la llegada del "Herzog" para hacerme á la mar de nuevo y continuar mi viaje.

III

DESDE ZANZIBAR A DELAGOA

Gran susto al embarcar.—Desenlace cómico.—Dar-es-Salaam. — Mozambique. — Chindi. —Los ingleses á la vista.—En Beira.—El ideal de la locomoción urbana.—El contingente inglés á la Rhodesia.

A bordo del "Herzog," en el Canal de Mozambique, 25, abril.

El 17 del corriente esperábase en Zanzíbar el vapor "Herzog," donde había de embarcarme para continuar mi viaje á Delagoa. Pero desencadenóse un temporal furioso y el buque no pudo entrar en bahía hasta el 18. Apenas me avisaron su llegada no quise aguardar más, y en medio de uno de estos chaparrones tropicales, de los que no se puede formar idea en Europa, crucé en un botecito la bahía para embarcarme inmediatamente.

Me acompañaba el Dr. Friedrichsen, quien, además de curarme, se ha conducido conmigo como un hermano; y venían también con nosotros dos ordenanzas que el General Raikes había puesto á mi disposición.

Llegamos al costado del buque calados hasta los huesos, y antes que hubiera hecho su visita el agente que la Compañía tiene en Zanzíbar; tal era mi afán por instalarme cuanto antes en el barco.

Pero apenas saltamos á bordo, el segundo del "Herzog," en nombre del capitán, que se hallaba en el puente y nos había visto llegar en el bote en medio del chubasco, vino á decirnos que no me podía recibir á bordo. Puede calcularse mi consternación y mi asombro.

De nada sirvieron mis preguntas ni mis protestas. El segundo se encerró en que tenía órdenes para obrar de este modo.

Ante este conflicto inesperado, que desbaraba mis planes y arruinaba mi expedición, yo estaba desesperado.—¡Esto es imposible! —exclamé—no hay razón ni derecho alguno para impedirme continuar mi viaje. Pero cuanto más alto hablaba yo, y con más títulos reclamaba, más rotunda era la negativa del marino y aun me parecía ver en sus labios una sonrisita burlona.

—Doctor—dije á mi amigo Friedrichsen,—esto no puede quedar así. Yo no vuelvo á tie-

rra bajo ningún concepto. Que me arrojen al agua si quieren. Voy á retirarme un poco y haga usted el favor de hablar solo á ese hombre. Yo creo que tiene algo que decir y que no quiere manifestar delante de mí. Y, sobre todo, averigiie usted qué órdenes son esas que prohiben que me embarque.

Así lo hizo el doctor, y retirándome yo algunos pasos, comenzó él á hablar con el marino. A las pocas palabras lanzaba mi amigo sonoras carcajadas, y á los dos minutos de conversación el oficial del barco presentaba una actitud muy diferente.

—Señor Vera—me dijo entonces el Dr. Friedrichsen,—usted se queda aquí, en el barco, y se muda inmediatamente de ropa, pues está usted calado hasta los huesos. Yo voy á tierra y volveré más tarde con el agente de la Compañía. Tranquilícese usted; todo está arreglado.

En pocas palabras me explicó lo sucedido. El día antes se había escapado de su domicilio de Zanzíbar un individuo muy rico y completamente loco. Tan luego como el vapor "Herzog" entró en el puerto, el General Raikes había enviado orden al capitán (lo mismo que á los demás barcos allí surtos) para que por ningún concepto se permitiera embarcar al referido individuo si lo intentaba.

Al verme llegar al "Herzog," en medio del

chaparrón, acompañado del médico (á quien en el buque alemán ya conocían de otras veces), y con tanta premura (pues, como he dicho, me anticipé al agente de la Compañía), el capitán, desde lo alto del puente, exclamó: ¡Ahí viene el loco! y dió las órdenes consiguientes.

Mi conversación con el segundo, en tales circunstancias, puede figurársela cualquiera. Los dos nos hemos reído, después, de lo cómico del caso.—Cuanto más indignado se mostraba usted—me dice ahora,—cuanto con más empeño aludía á su amistad con el general y á las atenciones de la Compañía á que el "Herzog" pertenece, por más loco le tomábamos.

La intervención del doctor, primero, y la llegada del agente, después, aclararon por completo el asunto y se me pasó el susto, que no fué flojo.

Vinieron entonces las excusas del capitán y del segundo, colmándome de atenciones y destinándome á bordo, como camarote, un saloncito independiente, donde estoy instalado como un príncipe.

* * *

El "Herzog" es un vapor del mismo porte que el "Koning," y mandado por el capitán Herr A. Ganhe, marino muy simpático y en-

tendido. El buque va completamente lleno de pasajeros de todas las nacionalidades, pero dominan los alemanes. Viene á bordo una ambulancia de la Cruz Roja, sección alemana, con los doctores Hans Strehl y Ed. Sthamer, cinco practicantes y dos enfermeras.

El 19 tocamos en Dar-es-Salaam, uno de los puntos más importantes del Africa Oriental. La bahía es magnífica, y la costa circular que la limita pintoresca en grado sumo. Los alemanes han sembrado todo el litoral de quintas preciosas, que se alzan entre palmeras y sicomoros, y que, con algunos edificios públicos de aspecto monumental y dos catedrales, una católica y otra protestante, dan á Dar-es-Salaam, desde la bahía, el aspecto de una gran ciudad. No hay, sin embargo, más línea de edificios que la que da vista al mar, pero para una colonia tan joven el desarrollo es maravilloso.

El día primero de este mes inauguróse á la entrada de la bahía un monumento á Bismarck, y aquí encontramos anclado el "Condor," que había venido desde Zanzíbar precisamente para asistir á la ceremonia. Tuve, pues, el gusto de recibir á bordo del "Herzog" la visita del Dr. Sholtz, médico del "Condor," quien, como ya he manifestado, fué uno de los que efectuaron la operación á que debo la vida.

* * *

Siguiendo nuestro rumbo, el día 21 doblamos el cabo Delgado y empezamos á costear territorio portugués. El día 22 llegamos á Mozambique, en cuya bahía estuvimos anclados desde la mañana hasta la tarde, dando así tiempo para que casi todos los viajeros bajasen á tierra y recorrieran la isleta donde está construída la ciudad, que es pequeña y muy linda, asemejándose mucho en su aspecto á las poblaciones españols de Levnte.

En mi calidad de inválido, y siguiendo los consejos de la prudencia, fuí de los que se quedaron á bordo esperando ansioso las noticias que adquiriesen acerca de la guerra los que habían desembarcado.

Gran desencanto; en Mozambique, como en Zanzíbar y demás puntos de la costa en que hasta ahora hemos tocado, no hay más noticias que las muy escasas que envían de Londres por medio de la Agencia Reuter, y reducidas por la censura á dosis homeopáticas.

Se hablaba en Mozambique de que buen número de transportes ingleses habían llegado á Beira con tropas de desembarco, y se discutía con calor, precisamente entre los mismos portugueses, la verosimilitud de la noticia. Calcúlese la ansiedad que tendremos por lle-

gar á Beira para saber á ciencia cierta lo que haya sobre el asunto.

Salimos de Mozambique, y continuando nuestro rumbo hacia el Sur pasamos por delante del puerto de Killimani, y el 23, por la noche, llegamos cerca de Chindi, puerto próximo á las bocas del Zambezi, el río mayor del Africa Oriental.

El calado de nuestro buque nos impedía penetrar en el puerto de Chindi, encerrado como se halla en las sinuosidades de la costa, y toda la noche la pasamos en alta mar, frente al puerto, haciendo señales para que saliera un buque pequeño y hacer el cambio de pasajeros, cargamento y correspondencia. Pero ni las campanas, ni la sirena, ni los cohetes, ni las luces de bengala produjeron efecto alguno, y hasta la mañana siguiente no llegó el esperado vaporcillo para hacer los transbordos.

Ayer 24 ya navegamos con rumbo á Beira, cogiéndonos una violenta tempestad que nos ha obligado á marchar con una lentitud desesperante (cuatro ó cinco millas por hora); hasta que por fin esta mañana del 25 hemos dado vista al faro de Beira.

Todo el mundo acudió sobre cubierta. La entrada al puerto es muy difícil y hay que esperar la marea alta.

Vamos avanzando lentamente por el sinuoso canal marcado por las boyas. Las tierras á

derecha é izquierda son muy bajas, con playas arenosas y de una atroz monotonía, Sin embargo, bastan para ocultar la vista del puerto.

Por fin, después de haber doblado varias puntas de tierra se distingue, allá á lo lejos, una larga línea de buques de alto bordo. ¡Uno, dos, tres....., siete, ocho! ¡Son los transportes ingleses con las tropas de desembarco!

Beira, 27 de abril.

¡Beira! Ciudad incomparable, donde no hay coches, ni caballos, y sin embargo nadie va á pie, porque todas las calles tienen doble vía férrea para tranvía y cada vecino tiene su vagoncito propio para ir donde quiere y cuando quiere.

Nunca había visto cosa semejante; pero aseguro que es el ideal de la locomoción urbana, y, en cuanto al aspecto de la ciudad, originalísimo.

Las vías son estrechas y los vagoncitos muy ligeros y de todas las formas posibles, según el capricho, gusto ó conveniencia de cada cual. Y es curioso ver deslizándose rápidamente por las vías allí el sencillo sofá de dos

asientos, representante del cupé europeo; allá el doble sofá que hace de carretela, y muy á menudo la simple butaca volante, donde el hombre de negocios acude rápidamente de una parte á otra.

Todos estos vagoncitos marchan sobre la vía empujados por uno ó dos negros cafres, y van que vuelan. No hay choques por causa de la doble vía, y cuando llegan al punto de destino, el cafre lo aparta fácilmente de los carriles para dejar el paso libre.

Beira es en rigor una ciudad que está naciendo. Hace quince años no contaba más que dos ó tres edificios públicos y unas cuantas barracas de hierro galvanizado. Hoy tiene más de una docena de hoteles y clubs, Bancos con oficinas espléndidas, numerosos almacenes, tiendas magníficas, un puerto animadísimo, ferrocarril al interior, y por todas partes la actividad y la vida que prestan á una ciudad nueva la prosperidad en los negocios.

No hay que buscar, sin embargo, monumentos. Fuera de algunos hoteles y de algunos edificios oficiales, todas las construcciones son de hierro galvanizado y de un solo piso. Restaurants, cafés, **bar** (taberna) español, bar francés, bar americano, y por todas partes bullendo una población cosmopolita, donde representantes de todas las nacionalidades eu-

ropeas se ven mezclados con chinos é indios, con yankees y canadienses, y con profusión de negros cafres, swahilis y de todas las subrazas africanas.

* * *

Tan pronto como nuestro buque, el "Herzog," ancló en medio de la magnífica bahía, tomé un bote para examinar de cerca los transportes ingleses que han conducido á Beira los primeros contingentes de tropas británicas. Y conté el "Euryalus," "Atlandian," "Maplonore," "Palatina," "Clan Mac Leod," "Duke of Portland," "Columbian," todos de gran porte, más el cañonero inglés "Patridge," que los ha escoltado, y el cañonero portugués "Alfonso d'Alburquerque," que guarda el puerto.

Estos transportes han conducido á Beira unos 1,200 hombres con sus correspondientes caballos, una batería de artillería canadiense, cuatro locomotoras para activar el transporte de estas tropas á la Rhodesia y 4,000 cajas de dinamita.

Ayer presencié la entrada de otro transporte el "Moloway," conduciendo unos 200 hombres y 200 caballos.

Se esperan aquí hasta 5,000 soldados británicos, de los cuales 4,000 serán de Caballería, con seis baterías de Artillería de campaña.

Manda estas fuerzas el teniente general Sir Frederik Carrington, que ha hecho muchas campañas en Africa contra los Galeckas, Gaikas, Zulús y Basutos, y especialmente contra los Matabeles en Rhodesia, cuya comarca conoce perfectamente.

El general Carrington llegó á Beira á bordo del "Columbian" el domingo 22, con todo su Estado Mayor, una batería de á 12 y un contingente de Caballería del Canadá.

Las tropas inglesas han formado dos campamentos á algunas millas de Beira; uno en Mazandellas, donde acampan los contingentes de Nueva Gales del Sur y Mediodía de Australia; otro en Bamboo Creek, donde están los voluntarios de Victoria, Australia del Oeste y los Tasmanienses. En Beira ha quedado un destacamento de tropas de Queenslandia y contingentes de todos los demás cuerpos para atender al desembarco de los caballos y del material de guerra transportado.

Y aquí se presenta la gran dificultad para los ingleses: la cuestión de su transporte á través del territorio de Beira y de las áridas é interminables llanuras de la Rhodesia, cuya frontera meridional, dicen, vienen á proteger.

El ferrocarril de Beira á Salisbury, en Rhodesia, es muy especial, con vagoncitos tan pequeños que apenas puede transportar ocho

hombres cada uno; así es que, á pesar de haberse casi enteramente incautado los ingleses del ferrocarril, hasta el punto de no dejar para el servicio público de Beira á Salisbury más que un tren semanal, se pasarán muchos días antes que todos los contingentes aquí llegados, con su material correspondiente, hayan pasado al Nordeste de la Rhodesia.

De allí, vía Victoria, marcharán hacia el Sur con rumbo á la frontera, teniendo que recorrer para ello á caballo cerca de 400 millas por un país falto de agua, casi desierto, abrasado por el sol durante el día, y frío, porque ya estamos entrando en el invierno, durante la noche.

Muchas gentes dicen que se pasarán más de seis semanas antes que estos contingentes hayan llegado á su destino y que les esperan en el camino penalidades sin cuento.

He visto varios destacamentos de estos voluntarios australianos y canadienses. Son todos ellos buenos tipos, delgados, pero muy fuertes, rudos en su aspecto, magníficos jinetes, y realmente los hombres más á propósito para la empresa que les han encomendado, y que el soldado inglés seguramente no hubiera podido resistir.

* * *

¿Que cómo han recibido los portugueses

las tropas británicas aquí desembarcadas? Con los brazos abiertos. El Gobernador portugués ha dado un gran banquete al general Carrington y jefes principales; las tropas portuguesas han recibido al general inglés de gala y presentándole las armas; altos oficiales portugueses han venido desde Mozambique á saludarlo, y por todas partes se obsequia y festeja á las tropas británicas.

Así decía ayer con toda propiedad un oficial inglés:

"Estoy encantado. Estamos aquí como en nuestra propia casa."

derecha é izquierda son muy bajas, con playas arenosas y de una atroz monotonía. Sin embargo, bastan para ocultar la vista del puerto.

Por fin, después de haber doblado varias puntas de tierra se distingue, allá á lo lejos, una larga línea de buques de alto bordo. ¡Uno, dos, tres....., siete, ocho! ¡Son los transportes ingleses con las tropas de desembarco!

Beira, 27 de abril.

¡Beira! Ciudad incomparable, donde no hay coches, ni caballos, y sin embargo nadie va á pie, porque todas las calles tienen doble vía férrea para tranvía y cada vecino tiene su vagoncito propio para ir donde quiere y cuando quiere.

Nunca había visto cosa semejante; pero aseguro que es el ideal de la locomoción urbana, y, en cuanto al aspecto de la ciudad, originalísimo.

Las vías son estrechas y los vagoncitos muy ligeros y de todas las formas posibles, según el capricho, gusto ó conveniencia de cada cual. Y es curioso ver deslizándose rápidamente por las vías allí el sencillo sofá de dos

asientos, representante del cupé europeo; allá el doble sofá que hace de carretela, y muy á menudo la simple butaca volante, donde el hombre de negocios acude rápidamente de una parte á otra.

Todos estos vagoncitos marchan sobre la vía empujados por uno ó dos negros cafres, y van que vuelan. No hay choques por causa de la doble vía, y cuando llegan al punto de destino, el cafre lo aparta fácilmente de los carriles para dejar el paso libre.

Beira es en rigor una ciudad que está naciendo. Hace quince años no contaba más que dos ó tres edificios públicos y unas cuantas barracas de hierro galvanizado. Hoy tiene más de una docena de hoteles y clubs, Bancos con oficinas espléndidas, numerosos almacenes, tiendas magníficas, un puerto animadísimo, ferrocarril al interior, y por todas partes la actividad y la vida que prestan á una ciudad nueva la prosperidad en los negocios.

No hay que buscar, sin embargo, monumentos. Fuera de algunos hoteles y de algunos edificios oficiales, todas las construcciones son de hierro galvanizado y de un solo piso. Restaurants, cafés, **bar** (taberna) español, bar francés, bar americano, y por todas partes bullendo una población cosmopolita, donde representantes de todas las nacionalidades eu-

ropeas se ven mezclados con chinos é indios, con yankees y canadienses, y con profusión de negros cafres, swahilis y de todas las subrazas africanas.

* * *

Tan pronto como nuestro buque, el "Herzog," ancló en medio de la magnífica bahía, tomé un bote para examinar de cerca los transportes ingleses que han conducido á Beira los primeros contingentes de tropas británicas. Y conté el "Euryalus," "Atlandian," "Maplonore," "Palatina," "Clan Mac Leod," "Duke of Portland," "Columbian," todos de gran porte, más el cañonero inglés "Patridge," que los ha escoltado, y el cañonero portugués "Alfonso d'Alburquerque," que guarda el puerto.

Estos transportes han conducido á Beira unos 1,200 hombres con sus correspondientes caballos, una batería de artillería canadiense, cuatro locomotoras para activar el transporte de estas tropas á la Rhodesia y 4,000 cajas de dinamita.

Ayer presencié la entrada de otro transporte el "Moloway," conduciendo unos 200 hombres y 200 caballos.

Se esperan aquí hasta 5,000 soldados británicos, de los cuales 4,000 serán de Caballería, con seis baterías de Artillería de campaña.

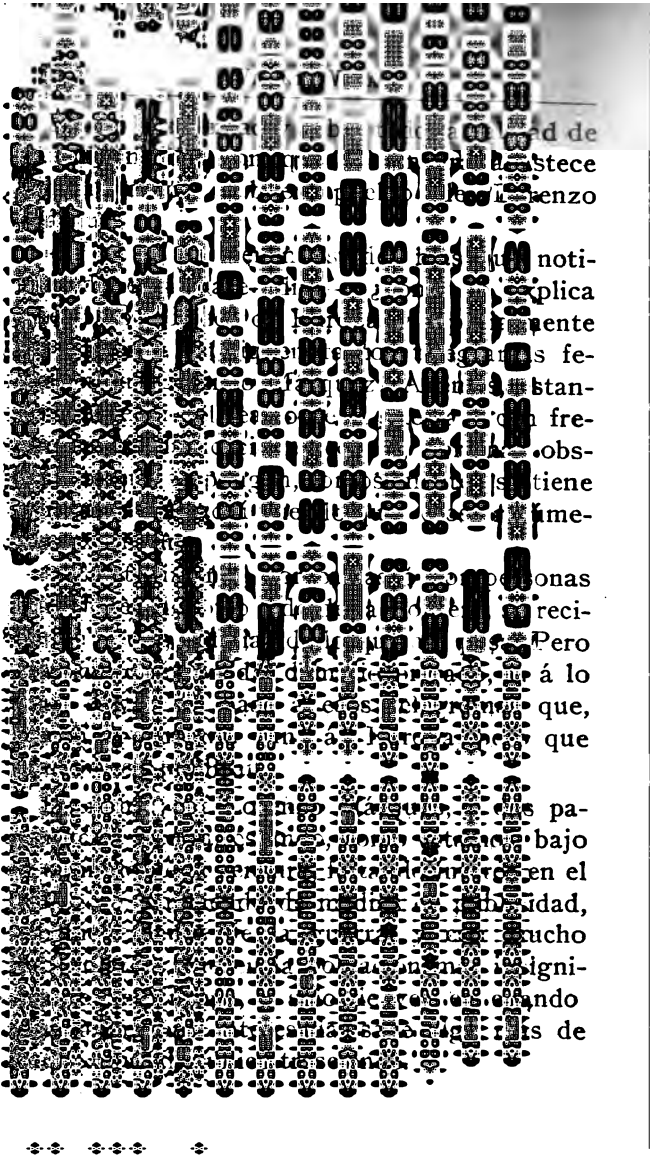
Manda estas fuerzas el teniente general Sir Frederik Carrington, que ha hecho muchas campañas en Africa contra los Galeckas, Gaikas, Zulús y Basutos, y especialmente contra los Matabeles en Rhodesia, cuya comarca conoce perfectamente.

El general Carrington llegó á Beira á bordo del "Columbian" el domingo 22, con todo su Estado Mayor, una batería de á 12 y un contingente de Caballería del Canadá.

Las tropas inglesas han formado dos campamentos á algunas millas de Beira; uno en Mazandellas, donde acampan los contingentes de Nueva Gales del Sur y Mediodía de Australia; otro en Bamboo Creek, donde están los voluntarios de Victoria, Australia del Oeste y los Tasmanienses. En Beira ha quedado un destacamento de tropas de Queenslandia y contingentes de todos los demás cuerpos para atender al desembarco de los caballos y del material de guerra transportado.

Y aquí se presenta la gran dificultad para los ingleses: la cuestión de su transporte á través del territorio de Beira y de las áridas é interminables llanuras de la Rhodesia, cuya frontera meridional, dicen, vienen á proteger.

El ferrocarril de Beira á Salisbury, en Rhodesia, es muy especial, con vagoncitos tan pequeños que apenas puede transportar ocho



LOS EXPULSADOS DE JOHANNESBURGO

Lorenzo Márquez, 2 de mayo.

Anoche presencié, en efecto, la llegada del primer tren de expulsados de Johannesburgo. Hombres, mujeres y niños de todas condiciones sociales. Daba lástima verlos.

Dicen que durante tres ó cuatro días llegarán trenes atestados de ingleses. Son los últimos súbditos británicos que, con permiso especial, quedaban aún en la ciudad del oro.

Esa mañana oía con ansiedad la interesante relación que me hacía una de las familias expulsadas. Estábamos en el salón de visitas del Hotel Internacional, Rua Don Luis I. Grandes retratos del Emperador y Emperatriz de Alemania decoran el salón, y, en el frente principal, un retrato de tamaño natural y casi de cuerpo entero del Presidente Kruger.

Al lado está el gran salón de billar, con amplias fotografías de la Reina Victoria y el Príncipe de Gales.

Habla una señora de edad provecta, de educación esmerada y de ilustración extensa, y transcribo lo que me dice, sin mudar punto ni coma:

—Sí, señor; esta guerra es una calamidad tan grande, un desastre tan inmenso, que sólo

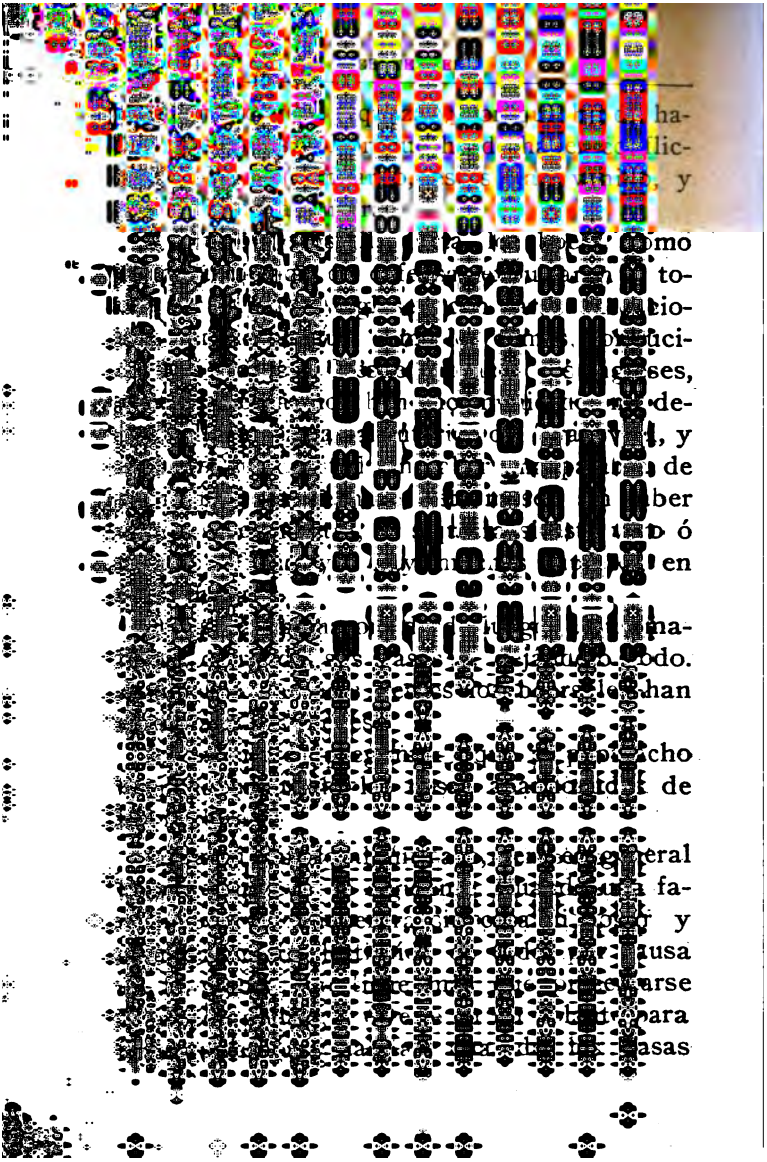
los que hayan pasado por ella pueden apreciarlo.

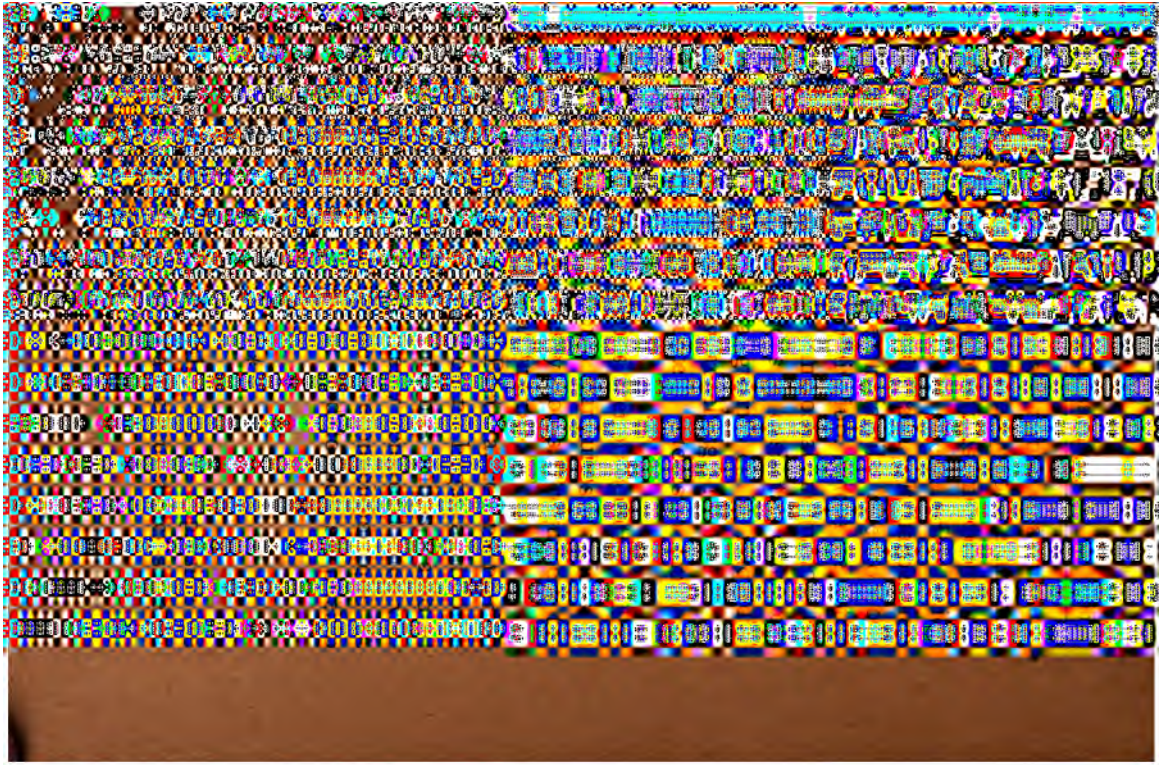
Yo soy escocesa, mi marido inglés. Habíamos encontrado en el Transvaal bienestar, sosiego, amigos cariñosos. Como nosotros, miles y miles de familias, no sólo inglesas, sino de todos los países, han sido recibidas en el Transvaal con los brazos abiertos, gozando todos de una libertad cual no se encuentra, seguramente, en ninguna otra nación, y con muchos medios, trabajando, para asegurarse una posición independiente y cómoda.

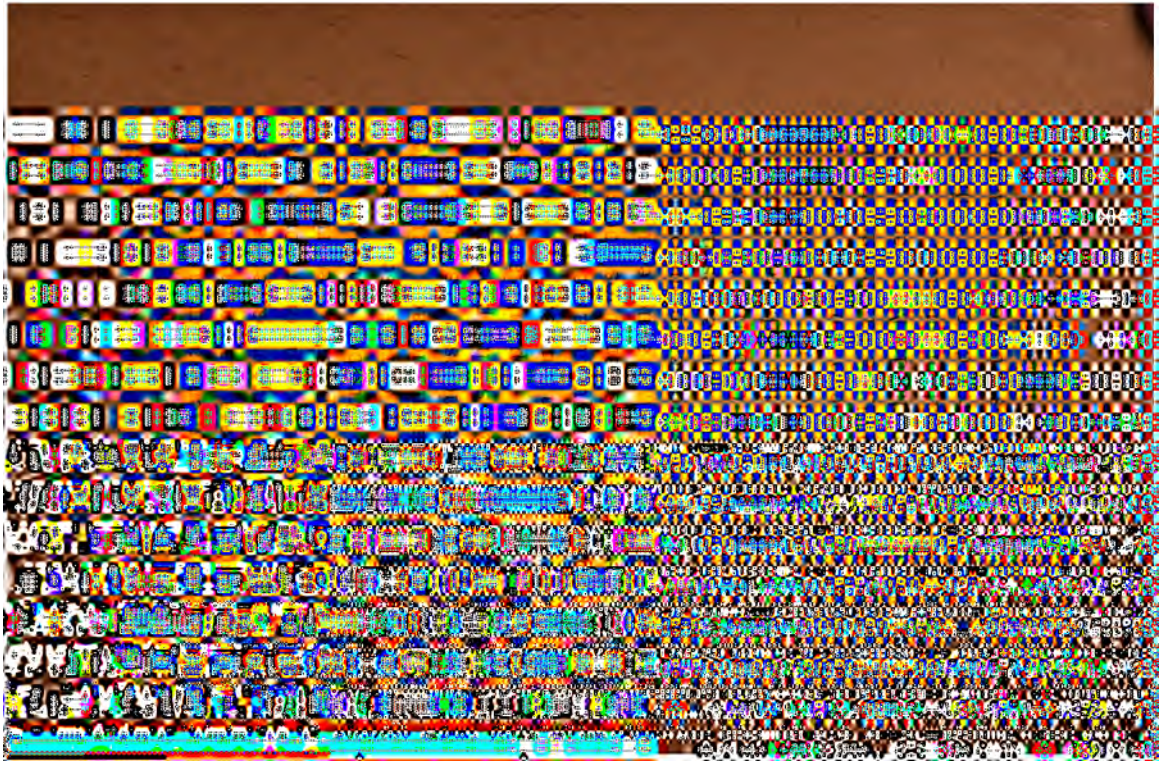
La prosperidad del país en los últimos doce años ha ido en aumento constantemente, y en Johannesburgo se encuentran ya todas las ventajas y comodidades de la civilización más adelantada.

Cuatro veces, desde que nos establecimos en el Transvaal he hecho, con mi familia el viaje á Europa, y le aseguro que en ninguna parte me he sentido tan feliz, tan contenta, tan satisfecha, como en mi hogar transvaalense.

Cuando se empezó á hablar de conflictos con Inglaterra, de trastornos probables, todos los habitantes pacíficos del Transvaal nos preguntábamos:—"Pero, ¿por qué? Nosotros no nos metemos con nadie; nadie se mete con nosotros; tenemos cuanta libertad pueda apetecerse, en el país aumentan los medios de







en circunstancias semejantes, hemos tenido que abandonarlo todo y emigrar también.

* * *

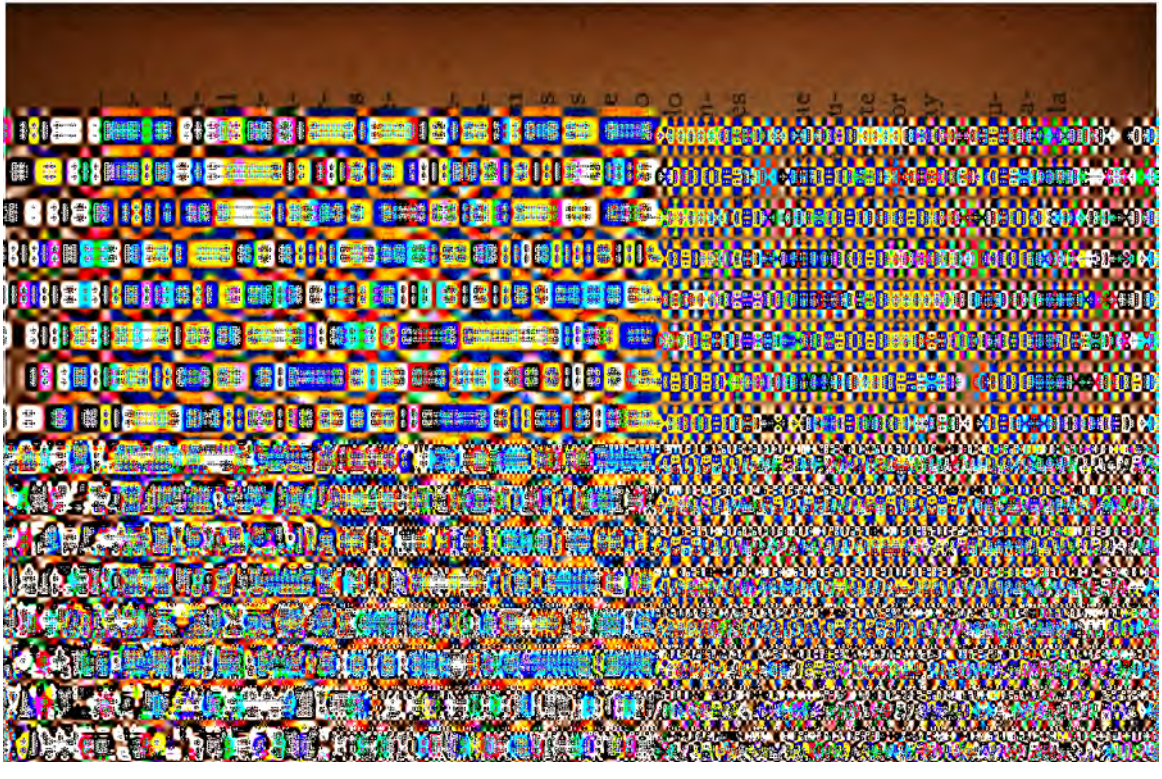
He hablado después con otros expulsados de Johannesburgo, y aunque varían naturalmente los puntos de vista de cada uno, todos coinciden en lo esencial con lo manifestado por mistress Holmes, por lo cual dejo sin modificación alguna cuanto ésta me ha referido.

Los expulsados suben á algunos centenares. Entre ellos se encuentran muchas personas notables, como dos hermanos del presidente del Tribunal Supremo de Justicia del Transvaal, que seguían siendo súbditos británicos; Mr. Augus Murray, uno de los personajes de la región minera y otros muchos. Todos lamentan lo sucedido, pero hablan muy bien del tratamiento que han recibido de las autoridades boers, tanto en Johannesburgo como durante su viaje.

EL BLOQUEO DE LA BAHIA DELAGOA Y SUS RESULTADOS

Lorenzo Márquez, 3 de mayo.

Una de las cuestiones más interesantes suscitadas por esta guerra es el bloqueo de Delagoa Bay por los ingleses. Estar en Lorenzo



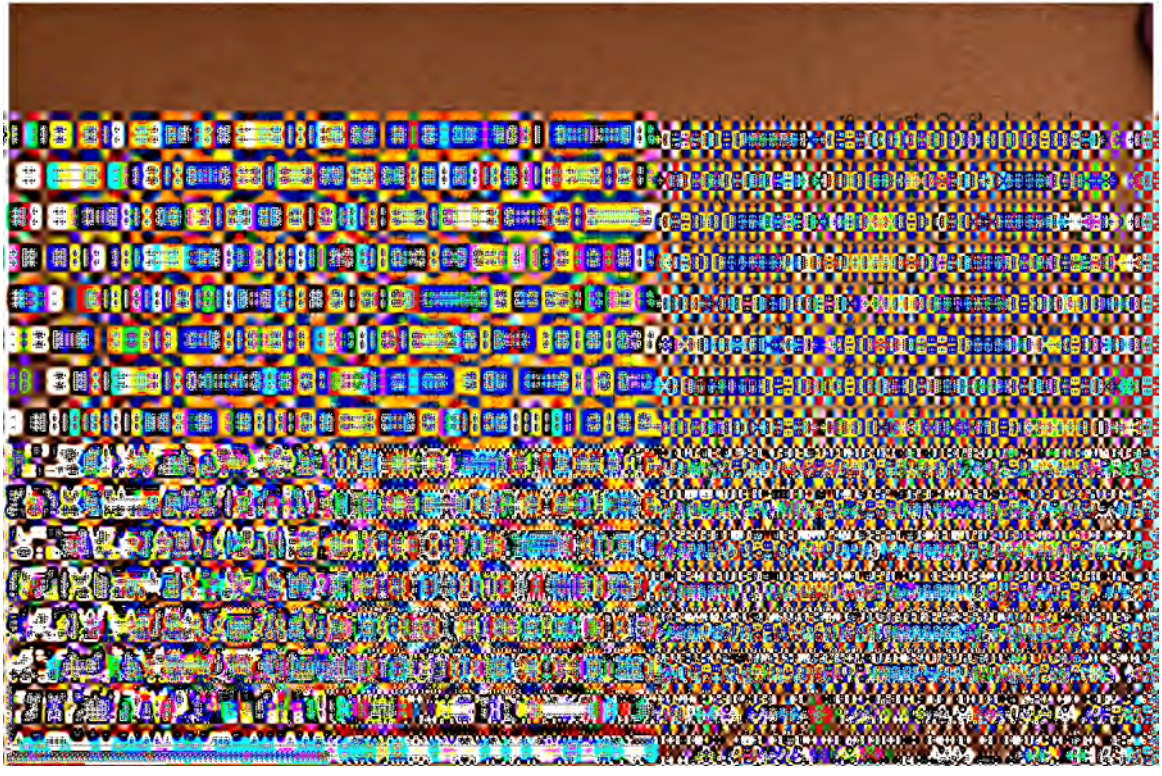
individuo que no presente dos pases, uno de las autoridades portuguesas y otro del representante del Transvaal.

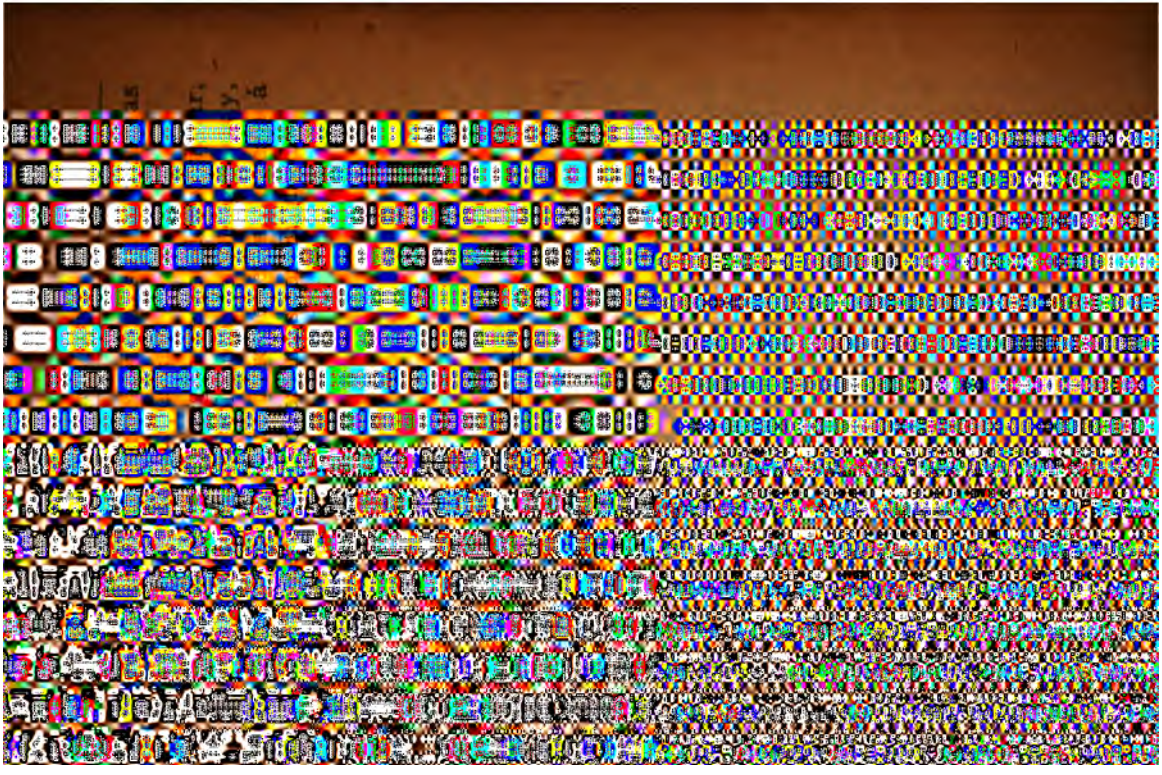
Ahora bien, para conseguir los dos pases se necesita más paciencia que Job y más circunstancias que para ser canonizado. Documentos del punto de procedencia, perfectamente en regla, documentos de las autoridades portuguesas, certificado de buena conducta, dada por el alcalde de Lorenzo Márquez, sellos, derechos, gabelas, probar qué negocios se llevan al Transvaal, juramento en forma de que no se van á tomar las armas contra los ingleses, etc., etc.

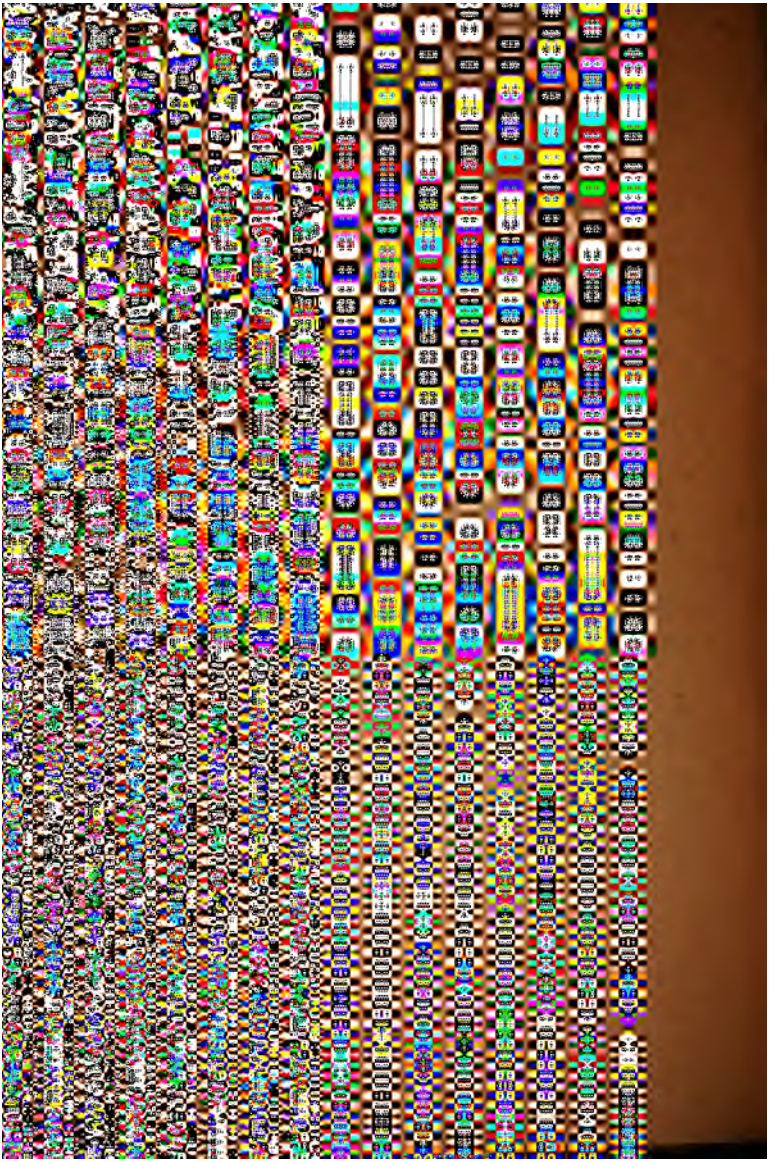
Procurarse todo esto en una ciudad como Lorenzo Márquez, donde con el calor, la fiebre y la indolencia ingénita de la gente todo tiende al reposo, es una verdadera obra de romanos, y los ingleses no han podido imaginar mejor serie de obstáculos.

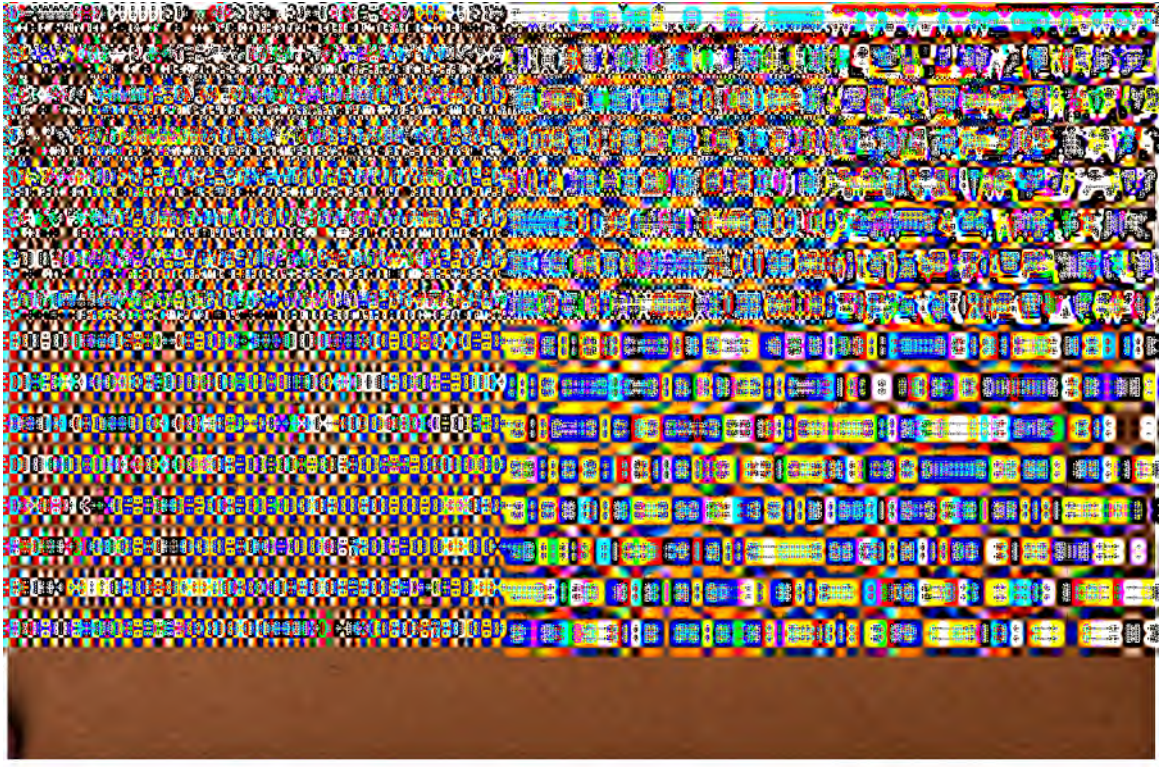
Pero, en fin, éstos no son insuperables, y el que trae sus papeles corrientes y demuestra su nacionalidad, y va y viene cuantas veces es necesario, sin perder la paciencia, y paga lo que hay que pagar, obtiene al fin sus pases (si no es súbdito inglés) y puede ir al Transvaal á pesar de todos los buques de guerra británicos apostados en estas aguas.

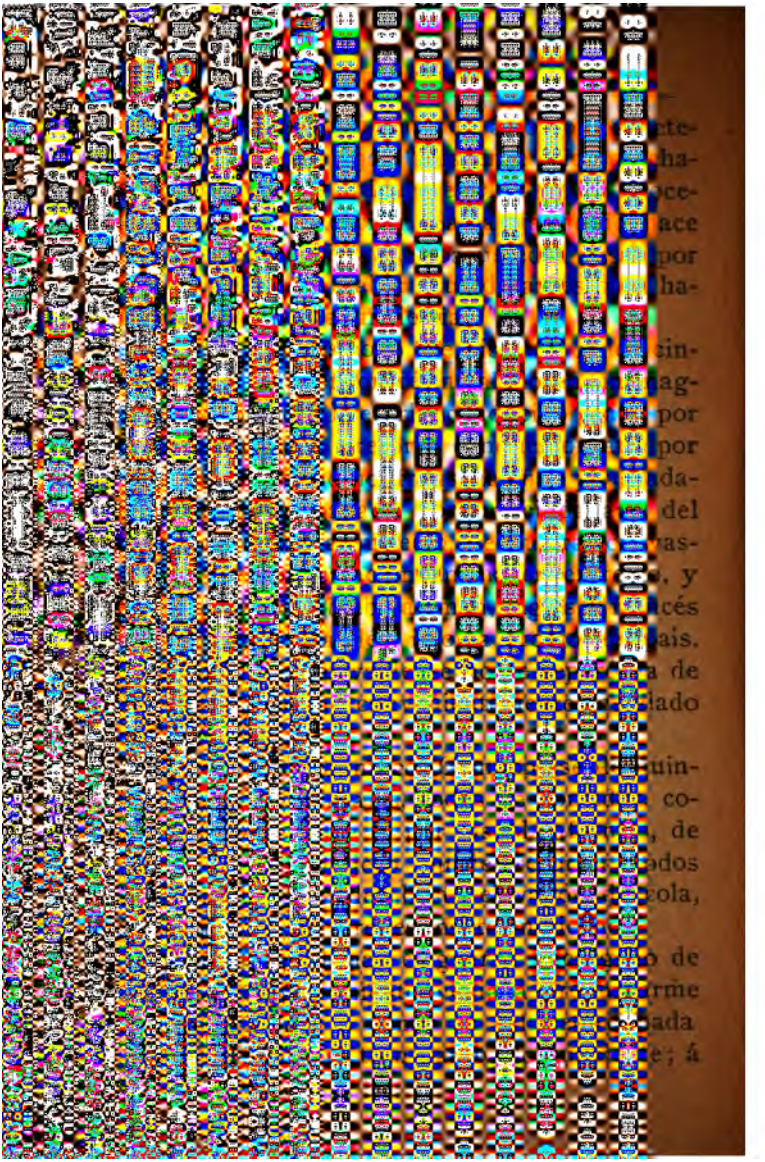
Yo he sido muy afortunado en este punto, Era mi deber saludar al Gobernador general

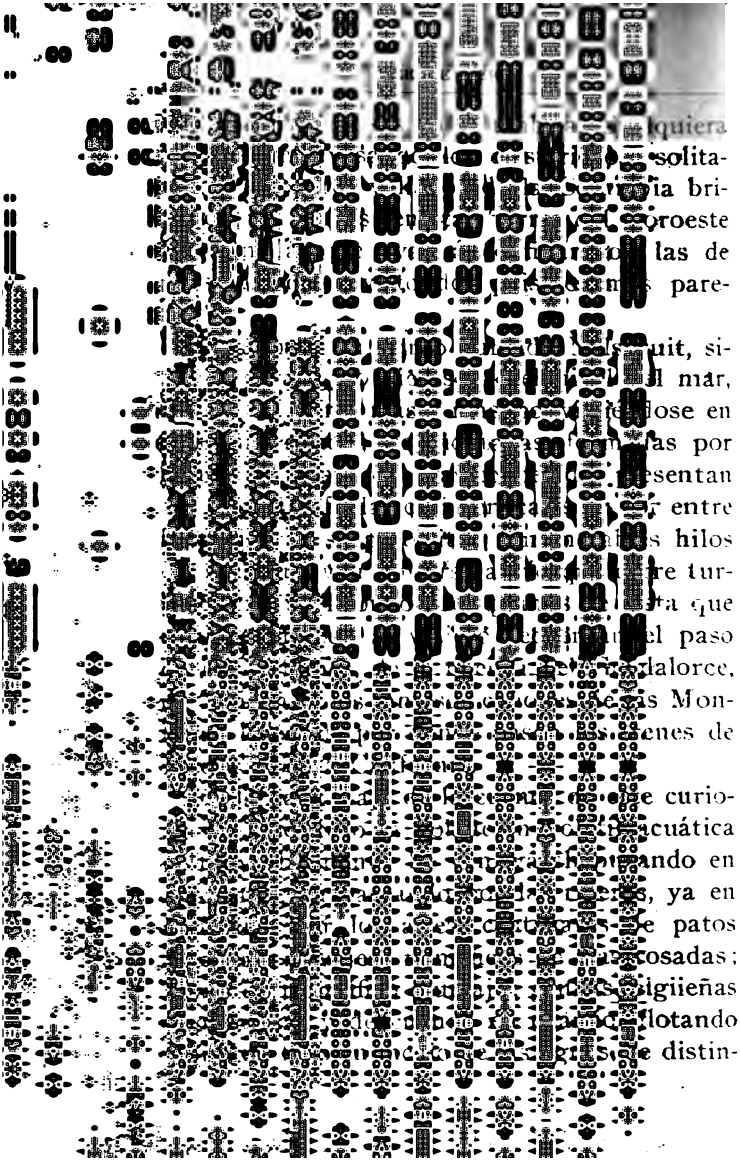












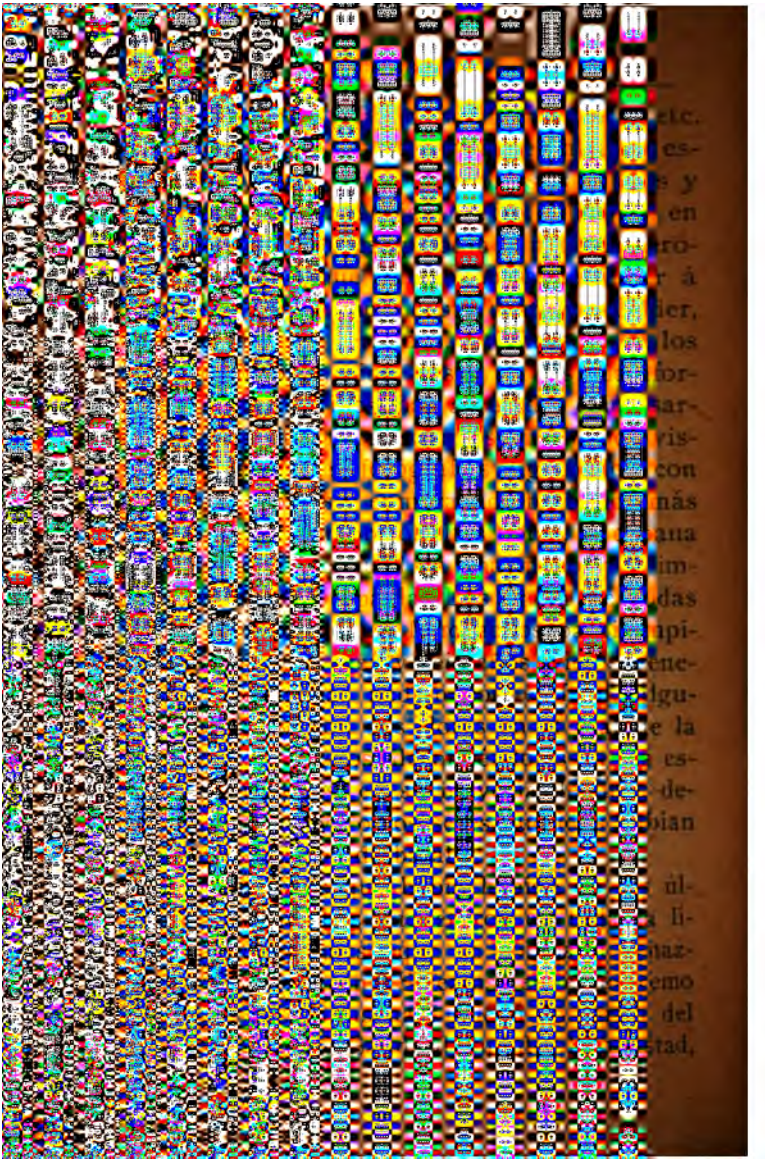
lquiera
solita-
ía bri-
oroeste
las de
pare-
uit, si-
l mar,
dose en
as por
esentan
, entre
s hilos
re tur-
ta que
el paso
alorce,
s Mon-
enes de
e curio-
acuática
ando en
s, ya en
e patos
cosadas;
igiieñas
flotando
e distin-

La noche en estas elevadas mesetas, y á la entrada ya del invierno, se presentaba ruda y fría. Unos se envolvieron en sus mantas, otros acudimos á nuestros gabanes de más abrigo. Comprendí que los cafres encendieran sus hogueras, y me acordé con pena de los combatientes que en tierras aún más altas y más frías tengan que pasar estas noches al sereno.

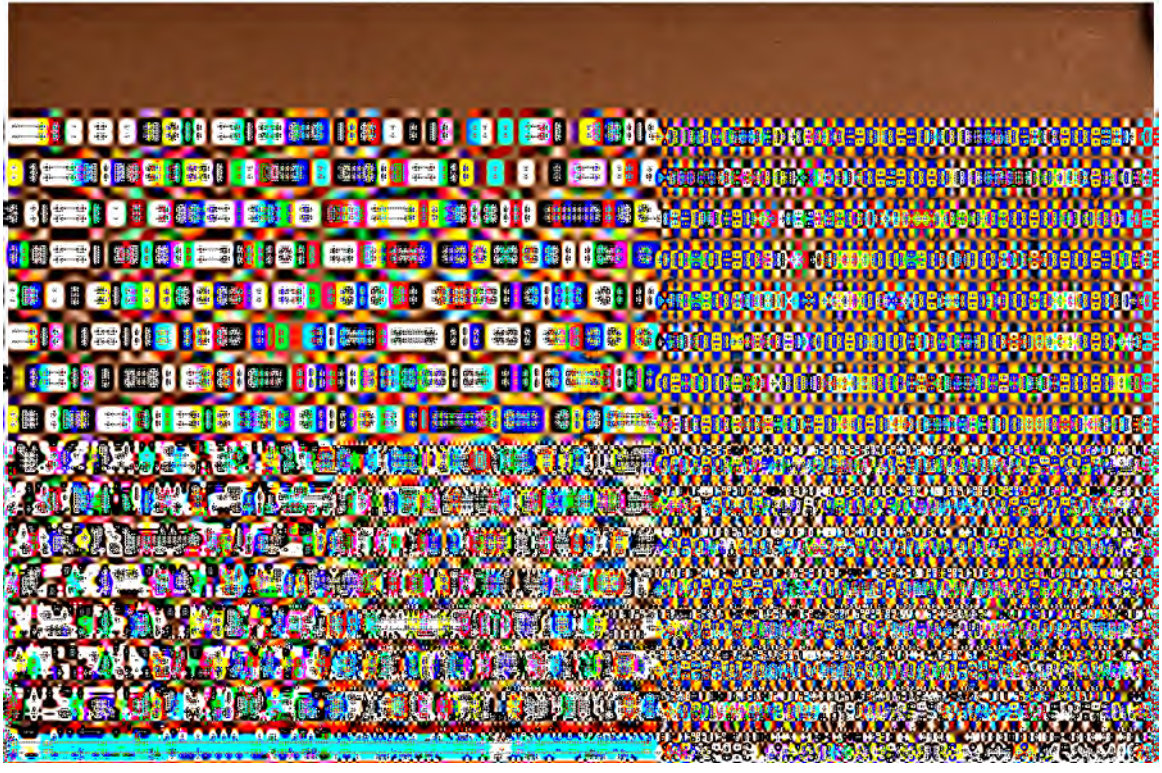
El frío se iba haciendo penetrante, la conversación y las observaciones se agotaban, y decidimos todos refugiarnos en el tren y descansar. La docena y media de hombres blancos, rebujados en nuestros abrigos, dormimos con toda tranquilidad, rodeados allá, á lo lejos, por los campamentos de los cafres y al arrullo del perenne sonar de las cascadas y del canto, más monótono aún, de los millones de grillos que pueblan la pradera.

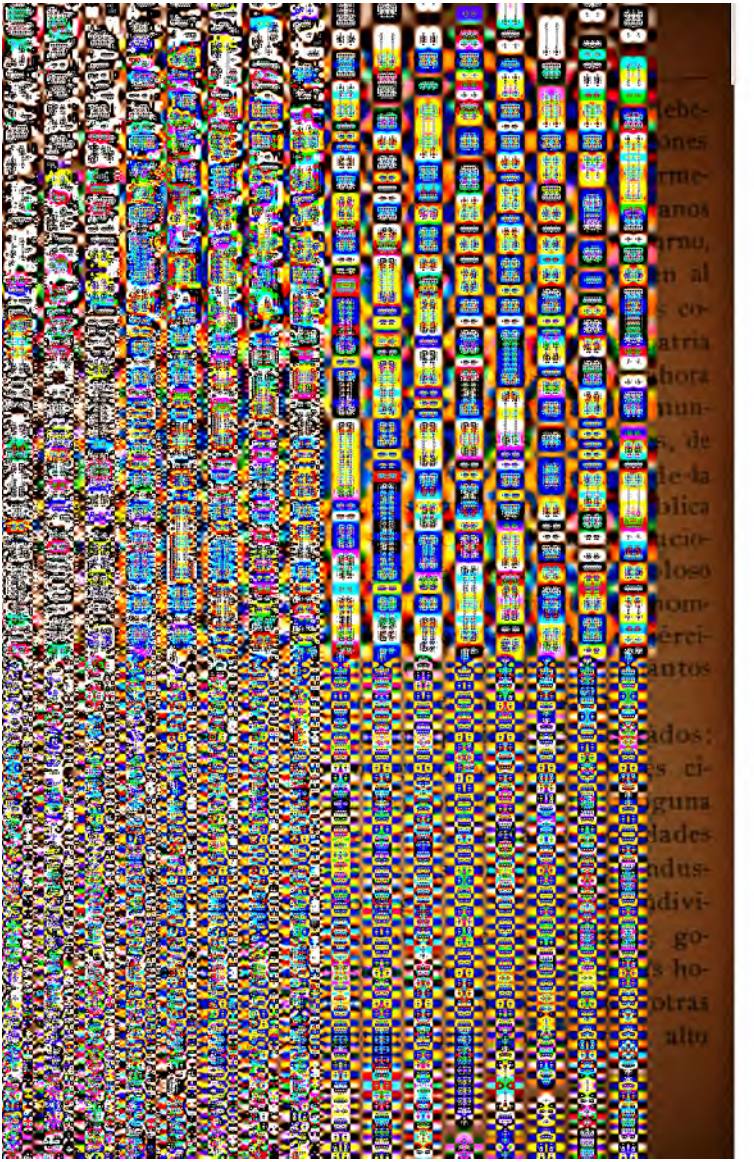
* * *

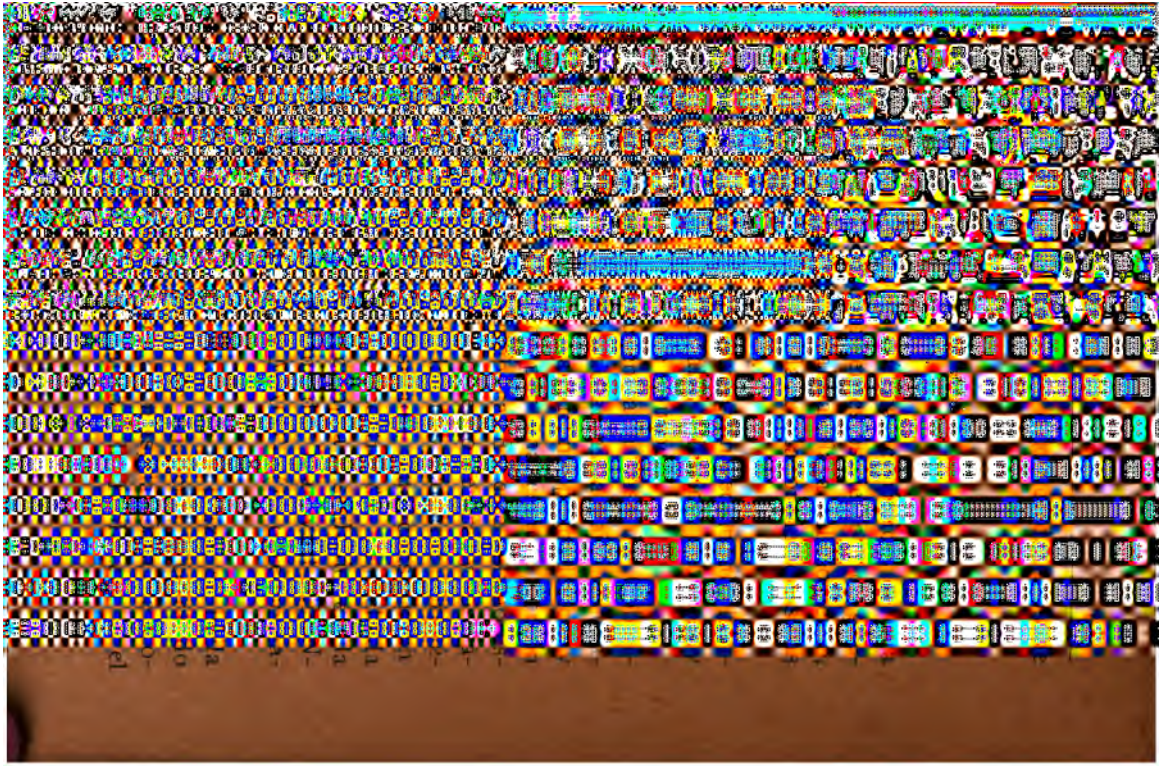
A la mañana siguiente y antes de ponerse el tren en marcha, llegaron á la estación otros seis ú ocho boers, sin duda procedentes de granjas de aquella parte del país y todos armados y con sus equipos de campaña. Montaron en el tren y éste emprendió entonces la tremenda subida que nos había de conducir á la parte superior de las montañas del frente. Pude notar entonces que la vía, á partir de aquel punto, tenía tres carriles, siendo el cen-

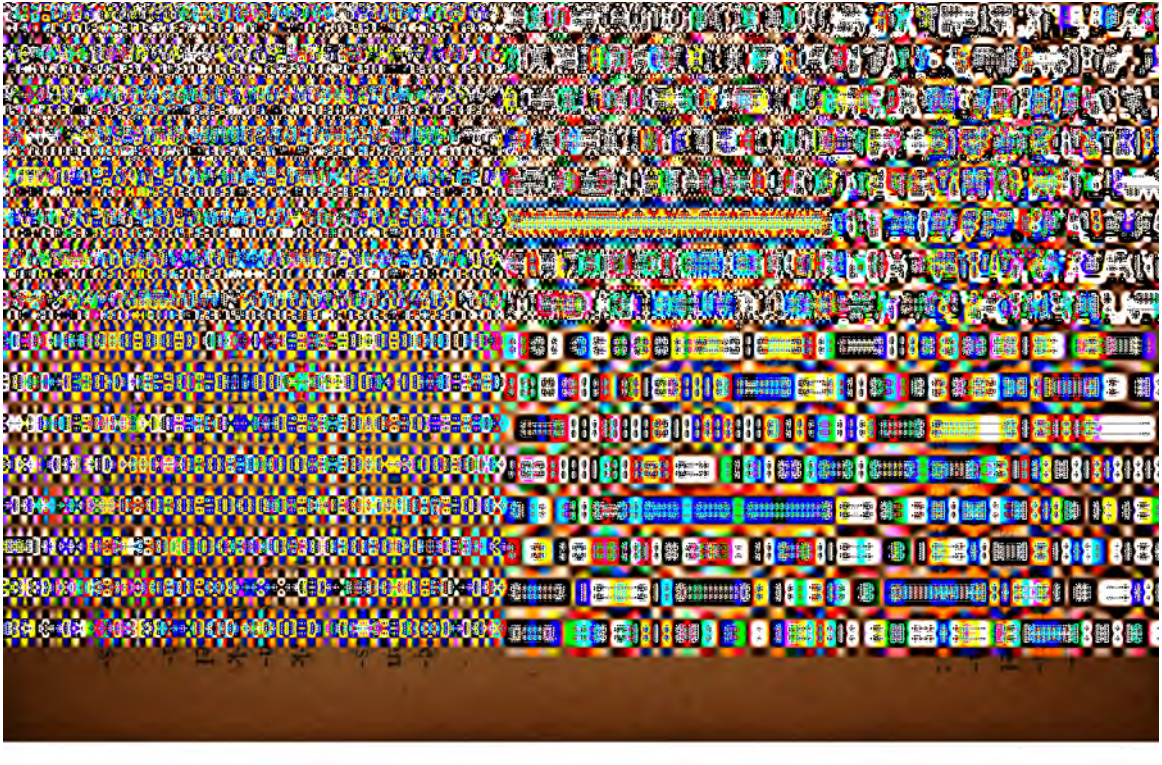


dores del Mar Rojo; corrido por los bosques tropicales de Tanga, los chapazales de Zanzíbar y los arenales de Beira; sufrido fiebres y contratiempos terribles en tierra y tempestades en el mar; parado en hospitales y en campamentos improvisados; hecho mi camino en tren, en barco, á caballo, á pie y hasta en camilla; tenido por muerto en la mitad de mi expedición, llegaba, al fin, á mi destino é iba á dormir en lecho limpio y confortable, sin mosquitos ni abejorros, ni ratas ni sabandijas, no pude menos de exclamar, como los navegantes españoles al divisar el primer cabo del Continente americano: **¡Gracias á Dios!**









tos azarosos tiempos toda la vida de Pretoria y puede decirse que la del Transvaal entero.

No es el Boulevard de París, ni la Rambla de Barcelona, ni Picadilly de Londres, ni la Puerta del Sol de Madrid, no. Es una cosa muy diferente. Es el antiguo Foro Romano; mejor aún, es el "ágora" de las Repúblicas griegas, la plaza de Milciades, Arístides y Temístocles, de Demóstenes y Eschines.

Efectivamente, aquí, al aire libre, se tratan y se "ventilan" casi todos los asuntos de la República. Bajo la columnada del pórtico dórico, ó en corrillos aquí y allá esparcidos, se ven los pocos funcionarios del Estado que no están en el campo de batalla; los suministrantes de vituallas y equipos; los contados miembro del Wolksraad que, por una razón ú otra, aún quedan en Pretoria; los boers y voluntarios extranjeros recién curados en el Hospital, inválidos los unos, preparándose para volver á luchar otros; los jefes de nuevos comandos que vienen á pedir armas y caballos para sus gentes; los oficiales extranjeros que están organizando nuevas brigadas; las viudas y los huérfanos en luto que acuden por socorros; los corresponsales de periódicos; hombres de negocios de todas nacionalidades; boers armados á pie y á caballo cruzando en todas direcciones; los muchachos del telégrafo

en sus velocípedos discurriendo entre la multitud y entregando telegramas, pues saben que en la plaza han de encontrar, y no en sus casas, á los destinatarios; los cocheros cafres ofreciendo sus vehículos.

Allí se ve al Secretario de Estado, Mr. Reitz, hablando en un grupo; al Ministro de Hacienda, Mr. Root, defendiéndose, como todos los Ministros de Hacienda, de infinidad de asaltantes; Mr Phillips, el simpático mejicano, de origen alemán, que tiene el contrato de la dinamita, discutiendo con los hombres de negocios; el coronel ruso Maximoff, con la cabeza vendada, muestra de una de las tres últimas heridas que recibió peleando; el coronel escandinavo Anderson, retrato vivo de uno de los héroes de Gustavo Adolfo, con su dormán blanco y oro y arrastrando todavía su pierna herida. Allá el general boer Smith, vivo y nervioso, que ha venido á asistir á la clausura del Wolksraat; Mr. Davies, el corresponsal del "New York Herald," ataviado á la usanza boer y paseándose á caballo entre los grupos. Acullá legionarios irlandeses con sus anchas cintas verdes en el chambergo; condes franceses con el brazo en cabestrillo; barones alemanes lesionados; y lo que, á no verlo, hubiera tenido por increíble, estos oficiales alemanes en fraternal coloquio con los dinamarqueses y franceses, como buenos y queridos camaradas.

De cuando en cuando atraviesa la multitud un grupo de Hermanas de la Caridad ó de enfermeras de la Cruz Roja, que van ó vienen del Hospital que está allá abajo, ó una ambulancia conduciendo heridos. Otras veces la muchedumbre abre paso á una pareja de boers á caballo que llega á galope con despachos; y, de tarde en tarde, y para recordar que estamos en Africa, alguno de los carros inmensos del país, conducido por sus cinco ó siete parejas de bueyes, cruza lentamente, guiado por el cafre, por medio de la anchurosa plaza.

Y allí, al aire libre, se trata todo, se dice, se oye y se resuelve todo.

Cuando hacia las once de la mañana llega el "Standard and Diggers News," periódico de Johannesburgo, y, hacia las cuatro de la tarde sale á luz "De Volksstem," que es el único diario que se publica actualmente en Pretoria, enjambre de chiquillos invade la plaza, y la multitud agota bien pronto los paquetes. La misma escena se repite, pero no todos los días, cuando se reparte gratis la hoja encarnada con las noticias oficiales; y entonces las conversaciones cesan y todo el mundo se recoge en la lectura.

Antes de anochecer, la muchedumbre desfila, el bullicio se apaga; y al cerrar la noche queda la plaza obscura y solitaria, sin más señal de vida que los cuatro gendarmes que, con

su uniforme á la prusiana y su Maiiser al brazo, se pasean acompasadamente ante las cuatro fachadas del Palacio del Gobierno.

Doscientos metros más allá, en la calle de Kerk, en la casita de los leones blancos y de las ocho vidrieras de colores, queda el anciano Kruger, enferma la vista del trabajo incesante, apenado el ánimo con las tremendas calamidades de la guerra, y meditando en las críticas circunstancias por que atraviesa su patria.

Esta es la vida de Pretoria en mayo de 1900, con el enemigo á las puertas de la casa.

III

UNA VISITA AL DOCTOR REITZ

El Dr. Reitz me abre la puerta.—Conversación interesante.—La campaña contada por el Secretario de Estado.—Por qué los boers no han tomado la ofensiva.—Errores cometidos.—Quién es el Dr. Reitz.—Un siglo de injusticia y otro de infortunio.—Alto ejemplo.

Epaminondas no pudo un día acudir á franquear la puerta de su casa porque se estaba lavando la túnica y no tenía otra que ponerse; yo fuí más afortunado que los visitantes del general tebano al ir á ver al Dr. Reitz, el Secretario de Estado, como si dijéramos, el primer Ministro del Transvaal. Al llamar en la noche siguiente á mi llegada á Pretoria, á la

puerta de su casita en Sunnyside, el mismo Dr. Reitz, el antiguo Presidente del Tribunal Supremo de Justicia, el ex-Presidente del Estado libre de Orange, fué quién acudió á abrir y darme entrada.

Ya lo había visto por la mañana en su despacho del Palacio de Gobierno. Recibióme allí con suma sencillez y exquisita cortesía, y enterado de quién yo era y mis propósitos, ofrecióme desde luego hacer cuanto estuviera en su mano para facilitar mis tareas.

—Lo mejor—me dijo—es que nos veamos por la noche en mi casa. Aquí, como vé usted, no tengo un momento de reposo. En mi casa, después de comer, podemos hablar cuanto queramos.

Esperé con impaciencia la hora, tomé un coche, luego de asegurarme que el cafre conocía el domicilio del Dr. Reitz (pues me había enterado que se hallaba muy lejos, en las afueras de Pretoria), y después de atravesar la población, marchar por entre espesas arboledas vadear un río, con el agua hasta los cubos de las ruedas, todo en medio de la obscuridad más profunda, el cafre hizo alto, y señalándome á la derecha exclamó: Aquí es.

Crucé, como Dios me dió á entender, por entre un grupo de árboles frondosos, y distinguí las luces de la casa á través de la espesura. Encontréme á poco delante de un edificio de es-

casas dimensiones, de planta baja solamente y con su baranda ó corredor dando la vuelta á las cuatro fachadas, al uso de la mayor parte de las viviendas africanas.

Abrióme la puerta, como he dicho, el mismo Dr. Reitz, dióme la bienvenida y condújome á un modesto despacho, donde, completamente solos, nos engrescamos en seguida en conversación para mí interesantísima.

—Es usted—me dijo—el primer español con quien he hablado en mi ya larga vida, y no sabe usted cuánto celebro tener esta ocasión.

Y hablamos de historia de España y de historia del Transvaal, de problemas de colonización y de atavismo, de la lucha de razas en el Africa del Sur, de los orígenes y causas de la guerra, de Kruger y su obra.

Contóme á grandes rasgos la campaña, los medios y las esperanzas de los boers, las equivocaciones cometidas en esta lucha épica, las hazañas realizadas por el puñado de hombres que pelean contra el numerosísimo ejército inglés; explicóme la razón de muchos hechos obscuros para nosotros en Europa, el por qué de haber fracasado en rendir á Ladysmith, Kimberley y Mafeking; cómo se baten los boers y cuántos hay en el campo de batalla, y tantas y tantas cosas, todas de interés extraordinario, que si fuera á transcribirlas ínte-

gras. no una carta, sino un grueso volumen llenaría.

* * *

Asombréme, y seguramente se asombrarán muchos, al saber que no han tomado parte en la campaña arriba de 36,000 boers, entre transvaalenses y orangistas, y unos 2,000 voluntarios extranjeros; y de tal suerte, que nunca ha habido simultáneamente en el campo de operaciones más de 25 á 30,000 hombres conteniendo al invasor.

Con estas escasas fuerzas han tenido que acudir á los cercos de tres plazas tan distantes entre sí como Ladysmith, Kimberley y Mafeking; contener en el Tugela á Buller; en el Sur de Orange, á French y á Gatacre; en el camino de Kimberley, á las tropas de Lord Methuen; y, después, á las grandes masas reunidas por Lord Roberts y Lord Kitchener.

No han pasado de 8,000 hombres los que con Joubert y Botha mantenían el sitio de Ladysmith y luchaban al mismo tiempo contra los avances de Buller, teniendo así en jaque á más de 35,000 ingleses. Unos 8,000 hombres, bajo el mando de Cronje, sitiaban á Kimberley y peleaban contra Lord Methuen, y apenas contaban 6,000 los que con Delarey y De Wet se batieron en Stomberg y Colesberg defendiendo las líneas de Orange.

Unos 3,000 hombres bajo el mando de Snyman tienen, desde el principio de la guerra, encerrado á Baden-Powell en Mafeking, y con los que hay que destinar á Komati Poort, para evitar cualquier golpe de mano, y los enviados al Nordeste de la Zululandia, para impedir que los ingleses del Natal se corran por aquella parte, hemos agotado—dijo el doctor Reitz—nuestros contingentes.

Con tan escasas fuerzas para tan extenso campo de operaciones, los boers no han podido presentar sino escasos núcleos contra las numerosas tropas inglesas. Setecientos hombres fueron los que pelearon contra dos divisiones inglesas en el famoso combate de Spion Kop; tan sólo cuatrocientos hombres estuvieron luchando en Abraham's Kraal contra 6,000 ingleses desde las seis de la mañana hasta las cinco de la tarde; 40,000 hombres y ocho días de combate y bombardeo incesante necesitó Lord Roberts para rendir los 4,000 hombres de Cronje.

—Nos hemos tenido siempre que limitar á realizar sorpresas ó rechazar ataques, y la mayor parte de las veces no hemos podido, por lo exiguo de nuestras fuerzas, sacar el fruto debido de las derrotas del enemigo—¿Que por qué no hemos dado el asalto en Ladysmith ó en Kimberley? Porque éramos muchos menos sitiando, que los defensores de estas plazas,

que nos esperaban parapetados. En todos los casos se hubieran quedado atónitos los ingleses al saber el escasísimo número de boers que los combatían, y más de una vez, si hubieran sabido la fuerza enemiga que tenían delante, seguramente se hubieran portado de otro modo.

Esto no quiere decir que nosotros no hayamos cometido equivocaciones. La heroica y casi sobrehumana lucha de Cronje contra el grueso de las fuerzas de Lord Roberts ha sido un error. Al mismo tiempo que ha mostrado al mundo el temple de nuestros hombres, ha sido causa de que perdiéramos 4,000 de nuestros más bravos guerrilleros, ó sea la octava parte de nuestras fuerzas, y dado motivo á que ahora los boers, temiendo siempre ser envueltos por fuerzas superiores, no extremen tanto como antes la resistencia á los ataques del enemigo. Cronje, cuando todavía era tiempo, debió haber dividido su fuerza en pequeños núcleos y retirarse, que no hubieran faltado ocasiones de pelear.

Otro error ha sido el obstinarnos en tratar de impedir los movimientos de las grandes masas del enemigo, presentándoles batalla como los ejércitos regulares. Verdad es que en casi todas las ocasiones hemos logrado con nuestros escasos medios rechazar estos ataques; pero desde que los generales ingleses han dis-

puesto de fuerzas numerosísimas, han podido en cada caso extender sus líneas y dominar los flancos, en forma que se ha hecho peligroso prolongar la defensa de las mejores posiciones. Ahora comprendemos que nuestro mejor sistema de guerra debe ser imitar á España. ¿Que nuestras ciudades caen en poder del enemigo? No importa. La cuestión es que los combatientes queden libres y puedan pelear aquí y allá, donde la ocasión se presente buena, y el enemigo no pueda nunca considerarse dueño del país ni seguro en ninguna parte. Donde estén el Presidente y el Gobierno, allí estará la capital, y el territorio que recorran nuestros comandos será nuestro país. Así lo ha hecho ya el Presidente del Orange, Mr. Steyn, que es hombre de temple y resuelto á continuar la lucha á todo trance. Steyn con sus orangistas hará tales esfuerzos para operar sobre la retaguardia de las tropas inglesas al avanzar sobre el Transvaal, que podrá ocurrir que cuando el ejército británico se crea más cerca del triunfo, resulte que su situación sea más comprometida que nunca.

* * *

Así se expresó el Dr. Reitz en lo que al carácter general de la campaña se refiere, dándome otra porción de datos que me servirán de mucho.

Expreséle después mi deseo de marchar inmediatamente á Kroonstad para presentarme al Presidente Steyn, pero á esto me dijo:

—En este momento se están batiendo en los alrededores de Kroonstad, y sería para mí un cargo de conciencia y un caso de responsabilidad muy grande dejarle marchar sin saber el resultado de la lucha. Podría suceder que no llegase usted y aun que tuviera algún percance serio en el camino. Es más, lo probable es que Steyn se retire á Heilbron. Debemos, pues, esperar á tener noticias positivas de los movimientos de Steyn.

—Está bien—contesté;—pero entretanto puedo ir á Johannesburgo y reconocer los territorios del Sur hasta el Vaal.

—Eso sí; mañana le entregaré á usted los pasaportes y documentos necesarios para que pueda usted circular libremente por aquel distrito.

Díle las gracias y seguimos hablando de infinidad de cosas, tan interesados uno y otro en la conversación, que no apreciamos cómo volaba el tiempo.

* * *

El Dr. Reitz representa unos cincuenta y seis años. De estatura regular entre esta gente; fisonomía simpática y expresiva, pero con rasgos que expresan tenacidad y resolución;

barba ya canosa. Viste siempre un modesto traje negro y habla con notable claridad y precisión.

Conocía ya á grandes rasgos su biografía, pero aquella noche me fuí enterando poco á poco de los detalles más importantes de su vida.

El Dr. Reitz procede de una familia holandesa. Su abuelo paterno tomó parte, siendo teniente de navío de la Marina de Holanda, en la batalla naval de Doggesberk, contra los ingleses, y más tarde, al ser incorporada Holanda al imperio napoleónico, emigró al Cabo de Buena Esperanza.

El padre del Dr. Reitz nació en la Colonia del Cabo y fué labrador y ganadero; un verdadero boer. Fué de los primeros en introducir en el Africa del Sur la oveja merina española, llegando á pagar 170 libras esterlinas por cabeza de los mejores tipos.

Simple labrador y sin dejar nunca sus tierras y ganados, llegó, por su influencia en el distrito, á ser miembro del Parlamento de la colonia inglesa del Cabo. Dejó once hijos (tres varones y ocho hembras), el segundo de los cuales fué el actual Dr. Reitz, que nació, por lo tanto, súbdito inglés.

Educado en el Colegio sudafricano de la ciudad del Cabo, á los diez y nueve años de edad marchó á Londres, donde estudió y se

graduó de Doctor en leyes, volviendo á la colonia del Cabo, practicando la abogacía por seis años. Al cumplir los treinta, en 1874, Mr. Brand, Presidente á la sazón del Estado libre de Orange, llamóle hacia sí, y, nombrado juez en la capital, Bloemfontein, llegó á Presidente del Tribunal Supremo ("Chief Judge,") cuyo cargo retuvo hasta 1889, en que fué elegido Presidente de la República. Al expirar su término, en 1894, fué reelegido, pero al año siguiente cayó enfermo, y, renunciando su puesto de Presidente, marchó á Europa para procurar el restablecimiento de su salud. Después volvió al Transvaal, donde abrió su bufete de abogado, hasta que en 6 de junio de 1898 el Presidente Kriiger le pidió aceptase el cargo de secretario de Estado del Transvaal, vacante por la marcha á Europa del Dr. Leyds.

Siendo Presidente de la República de Orange, el Doctor ajustó con la colonia del Cabo el convenio para la construcción de los ferrocarriles del Orange, y concertó (en 6 de febrero de 1889) el tratado de mutua defensa con el Transvaal. Tratado que después, en tiempo de Steyn, se ha convertido en alianza.

Es autor del famoso libro "A century of wrong" (Un siglo de injusticia), en el que se tratan minuciosamente todas las cuestiones que han surgido entre Inglaterra y el Trans-

vaal, y se procura rebatir todos los argumentos de los enemigos de la República sudafricana.

En estos azarosos días, el Dr. Reitz lleva, con el anciano Kriiger, todo el peso de los negocios del Transvaal, y mientras él trabaja en la organización de la lucha, sus cuatro hijos, jóvenes de diez y ocho á veinticuatro años, pelean á la vanguardia, más allá del Vaal, por la defensa de su patria.

—No sé—me dijo al concluir—cuál será mi destino final: si tendré la dicha de ver asegurada definitivamente la independencia de este pueblo, hasta aquí tan perseguido y desdichado; si caeré prisionero de los ingleses ó si pereceré en la lucha. De cualquier modo, todo estoy dispuesto á sacrificarlo por la que yo creo la más santa de las causas; ahora, toda mi actividad aquí, y los que son sangre de mi sangre en el campo de batalla; y, cuando sea necesario, mi vida misma. Este pobre pueblo ha sufrido un siglo de injusticias; ahora le aguarda otro siglo de infortunio ("A century of misery)."

Cualquiera que sean las ideas que se tengan acerca de esta terrible contienda, todos, hasta los mismos enemigos, no podrán menos de sentir respeto por un hombre de cuya honradez política nadie ha tenido nada que decir, y que así se sacrifica por su pueblo.

* * *

Era pasada la media noche cuando necesité de todos mis esfuerzos para despertar al cafre, que dormía como una marmota en el interior del carruaje, ganándose de tan fácil manera sus tres duros por hora, según tarifa; y al volver á cruzar, ya á la luz de la luna, los campos de los alrededores de Pretoria, iba considerando cuántas cosas había aprendido aquella noche, y cuánto tienen que aprender también los egoístas de la Europa actual del temple y carácter de los hombres de estas tierras.

IV.

DESDE PRETORIA A JOHANNESBURGO

A caballo.—Las afueras de Pretoria.—Los fuertes.—Por qué los boers no defenderán su capital.—Los espías ingleses.—Un oasis.—La Hostería de Fontein Grove.—Cartel curioso.—Campiña transvaalense.—La entrada en Johannesburgo.

Mis amigos me esperaban á la puerta de mi alojamiento. Concluí rápidamente mi desayuno, y á los pocos minutos tres alemanes, un holandés, un transvaalense y un español salíamos á caballo de Pretoria con dirección al Sur, por la calzada que conduce á Johannesburgo.

Dejando á la izquierda el pintoresco suburbio de Sunnyside, donde mora la alta sociedad de Pretoria, después de atravesar la vía fé-

rrea que va á Delagoa Bay, la carretera se va elevando, siguiendo las faldas del Muckleneck, y pasa por una estrecha garganta formada entre dicho monte y otras alturas, á cuyo abrigo, y por la parte que mira á la ciudad, se hallan los polvorines y el parque de artillería.

Más al Sur, y después de vadear un riachuelo, se pasa por otra garganta, divisándose allá en lo alto el fuerte de Schanz Kop á la derecha y el de Klapperkop á la izquierda; y cuando el camino, al doblar la pendiente, llega á su mayor altura, se puede, mirando al Norte, divisar á lo lejos, al otro lado de Pretoria, las dos filas de montañas, de Daspoort primero, y de Magaliesberg después, donde se alzan otros tres fuertes, que dominan la vía férrea que va á Pietesburgo y protegen á Pretoria por el Norte.

Dicen que todos estos fuertes han sido construídos con cuantos requisitos exige el arte de guerra moderno.

Al exterior apenas se distinguen los achatados muros de piedra y tierra, sobre los que se elevan numerosos pararrayos; la mayor parte de las dependencias se hallan bajo tierra, excavadas en la misma roca de la montaña, caminos subterráneos é hilos telegráficos y telefónicos ponen en comunicación unos fuertes con otros y con los parques, reductos y polvorines situados dentro de las líneas de

defensa. Cada fuerte está, además, dotado de un poderoso reflector de luz eléctrica, y antes de empezar la guerra tenían artillería moderna de grueso calibre. Después, según parece, la mayor parte de esta artillería ha sido trasladada al campo de operaciones, y está distribuída entre las distintas fuerzas que operan al Norte del Natal, en el Estado de Orange y en las líneas del Oeste.

Las condiciones de la guerra han variado ahora de tal modo, que los boers no quieren lo indicaba el transvaalense que formaba parte de nuestra expedición.

—Creo—dijo—que sería un error muy grande intentar resistir un sitio en Pretoria. Para que la defensa fuera efectiva, dado lo extenso de la línea, tendrían que concentrarse en esta ciudad el grueso de las fuerzas de las dos Repúblicas, dejando así todo el resto del país á merced del enemigo; mientras que esas mismas fuerzas diseminadas por todas partes pueden hacer mucho más daño al invasor, molestándole continuamente, no dejándole tranquilo en parte alguna y obligándole á una movilidad constante que concluye por exasperar y destruir la moral de un ejército.

Encerrados en Pretoria—añadió—10 ó 12.000 hombres, al cabo de un período más ó menos largo, pero siempre limitado por la duración de las vituallas y municiones, tendrían

[illegible] mba-
[illegible] ontar
[illegible] ísma
[illegible] nues-
[illegible]

[illegible] la lle-
[illegible] abido
[illegible] onoce
[illegible] poseer
[illegible] ntase,
[illegible] gleses
[illegible] erfec-
[illegible] iraza-
[illegible] es; y
[illegible] ndido
[illegible] Ho-
[illegible] e, pu-
[illegible] ndose
[illegible]

[illegible] uimos
[illegible] con-
[illegible] e are-
[illegible] rboles
[illegible] a sal-
[illegible] avera-
[illegible] dio de
[illegible] be, de
[illegible] zo al

frente y grandes establos y corrales á la espalda.

Es una especie de posada ó parador al estilo de los que antiguamente abundaban en las carreteras de España.

Pintorescas matas de granadilla adornan el frente; rosales y azucenas crecen en los jardinillos; gardenias menudas y enormes tuberosas se desarrollan al aire libre en los campos circunstantes; todo respira alegría y placidez.

Echamos pie á tierra, pues el sitio convidaba á hacer un alto, y mientras despachábamos unos jarros de cerveza, no pude menos de fijarme en un letrero que al frente de la hostería existe y que para regocijo de mis lectores transcribo al pie de la letra, pues es de lo más curioso y característico que puede concebirse:

.. HOSTELRY OF FONTEIN GROVE

"Multum in parvo, pro bono público.
Entertaiment for man and beast all of a row
Lekker kost, as much as you please,
Excellent beds whithout any fleas.
Nos patriam fugimus... now we are here,
Vivamus... let us live by selling beer.
On donne á boire et á manger ici
Come in and try it whoever you be."

Que es como si en castellano dijera, poco

más ó menos (y lo traduzco en "sonsonete" para dar idea exacta del cartel):

Aquí hay de todo; aquí modestamente
Se contenta á la gente,
Y por poco dinero
Se cuida bien caballo y caballero.
Buena comida, pocos requisitos,
Camas limpias, sin pulgas ni mosquitos.
Nuestra patria por fuerza abandonamos (1);
Pero vivir habemos,
Y por vivir, aquí nos refugiamos;
Y vendiendo cerveza
Y sirviendo comidas con presteza,
Con equidad y aseo,
Satisfecho se ve nuestro deseo.
¡Cminante! Quienquiera que tú fueres,
Si hambre y sed padecieres
O reposo tu cuerpo te reclama,
No des un paso más, detente y llama.

Pero la gracia y frescura del cartel original, con su mezcla de cuatro idiomas, desaparecen completamente al intentar la traducción.

Por otra, parte la forma del anuncio se acomoda muy bien con las costumbres del país. Aquí todos hablan dos, tres ó cuatro idiomas, y el lenguaje corriente suele resultar una

(1) Alude, con las palabras mismas de Virgilio, al Gran Treck ó emigración de los boers en masa, de la Colonia del Cabo á las comarcas, entonces desconocidas, del Orange y del Vaal.

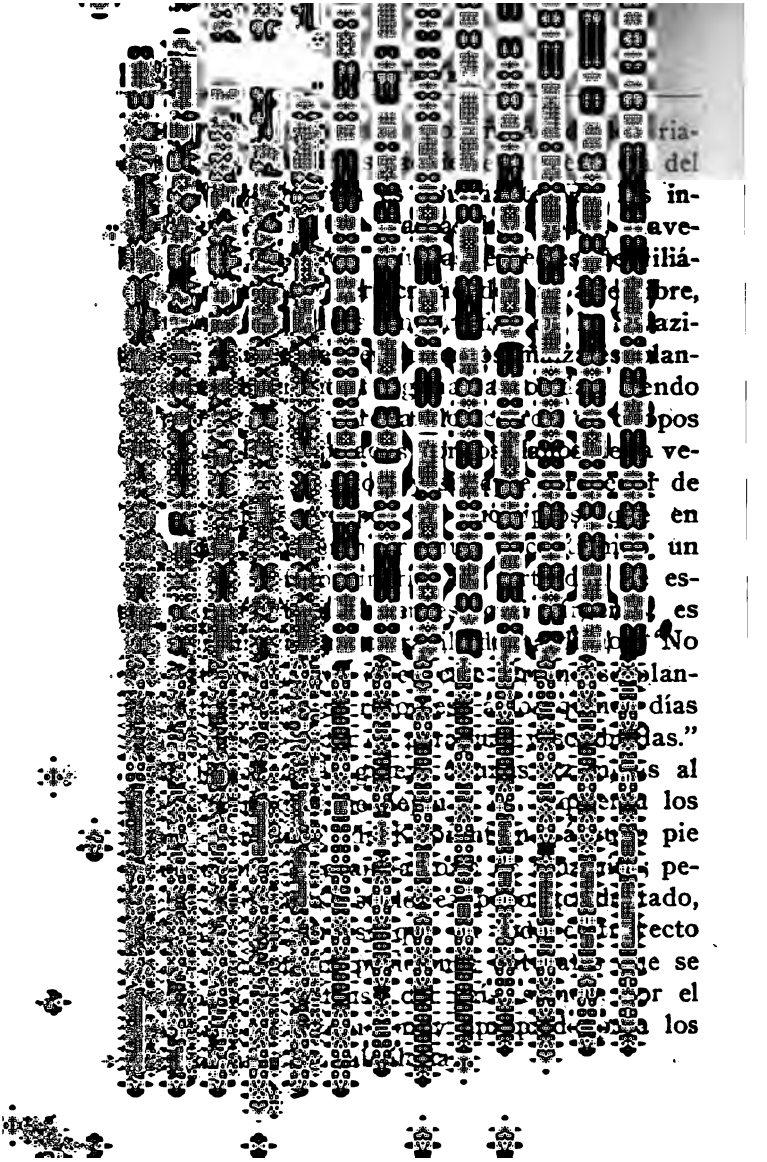
mezcla de todos ellos, ni más ni menos que en el cartel de la hospedería de Fontein Grove.

* * *

La carretera hacia Johannesburgo pasa después por una serie de planicies ligeramente onduladas y por las que serpentean pequeños arroyuelos tributarios del río Cocodrilo. De trecho en trecho se ven algunas granjas; mujeres boers y muchachos cafres trabajando los campos ó atendiendo al ganado, y de cuando en cuando nos cruzamos en la carretera con alguno de los característicos carros del país, tirados por cinco ó más parejas de bueyes, y en donde van familias enteras con todo su ajuar. Son emigrantes del otro lado del Vaal, que vienen huyendo de los horrores de la guerra y acuden á refugiarse en las tierras del Norte.

En sentido contrario á los fugitivos, ó sea llevando la misma dirección Sur que nosotros, encontramos á menudo, ya en grupos, ya caminando solitarios, boers armados que van á reforzar los comandos que pelean al Norte de Orange, y no es raro encontrar parejas en las que, por las diferencias de edades y analogías en el aire, se reconoce en seguida padre é hijo.

La campiña, sin prestar rasgos notables, ofrece agradable aspecto. Se ve que el suelo



Así, pues, entre Pretoria y Johannesburgo todo el campo abierto, en el que será difícil contener la marcha de un enemigo numeroso. Es decir, que si los ingleses llegan á apoderarse de Johannesburgo, el camino hasta las alturas que rodean á Pretoria está completamente á su merced.

Desde Berguley á la ciudad del oro no media ya más que una distancia de unas 10 millasó ó sean 15 kilómetros, y el total de la distancia desde Pretoria no pasa de 48 kilómetros.

Ya cerca de Johannesburgo el terreno vuelve á presentar bastantes accidentes con algunas series de alturas en dirección Este á Oeste y grandes desniveles. La vía férrea entre las dos capitales corre casi paralela á la carretera, pero apartándose un poco al Este, para venir después á dar un ligero rodeo al acercarse á los campos del oro.

Por otra parte, el suelo, á partir de Pretoria, se va elevando y llega desde las alturas de 4,470 pies sobre el nivel del mar á la de 5,890 pies en Johannesburgo.

Al llegar á las colinas de Rosebank, ya pudimos distinguir á lo lejos los altos edificios de la gran ciudad, y al Este y Sur y cerca y lejos las chimeneas y construcciones peculiares que marcan las minas en explotación; las minas que producen oro por valor de cerca de un mi-

llón de libras esterlinas mensuales, y que son, sin duda, una de las causas principales de esta guerra terrible.

* * *

La entrada en Johannesburgo produce una impresión penosa. Una gran ciudad, nacida como por ensalmo hace quince años, con magníficos edificios, palacios soberbios, calles derechas y amplísimas, parques y jardines y á la sazón toda desierta. Las puertas de casas y tiendas cerradas; los cristales de ventanas y vidrieras hechos pedazos; soledad y desolación por todas partes. Allá en Commisioner Street, las señales de la última explosión, no sólo con las ruinas de las construcciones que formaban el arsenal, sino con gran número de edificios próximos, en las manzanas contiguas y aun al otro lado de la calle, arruinados unos, desvencijados y desencuadernados otros, y sólo á lo lejos, en las afueras, como señal de vida, el humo de las minas que aún trabajan, y que, al llegar la noche, marcan con espléndida iluminación de luz eléctrica, toda la extensión del rico Witwatersrand.

V

LA CIUDAD DEL ORO

Gran recibimiento.—Un banquete en Frascati.—El Dr. Liebert.—Orígenes de Johannesburgo.—"Aurea fames."--Los campos del oro —Una visita á las minas.—Algunos datos técnicos.—La agitación de Johannesburgo y sus causas.—Los impuestos boers y la explotación del oro.—Johannesburgo y el Transvaal.

En Johannesburgo he encontrado un excelente amigo. El Dr. belga Liebert, que con los otros cuatro médicos me asistió en Zanzíbar, ejerce su profesión en esta ciudad, y á él debo, además de una acogida cariñosísima, el ponerme en relación con importantes personalidades de la localidad, el haber podido visitar las minas de oro en condiciones excepcionales, y el recoger una porción de datos muy interesantes acerca de Johannesburgo y de todas las

blicidad á los sucesos, á los hechos ya ocurridos; pues respecto á los preparativos y movimientos de sus fuerzas, se comprende que guarde reserva. De la voladura de las minas se habla mucho, y hay bastantes boers que abogan calurosamente por tal medida, pero no sé lo que sucederá.

—Aquí la gente está preparada para impedirlo y hay policía especial que vigila para prevenir cualquier intento.

—¿De modo que podría haber lucha en Johannesburgo, aun teniendo á los ingleses á las puertas?

—Podría ser.

Me instruyeron después largamente acerca de las condiciones sociales y políticas de esta población antes de la guerra, acerca de la producción del oro, de las especulaciones y del antagonismo entre los verdaderos boers y esta capital.

Esta mañana el Dr. Liebert, en su propio carruaje, me ha hecho recorrer todos los campos de oro, y con el Sr Kommist, inteligente ingeniero suizo y director facultativo de la mina "Ferreira Deep," que es una de las principales, visité todas las obras y trabajos de explotación, enterándome minuciosamente de cuantas operaciones se realizan y recogiendo, como recuerdo, algunas muestras de cuarzo aurífero.

Visitamos después lo más importante de la población, y con las descripciones retrospectivas y las atinadas observaciones de unos y otros, pude enterarme á fondo de cuanto hay que saber acerca de Johannesburgo.

* * *

El suelo ahora ocupado por esta magnífica ciudad no presentaba hace quince años señal alguna de habitación humana. Era una comarca arenosa y pedriza, barrida por los vientos, desamparada y desierta. De cuando en cuando se veía algún cafre guiando ganado de cualquier granja boer de los distritos comarcanos y vagando en busca de pasto para sus vacadas. Ninguno podía imaginarse entonces que bajo sus pies se hallaban los yacimientos de oro más ricos del mundo, y los boers propietarios de aquellas tierras vendieron por unas cuantas libras esterlinas el terreno donde hoy se levanta la población de Johannesburgo.

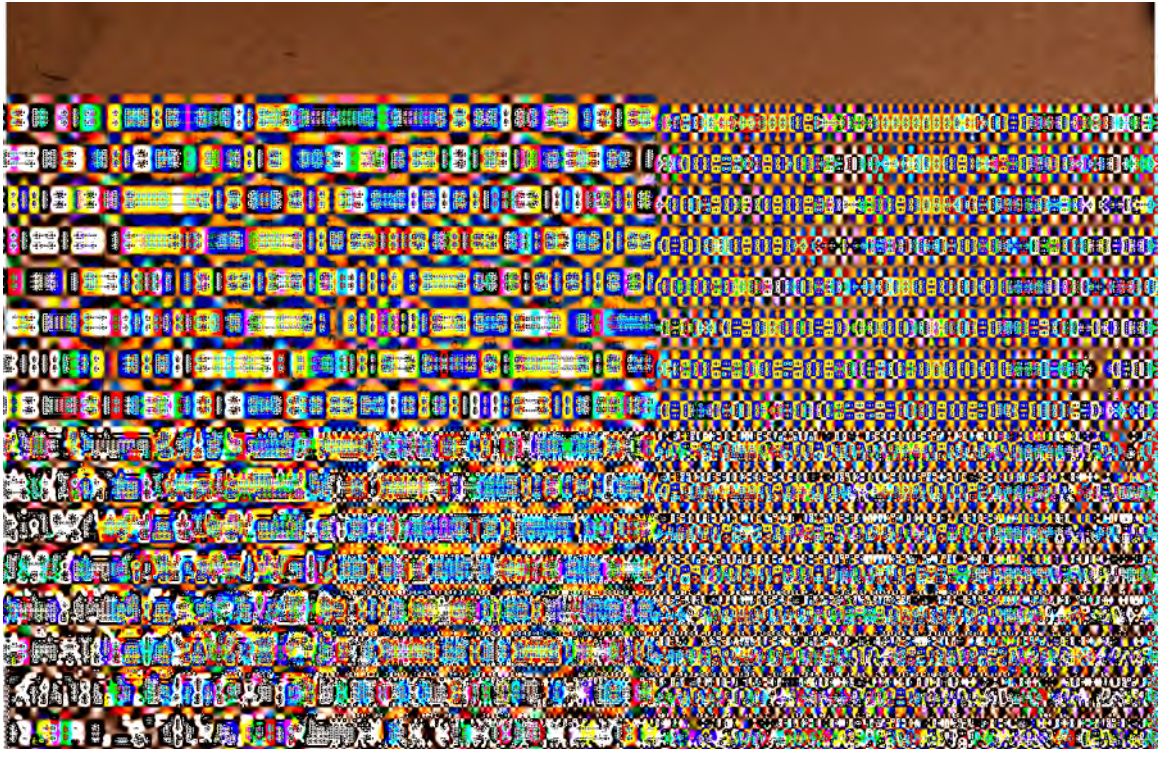
Apenas se descubrieron aquí señales de oro, con pruebas de que lo había en gran cantidad, acudió gente de todo el mundo, repitiéndose los días del 49 en California, y en poco tiempo se fundó una ciudad cosmopolita, en la que abundaba, en primer término, el elemento inglés y semita, y después se hallaban alemanes, franceses, italianos y gentes de

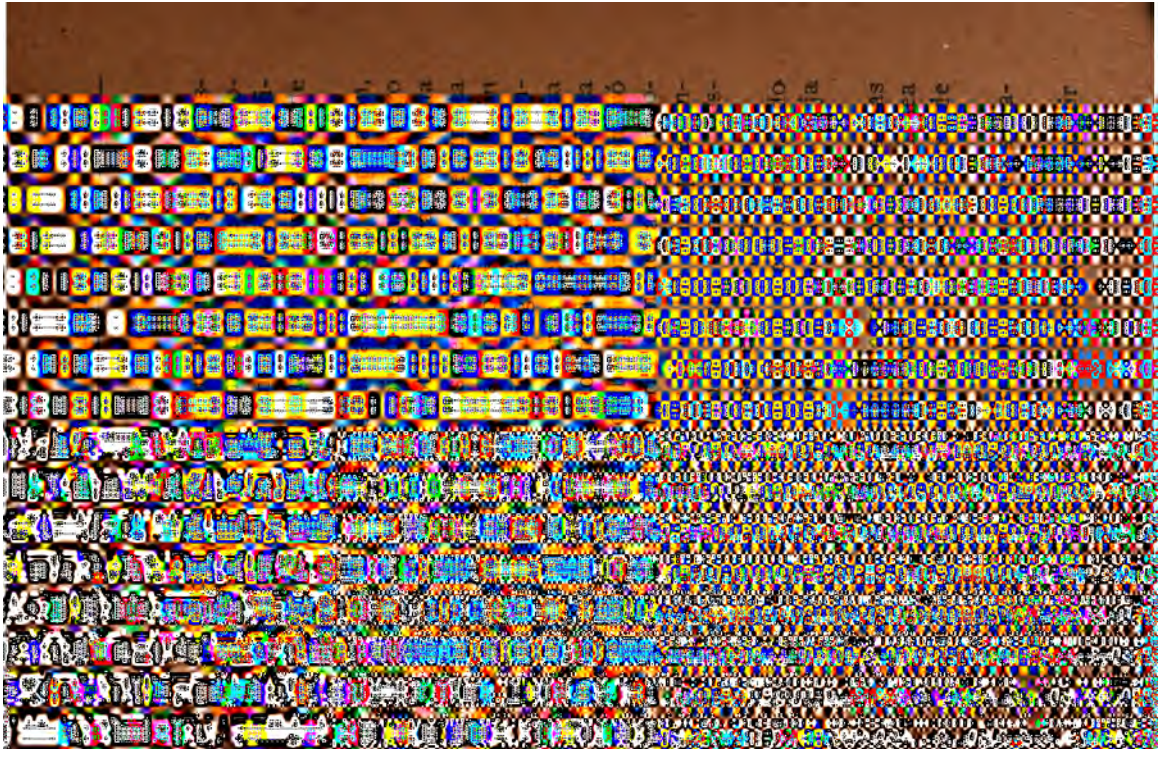
América y Australia. El boer permaneció desde el principio alejado del centro tentador, y aun hoy día no se ven en realidad más boers en la ciudad del oro que los dependientes del Estado y los campesinos que al romper el alba acuden al mercado á vender leche, hortalizas y otros productos de sus tierras .

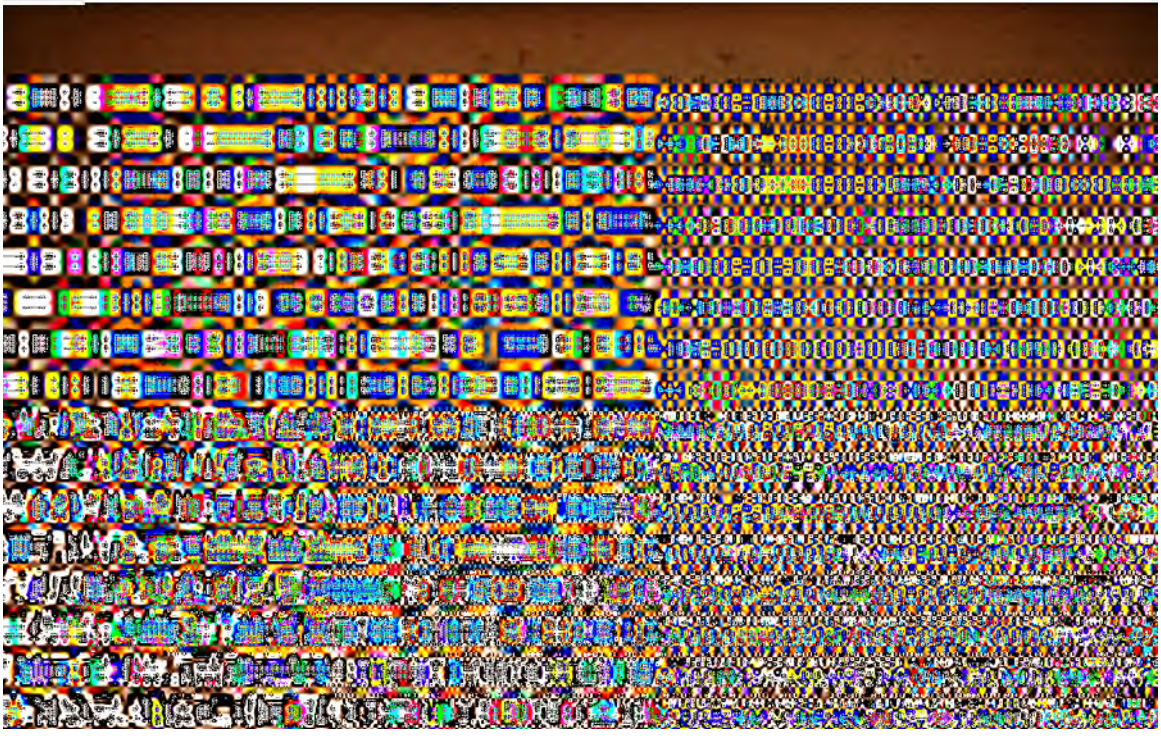
En 1896, ó sea á los diez años de su fundación, el censo dió para Johannesburgo una población de 50,000 blancos, 42,000 cafres y 6,000 asiáticos. Siete décimas partes de los habitantes blancos eran á la sazón ingleses, una décima parte alemanes, otra americanos y el resto de las demás nacionalidades europeas. Toda esta gente, excitada por la fiebre del oro, vivía en agitación continua, haciendo fortunas y disipándolas con la misma rapidez. En ninguna parte llegó á tan alto grado el ansia por la especulación, y en el sitio llamado "Entre cadenas," por las que limitan el espacio donde en una plazoleta se reunen los accionistas de las minas y los que con dichas acciones especulan, se han hecho y deshecho capitales con más rapidez que en ninguna otra ciudad de la tierra.

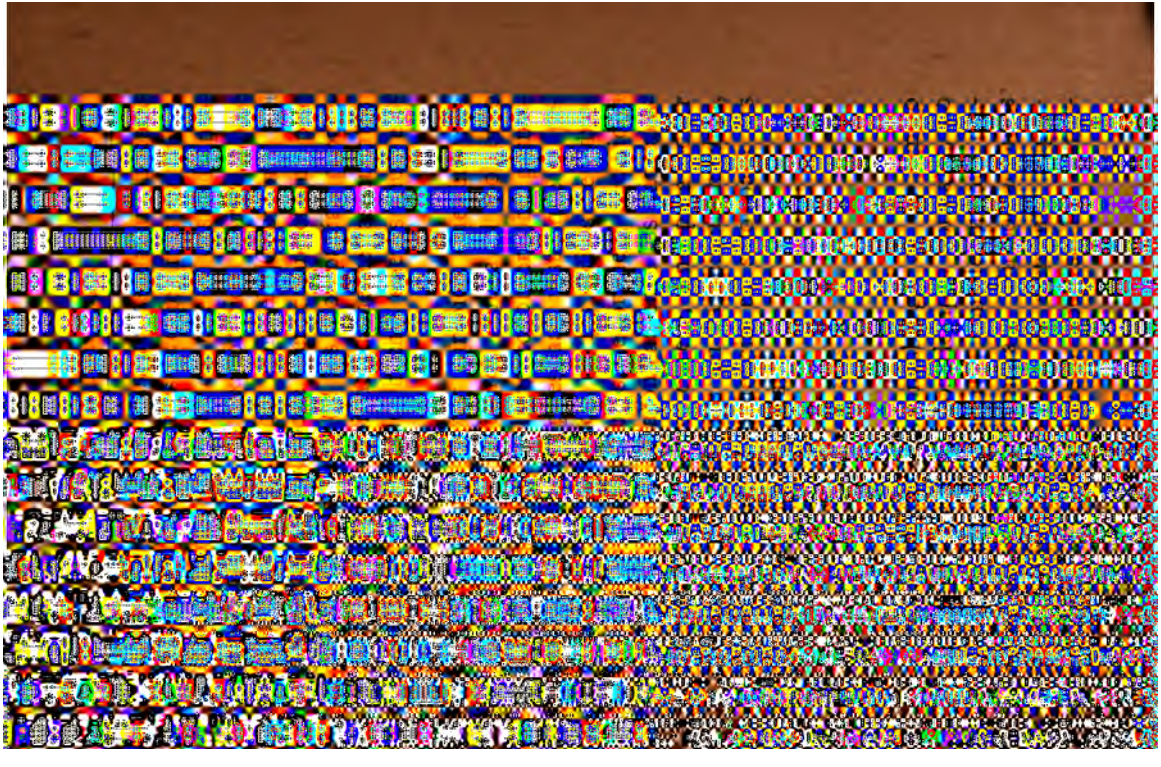
Esta vida antihumana, junto con las rudas condiciones climatológicas del país, ha hecho que la mortalidad en Johannesburgo alcance (en tiempos normales) la espantable cifra de 58 por 1,000 al año. (Poblaciones hay en In-

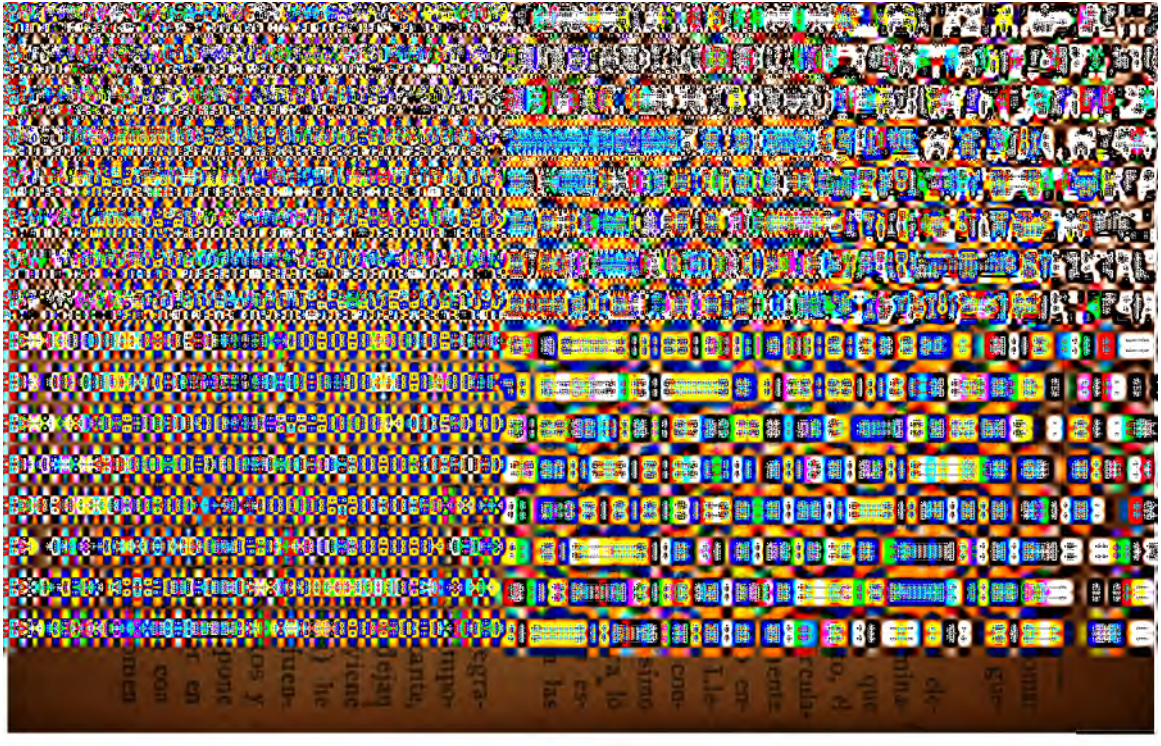
nero,
te y
on de
ró el
conti-
pre-
rinci-
con
halla
muy
do se
cuar-
feros
mues-
á 60
dor de
dos, á
peso
pul-
minero
todo el
racio-
n por
te, es-
miento
ra se-

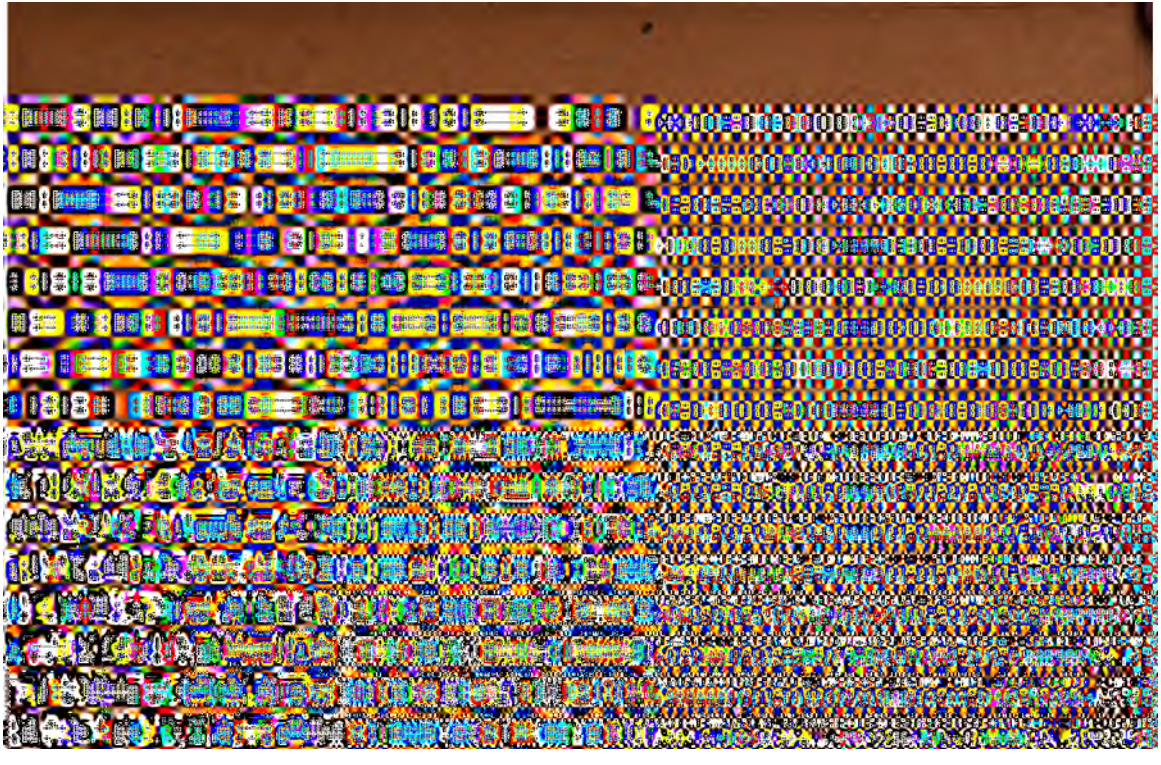








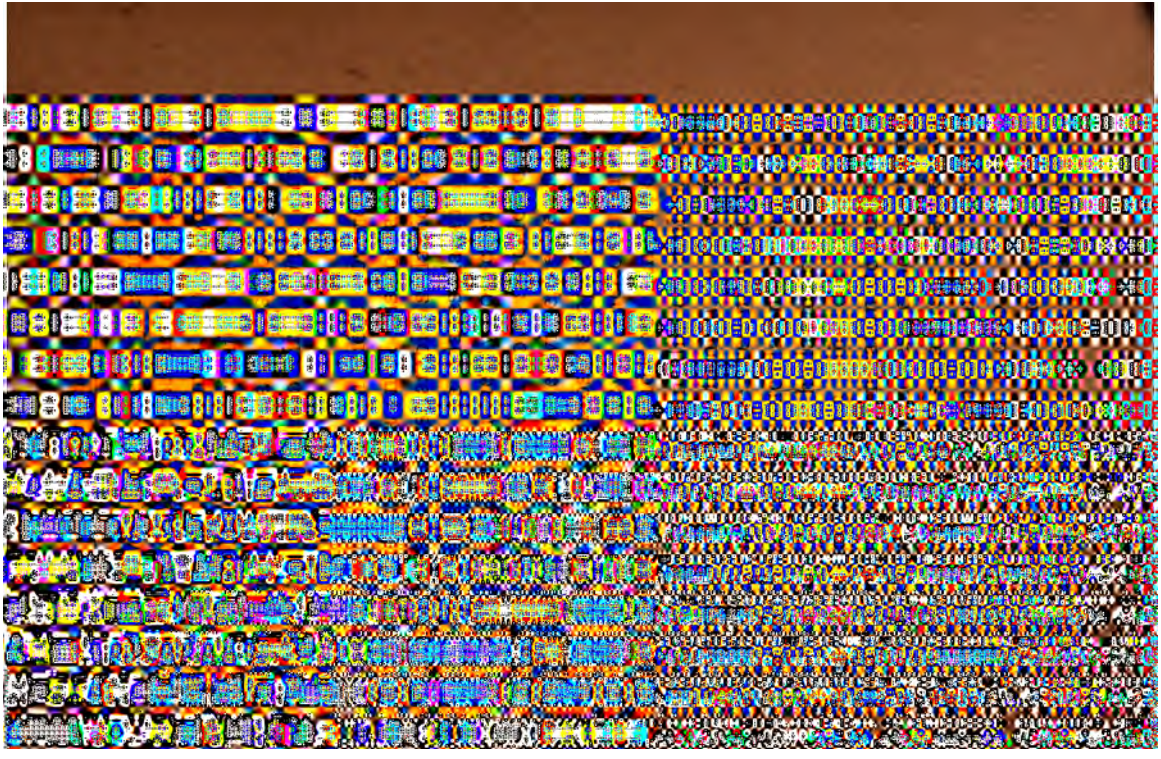


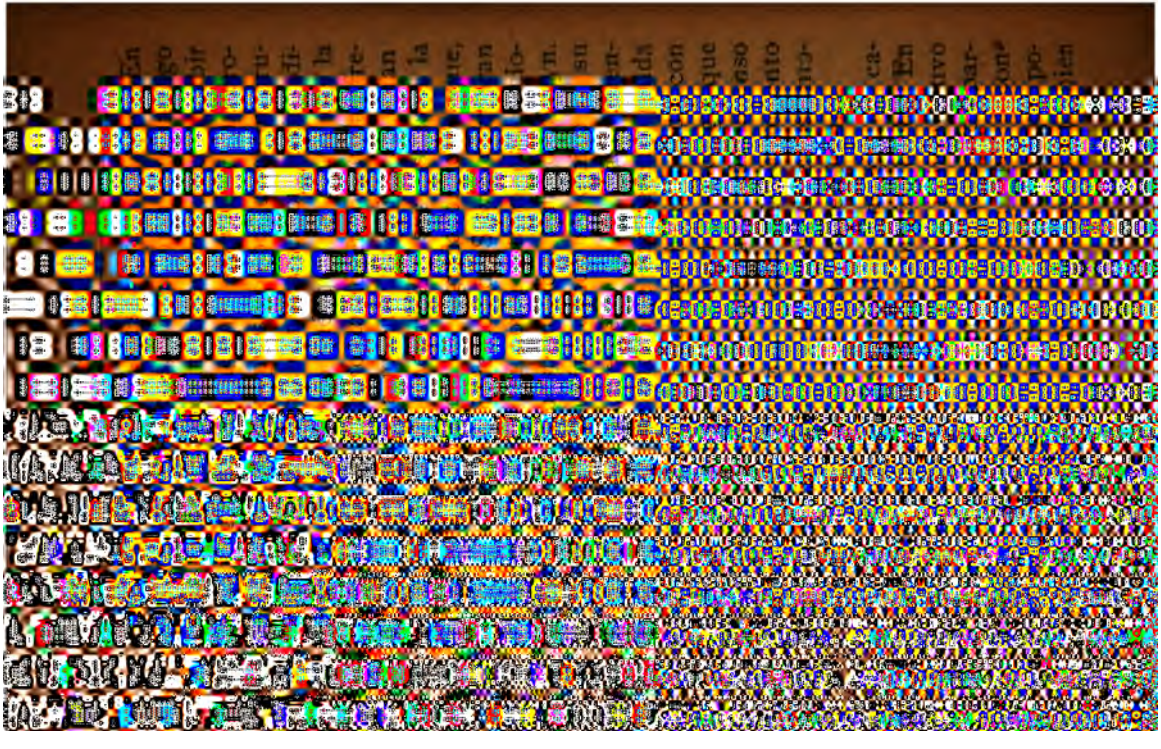


ghers congregados en la estación de Kroonstad. "Dije á mis conciudadanos en esa ocasión que no me rendiré nunca, y que mientras tenga un puñado de hombres á mi lado pelearé por la independencia de mi patria, convencido, como estoy, de la justicia y santidad de nuestra causa. Y obraré como lo digo. Al exhortar á todos mis compatriotas á que acudan á verter su sangre por la independencia, júzgome yo más obligado que ninguno á hacer lo mismo y dar ejemplo. Os aseguro que los hechos demostrarán que cumplo mi palabra."

* * *

El Presidente Steyn es joven, apenas llega á los cincuenta años; pero su elevada estatura, luenga barba y amplias medidas, le dan, al par que un aire imponente y arrogante, apariencias de superior edad. Es hombre de gran actividad y energía y ha dado muestras de gran talento y de una tenacidad de carácter verdaderamente indomable. Es un orador de primera fuerza. Argumenta con lógica incontestable, y dirigiéndose á la multitud, sabe emplear un lenguaje sencillo, pero que conmueve y arrebata; y como predica con el ejemplo y la acción atestigua su palabra, se comprende el dominio y hasta la fascinación que ejerce sobre los que le escuchan.





primitivo, parador que había en el contorno. El posadero, queriendo aprovechar la ocasión, y valido de que Steyn no tenía más remedio que someterse á sus exigencias por excesivas que fuesen, pues por allí no había otro acomodo, reclamó un precio exhorbitante. Steyn se negó á la explotación, y el posadero, seguro de su posición, contestó que podía tomarlo ó dejarlo. Pero no contaba con la tenacidad de Steyn. Aseguró éste que no se sometía á las exigencias del ventero y cumplió su palabra. Marchóse de allí á corto trecho, improvisóse en medio del campo una especie de cobertizo, compró á un pastor una oveja, que el mismo futuro Presidente mató, desolló y descuartizó; y cuál no sería la sorpresa del posadero cuando, más tarde, saliendo á ver por qué Steyn no volvía, se lo encontró, bajo su rústico albergue, asando un trozo de la oveja y recreándose después en su comida. Allí durmió Steyn, y aquel albergue le sirvió de domicilio hasta que concluyó su misión, demostrando al hostelero que no sufría imposiciones bajo ninguna circunstancia y dejando un ejemplo de la tenacidad de su carácter.

Este rasgo, al parecer insignificante, pinta al hombre. Este es el enemigo contra quien los ingleses tendrán que luchar en Orange,

mientras tenga una docena de combatientes que le sigan. Caerán las ciudades, caerán los villorrios, se ocuparán las granjas, pero mientras quede una roca en que poner el pie, Steyn jura que mantendrá enhiesta la bandera del Estado libre de Orange, y es hombre capaz de cumplir lo que promete (1).

* * *

"Entre mis enemigos—dice Steyn—unos aseguran que estoy loco, otros que soy un miserable que me he vendido al oro del Transvaal y que no he vacilado en lanzar al feliz y pacífico pueblo del Orange á esta horrible aventura, á trueque de embolsarme yo algunos miles de libras esterlinas. Los que tal dicen, saben que me calumnian.

Lo que procuro, ante todo, es ser hombre de honor. Entre el Transvaal y el Orange existe un tratado de alianza comprometiéndose á ayudarse mutuamente, y los tratados, como todos los contratos, se han hecho para que se cumplan cuando las ocasiones lleguen.

En segundo lugar, se necesitaría ser ciego para no ver que, aplastado el Transvaal por Inglaterra, el Orange, más débil aún y rodeado entonces por todas partes del enemigo,

(1) Esto fué escrito hace dos años. Los hechos acaecidos desde entonces han demostrado la exactitud de este juicio.

sería inmediatamente absorbido, cualesquiera que hayan sido los halagos y buenas palabras con que Inglaterra ha tratado de apartarnos de la contienda para conseguir con más facilidad su propósito.

Además, si uno de dos hermanos se ve amenazado y atacado por un enemigo de la familia, ¿qué ha de hacer el otro hermano, por más que se le diga que con él no va nada?

Así, pues, el honor, el peligro de perder nuestra independencia y la voz de la sangre nos han compelido á la guerra contra el enemigo común. Si estos no son motivos bastantes para obligar á un hombre y á un país á lanzarse á la lucha, habrá que convenir en que el honor y la dignidad, la santa independencia, la confraternidad y la justicia, son tan sólo mitos.

Así contesto á los que me detractan y á los desgraciados que no saben apreciar mi conducta."

Después Steyn hizo una somera relación de la campaña de Orange, de la situación actual de las fuerzas beligerantes, de los medios con que cuentan para continuar la lucha y de la forma en que se propone realizarla.—No más batallas campales, no más grandes núcleos; uno contra quince no puede pelear así. Pero los ingleses nos tendrán siempre á sus talones y nos les dejaremos punto de re-

poso. Cuanto más alejen de su base natural de operaciones, más estorbos les pondremos, más difícil haremos su aprovisionamiento, más penosos todos los servicios, más pesada la carga de heridos y enfermos. Aprovecharemos cuantos recursos nos presten el terreno y el clima para cansar y dañar al enemigo, y confío en el resultado final de la porfía.

* * *

Con estas y otras manifestaciones, expansión natural de su ánimo, la hora se hizo avanzadísima, y Steyn, renunciando á la comodidad de la residencia británica que se le tenía preparada, durmió anoche en un colchón tendido en el suelo del reducido despacho del Dr. Reitz, que también conocido tengo.

VII

LOS PRISIONEROS INGLESES

Los oficiales ingleses prisioneros en Pretoria. —Tratamiento que reciben y conducta observada.—Los soldados de Waterval.—Vida de los prisioneros.

Lo que primero llama la atención, en llegando la noche, al que visita á Pretoria en estos tiempos, es un cerco brillantísimo de luces eléctricas que se destaca en las afueras de la población á la falda de uno de los cerros que la limitan por la parte Norte.

—¿Qué es eso?—pregunta el viajero.—¿Jardines de recreo? ¿Conciertos? ¿Campo de fiestas?

—Es el sitio donde se guardan los oficiales ingleses prisioneros—le contestan.

En efecto, allí están. Los prisioneros que cayeron en Glencoe y en Dundee fueron aco-

modados en el Hipódromo, donde también estuvieron prisioneros el Dr. Jameson y sus compañeros en la algarada filibustera de 1896.

Pero después llegaron otros y otros, compañías enteras, batallones casi completos; tal número, en fin, que hubo necesidad de trasladar los oficiales á la Escuela Modelo para niños, cerrada á la sazón por causa de la guerra; y los soldados y las clases á los campos de Waterval, diez y seis millas al Norte de Pretoria, reservando el Hipódromo para los prisioneros civles é instalando, además, en él, un hospital para los cautivos enfermos ó heridos.

La Escuela Modelo es un magnífico edificio de piedra y ladrillo, situado en la parte mejor y más moderna de la población, y allí estaban los oficiales ingleses espléndidamente instalados. Proveyóseles de piano, libros, recado de escribir, tratándolos como huéspedes, no como prisioneros.

Pero algunos de ellos no correspondieron á estas atenciones, como se podría esperar de caballeros. No pudiendo combatir boers armados, libraron descomunales, pero no muy heroicas batallas, con los libros y cuadernos, propiedad de los alumnos entonces alejados de la escuela; destrozaron bravía, ya que no bravamente, el material pedagógico y llenaron los muros de letreros y dibujos que seguramente no se consintieran en ningún estableci-

miento de Londres, aunque fuera un cuartel.

No se portaron todos así naturalmente. Uno de los oficiales reclusos entretuvo sus ocios dibujando, de memoria, en una de las paredes, mapas del Natal y del Orange, con tan sorprendente exactitud, que cuando, más tarde, el director de la Escuela se hizo cargo de ella y se procedió á su saneamiento y purificación, ha conservado cuidadosamente dichos mapas para la educación de los niños. Hizo más aún: habiendo dejado el inglés sin concluir un mapa del Transvaal, emprendido en la misma forma, pidió (el director) á las autoridades militares boers que permitieran al prisionero volver á la escuela á concluir su mapa. Así se hizo. Este incidente es público y notorio en Pretoria.

Contraste elocuente es el que resulta de todos estos hechos entre la conducta de los caballeros oficiales de la civilizada Inglaterra y la de los rudos y semibárbaros transvaalenses. Pero no acabaron en lo dicho las hazañas de los prisioneros.

Dejábase á éstos libre acceso á los corredores que circundan el edificio, y en lugar de agradecer y utilizar el favor en forma debida, dedicáronse á insultar, llamar é interpelar á cuanta mujer, de cualquier edad y condición que por allí pasase, y en tales términos, que se hizo imposible á los de Pretoria cruzar por las

inmediaciones del edificio; y como éste se halla enclavado, como he dicho, en lo mejor de la ciudad, llegó el caso de tener que elevarse á las autoridades una exposición, que firmaron todas las damas de la localidad, pidiendo que se apartase de allí aquel escándalo é inmundicia.

En consecuencia, se acomodó en el campo, en las afueras de la ciudad, un recinto apropiado, rodeándolo con alambres de pinchos para evitar las evasiones, y bien alumbrado por las noches, con profusión de focos eléctricos, para hacer posible una vigilancia perfecta y permanente.

Allí fueron trasladados los oficiales ingleses y allí es donde están prisioneros.

No se crea por esto que quedan obligados á dormir ni pasarlo á la intemperie. En el centro del campo se alza un edificio de hierro galvanizado y dividido en tres departamentos. A un extremo se halla el de baños, muy bien arreglado, con pilas, disposición para duchas, etc.; en la porción intermedia se halla el dormitorio con dos centenares de camas en cuatro filas, y con linoleum en el suelo; y al otro extremo se encuentran el comedor y las cocinas.

Alrededor de estos locales está el campo cercado por donde los prisioneros pueden pasear al aire libre. La guardia que los vigila y el

personal que los atiende se halla en lugar separado y no los molestan para nada. Como el campo está en alto, es alegre y ventilado, y desde él se goza una vista espléndida de todo el valle donde la población se asienta.

No están con las comodidades de la Escuela Modelo, pero tienen más aire, la instalación es buena, y ni en la alimentación ni en las consideraciones con que se les trata pueden tener motivo de queja.

—Estamos bien—dicen los más de ellos;—podemos leer, escribir, pasear al aire libre, discutir entre nosotros. Además de las atenciones que aquí recibimos, por medio de vales puede uno obtener cuanto en particular quiera de la ciudad; pero.... estamos aburridos, nos parece que nuestra cautividad no va á tener fin.... ¡y pensar que nuesros compañeros de armas se están batiendo entretanto!

No faltan, sin embargo, algunos que soportan tan mal el cautiverio y se hacen tan poco cargo de su situación, que insultan y llenan de improperios á los oficiales boers, que, por necesidades del servicio ó por hacer algún favor á los prisioneros, entran en el campo. Los oficiales boers soportan con gran paciencia los insultos, dando así prueba de más fortaleza de espíritu que sus altaneros cautivos, pues no es muestra de valor ultrajar al que, por propia dignidad, no puede defenderse.

—No me diríais eso en campo abierto—fué lo único que contestó un oficial de Artillería boer, con el brazo en cabestrillo, injuriado y apostrofado delante de un extranjero por algunos de los oficiales ingleses.—La guerra es un juego, y en el juego la educación y cortesía han de mostrarse más aún en el que pierde que en el que gana.

* * *

Visitando el campo donde se hallan prisioneros los oficiales ingleses y no teniendo, por el momento, necesidad urgente de hallarme en Pretoria, decidí marchar á Waterval, donde se hallan cautivos los soldados, para después recorrer la ribera del Vaal, teatro seguro de próximos combates, y luego el Norte del Natal, por donde el General Buller trata de forzar el paso á través de los formidables de Drakensbergs.

* * *

Con el nombre de Waterval (cascada) existen muchos lugares en el Transvaal. El Waterval donde se hallan los soldados ingleses está situado, según queda dicho, al Norte de Pretoria, como á unas diez y seis millas de dicha capital, sobre la vía férrea que va á Pietersburgo.

Es, pues, cuestión de una hora el venir á este lugar desde Pretoria.

El campo ó recinto de los prisioneros se halla limitado por una cerca, hecha, como en Pretoria para los oficiales, con alambres de los que llaman barbados ó provistos de pinchos. Estos alambres, tendidos horizontalmente de poste á poste y en prodigioso número, forman una muralla más difícil de salvar que las de mampostería de altísima fortaleza, permiten á los centinelas desde fuera vigilar perfectamente á los prisioneros, y no impiden el acceso de la luz, ni la circulación del aire libre.

El campo de los guardianes se halla al exterior y buen número de ellos pasean constantemente, arma al brazo, todo alrededor del extenso recinto.

Gran parte de este campo es al aire libre, donde los soldados ingleses prisioneros juegan al criket, corren y retozan. Luego se halla un enorme y chato edificio de hierro galvanizado, donde están los dormitorios. El edificio se halla dividido en su interior en muchos, pero espaciosos departamentos, para corto número de hombres cada uno, con sus camastros, mantas en abundancia, bancos y mesa para comer los de cada grupo.

Al exterior del edificio, á uno de los extremos, hay también infinidad de pequeñas mesas, á modo de café parisién ó merendero ma-

drileñó, donde los soldados ingleses comen, beben ó juegan con naipes, damas ó ajedrez, sacándose los cuartos unos á otros.

A otro lado se hallan los baños, construídos expresamente para los prisioneros y formados de grandes estanques, con agua siempre limpia.

Otro departamento es el hospital, también incluso en el mismo recinto, pero con su campo especial donde los convalecientes pueden pasearse tranquilos al aire libre, fuera del barullo de los sanos.

El edificio que sirve de hospital es sencillo, pero amplio y cómodo. Las camas limpias y excelentes, y el tratamiento no puede ser mejor, según declaración de los mismos enfermos. A la sazón había unos doscientos, la mayor parte de fiebres palúdicas y algunos de tifoideas.

De la comida tampoco se quejan los prisioneros. Pan, arroz, carne fresca ó en conserva y legumbres, té ó café, con permiso para ampliar el diario con algunas golosinas, si las pagan por supuesto. ¡Cuántas veces en campaña habrán comido peor, y seguramente cuántos boers que pelean no tienen otro tanto!

Tampoco les impiden tener correspondencia con sus familias y amigos; quiero decir que los prisioneros pueden recibir y expedir cartas.

El censor de Mr. Du Pruz las examina pre-

viamente para ver si contienen apreciaciones ó noticias que á su juicio no deben circular; pero parece que el tal censor tiene la manga muy ancha, y todo lo que se diga en las cartas poniendo en las nubes la bravura y arrojo de los ingleses y por los suelos cuanto los boers hacen, lo deja pasar como expansiones naturales.

Más rígidos á veces son los censores de Pretoria para las cartas de los ciudadanos libres, y yo, para evitar esta censura y que mis cartas no se intercepten, á invitación del mismo Dr. Reitz se las leo á éste, y obtenido el exequator, allá van con la Mala Oficial á Amsterdam, ó por el vapor alemán á Nápoles, ó bajo sobre especial á Londres, según la ocasión se presente ó las circunstancias permiten, y aquí me quedo rogando á Dios y á todos los santos que lleguen á su destino sin contratiempo ni avería.

* * *

Pues como iba diciendo, luego que el censor mister Du Pruz ha examinado las cartas que de fuera llegan, se las entrega á uno de los prisioneros (el sargento Smith, del cuerpo inglés de caballería llamado Roberts's Horse,) y este sargento es el encargado de la distribución.

En suma, los ingleses prisioneros están perfectamente atendidos; el recinto donde se en-

cuentran es amplio, sano y alegre; gozan de consideraciones y comodidades que rara vez se encuentran los que se hallan en su caso. Es natural que echen de menos la libertad, siempre querida; pero ¡á cuántos de ellos les habrá tocado la lotería con haber caído prisioneros!

Ahora el escape es muy difícil, si no imposible, y en rigor se cuentan muy pocas tentativas. Allá, al principio, ocurrieron algunas, contadísimas, evasiones. Se adoptaron mejores medidas, se tuvo más cuidado con las visitas, se aumentaron algunas guardias y eso fué todo.

Y por la noche, la magnífica iluminación de luz eléctrica, proyectándose sobre todo el campo, permite que los guardias del exterior vigilen como en pleno día, y que **Tommy Akins** (el soldado inglés) no sienta en su confinamiento el tedio de estas largas noches de invierno, más tristes si se pasan en la inacción y en la obscuridad.

Si por acaso algún viajero pasase por estas cercanías y, sin saber de qué se trata, contemplase de noche y de lejos este campo con las inmensas filas de luces eléctricas y escuchase el rumor confuso y el hálito de vida que de él se desprende, en todo pensaría menos en que este era el recinto donde están confinados 4,000 soldados de Inglaterra prisioneros de los boers.

VIII

O'REILLY

Algunos datos secretos sobre las causas de la guerra.—Detalles desconocidos de la campaña.—De cómo Lord Roberts estuvo á punto de caer prisionero.—Aventuras y tribulaciones de un voluntario irlandés.

Lo conocí en Fontein-Grove. Alto, enjuto, pero con armazón y musculatura formidables; quemado por el sol y el viento el animado rostro; sú porte y su traje denunciaban al guerrillero: su banda verde en el chambergo, su origen irlandés.

Pronto entablamos conversación, que á las pocas palabras se hizo para mí interesantísima, pues comprendí que, por mi buena suerte, tenía ante mí uno de los tipos más curiosos de la guerra, y el curso de sus relatos no defraudó mis esperanzas.

Afiliado á los fenianos en Irlanda, emigrado en América, combatiendo en las revueltas de la Argentina, y, á las órdenes de Valmaseda, en Chile, desde su más temprana juventud, mostró O'Reilly su espíritu aventurero, su temple para la lucha y su afición por la pelea. Chapurrea un poco de español, que conoció allá en las Pampas argentinas y en las vertientes chilenas de los Andes, y el pormenor de sus aventuras podría dar materia á más de un libro.

Yo vine aquí—me dijo O'Reilly—hace largo tiempo. Allá por el 1895 ya se conspiraba mucho en el Transvaal. Se trataba, nos dijeron, de derribar el Gobierno boer, muy apegado á su rancias rutinas, muy estrecho en sus ideas, protestante fanático, igualmente hostil á los católicos que á los judíos, y establecer en su lugar una República á la moderna, liberal, cosmopolita, donde pudieran vivir á sus anchas lo mismo el boer originario del país que el inmigrante extranjero, fuese quien fuese y viniere de donde viniere.

Las sociedades fenianas, con las que los conspiradores de aquí habían entablado correspondencia, me designaron á mí y á otros dos compañeros para que viniéramos al Transvaal, tratáramos con la gente, tanteáramos el terreno, y, si se juzgaba entonces conveniente, apoyar y secundar el movimiento.

Poco tardamos en averiguar mis compañeros y yo que el dinero, que andaba en profusión en estos manejos, era judío (alejados éstos efectivamente por las leyes del país de los oficios públicos;) y que los elementos que entraban en la conspiración eran muy variados, pero principalmente ingleses. Poco á poco, por la calidad de los personajes comprometidos, por sus aspiraciones más ó menos disimuladas, comprendimos que de lo que se trataba era de derribar lo que llamaban una oligarquía, para fundar otra á beneficio de los conspiradores. Cada día se hablaba menos de la República amplia y liberal y más de intereses particulares.

Las sociedades fenianas, á virtud de nuestros informes, se mantuvieron reservadas primero, y, hasta recelosas después del movimiento. Luego los acontecimientos que se precipitaron pusieron de manifiesto las cosas y se hizo patente el fundamento de nuestros temoresy recelos. Vino la algarada del Doctor Jameson; la agitación política provocada por la Liga sudafricana, agitación de la que fueron apartándose poco á poco los elementos cosmopolitas, quedándose casi solos los ingleses; el asesinato de Wolf Joel en Johannesburgo, y el mitin del Anfiteatro, convocado por la Liga sudafricana y disuelto tumultuo-

samente por las masas populares de Johannesburgo, contrarias al movimiento de los conspiradores.

Estos ya pidieron y trabajaron abiertamente por la intervención inglesa. Nosotros nos habíamos apartado hacía tiempo de la conspiración, evitando toda connivencia con ella; pero los últimos acontecimientos nos sacaron de nuestra actitud pasiva y expectante y tomamos dicididamente partido, pero en el lado opuesto á los conspiradores.

Pusímonos resueltamente al lado del Gobierno boer, y con él estamos y por él combatimos desde el principio de la campaña.

* * *

—Yo—decía O'Reilly—como soy de armas tomar, organicé en seguida una compañía de irlandeses, y aquí me tiene usted capitán del primer batallón de exploradores irlandeses ("First Irish Scouts"), nombrado con toda formalidad por el Gobierno de Pretoria y con todas mis prerrogativas y emolumentos correspondientes.

—¿Y ha tomado usted mucha parte en la campaña?

—¡Ya lo creo! Como somos pocos tenemos que estar en movimiento continuo y marchar de un lado á otro, corriendo á donde más falta se hace. El 12 de octubre me cogió delante

de Mafeking, pero Cronje no quería sacrificar gente en el asalto; aquello iba muy despacio y marché al Natal, donde se batía el cobre. Durante el sito de Ladysmith pasé con otros comandos al Norte de la Colonia del Cabo y operé en Stromberg y en Colesberg á las órdenes de De Wet y de Delarey. Halléme en la concentración de Modder River, en los combates de Scolkneck y Koedoes Rand, escapando milagrosamente del cerco de fuego que resistió el General Cronje durante ocho días.

En Abraham'sKraal fuí de los 300 que nos batimos contra una columna inglesa durante todo el día, y allí cerca fué donde con 45 hombres de mi compañía y 125 de la policía de Van Dam en poco no sorprendemos y cogemos prisionero al mismo Lord Roberts, al generalísimo en persona ¡Qué golpe!—exclamó mirando al cielo y apretando los dientes y los puños!—¡qué golpe, si lo hubiéramos conseguido!

—¡A ver, á ver! Cuénteme usted eso con detalles, que tiene que ser muy interesante.

—Verá usted. La cosa fué hacia el 10 ó 12 de marzo; andando por esos riscos de Dios se pierde la noción del tiempo. Los que habíamos escapado de los últimos encuentros andábamos desparramados por la cuenca del Modder escurriéndonos como podíamos de entre las mallas de los ingleses, que á miles y

miles recorrían la región al Nordeste de Jacobsdal. Nos emboscábamos de día y caminábamos de noche.

Por la fecha que digo nos hallábamos escondidos en la maleza á orillas del río los 45 hombres de mi compañía y los 125 de policía que antes he nombrado. No lejos de nosotros se hallaba el camino que siguiendo la dirección del río va desde Kimberley á Abraham's Kraal, para unirse después al que cruza con la carretera de Bloemfontein á Boshof. Sobre un ribazo al otro lado del camino, casi enfrente de nuestra emboscada, se hallaba uno de esos edificios tan comunes en Africa, construídos con planchas onduladas de hierro galvanizado y que son á la vez almacenes de donde las granjas del contorno se surten y posadas donde los caminantes se albergan.

Bien entrado el día, distinguimos á lo lejos un pelotón de lanceros que por el camino avanzaba. Sin movernos de nuestro escondite observamos sus movimientos. Al llegar al parador hicieron alto, y vemos que uno tras otro fueron entrando por el portalón que conducía á los establos. Apenas los ví á todos dentro del edificio, corro con mis hombres, y agolpándonos á un tiempo á puertas y ventanas, echándonos los fusiles á la cara les intimamos la rendición. Cogidos por sorpresa, sin poder apreciar desde dentro si éramos 40 ó 400, y,

sobre todo, imposibilitados de hacer el menor movimiento ante las bocas de los Maiisers, no les quedó más remedio que deponer las armas y rendirse. Al encerrarlos yo mismo—continuó O'Reilly,—como primera providencia, en los establos y echar los cerrojos que las puertas de éstos tienen por fuera, oigo que el que mandaba la patrulla exclama:—¿Y qué va á pasar ahora con el generalísimo que viene detrás?—¿**What?** ¡El generalísimo! ¿Lord Roberts aquí?—¡A ver! avisar á la fuerza de policía que se aposte inmediatamente al borde del camino y se prepare. Y vosotros—dije á mis hombres—venid conmigo.

Pero aún no me había movido, cuando veo ya muy cerca, avanzando al trote por el camino, un carruaje con cuatro caballos y cuatro batidores. Es el general, sin duda, que se dirige también al edificio. Va á caer en la ratonera. En esto veo un muchacho cafre que corre desaforado hacia la calzada y llega dando gritos delante de los batidores. Jinetes y carruaje amenguan el paso un momento, y después, en un abrir y cerrar de ojos y antes que lo cuento pasan como un relámpago por delante de nosotros y se pierden de vista por el otro lado del camino.

Ni la policía había tenido todavía tiempo de apostarse, según mi aviso, ni yo de distribuir mis hombres para la sorpresa.

El muchacho cafre había oido indudablemente, como yo, la exclamación del lancero, y había corrido á dar el soplo. El general sin mostrar un momento de vacilación, adoptó una resolución heroica, pasando por delante de nosotros como un rayo. Esto le salvó. Dos ó tres minutos que hubiera perdido me hubieran bastado para preparar mi gente. Si cojo al cafre le retuerzo el pezcueso como á una gallina.

Y ya no podíamos ni aun permanecer allí por mucho tiempo. Seguro que detrás del general vendrían fuerzas de consideración. En realidad estábamos en medio de un distrito plagado por todas partes de ingleses. Dejamos los lanceros encerrados, corrimos á la espesura á buscar nuestros caballos y emprendimos la retirada.

Pronto tuvimos tropas en nuestro seguimiento, y durante tres días caminamos sin cesar, rodeados de enemigos por todas partes, escurriéndonos como podíamos, aprovechando todos los accidentes del suelo, dispersándonos en pequeños grupos unas veces, juntándonos otras, sin comer, sin dar descanso á los caballos, remojando sólo las pobres bestias y remojándonos nosotros en el agua de los regatos que cruzamos. Cuando, después de tres días, nos vimos ya libres de enemigos, junto á los cerros y lagunas deKameelfontein

y desencillamos los caballos para que éstos se revolcaran en el verde y descansaran, los pobres animales tenían el lomo hecho una pura llaga.

Así terminó nuestra escapada de Modder River y el lance en que estuvimos á punto de sorprender al generalísimo, en medio de la zona ocupada por sus tropas. Once hombres perdí en la huida y yo resulté con tres lesiones, aunque de poca consideración.

Después hemos peleado en Brandfort y en Boshof, y por último, en los porfiados combates de Fourteen Streams.

Aquí me ocurrió un lance digno también de ser contado. Me hallaba yo en una trinchera con 20 hombres, resto de mi compañía, haciendo fuego á más y mejor contra una tropa de Caballería que se nos venía encima, cuando de repente advertimos que la Artillería inglesa, dando un inmenso rodeo, nos había flanqueado y nos hacía fuego por retaguardia. Fué tarde ya para retirarnos. Una bomba de lyddita cayó en nuestra misma trinchera (como digo, por la espalda,) mató 18 de mis 20 hombres y los otros dos y yo nos encontramos, sin saber cómo, lanzados á gran trecho fuera de las trincheras y como atontados. A gatas escapé como pude del sitio y tendido en el campo pasé inadvertido, hasta que por la

noche, después de una gran caminata, pude llegar medio muerto á las líneas boers.

* * *

De resultas del suceso—prosiguió el irlandés—he estado algún tiempo en el hospital, y aquí me tiene ya dispuesto á combatir de nuevo. Capitán, pero sin compañía. Todos mis bravos han desaparecido, muertos, heridos ó prisioneros.

—¿Y qué va usted á hacer ahora?

—Lo primero formar compañía nueva. Todavía quedan por ahí europeos y americanos, obreros de las minas, empleados sin trabajo al cerrarse las casas á que pertenecían, individuos nuevos que todos los días llegan, hombres todos que aún no se han alistado, y entre ellos estoy seguro que encontraré cien hombres decididos para formar otra nueva compañía.

Con esto terminó nuestra conferencia.

—Adios, señor,—me dijo al despedirse;—tendré mucho gusto en volver á verle.

Montó á caballo y lo ví alejarse. Recordóme uno de aquellos de nuestros sargentos de Flandes, soldados de profesión y por temperamento, enganchando reclutas para sus tercios, viviendo en los combates, aburriéndose en las guarniciones.

No tardé en advertir que los periódicos de Pretoria y Johannesburgo publicaban anuncios (que por curiosidad corto y remito,) en los que el capitán O'Reilly decía necesitar gente para la nueva compañía que estaba organizando; y uno de estos días me lo encontré escoltando un vagón lleno de monturas. Al divisarme me saludó, exclamando:

—¿Qué le dije á usted? ya tengo compañía. Yo he buscado los hombres, y el Gobierno me acaba de proporcionar los caballos, los arreos y las armas. ¡Ahora voy á instruir un poco á mi gente, y en seguida... al campo! ¡Quede con Dios, señor!— me dijo terminando en español.

- Y á usted le guíe y le acompañe—le contesté en el mismo idioma.

Picó espuelas y marchó gallardo, con su uniforme gris, sus altas polainas y su chambergo con la banda verde.

IX

LA CAMPANA EN ORANGE

A orillas del Vaal.—La campaña en Orange contada por un boer.—Esfuerzos para librar á Cronje.—Combates de Poplar-Grove y Abraham's Kraal.—Los Presidentes proponen la paz.—Negativa de Inglaterra.—Vencer ó morir.—Retirada de los comandos del Sur.—Olivier y Grobler. Smuts en el Modder.—Acción de Caree.—Movimiento de De Wet.—Sannah's Post y Reddersburgo. —La fiebre en Bloemfontein.—Más combates.—Salvadas las cosechas.—Maravillosa retirada.

Estamos en Vereeniging, á orillas del Vaal, y á 21 de mayo. Fuerzas boers y material de guerra están cruzando el río. El narrador (un importante jefe boer) tomó la palabra y yo la pluma.

El me dictaba en buen inglés y yo he trata-

do de ir á la vez escribiendo en castellano. Perdónenme las autoridades de la lengua los crímenes que haya perpetrado, en gracia de la premura y de lo apretado de las circunstancias. Pero así he obtenido de primera mano y en clara síntesis una interesantísima reseña de la campaña del Orange, desde los días del primer avance de Lord Roberts hasta la retirada de Kroonstad.

Los periódicos ingleses habrán publicado, y lo mismo los de todo el resto del mundo, una porción de pormenores de esta parte de la campaña, todos vistos y contados desde el lado inglés, pero seguramente pocos ó ninguno podrán presentar un compendio tan claro y tan preciso de la referida campaña, visto por dentro, es decir, del lado boer, explicando en narración sobria y sencilla la razón de los movimientos y la naturaleza de éstos.

Este es, á mi ver, el mérito del relato que va á continuación.

* * *

Cuando á mediados de febrero las tropas inglesas que, mandadas por French y Kelly-Kenny, operaban al Norte de la Colonia del Cabo, marcharon hacia el Nordeste para levantar el sitio de Kimberley, en combinación con Lord Roberts, la mayor parte de los boers que nos hallábamos al Sur del río Oran-

ge nos vimos obligados á repasar el río para acudir en auxilio de Cronje. Esto dió respiro á los generales ingleses Gatacre, Clemens y Brabant, que se veían muy apurados ante las arremetidas de Grobler, Schoemann, Delarey y Lemmer, quienes mandaban nuestras fuerzas por aquella parte. La primer columna boer, compuesta de unos 2,000 hombres, que se dirigió hacia Maggersfontein, alcanzó en Koffyfontein un convoy destinado al aprovisionamiento de Kimberley, y se apoderó de él; pero llegó tarde para unirse á las gentes de Cronje.

Contra el círculo de fuego que 40,000 ingleses formaron en Paardeberg, alrededor del bravo sitiador de Kimberley, pelearon denodadamente De Wet por Koedoesrand, Steyn desde Bloemfontein, Delarey y Prinsloo, llegados á marchas forzadas desde el Sur, y Botha procedente del Natal con parte de las fuerzas que sitiaban á Ladysmith. Todos estos esfuerzos se estrellaron contra la aplastante superioridad numérica de los ingleses. Cayó Cronje en Paadeberg, después de resistirse heroicamente ocho días peleando uno contra diez; avanzó Roberts á la semana siguiente sobre Bloemfontein, encontrando nuestras fuerzas en Poplar-Grove. Libróse combate; el general inglés, aprovechando sus muchas tropas, intentó un movimiento envolvente; pero

De Wet, con un pelotón de cincuenta hombres, detuvo durante dos horas parte de la Caballería y Artillería británicas, é hizo fracasar la operación, pudiéndose retirar los boers con sus cañones é impedimenta. Tres días después, Roberts, con tres columnas se hallaba otra vez enfrente de nuestras fuerzas, que le esperaban en Driefontein. A pesar de la enorme diferencia numérica la batalla duró todo el día. Delarey, con 300 hombres, defendió las alturas de Abraham's Krael contra toda una división inglesa, á la que hizo 400 bajas, perdiendo el jefe transvaalense 122 hombres entre muertos y heridos y retirándose al obscurecer. Pero nosotros no podíamos extender mucho nuestras líneas, sopena de hacerlas muy débiles, y el enemigo tenía tropas sobradas para hacer frente, y, además, enviar grandes masas á mucha distancia, á derecha é izquierda, con la seguridad de envolvernos. En estas condiciones era imposible conservar nuestras posiciones, y para no vernos rodeados como Cronje, nos retiramos parte al Norte y parte al Sudeste, dejando libre el camino á Bloemfontein, que era una locura defender.

El generalísimo inglés entró en la capital del Orange y en seguida calculamos que allí tendría que hacer un alto considerable para dar descanso á sus tropas, para asegurar sus

comunicaciones en el Sur y proveer al mantenimiento de su ejército.

Entretanto, Kruger y Steyn, considerando que si la guerra continuaba, iba á revestir desde entonces caracteres más terribles, con resultados desastrosos para las dos partes beligerantes, y teniendo en cuenta, además, que Inglaterra podría ya juzgar salvado su prestigio militar con los últimos triunfos, dirigieron un mensaje á Lord Salisbury proponiéndole hacer la paz, con la única condición de que quedase á salvo la independencia de las dos Repúblicas.

A este mensaje contestó el primer Ministro inglés diciendo que el Gobierno británico no tenía intención de respetar dicha independencia; de suerte que, ante respuesta semejante, no nos ha quedado más recurso que seguir peleando hasta morir ó vencer

* * *

Nuestro plan, entonces, fué cortar las comunicaciones de Lord Roberts con el Sur para hacer insostenible su posición en Bloemfontein, y como al mismo tiempo teníamos que proteger la recolección de las cosechas en el Orange, hubo que pensar en concentrar un poco nuestras escasas fuerzas, esparcidas por un campo de operaciones inmenso contra un

enemigo catorce veces superior en número. Se dió orden á los boers que aún quedaban al Sur del río Orange que repasaran éste y volaran los puentes. Estos bravos se retiraron con lentitud, librando una serie de porfiados combates contra las fuerzas de Gatacre, Clements y Brabant, quienes, al advertir que tenían ya muy pocos enemigos delante, emprendieron un vigoroso avance. Los nuestros, en su retirada, pudieron volar el puente correspondiente á la vía férrea, pero no tuvieron tiempo de hacer lo mismo con el de la carretera. Gran desgracia fué esta para nosotros, pues de este puente dependía todo el aprovisionamiento de los ochenta mil ingleses que se hallaban ya en el Orange, y de haberlo podido volar por completo, la situación de Lord Roberts hubiera sido muy comprometida.

En fin, Gatacre logró pasar el río y situarse en Bethulia y Springfontein, Brabant se hizo fuerte en Alival y Clements aseguró su posición en el Suroeste, con lo cual Lord Roberts se juzgó tranquilo en Bloemfontein.

Pero calculó mal. Olivier derrotó en Bethulia la vanguardia de Gatacre y pudo reunirse en Smithfield con Grobler, sumando entre los dos 5,000 hombres con bastante artillería, retirándose ambos hacia Winburg, sin que el general French pudiera evitarlo. El co-

mandante Smuts, con los boers que habían quedado al Norte del Modder empezó á recorrer el país, haciendo requisas, apoderándose de muchos caballos ingleses y, en fin, volando el puente de Glen, sobre el Modder.

Al mismo tiempo, el comando de Vanderfust destruyó el telégrafo entre Kimberley y Boemfontein, y ocupó nuevamente el Vado de Koedoes Rand, donde De Wet había peleado para libertar á Cronje. Todo esto debió alarmar á Roberts, que envió una división entera contra los boers que por allí asomaban. Parapetados éstos en las alturas de Karee, resistieron en un rudo combate de seis horas la embestida de toda la división, haciéndole unas 200 bajas y sólo cuando la Artillería y la Caballería de French apareció por retaguardia, evacuó Smuts su posición tranquilamente, retirándose más hacia el Norte. Los ingleses no pasaron del Karee.

El 27 de marzo murió en Pretoria el general Joubert, ya enfermo desde el principio de la campaña, siendo nombrado para sucederle en el cargo de general en jefe, el comandante Luis Botha, á cuya actividad y gran talento militar se debe el vigor que recobraron en seguida las operaciones. Encargóse á Olivier y á De Wet que avanzando hacia el Sudeste cortaran las comunicaciones de los ingleses. Oli-

vier marchó hacia el Sur y De Wet se dirigió á Thaba'Nchú. Advirtiendo en el camino que una columna mandada por el coronel Broadwood se retiraba hacia Bloemfontein, con un hábil y arriesgadísimo movimiento la sorprendió en la garganta de Sannah's Post, destrozándola por completo. Treinta oficiales y unos 300 soldados ingleses, muertos ó heridos, quedaron en el campo; 389 fueron hechos prisioneros, con nueve cañones y el convoy, salvándose el resto de la columna huyendo en revuelta confusión. Además de lo brillante del triunfo y del efecto inmenso que causó en todos los comandos cuando de ello se tuvo noticia, fué un resultado importante de esta hazaña de De Wet el apoderarse de los depósitos de agua potable que abastecen á Bloemfontein y que se hallan en las inmediaciones del lugar donde se efectuó la sorpresa. Este fué un golpe terrible para los ingleses, pues las numerosas tropas acumuladas en Bloemfontein no tuvieron más agua potable que la que proporcionaban los pozos de la población, y se desarrolló una epidemia de fiebre entérica, tan intensa, que en poco más de seis semanas hubo unos 6,000 atacados, y sobre 1,000 soldados ingleses muertos por esta causa quedaron enterrados en la capital del Orange.

Prosiguió entonces De Wet su marcha hacia el Sudeste, animando á las gentes de los

distritos por donde pasaba y consiguiendo ver cada día más reforzados sus comandos. A principios de abril, cuatro ó cinco días después de la sorpresa de Sannah's Post, cayó sobre un destacamento de 500 soldados ingleses, cerca de Reddersburgo, y aunque éstos se defendieron bravamente, agotadas sus municiones, tuvieron que rendirse al jefe orangista.

Estos golpes tan duros y tan repetidos debieron causar un efecto extraordinario al generalísimo inglés, porque en seguida se destinaron fuerzas considerables para perseguir á De Wet, que, haciéndose fuerte en el montuoso terreno que se extiende entre Dewetsdorp y Merkantsfontein, sostuvo una serie de combates que ocasionaron grandes pérdidas á las tropas que le atacaban y que se vieron obligadas á retirarse, dejando tranquilos á los comandos de De Wet. Entretanto, Olivier avanzó hacia el Sur y derrotó en Rouxville al general Brabant, rechazándole hacia Alival North. De esta manera, la posición de Roberts en Bloemfontein llegó á ser difícil, y á haber tenido entonces nosotros más fuerzas, se hubiera visto obligado á evacuar el Orange, perdiendo todo lo conquistado.

Sin embargo, el avance de De Wet y Olivier permitió á estos jefes asegurar la recolección en los distritos que dominaban y en los

colocados al Este del Orange, teniendo tiempo de enviar grandes convoyes hacia el Norte con las cosechas recogidas.

* * *

Duraba todavía en nuestro campo la satisfacción causada por la victoria de Reddersburgo, cuando recibimos la noticia de que nuestro general Christian De Wet había sorprendido una columna de 1,500 ingleses, pertenecientes á la Caballería de Brabant y mandados por el coronel Dalgetty. La sorpresa ocurrió en Wepener, obligando á los ingleses, en su mayor parte de contingentes coloniales, á refugiarse en unas alturas próximas á la ciudad, donde fueron rodeados, pero donde pudieron resistirse cerca de dos semanas por causa de la naturaleza especialísima de la posición.

En el entretanto el enemigo enviaba fuerzas considerables para socorrer á la columna sorprendida. Un gran contingente, bajo el mando del general Brabant en persona, avanzaba desde Alival North, vía Rouxville; otra columna numerosa venía de Bloemfontein, camino de Reddersburgo, y otro fuerte destacamento asomaba por el Nordeste, á través de Sannah's Post.

El general Piet de Wet, que se hallaba acampado en Middelpoort con 3,000 boers, re-

cibió orden de salir al encuentro de la columna de Reddersburgo, y el 19 de abril estaba en contacto con el enemigo. Al día siguiente empezó la lucha, y aunque ésta no fué muy empeñada, el avance de los ingleses por aquella parte fué detenido. Continuó el combate durante cuatro días, y el enemigo, cuya fuerza se estimaba en 5,000 hombres, no consiguió romper las líneas de Piet de Wet.

Nuestro general Villiers, enviado á contener el avance del general Brabant por la parte de Rouxville, no fué tan afortunado. Tomó posiciones cerca de Boesmanskop, 20 millas al Sur de Weppener; pero el 24 de abril, después de un combate muy duro, el enemigo logró franquearle.

El mismo día la tercera columna, procedente del Nordeste, consiguió llegar á Leewkop, pocas millas al Oeste de Thaba'Nchu, donde nuestro general Lemmer mantuvo tenazmente sus posiciones por tres días de combate casi constante.

Con el enemigo avanzando de esta suerte en dos direcciones y tratando de forzar el paso por otra tercera, el general Christian De Wet se vió obligado á retirarse antes de verse envuelto por las tres columnas. Fué su intención emprender la marcha durante la noche en dirección á Alejandría, á fin de evitar combate con las fuerzas muy superiores que avanza-

ban al mismo tiempo por el Norte y por el Sur. Esta marcha suponía abandonar el sitio donde tenía rodeados á los 1,500 jinetes de Brabant, pero el movimiento era necesario para salvar la propia gente. La marcha nocturna fué frustrada por volcarse uno de los vagones cargados de municiones al pasar un vado del río Caledon, cerca de Weppener. El río venía de crecida, con las lluvias, y las mulas se ahogaron antes que se pudiese remediarlo. Cuantos esfuerzos se hicieron para salvar el vagón fueron inútiles, y el retardo consiguiente hizo que la retirada general no se emprendiera hasta romper el alba, dando lugar al enemigo á advertir el movimiento. La retaguardia de nuestra columna mantuvo, sin embargo, en jaque á los ingleses á respetuosa distancia, y Christian De Wet llegó sano y salvo con todas sus fuerzas á Alejandría, después de una marcha de treinta millas en doce horas.

El general Piet de Wet se retiraba el mismo día de Dewetsdorp y todos los comandos de la región Sudeste del Orange se concentraron en Alejandría. La posición ocupada por nuestras fuerzas era muy buena. Los burghers establecieron su campo junto á la Nueva Escuela Modelo, cinco millas al Oeste de Thaba'Nchu.

Pero el mismo día que Piet de Wet entraba en Alejandría, 5,000 ingleses asomaban por Thaba'Nchu y la columna de Brabant, refor-

zada con la caballería de Dalgetty, se presentó al día siguiente en Springkhaanspoort, seis millas á retaguardia de Christian De Wet. Este, sin embargo, no perdió la serenidad, y sosteniendo constantes escaramuzas con las fuerzas que le amenazaban al mismo tiempo por el frente y á retaguardia, mantuvo sus posiciones hasta que se le reunieron todos los destacamentos que allí había citado, é impidió á la vez la unión de las dos columnas inglesas.

Reunidas todas sus fuerzas, Christian De Wet se preparaba á caer sobre la más débil de las dos columnas inglesas que le amenazaban cuando el mismo Lord Roberts, al frente del grueso de su ejército (35,000 hombres), aparece moviéndose entre Brandfort y Tha-ba'Nchu en dirección á Winburg.

Entonces (esto era el 4 de mayo), De Wet emprendió su famosa retirada hacia el Norte, pasando durante cuatro días por entre las mismas columnas inglesas, combatiendo por la derecha, por la izquierda y por la retaguardia, hasta que llegó á Sand River (el río de la Arena), dejando á los destacamentos ingleses encontrarse unos con otros sorprendidos de que el enemigo se les hubiese evaporado de entre sus manos.

Todos estos rápidos y asombrosos movimientos de De Wet bastan para acreditarle de

habilísimo general y para justificar la bien fundada confianza que en él tienen los orangistas.

Al día siguiente de salir De Wet de Alejandría, ó sea el 5 de mayo, una columna inglesa, fuerte de 15,000 hombres, entraba en Winburg, sin encontrar resistencia, pues el general Phillip Bhota, que acampaba al Sur de la población, no disponía de fuerzas suficientes para resistir, máxime cuando los 35,000 hombres mandados por Lord Roberts en persona avanzaban á lo largo de la vía férrea, por Brandfort y Smalded.

Alterada la línea de nuestras fuerzas, el general Delarey y el comandante general Luis Bhota, que defendían la derecha de nuestras posiciones, se vieron también obligados á retroceder, para no verse flanqueados por tan enormes masas.

El resultado fué que hacia el día 9 todas nuestras fuerzas se hallaban concentradas en líneas á lo largo del Sand River, ocupando posiciones desde la estación de Virginia hacia el Este en una extensión de diez á doce millas.

La vanguardia del enemigo apareció á la vista el día 8 y el mismo día 9 el grueso del ejército inglés acampaba en la llanura á pocas millas al Sur de nuestras posiciones.

A la mañana siguiente, al apuntar el día,

X

BATALLA DE SAND RIVER Y RETIRADA DE KROONSTAD

Avance de Lord Roberts.—Disposición de las fuerzas boers.—Lemmer comprometido.—Hazañas de Kolbe.—Malan.—Carga de la Caballería africana.—Habilidad de De Wet.—Por qué no se defendió Kroonstad.

Sesenta mil ingleses, bajo el mando directo del generalísimo Lord Roberts, se hallaban el día 9 de mayo á lo largo de la línea del Sand River.

Las fuerzas boers que, acudiendo rápidamente del Orange y del Sur del Transvaal, se habían concentrado para oponerse á los britanos, no pasaban de 12,000 hombres. Obligados éstos á ocupar un extenso frente, la línea boer era forzosamente muy débil, pero se dispusieron á resistir al enemigo lo mejor posible.

El general De Wet ocupaba la extrema derecha; los generales Malan y Kolbe, con sus respectivos comandos, ocupaban el ala izquierda, y en diversas posiciones del centro de la línea se hallaban las fuerzas de Lemmer, Phillip Bhota y Delarey.

El miércoles 9, á eso de las tres de la tarde, vióse desde el cuartel general boer, situado unas dos millas al Sur de Ventersburg Road, que un globo cautivo se elevaba desde las posiciones inglesas. Este globo volvió á ascender al amanecer del 10, y á las seis y media de la mañana del mismo día el enemigo disparó el primer tiro, empezando vigorosamente el ataque por la extrema izquierda, donde se hallaba Kolbe; poco tiempo después el ala derecha de Malan entraba en fuego, y sucesivamente Lemmer, Botha y Delarey se vieron atacados por fuerzas inglesas numerosas, en tanto que una división británica trataba de envolver á De Wet por la extrema derecha.

Como cada uno de los relativamente reducidos destacamentos boers se vió obligado á combatir simultáneamente y á contender con fuerzas muy superiores, tuvieron que batirse también cada uno por su cuenta, procurando solamente mantener la solidaridad de la línea, pero sin poder reforzarse unos á otros, pues todos estaban necesitados de sus respectivos contingentes.

* * *

El general Lemmer, que había llegado el mismo día 9 con 400 hombres de los comandos de Johannesburgo, Boksburg, Heilbron y Pretoria, tomó inmediatamente posiciones á la orilla de un río, junto á un vado, ó cerca de la confluencia del Sand River con el Erasmus Spruit; pero hallando que esta posición estaba dominada desde la otra ribera, donde las orillas eran más altas y se hallaban cubiertas de maleza, vióse obligado á cambiar de posición, ocupando unas alturas dos millas más al Norte.

Al amanecer del 10, y cuando el fuego comenzó por la izquierda, Lemmer descubrió que durante la noche el enemigo había cruzado el vado, frente á sus posiciones, y mientras Kolbe y Malan se resistían valerosamente por su lado, la escasa fuerza de Lemmer se vió sometida á un vivo fuego de artillería que hacía insostenible su posición. Bombas de metralla y de liddyta llovían sobre el cerro, y los incesantes disparos de los Maxim de tiro rápido barrían las crestas. Lemmer pidió refuerzos á Phillip Botha y á Delarey, pero éstos los necesitaban á su vez para contener las enormes masas que les atacaban, y Lemmer se vió obligado á contar sólo con su gente.

Bien pronto comprendió el enemigo que aquella era la parte más débil de la línea boer y allí dirigió su principal ataque. Lemmer se resistió tenazmente durante cuatro horas, pero al fin se vió forzado á retirarse, lo cual efectuó lentamente para no descomponer la línea, y á mediodía los ingleses ocupaban las alturas, rompiendo el centro de las posiciones boers.

* * *

Kolbe, en la extrema izquierda, se hallaba al lado del Sur del río. Enfrente de él, pero más á la izquierda, se hallaba un alto cerro, que al amanecer apareció ocupado por fuerzas con el mismo uniforme que la generalidad de los boers llevan. Pero como rompieran fuego contra los burghers, se vió en seguida que eran tropas inglesas del duque de Devonshire. El general Kolbe no vaciló un momento, y en lugar de contentarse con responder desde sus posiciones al tiroteo del enemigo, atacó resueltamente (al frente de sus comandos y llevando á la vanguardia los exploradores americanos), las alturas ocupadas por los ingleses. Sorprendidos éstos por la ruda y audaz acometida y creyendo sin duda que Kolbe estaba apoyado por fuerzas muy superiores, se retiraron en confusión, dejando en el campo muertos y heridos.

El teniente Fraser, de los exploradores americanos, cuidó de atender á estos heridos ingleses, mientras Kolbe aseguraba su posición en nuestra extrema izquierda y resistía los movimientos posteriores del enemigo para envolverla. Así se mantuvo hasta que, después de mediodía, llegó la noticia de que las tropas inglesas habían forzado el centro de nuestra línea, y entonces Kolbe se retiró repasando el río.

Era ya anochecido, y apenas Kolbe hacía alto en la margen Norte del Sand River, cuando los exploradores traen la noticia de que un numeroso cuerpo de lanceros amenazaba los vagones boers, que se retiraban por la calzada de Ventersburg y pertenecientes á otros comandos. Kolbe corre, con parte de su gente, á defender los vagones. Los lanceros á caballo rompen fuego á 800 yardas de distancia. Los burghers echan pie á tierra y contestan al fuego avanzando. Dos cañones Armstrong, capturados al enemigo en Waterworks y que Kolbe tenía consigo, llegan á la carrera, toman posición y ametrallan á los lanceros. Estos se retiran precipitadamente y los vagones quedan salvos, siguiendo su retirada escoltados por las fuerzas de Kolbe.

* * *

El general Malan, con el cuerpo de Caballe-

ría africana, ocupaba las posiciones de nuestra izquierda próximas á Kolbe. En las primeras horas de la mañana dos compañías de la vanguardia inglesa rompieron el fuego desde un "copje" sobre el ala derecha de Malan. Este destacó un comando que hizo retroceder á los ingleses hacia la llanura, donde se les unieron los Dragones de Inniskilling y la Caballería ligera australiana.

Malan entonces ordena á su cuerpo de Caballería africana cargar sobre todas estas fuerzas inglesas. Aquellos valientes avanzaron por medio de los llanos haciendo fuego desde la distancia de 2,000 yardas. Los ingleses primero retroceden, pero después, animados por sus oficiales y dando grandes gritos, avanzan á su vez. La Caballería africana los recibe con fuego certero y metódico, haciendo numerosas bajas, hasta la distancia de 30 yardas, en que cesa el fuego de carabina y empieza la acometida. La lucha cuerpo á cuerpo es terrible y en medio de la confusión ocurren episodios sangrientos. Dos holandeses del Distrito de Boksburg pierden sus caballos, y, rodeados por los Dragones ingleses, alzan las manos pidiendo rendirse.

Un oficial inglés echa encima su caballo y de un sablazo abre el cráneo á uno de ellos y se preparaba á matar al segundo cuando dos muchachos del mismo distrito que los holan-

deses matan al oficial y á otro Dragón á tiros de revólver.

Los ingleses se desparraman después del encuentro; muchos de ellos corren á pie por haber perdido sus caballos. Diez y seis quedaron prisioneros, entre ellos cuatro oficiales, y sólo de los Dragones de Inniskilling más de 40 muertos ó heridos quedaron en el campo. Veinticinco caballos fueron también capturados y fueron utilizados, sin cambiar las monturas, por los burghers de Malan que habían perdido los suyos.

Después de esta carga, el cuerpo de Caballería africana se retiró á sus posiciones, que conservó todo el día, siendo después estas mismas fuerzas las encargadas de cubrir la retirada de los comandos próximos, luego que los ingleses, ocupadas las posiciones del general Lemmer, rompieron el centro de las líneas boers.

Para saber cómo estos jinetes cumplieron su cometido, baste decir que entrada ya la noche, y cuando la retirada era general, ellos permanecieron á la orilla del río hasta última hora, volaron el puente que en su sección se encontraba y un pelotón de ellos quedó en la otra ribera haciendo fuego desde un alto hasta las once de la noche en que repasaron el río

cuando ya la retaguardia boer estaba á algunas millas de distancia.

* * *

En la derecha el general De Wet necesitó de toda su habilidad para impedir ser flanqueado por el enemigo. Este, disponiendo de fuerzas numerosas, se extendía más y más á la derecha de De Wet, al mismo tiempo que lanzaba enormes masas contra su gente. El general orangista se veía casi obligado á debilitar cada vez más su línea é imposibilitado de reforzar el frente. Después de pelear todo el día se retiró oblicuando, consiguiendo milagrosamente no ser envuelto ni cortado; y concentrando sus fuerzas en las inmediaciones del Oeste y Norte de Kroonstad cuando los demás comandos venían retrocediendo desde el Sur, y consiguiendo, á pesar del rápido avance del enemigo, obtener tal ventaja sobre los movimientos de éste, que todos los comandos pudieron con holgura tomar las nuevas posiciones y ejecutar las marchas que los jefes acordaron, y el pequeño ejército boer, aunque en retirada, quedó completamente á salvo.

Quedaban entonces dos caminos: ó concentrarnos todos en Kroonstad y hacer una resistencia enérgica en este punto, ó diseminarse otra vez y abrir otra campaña. Claramente se

vió que lo primero sería un gran error. Los once ó doce mil boers reunidos en Kroonstad serían bien pronto rodeados por cincuenta, ó sesenta, ó setenta mil hombres, y se repetiría el caso de Cronje. Se podrían resistir más ó menos días, ocasionar al enemigo terribles pérdidas, pero la aventura no tendría más que un fin, y al caer el grueso de las fuerzas boers, casi se podía ya ver perdida la contienda por completo.

En su consecuencia se acordó la diseminación. Abandonado Kroonstad, el Presidente del Orange se retiraría á Heilbron con el grueso de las fuerzas orangistas, y Botha, con el núcleo de los transvaalenses retrocedería hacia el Vaal.

Sin duda alguna el enemigo ocuparía inmediatamente á Kroonstad, pero en esto terminaría su actual movimiento. Las operaciones del ejército inglés durante los últimos días han sido tan rápidas, que sólo los combatientes han podido ejecutarlas. Sus convoyes, con su administración militar, sus hospitales de campaña, etc., han quedado muchas millas atrás. Los mismos soldados están exhaustos de fatiga del tremendo esfuerzo realizado en estos quince días y el número de enfermos y heridos que les agobia es tremendo. No tienen más remedio que hacer un alto en Kroonstad.

De este descanso se aprovechará Botha para

organizar sus fuerzas en la línea del Vaal y De Wet para plantear una nueva campaña en el Oriente de Orange, amenazando la derecha de Lord Roberts, y, cuando éste avance mucho, la retaguardia, si llega el caso.

Todo ha sucedido como los generales boers calcularon. El alto en el avance inglés se ha realizado. Desde el día 12 no se han movido de Kroonstad, y tal es el estado y perspectivas de la campaña en este día 22 de mayo en que escribo.

Los boers dicen que repetirán la táctica de Kroonstad cuantas veces sea preciso. Impedirán el acceso á Johannesburgo y á Pretoria cuanto puedan, pero no cometerán el error de encerrarse en ninguna plaza. Y aunque estas capitales caigan y con ello crean los ingleses concluída la campaña, los hechos le probarán que mientras queden combatientes la guerra continuará y cada vez más dura para los invasores.

El tiempo dirá. **Relata refero.**

XI

MIRANDO AL NATAL.—EN MAJUBA HILL

Los Drakensbergs.—Sublimidad del paisaje.—Volksrush.—Christian Botha y sus gentes.—Posiciones de los boers é ingleses al Norte del Natal.—Acción de Scheeperneck.—Majuba Hill.—Palabras de Botha.

Montañas cuyos picachos se elevan en fantásticas formas hasta romper las nubes; horrendos precipicios por donde se despeña en cataratas el agua que la nieve de las altas cumbres provee; laberinto de rocas de dimensiones colosales que se empinan unas sobre otras como para escalar el cielo; así son los Drakensbergs, la sierra de los Dragones, el Quathlamba de los cafres, barrera formidable con que la Naturaleza separa el territorio del Natal de las dos Repúblicas del Africa del Sur.

Helechos arborescentes, áloes enormes y euforbias africanas con sus flores de reluciente escarlata, destacándose sobre el verde sombrío del fondo, forman abajo, y en las primeras estribaciones de la sierra, la vegetación de estos lugares, ocultando á veces tenebrosas gargantas adonde el sol nunca llega, abismos cuyo fondo no se encontró jamás, ó los pilares de granito, fundamento y cimiento de estas alturas gigantescas.

Forman los Drakensbergs dos líneas de sierras que se juntan en ángulo agudo con el vértice en Volksrush, y que se van separando conforme hacia el Sur avanzan, dejando entre medias, y confinándolas, las tierras del Norte del Natal; y al mirar desde las más adelantadas cumbres del vértice las tierras bajas que por delante se extienden, parece que se columbra como un inmenso lago, aumentando el efecto la neblina y desapareciendo confundidos en el llano, vistos desde estas alturas, los altozanos y cerros salpicados aquí y allá en toda la extensión de la gran vallada.

A lo lejos, y al Sudeste, se divisa, reluciendo al sol de la mañana, una como cinta de plata que va serpenteando hacia el Sur, camino del mar, y ocultándose á trechos á la vista, por las desigualdades de las tierras. Es el río Búfalo, por donde atravesaron con Erasmo los

primeros comandos que invadieron el Natal en los comienzos de la guerra.

Hacia la derecha se distinguen las cumbres del Inkwelo y de Mount Prospect, y al Norte de éstos, las sombrías masas de las selvas de Longskrans, aún habitadas por bestias feroces.

Mirando al Sur, con los gemelos de campaña, se distinguen á lo lejos las líneas inglesas, y esta mañana (24 de mayo), retumbando en las cuencas, hemos oído los ecos de las salvas de artillería con que las tropas británicas han saludado el cumpleaños de la Reina.

* * *

Volksrud es hoy la base ó centro de operaciones de las fuerzas boers, que con Christian Botha y John Botha se oponen al avance del general Buller. Esta ciudad comunica con Pretoria y Johannesburgo por una línea férrea que va á Elandsfontein, pocas millas al Este de la ciudad del oro. Viniendo de aquel punto, se atraviesan los distritos de Heidelsberg y Standerton, este último ya bastante montañoso, y después de un recorrido de unos 250 kilómetros, que se hace muy cómodamente en el ferrocarril en ocho horas, se llega á Volksrush.

Aquí la sección rusa de la Cruz Roja tiene

establecido un buen hospital. También hay otras ambulancias de la misma institución de las secciones alemana y holandesa.

Defendiendo las posiciones de esta parte del Norte del Natal, y distribuídos en diversos campos por estos vericuetos, se hallan comandos de Johannesburgo á las ordenes de Ben Viljoen; burghers de Zoutpansberg, mandados por Van Rensburg; combatientes de Lydenburgo y Carolina, con David Schoeman por jefe; los comandos de Schroeder y de Oosthuizen y ciudadanos de los distritos próximos de Wakkerstroom, de Utrech y de las más lejanas tierras de los swazis.

La mayor parte de estas gentes son veteranos del principio de la campaña, que llevan, con pequeños descansos, siete meses de vida ruda y azarosa, peleando casi á la continua, campando en los montes, durmiendo á la intemperie. Estos comandos se hallan ahora muy mermados, tanto por las bajas sufridas en el campo de batalla, como por haber tenido que destacar continuamente contingentes para defender las otras líneas del Orange y del Transvaal atacadas por las abrumantes masas de Lord Roberts.

Esta disgregación de fuerzas fué la que impidió á los boers continuar resistiendo los ataques de Buller y permitió á éste librar á Ladysmith.

—Apenas tengo gente para defender la extensa línea confiada á mi cuidado—dice Christian Botha.—Desde Nqutu, por el Este, hasta el paso de Van Reenes hacia Harrismith, en el Oeste, se forma una línea quebrada de unas 200 millas de extensión, con comunicaciones muy difíciles entre los diversos puntos intermedios. Los ingleses tienen soldados suficientes para acudir á todas partes; yo, si acudo á unos sitios, tengo que dejar casi desguarnecidos otros, y solamente por un milagro de actividad y de energía vamos contrarrestando el avance. Por eso voy buscando posiciones donde pueda concentrarme lo más posible, y nos hemos retirado de Helpmekaar y del paso de Van Tondars poniendo en salvo los cañones que teníamos en esos puntos. El túnel de Laing's Neck fué volado el 16 por sus dos extremos y tengo concentradas mis escasas fuerzas hacia los puntos que considero más amenazados. Los ingleses avanzan ahora por Nqutu hacia Vryhead, á nuestra izquierda; hacen demostraciones hacia Harrismith por la derecha, y aún aquí, á nuestro frente, tenemos con frecuencia escaramuzas. Buller tiene ahora la ventaja de la posición central, y aunque es el que ataca, tiene muchas más tropas para operar flanqueos y diversiones. Pero yo confío en la constancia de mis hombres y en que tras de mí tengo regiones montañosas y con

recursos suficientes para continuar la lucha por tiempo tan largo que concluirá con la paciencia y aun con las gentes que Buller trae consigo.

Desde estas alturas vemos todos los días cómo van aumentando las masas enemigas, pero el espíritu de estos burghers no se abate.

Hace tres días, el 21, el comando formado con los boers de Swazilandia sostuvo un encuentro, al Sudeste de nuestro frente, en Scheeperneck, con una avanzada inglesa, haciendo sufrir á ésta un rudo golpe. Dos oficiales y 17 soldados ingleses quedaron muertos; calculamos que sobre 30 fueron heridos y 13 cayeron prisioneros, capturándoseles, además, dos cañones Maxim, aunque uno de ellos estaba ya inservible, y más de 30 caballos. Claro que es un encuentro de poca importancia, pero ha entusiasmado á nuestros hombres y mostrado á los ingleses el espíritu que nos anima.

* * *

Al Sur de Volkrush la silueta de la sierra que se destaca en el horizonte forma una depresión á modo de silla de caballo.

Es el Laing's Nek, de célebre memoria. Uno de los pasos para franquear los Drakensbergs. En la base un túnel perfora la montaña, dan-

do paso á la vía férrea que une el Natal con el Transvaal, túnel ahora cegado por sus dos bocas. Al Oeste de Laing's Nek, y siempre subiendo, se advierte un cerro que se eleva unos 300 metros sobre su base, la cual se halla á su vez como 200 metros más alta que Laing's Nek y unida á éste por un ribazo de kilómetro y medio de longitud; pero para recorrerlo andando y llegar á la cima del monte se emplea una hora bien contada, por las dificultades del camino y lo pronunciado de la pendiente.

El cerro es el famoso Majuba Hill, y á visitarlo fuí con la emoción consiguiente. Forman la mienencia estratos alternantes de roca arenisca y pizarra, dispuestos casi horizontalmente y coronados en la cumbre por una masa durísima de pórfido verde. Mide la cima cosa de una milla de circunferencia y presenta en su centro una hondonada ó depresión de unos 20 metros en su mayor profundidad, pero con pendientes suaves.

Este es el sitio donde, en 28 de febrero de 1881, murió, peleando como un bravo, el general Colley, con gran número de soldados del 92 de Highlanders (escoceses), uno de los regimientos más famosos de Europa.

Un montón de piedras apiladas en pirámide muestra el sitio donde quedó muerto el general inglés. En una de estas piedras se lee la

inscripción **Colley fell** (aquí cayó Coiley). Un poco más lejos, y dentro de un recinto, están las sepulturas de los soldados y oficiales británicos muertos en aquella jornada. Pueden leerse los nombres. La lista es larga y en ella se encuentran apellidos ilustres.

El boer señala desde lejos, con orgullo mezclado de respeto, este monte, que marca una de las fechas gloriosas de este pueblo, de historia corta, pero tan terrible y turbulenta; y en la cima todos mis acompañantes, y yo con ellos, permanecimos descubiertos mientras nos hallamos ante las tumbas de los que cayeron en el campo de batalla.

—Triste cosa es—exclamó Botha—que las etapas de la existencia de los pueblos vayan casi siempre señaladas con sangre y que tengamos que combatir como feroces enemigos los hombres que debíamos mirarnos como hermanos.

Impresionados con estas palabras del comandante boer, descendimos de la cumbre y dejamos aquellos melancólicos lugares, que acaso muy pronto vuelvan á regarse con sangre de los mismos contendientes.

XII

LOS VOLUNTARIOS EXTRANJEROS

Extranjeros que han combatido por los boers. —"Uitlanders" y recién llegados.—Todas las clases sociales representadas.—Cómo se han batido estos voluntarios.—Heroísmo del cuerpo alemán.—Hazañas y aventuras de los norteamericanos de Hessell.—Otros héroes.—Blake y su brigada irlandesa.—Hans Banks, el héroe alemán.—La Cruz Roja.—Los mártires del deber.

Los boers deben mucho á los voluntarios extranjeros que han peleado y pelean por la independencia de las dos Repúblicas Sudafricanas.

Estos voluntarios pueden dividirse en dos grupos: uno lo forman los "uitlanders," es decir, extranjeros residentes en el Transvaal y en el Orange antes de estallar la guerra. La

mayor parte de los "uitlanders" de nacionalidad británica escaparon antes de comenzar las hostilidades; otros fueron expulsados. De los "uitlanders" pertenecientes á otras nacionalidades bastantes emigraron también, no queriendo exponerse á los peligros, molestias y eventualidades de la lucha, pero muchos permanecieron y gran número de éstos se alistaron en las fuerzas federales.

El otro grupo de voluntarios extranjeros lo forman individuos de todos los países de la tierra, que han acudido desde que estalló la guerra á tomar parte en la contienda al lado de los boers. Lo largo y costoso del viaje y las dificultades para penetrar en el país, á consecuencia de la vigilancia inglesa, ha reducido considerablemente el número de estos voluntarios, pudiendo asegurarse que no han llegado á 2,000 hombres los que han entrado en el Transvaal para pelear en lo que lleva de duración la campaña.

Algo mayor ha sido el número de los "uitlanders" no ingleses que han tomado las armas por los boers; de modo que, en total, unos cinco mil habrán sido los voluntarios extranjeros que han combatido al lado de los transvaalenses y orangistas.

Los hay de todas las nacionalidades: alemanes y franceses, suecos y noruegos, holandeses y belgas, suizos é italianos, españoles y

portugueses, rusos y griegos, irlandeses, norteamericanos y argentinos.

Todas las clases sociales están representadas entre estos voluntarios: aristócratas como el conde Von Zeppelin, el barón Von Wrangel, el barón Wolf, el barón Von Brachel, el conde Villebois-Mareuil, el barón Von Zelewski y otros muchos que no puedo nombrar; militares distinguidos, cuales los coroneles Lohrentz, Maximoff, Richardi, Lynch, Blake y Anderson, el comandante Hans Bank, el capitán norteamericano Hasel y tantos otros; marinos de ilustre familia, como el ruso Boris Von Strolmann, amigo en el Japón de mi buen amigo Cologan; millonarios, cual Martiensen; personalidades, como Webster Davis y el Dr. Hohls; y al lado de todos estos, obreros "uitlanders" de Johannesburgo y de Pretoria; dependientes de comercio de las casas extranjeras aquí establecidas, y caracteres entusiastas y aventureros de los cuatro puntos cardinales; algunos venidos, sin duda, á la husma del oro del Transvaal, muchos por pelear contra Inglaterra y todos por simpatía hacia estos pueblos.

Han manifestado los ingleses que ha sido una gran ventaja para los boers el hallarse tan apartados de la Gran Bretaña, y que el transporte de soldados y vituallas á distancias tan enormes ha sido una de las mayores dis-

cultades que vencer. Dicen á esto los hombres de Pretoria que si el Transvaal y el Orange hubieran estado á fácil acceso de Inglaterra, en Europa, por ejemplo, ó en el Norte de Africa, también lo hubieran estado para los innumerables voluntarios, que no han podido llegar hasta aquí; de tal suerte que, á ser próximas y más fáciles las comunicaciones, los 2,000 extranjeros venidos se hubieran convertido en 200,000, que peticiones y ofertas ha habido para alcanzar tal cifra y armas y municiones hubiera para proveer á todos. Así que, lo que ha sido desventaja para los ingleses, lo ha sido mayor aún para los boers, que no han podido recibir, sino en bien mínima proporción, el beneficio de la simpatía que por ellos han manifestado todos los pueblos de un modo indubitable.

Así se han quedado las cosas, siendo, por lo tanto, unos 5,000 lós voluntarios extranjeros, á todo tirar, los que por uno ú otro concepto se han reunido bajo las banderas boers.

* * *

Estos voluntarios, por lo general, se han agrupado según sus nacionalidades, y cuando su número lo ha permitido han formado cuerpos especiales y así se han constituído la brigada irlandesa de Blake, el cuerpo ó legión

escandinava, los exploradores alemanes de Banks, el cuerpo holandés de Lombard, los exploradores americanos de Hassel, el cuerpo italiano de Richardi, los exploradores irlandeses, etc., etc.

Todos estos cuerpos de voluntarios extranjeros se han batido siempre en la vanguardia, han acudido á los puestos de mayor peligro, y algunos de ellos, especialmente los llamados exploradores, han sido la pesadilla de los generales ingleses.

Del denuedo con que se han batido es buena prueba que más de la tercera parte ha quedado en el campo de batalla, y algunos de estos cuerpos, como la brigada irlandesa de Blake, después de los combates de Fourteen Streams; los exploradores americanos, concluída la batalla de Sand River; el cuerpo escandinavo en Modder River; el cuerpo holandés terminada la primera campaña del Orange, todos han quedado casi en cuadro y han tenido que reorganizarse de nuevo.

El parte relativo al cuerpo alemán después de la mencionada batalla de Sand River decía así:

"El cuerpo alemán se ha batido siempre en la vanguardia, con un arrojo extraordinario, resultando: muertos, tenientes barón Von Brachel y Herr Krinter; soldados Teichmann y otros dos.

Heridos: coronel Lohrentz, tenientes Von Lochsted, barón Von Wrangel, barón Wolff, soldados Pontisms y Werbe."

En el mismo combate el cuerpo de exploradores de Hessell, ya muy mermado, quedó materialmente deshecho: 60 hombres componían este cuerpo en un principio; después de la lucha en las orillas del Sand River quedaban sólo ¡siete!

Los americanos de Hessell tienen una historia corta, pero muy gloriosa. Asistieron á los combates de Tafelkoq y Modder River, donde 40 de ellos rechazaron victoriosamente una carga de 200 lanceros ingleses; en un encuentro cuerpo á cuerpo con la caballería de Lord Loch quedaron dueños del campo, matando al teniente Curzan, uno de los oficiales que mandaban las fuerzas enemigas; y habían tomado parte muy principal, distinguiéndose siempre por su gallardía en las funciones Sannah's Post, Verkeerdevlei y Thoebanberg.

En la batalla de Sand River formaban con las fuerzas del general Kolbe, á la extrema izquierda de la línea boer, y cuando aquel general dispuso y realizó su victorioso ataque á las posiciones inglesas, los americanos avanzaron tanto, que se llegaron á encontrar en situación muy difícil para volver á los cerros de que Kolbbe se había apoderado. Sólo

los siete mencionados volvieron, asegurando que los restantes, de no quedar muertos, heridos ó prisioneros, sólo podían salvarse cruzando las líneas inglesas y reuniéndose á las fuerzas del general De Wet, que ya asomaba por la espalda, molestando la retaguardia del enemigo. Entre los así perdidos, y cuya suerte más se lamentó, se hallaban un cabo gigantesco y hercúleo llamado James y un muchacho de doce años conocido por Willie, hijo adoptivo del teniente Shay, y al que consideraban como la **mascota** ó prenda de buena suerte del cuerpo.

Pero el día 21 de este mes, hallándome en Vereeniging con el teniente Iraser, que había estado durante los días últimos haciendo arriesgadas investigaciones en averiguación de los perdidos, topamos con el ayudante Snijman, perteneciente al cuerpo del general Christian De Wet, y que venía á comunicar que este general se hallaba en el distrito de Heilbron pisando los talones de las columnas inglesas. Mister Snijman nos dijo, además, que, unos tras otros, más de 20 exploradores americanos habían llegado sanos y salvos á las líneas de De Wet, y que el gigante James y el pequeño Willie estaban entre ellos. De estos dos últimos contó que estando entre los que encontraron cortada la retirada, se escondieron como pudieron entre la maleza, espe-

rando la noche. Al día siguiente, cuando en un sitio en que se creían seguros estaban asando un pie de puerco, se vieron sorprendidos por doce lanceros, escapando milagrosamente de la granizada de balas con que en su huida les zumbaron los oídos. A los tres días entraban los dos fugitivos en el campo del general De Wet.

* * *

Conocidas son ya de todo el mundo las hazañas del general Villebois-Mareuil, que yace ahora en el humilde cementerio de Boshoff; ya he referido en otra correspondencia las aventuras del irlandés O'Reilly. Las heridas que recibieron, lidiando, el ruso Maximoff, el escandinavo Anderson, el alemán Von Wiangel, el coronel Lohrentz y otros muchos, prueban su bravura; y sería innumerable la lista de los hombres de todas nacionalidades que han demostrado, peleando voluntariamente por los boers, su valor heroico y su decision por la causa que abrazaron.

El coronel Blake, jefe de la brigada irlandesa, no sólo ha manifestado excepcionales dotes de mando y de hábil estrategia, sino un arrojo temerario, peleando siempre el primero en la vanguardia en los ataques y el último en las retiradas, batiéndose como un león cuando el 60 por 100 de su gente quedó en el

campo allá en el Oeste, á las orillas del Orange, siendo, en fin, el que colocó la carga de dinamita y voló el puente de Sand River en la batalla allí librada el día 10. Por cierto que cuando estaba colocando la carga de dinamita dos espías le hicieron fuego desde un edificio próximo. Blake salió ileso, pero los dos espías fueron cogidos **in flagranti** y fusilados en el acto.

Otro de los héroes de la presente campaña ha sido el alemán Hans Banks, comandante, como ya queda dicho, del célebre cuerpo de exploradores alemanes, y ahora herido y prisionero de los ingleses.

El solo capturó en una ocasión cinco lanceros enemigos, entre Thaba'Nchu y Wepener, cuando estas plazas estaban en poder de las tropas británicas; al frente de sus patrullas apresó en Wepener, y en bien excepcionales circunstancias, 305 bueyes y más de 100 caballos en las barbas mismas del enemigo y debiéndose el éxito de la aventura á su personal arrojo. Sin el comandante Hans Banks puede que los boers no contaran las victorias de Waterworks (ó depósitos de agua de Bloemfontein) y de Dewetsdorp, pues á sus trabajos de exploración se debió el localizar perfectamente en ambos casos las posiciones del enemigo. En el combate de Houtnek fué donde cayó gravemente herido con fractura

conminuta del fémur, quedando prisionero en poder de los ingleses, que lo han tratado con atención y esmero, en consideración á su intrepidez, gallardía y caballerosidad.

Si, pues, los boers han admirado al mundo por la valentía con que han desafiado el tremendo poder de Inglaterra y por el tesón con que sostienen esta lucha de titanes, bien pueden decir también que han tenido á su lado, y les han ayudado en su epopeya, hombres heroicos de todos los confines de la tierra.

* * *

Y al hablar de las muestras de simpatía que los boers han recibido de otros países, no puede menos de mencionarse la Cruz Roja. Ambulancias de esta benéfica institución correspondientes á las secciones holandesas, rusas, alemanas, belgas y francesas, con excelente material, superior en algunos conceptos al de los ingleses; hábiles é infatigables médicos, con hermanas de la Caridad, enfermeras y enfermeros de casi todos los países de Europa, han prestado servicios inmensos, lo mismo en los campos de batalla que en los hospitales que por todas partes han tenido que improvisarse.

Todo este personal ha soportado con ánimo fuerte las fatigas sin número, las penalidades sin cuento que trae consigo el cumplimiento

del penoso deber que se impusieron, y algunos han pagado con la vida su abnegación y sacrificio, recordando ahora, por no citar más nombres, al Dr. Coster y á madame Laridon, una de las enfermeras belgas, muertos en Heilbron recientemente.

Y no es menos meritorio ni exige menos serenidad y fortaleza de espíritu el luchar contra el dolor y la muerte en las ambulancias y hospitales que el afrontarlos peleando en el campo de batalla.

XIII

BATALLA DE KLIP RIVER

Johannesburgo antes de la batalla.—Aspecto de la ciudad.—Rumores siniestros.—Avance de los ingleses.—Acción de Gatsrand.—Los ingleses bombardean los paisanos fugitivos.—Lemmer entra en fuego.—Dragones prisioneros.—A ver la batalla.—Carga heróica de la Caballería británica.—Combate general.—Los boers resisten.—Botha no cae en el lazo.

En Johannesburgo, noche del 28 de mayo.

Desde anteayer por la mañana la ciudad se halla en completa efervescencia. Destacamentos de gente armada cruzan en todas direcciones. Las ambulancias oficiales y particulares están preparadas. La policía de las minas en sus puestos. Los trenes para Pretoria salen atestados de gente. Vagones conduciendo fa-

milias que vienen huyendo desde las riberas del Vaal pasan sin cesar en dirección al Norte. Cuentan que los ingleses, en fuerza innumerable, han pasado el río por varios puntos y avanzan á marchas forzadas sobre Johannesburgo. Numerosos grupos, en los que abundan las mujeres, reunidos en la gran plaza del Mercado y calles adyacentes, comentan la situación y las noticias. Otros se agolpan á las alturas que dan hacia el parque y en las inmediaciones del fuerte, y miran á los lejanos campos que por el Sur se extienden, á ver si aparecen los ingleses.

Siniestros rumores flotan por todas partes. Hay quien dice que todo el Witwatersraud está minado y que todos volaremos por los aires al asalto de los ingleses. Otros dicen que la hez del populacho se prepara á saquear la ciudad y huir con el botín antes de la destrucción.

Todo indica, en fin, que se acercan momentos muy críticos.

Las noticias positivas de la situación son, sin embargo, las siguientes:

El 24, fuerzas inglesas considerables pasaron el Vaal, por Grobler's Drift (vado de Grobler), como 40 millas aguas abajo de Vereeniging. De este modo la derecha de las fuerzas del comandante general Luis Botha quedaba seriamente amenazada, pues no po-

día extender tanto sus líneas. En su consecuencia tuvo que operar un movimiento de retroceso, volando el puente del ferrocarril de Vereeniging el 26 á las diez de la mañana y replegándose ordenadamente hacia Meyerton, mientras los comandos establecidos en Rhenoster River, y que formaban la extrema derecha, se concentraban por lentas marchas sobre el núcleo central.

El mismo sábado por la tarde tres divisiones inglesas, mandadas respectivamente por los generales French, Broadwood y Hamilton, han cruzado el Vaal por Vereeniging, avanzando resueltamente en dirección á Johannesburgo.

Entretanto los generales boers Kolbe y De Wet, que operaban en la extrema izquierda, se han quedado al otro lado del Vaal al Sur de Orange, resueltos á atacar el ala derecha inglesa y, si es posible, amenazarlos por la espalda.

Al encuentro de las tropas inglesas que vienen por Vereeniging salieron ayer mañana de Meyerton los generales boers Lemmer y Olivier con sus comandos, hallando en Rietknil al enemigo que se reunía con las fuerzas procedentes de Grobler's Drift.

Hacia las dos y media de la tarde trabóse el combate, empleando los ingleses varias baterías de obuses y de cañones Armstrong, y

los boers Maxims de tiro rápido y fusilería contra los repetidos avances de los jinetes del general French, que en número de unos 3,000 trataban de forzar el paso por la carretera de Klip River.

El encuentro se ha verificado junto á los cerros de Gatsrand, cerca de una mina de carbón llamada de Cypherfontein.

Los avances de la Caballería de French fueron varias veces rechazados por la fusilería boer, pero á eso de las cuatro de la tarde consiguieron forzar uno de los pasos entre los cerros de Gatsrand, avanzando rápidamente hasta Van Wyk's Rust, ocupando la aldea.

Las mujeres y los niños de las granjas comarcanas huían en confusión del fragor del combate, mezclados con sus ganados. Los ingleses, á la larga distancia, tomaron, sin duda, el revuelto pelotón de vagones y animales por un convoy boer é hicieron fuego, resultando herida una mujer (Mistress Fourie), cuyo marido ha muerto también recientemente en la guerra.

Lemmer y Olivier se han retirado hacia Klip River á pocas millas de aquí, y donde se hacen fuertes con los demás comandos á las órdenes de Botha.

* * *

La noche del 27 se ha pasado con las avanza-

das inglesas haciendo alto en Van Wyk's Rust. En Johannesburgo nadie ha dormido. A altas horas llegaron seis vagones de las ambulancias conduciendo heridos boers é ingleses mezclados, que fueron acomodados en el hospital. Patrullas armadas recorren la ciudad en todas direcciones. Se observa también gran movimiento de fuerzas que van á tomar nuevas posiciones para la batalla que se espera al romper el día.

En las primeras horas de la mañana, junto con la noticia de que los comandos de Lemmer han roto nuevamente el fuego contra la Caballería inglesa, llegan partes por la línea de Heidelburgo de que el general De Wet ha conseguido ocupar la vía férrea al Sur de Viljoen's Drift, amenazando la retaguardia de Lord Roberts.

Poco después entran en la ciudad tres guardias dragones hechos prisioneros por las fuerzas de Lemmer en un reconocimiento. Se les da de almorzar y se les conduce á la estación del Parque.

Van y vienen continuamente emisarios á caballo desde la ciudad al inmediato campo de operaciones. Casi todos los comandos van entrando en fuego. Los ingleses traen mucha artillería y bombardean de un modo horroroso todas las posiciones; hasta ahora los movimientos de avance los hace sólo la Caba-

llería. No se ve Infantería inglesa por ninguna parte. Indudablemente viene mucho más atrás y no ha podido seguir el rápido avance de la Caballería.

La ambulancia judía de Aarón sale para el campo de batalla. Muchos curiosos también. Desde los ribazos que dan á Klipriverberg, seis millas al Sur de Johannesburgo, se pueden observar algunos movimientos.

Durante toda la mañana, la Caballería inglesa ha hecho desesperados esfuerzos de frente y de flanco, protegida por numerosa artillería, para apoderarse del puente sobre el rio Klip y de las colinas adyacentes.

Los comandos de Johannesburgo, de Boksburg y de Waterberg, apostados en las alturas, consiguen con su certero fuego de fusilería rechazar todos los ataques, ocasionando pérdidas serias al enemigo.

Este entonces destaca fuerzas hacia la izquierda de la línea boer, donde hay unos llanos, y consiguen avanzar hasta un puente situado junto á un hotel ó parador que llaman de Klip Spruit, y cargar con gran denuedo contra los johannesburgueses y contra los cañones del capitán Von Dalwig, que ocupan un altozano á la derecha del parador, cañones que la formidable artillería inglesa no ha conseguido hacer callar.

Esta heróica carga de la Caballería inglesa

es recibida, sin embargo, á pie firme por los de Johannesburgo; los cañones y los Maxims funcionan rápidamente; los fusileros disparan con toda calma y sosiego como en los ejercicios de tiro, y la Caballería británica, barridas las primeras filas, se retira en caótica confusión, en huida completa, hacia Van Wijkis Rust, dejando el campo sembrado de muertos y heridos y perseguidos por las granadas boers.

El resto de las tropas inglesas pareció entonces replegarse en dos direcciones, unos hacia el Oeste por la parte de Doornkop, donde fué derrotado y prisionero el Dr. Jameson; y otros hacia el Este, en dirección de Natal Spruit y Elandsfontein.

Pero entonces llega la Infantería. El teatro de la lucha se extiende. Las posiciones boers son atacadas por tres sitios simultáneamente. Se ve que el ataque de los ingleses se dirige principalmente á las líneas de cerros que defienden la carretera de Vereeniging.

Mas los comandos resisten con firmeza en toda la línea y logran rechazar las acometidas.

Los ingleses se ven obligados á retirarse y los boers han conservado todas sus posiciones tan bravamente defendidas.

Los federales han obtenido hoy una victoria positiva é incontestable; las tropas ingle-

sas han tenido pérdidas cruentas. El efecto en la ciudad ha sido inmenso.

Todos los comandos se han batido con entereza admirable, como tropas veteranas, y el combate de Klip River quedará como recuerdo de una de las más memorables defensas hechas por los boers contra fuerzas cuatro veces superiores.

* * *

Pero el grueso de las fuerzas inglesas no ha entrado en acción. Considerables masas siguen cruzando el Vaal, extendiéndose las avanzadas por derecha é izquierda á grandes distancias para rebasar ambos flancos de la línea boer. Es la táctica constante desde que las fuerzas inglesas están en la proporción de diez contra uno. Si mañana se renueva el combate por el frente y todos los comandos entran en él, no tardarán en verse rodeados, como Cronje, por una inmensa línea de fuego.

Pero Botha dice que no caerá en el lazo, y prefiere retirarse de las posiciones hoy tan tenazmente defendidas, saliendo del cerco antes que los ingleses tengan tiempo de cerrarlo.

Esta noche se han dado órdenes á los comandos para que se retiren por escalones hacia el Nordeste los unos y hacia el Noroeste los otros, es decir, abriendo más la línea, y

batan las vanguardias de las columnas que avancen flanqueando si por acaso dichas vanguardias se ponen á tiro. Quedarán solamente á retaguardia algunos destacamentos para entretener al enemigo y proteger la retirada.

En Johannesburgo durante el día, y aprovechando la excitación durante la batalla, algunos grupos, compuestos casi exclusivamente de mujeres de las clases bajas, han empezado á saquear algunas tiendas y almacenes, pero la policía ha contenido el escándalo en seguida.

No se habla ya de voladura de las minas, á pesar de que los boers están en completa dominación del distrito y dueños de tomar cuantas determinaciones violentas quieran.

Yo, después de haber escrito á pedazos esta carta, salgo para Pretoria aprovechando el último tren, pues mañana sabe Dios si habrá medios de retirarse.

XIV

LAS MUJERES DAN VALOR

La obra de la mujer boer.—Rasgos sublimes.—Los "meetings" de mujeres.—Lo que dice la esposa de Botha.—Los conciertos.—Sarasate en Pretoria.—Abnegación y sufrimientos.—El espíritu de la raza.—Las espartanas modernas.

¡**Las mujeres dan valor**! Así titulaba nuestro Goya una de sus famosas **Aguas fuertes** pintando los horrores de la guerra de la Independencia.

¡Las mujeres dan valor! Efectivamente; como las españolas, muchas mujeres boers no se han contentado con atender á los heridos, cuidar á los enfermos, preparar hilas y vendajes para las ambulancias y hospitales, sino que han permanecido en el teatro de la guerra y han defendido sus hogares al lado de sus

padres, de sus maridos, de sus hijos, ó los han acompañado á las operaciones cuidándolos en el **laager**, animándolos en las marchas, ayudándolos en las mismas trincheras.

La mujer boer tiene su corazón en la lucha, ni más ni menos que los hombres, como sucede en todos los grandes movimientos nacionales. Lo ha manifestado de todos modos. Las mujeres de Klerksdorp compran por suscripción un magnífico caballo y se lo regalan á Andries Cronje para que acuda al campo á defender la libertad y la justicia y continúe las glorias de su ilustre apellido. En Pretoria bordan y presentan una bandera á Lucas Meyer para que lleve con ella sus comandos al combate. Y lo mismo hacen con Delarey y Burghers las de Klerksdorp y con el general Liebenberg las del Oeste.

Ellas se han quedado labrando el campo, cuidando los ganados y acometiendo las más rudas faenas de las granjas y los penosos trabajos de la recolección, para que los hombres vayan al comando, y han suspendido á veces sus rústicas labores para rechazar á tiros las patrullas de lanceros ingleses, como en Modder River y en Graspam.

¡Yo las he visto en Middelburgo y en Belfast de luto por sus hermanos, y marchando á despedir á sus padres con la misma **varonil** fortaleza que las mujeres espartanas!

¡Yo las he visto enseñándome con dolor los retratos de sus personas más queridas, y mostrando, al mismo tiempo, con orgullo los comentos hechos en la prensa sobre su heróica muerte en el campo de batalla!

¡Yo las he visto aplaudiendo á los valientes, animando á los remisos, excitando el amor propio de los pusilánimes, acudiendo, en fin, á todos los medios para que cuantos hombres hubiera capaces de tomar las armas marchasen á defender la tierra y la independencia amenazadas!

¡Yo las he visto pidiendo al Gobierno que contara con ellas en la guerra por la patria; que las encargara de todas las misiones que pudiesen desempeñar, para que quedasen más hombres útiles para el combate; que las diese armas para defender sus casas mientras los hombres peleaban en los campos.

* * *

En Pretoria, en Johannesburgo y en otras poblaciones de menor importancia se han celebrado **meetings** de señoras, donde sin barullo, ni histéricos alardes, se ha tratado y debatido muy prácticamente qué podían hacer las mujeres ante las críticas circunstancias del país.

No faltaron en las reuniones (exclusivamente femeninas) espíritus fuertes que pidie-

ron la formación de cuerpos de mujeres armadas que marchasen al campo de batalla á pelear al lado de los hombres, mostrándose las proponentes dispuestas á marchar las primera á la vanguardia.

—Mis hjos y mis hermanos están peleando—decía Mistress Power en el meeting de Johannesburgo—mi marido ha muerto peleando; ¿por qué no hemos de ir yo y otras muchas como yo á vengar á los muertos y luchar al la lado de los vivos? ¿Por qué no, si sabemos disparar un fusil y teenmos alientos para ello?

Pero la mayoría, sin dejar de mostrar la misma fortaleza, opinaron que las mujeres, sin necesidad de marchar al frente á la pelea, podían prestar utilísimos servicios al país y ayudar del mismo modo á su defensa.

—Pueden ir—expresaba Mistres Botha en la reunión celebrada en Pretoria—pueden ir comisiones de mujeres á visitar los comandos, animando á los burghers á la lucha, excitándolos á mantenerse siempre disciplinados y unidos frente al enemigo; pueden enviarse á los jefes boers, en nombre de todas las mujeres del país, cartas y mensajes para que los lean ante sus respectivas fuerzas, expresando nuestra admiración por su valerosa resistencia contra el invasor y nuestra esperanza puesta en que continuarán peleando con la misma

fe, en defensa del país. Podemos, además, desempeñar muchos puestos en las ambulancias de la Cruz Roja, en los servicios de la Administración militar, de Correos y de otros departamentos del Estado, relevando así á muchos hombres úiles que pueden marchar á unirse á los comandos; podemos, como hasta ahora, trabajar en la confección de equipos para los combatientes y de material para atender á los heridos y enfermos; podemos pedir al Gobierno armas, no para ir á pelear al campo, pero sí para defender nuestros hogares y nuestros hijos en caso de agresión.

Estos han sido los sentimientos predominantes al fin en todos los **meetings** de las mujeres boers, y estos han sido los extremos contenidos en el mensaje ó petición que se ha presentado al Gobierno de Pretoria, firmado por miles de mujeres del Transvaal.

* * *

Ellas han sido las que con el enemigo á las mismas puertas han organizado conciertos para inspirar más confianza á todos y reunir fondos para los huérfanos y viudas.

En el dado la noche del 17 de mayo en Johannesburgo, el **Standard Theatre** estaba de bote en bote; las mujeres con sus mejores sus uniformes de gala los otros, y los oficiales extranjeros luciendo sus condecoraciones.

El mismo aspecto presentaba la noche del 25 en Pretoria, el St. Andrew's Hall, y nadie hubiera creído al ver la sala, brillante como un ascua de oro, que los ingleses estaban á tres jornadas de nosotros.

Por cierto que una de las piezas que más entusiasmaron en este concierto fué una romanza andaluza, de Sarasate, y al repetirla el artista á petición del público en masa, se oyeron entre los estrepitosos aplausos muchos vítores á España, que unidos á las típicas notas de nuestra música, me podujeron la impresión que puede suponerse.

La característica de todos estos conciertos, como la de otros actos públicos que aquí se celebran, es que al final, así como los ingleses entonan el **God save the Queen**, en el Transvaal cantan el himno nacional del país, y es de ver á todos los concurrentes, hombr , mujeres y chiquillos coreando con la mayor unción las majestuosas notas del **Valskliel** llevadas por la orquesta.

* * *

Muchas mujeres boers, á la llegada de los ingleses á sus tierras, han permanecido en sus granjas, afrontando los inconvenientes y hasta los peligros de la invasión, mientras los varones seguían en los comandos.

En general, los ingleses han respetado en estos casos vidas y haciendas, pero en bastantes

ocasiones los oficiales no han podido evitar actos de venganza más ó menos justificados, ó los desafueros consiguientes á todo estado de guerra. Las mujeres que se han quedado en sus casas han apechado con ánimo fuerte estos y los demás inconvenientes de la invasión.

Me dice, por ejemplo, una persona cuya respetabilidad da crédito á sus palabras, que la esposa del Secretario de Estado de Orange decidió quedarse en Bloem fontein cuando esta capital fué ocupada por los ingleses. Herr P. I. Blignant, su marido, al marcharse acompañando al Presidente Steyn, dejó depositadas en un Banco, á la disposición de su esposa, para que ésta subsistiera durante su ausencia, 400 ó 500 libras esterlinas. Pero al llegar las autoridades inglesas intervinieron los fondos de los Bancos, incluso los de la propiedad particular de la señora Blignant, acordando á ésta solamente una pequeña cantidad semanal, que con muchos inconvenientes y humillaciones cobra. Como me lo han contado lo refiero.

Y esto no es nada comparado con lo sufrido por las que, al hallarse solas en sus propiedades de los campos, han tenido que defenderse á mano armada de los negros, que creían llegada la ocasión para entregarse al robo y al saqueo; pero las que han visto talados sus campos, decomisados sus ganados y quema-

das sus viviendas, porque en ellas se había hecho fuerte alguna patrulla boer.... Las mujeres del Transvaal y de Orange han inculcado á sus hijos su espíritu valeroso, su fortaleza de ánimo, su amor por la independencia y su abnegación por la patria que, tras fatigosas emigraciones y sangrientas luchas, han llegado á fundar.

No es raro ver en los comandos muchachos de catorce y quince años combatiendo con el mismo ardor que los hombres hechos y sufriendo sonrientes todas las fatigas de la campaña. Para apreciar el temple de estos muchachos, basta citar la contestación de uno de ellos, hijo por cierto de uno de los personajes del país, á un prisionero inglés que le preguntó si no estaba cansado ya de esta guerra calamitosa.

—¡Cá! No, señor. No nos cansaremos mientras haya enemigos que combatir. Además, yo por mi parte sentiré que la guerra se concluya, porque entonces.... tendré otra vez que volver á la escuela.

¿Qué más? A los que digan que esta guerra (sin discutir ahora sus causas ni de qué lado está la razón) es por parte de los boers una guerra pseudo-patriótica, debe decírseles que lean este sencillo parte dado por uno de los generales boers:

"Mis fuerzas se hallan animadas del mejor espíritu. Todos los días llegan nuevos burghers á reforzar estos comandos. **Hoy se han presentado algunas mujeres de Potchefstroom trayendo á las filas sus hijos menores de diez y seis años.**"

XV

LOS ULTIMOS DIAS DE PRETORIA

Lidenburgo, nueva base de operaciones.—Gente que queda en Pretoria.—Fisonomía de la ciudad.—Rumores y comentarios.—Con el Dr. Reitz en la carretera.—Recursos y propósitos del Gobierno transvaalense.—Salida de Kruger.—Los últimos momentos.—Adiós Pretoria.—A través del "Velt."

Voy á ver sí puedo resumir y contar mis impresiones de estos azarosos cinco días.

Desde que supe que se iban trasladando, poco á poco y sin ruido, á Lydenburgo los grandes depósitos de víveres y municiones reunidos en Pretoria, comprendí que había prevalecido la opinión de no encerrarse en la capital para fiar á la duración y contingencias del sitio la terminación de la guerra.

La elección del nuevo centro ó base de operaciones está bien hecha. Lydenburgo radica

en el corazón de un distrito muy montañoso que ocupa una extensión de unos 15,000 kilómetros cuadrados al Norte de la vía férrea que va de Pretoria á Lorenzo Márquez. Tal región, comprendida entre el río Cocodrilo al Sur y el Olifants (principal afluente del Limpopo) al Norte, es sumamente áspera y agreste, carece en absoluto de ferrocarriles, y sólo cuenta con muy pocas carreteras, y éstas de mala muerte. Unas cuantas partidas recorriendo ese distrito pueden mantener la guerra, toreando y fatigando á un ejército numeroso, durante años enteros.

Además, desde Pretoria hasta esa región media una distancia de 200 kilómetros, que á los ingleses ha de costar mucho tiempo y trabajo recorrer, y al Norte y al Oeste de Lydenburgo quedan todavía vastas comarcas diez veces más extensas, cuales son el Zautpanberg y el Waterberg, aún más abruptas y menos pobladas, donde el mantenimiento de comunicaciones sería para un ejército invasor un problema de muy difícil solución .

La cuestión para los boers al refugiarse en esos distritos, casi inaccesibles, es tener municiones suficientes, y por eso reunen en Lydenburgo los grandes depósitos acumulados en Pretoria.

Así ven las cosas, sin desmayar, los animosos, los decididos á continuar la guerra á todo

trance, fiados en los resultados eficaces de una resistencia tenaz y prolongada, en la que el ejército enemigo no vea fin ni gloria, é Inglaterra se canse de gastar hombres y dinero.

Pero los débiles de espíritu, que nunca faltan; muchos extranjeros que, atentos al negocio, eran antes admiradores entusiastas de los boers y al ver á los ingleses á las puertas de Pretoria van preparando la mudanza para arrimarse al sol que más calienta; hasta muchos dependientes del Gobierno de Pretoria, que ante el rumbo que toman las cosas y las apretadas circunstancias por que dicho Gobierno tiene que pasar, ven perdidas sus actuales posiciones, y acaso parte de sus pagas devengadas, forman todas una masa de población cuya opinión se siente, y que el observador atento é imparcial ha de tomar en cuenta, porque da, mezclada con las otras, el verdadero carácter que la ciudad ha presentado durante los cuatro últimos días.

* * *

Las circunstancias han sido verdaderamente críticas, y para un pueblo que se ve en peligro inminente de perder su libertad é independencia, dolorosas y solemnes.

El 27, cuando ya se estaban batiendo en las cercanías de Johannesburgo, publicóse una disposición del Presidente Kruger, ordenando

que dicho día 27, domingo, y los dos siguientes, se destinaran, en todo el país á la oración y al recogimiento, mientras los forzados á ello peleaban en el campo.

El texto de la alocución es notable y curiosísimo.

No sé los que cumplirían el precepto; ello es que la excitación de los momentos era bastante para excusar á mucha gente en la capital y en Johannesburgo; pero es seguro que en los campos adonde haya llegado la notificación se habrá observado con religiosa exactitud.

A todo esto la agitación en la capital aumentaba de hora en hora. La noticia del avance de los ingleses sobre Johannesburgo, aunque ya descontada, produce en los no resueltos la emoción de que todo está perdido; el saberse el mismo día que algún enemigo encubierto había intentado volar con dinamita un tren de Pretoria á Johannesburgo, aunque felizmente sólo resultaron ligeros desperfectos, hizo creer á muchos que llegaba la hora de la desolación y de las grandes catástrofes. La nueva de la heroica resistencia de los boers en Klip River y la repulsa del ataque de los ingleses entusiasmó á los valientes, pero hizo exclamar á otros suspirando: ¡Adiós! ¡Esto se va á prolongar más todavía!

Pero para hacerse cargo del peculiar carácter de la agitación en Prêtoria hay que tener

en cuenta que á la sazón no hay masas populares. Casi todos los verdaderos pretorianos útiles están en los comandos; parte de la población pudiente, especialmente extranjera, ha emigrado, y aquí no quedan más que mujeres y chiquillos que, por lo general, permanecen en sus casas; los dependientes del Gobierno; el cuerpo Consular; servicios del hospital y de las ambulancias; de Correos y Telégrafos; emisarios boers que van y vienen de la ciudad á los comandos y viceversa; algunos extranjeros que se han quedado para proteger sus propios intereses ó los de sus principales; representantes de casas de comercio que vienen á gestionar la venta, á precios fabulosos, de las mercancías que tienen en Lorenzo Márquez, y por último, los acreedores de la Administración transvaalense.

Forman estos últimos una turba multa de gente de todas clases, mercaderes hebreos en su mayor parte, que reclaman el precio de los sacos de azúcar y café que proporcionaron al Gobierno; ó el valor del ganado vacuno ó de los caballos que se llevó la requisa; ú honorarios devengados por diferentes servicios, ó, en fin, los grandes proveedores y contratistas, los plazos que aún se les adeudan. Toda esta turba es la que más bulle y se agita, la que con más ansiedad é inquietud sigue los aconteci-

mientos y no deja la ida por la venida, desde sus alojamientos respectivos á las oficinas del Gobierno, donde presenta sus facturas por lo menos tres veces por día.

Así, pues, como tengo dicho, en Pretoria no hay masas populares cuyos movimientos y agitación pudieran dar el tono de los sentimientos y opinión del pueblo boer acerca de la marcha de los sucesos. En Pretoria, fuera del Gobierno y sus escasos servidores y de los boers armados entrantes y salientes, no ha quedado en estos últimos días más que esa abigarrada población cosmopolita, que habla y se mueve solamente según sus particulares intereses.

El pueblo boer está en el campo combatiendo. Y no hablo de los negros, porque éstos forman rancho aparte y no cuentan para el caso.

Son de oir las exclamaciones de los distintos grupos, según las gentes que los forman.

—¿Nos pagarán ó no nos pagarán?—preguntan algunos acreedores.

—¡Qué sé yo!—responden otros—los boers son unos cobardes. Ya no se baten. Serán capaces de rendirse antes de habernos pagado.

—Dicen que el Presidente con todo el Gobierno escaparán hoy ó mañana de Pretoria, abandonándolo todo. Esto es la débacle—exclaman los extranjeros en otro grupo.

—¡No hay tal!—responde un boer.—Nos retiraremos de Pretoria, porque no queremos caer en la ratonera; pero la guerra continuará en el terreno que nos convenga, hasta que se cansen los ingleses.

—¿Y el dinero para continuar la lucha?—preguntaban unos.

—¿Y el dinero para pagarnos?—añaden otros.

—El Gobierno reunirá para lo más necesario y lo primero es lo primero. Ante todo están los intereses supremos, salvar nuestra independencia. Para esto han de ser en primer lugar los elementos que se tengan; después se pagará lo que se pueda y cuando se pueda. Bueno fuera que por pagar unas cuantas facturas y hacer el negocio de algunos comerciantes, el Gobierno se fuera á quedar sin medios para mantener á los ciudadanos que pelean.

—¿Y voy á perder yo mi dinero?

—Más pierde el que cae muerto lidiando. Peor es la situación de la viuda y huérfanos que se quedan sin amparo. Por eso la guerra es una calamidad espantosa y todos tenemos que sufrir las consecuencias.

—Pero ¿qué ha hecho el Gobierno con el oro de las minas de Johannesburgo que ha estado explotando por su cuenta estos siete meses?

—Pues sostener la lucha durante ese tiempo y lo que dure todavía. ¿Pues qué querían ustedes, que con el medio millón de libras esterlinas que importa nuestro presupuesto anual de guerra, combatiéramos contra los ingleses que llevan destinados á la campaña 60 millones de libras? Tres millones y medio, según buena cuenta, es lo que hemos sacado de las minas explotadas en el Witwatersrand, que con el medio millón del presupuesto ordinario, hacen cuatro millones de libras esterlinas. Con esto hay que atender á todo. ¿Que hay cuentas pendientes? A ver en qué nación; aunque sea grande y rica, no ha sucedido lo mismo en tiempo de guerra. Yo, por mi parte—continuaba el boer,—aconsejaría al Gobierno que reuna cuanto dinero pueda y escape á lugar seguro para continuar la campaña. Cuantos más medios, más probabilidades de éxito. Los boers llevamos siete meses combatiendo sin paga de ninguna clase, y no nos quejamos; con que nos mantengan es suficiente. ¡Lo primero es lo primero!

Y se marchó del grupo dejando á los circunstantes con la boca abierta.

—Estos boers son unos salvajes—exclama al fin uno, como todo comentario.

* * *

En un grupo de boers con la banderola terciada y el fusil por la correa al hombro:

—La lección que han recibido ayer los ingleses en Klip River ha sido buena; pera Botha hace bien en retirarse. Si le rodean como á Cronje, se acabó la guerra.

—¡Ya lo creo! Lo primero es conservar la gente. Y cuanto más al Norte nos vayamos, en peores condiciones estarán los ingleses. Peleando con Botha, camino de Lydenburgo, y con De Wet al Sur para cortarles las vituallas, ya verán lo que es bueno.

—¿Y qué vamos á hacer con los prisioneros?

—Trasladarlos más al Norte. He oído decir que los van á llevar á Nooitgedacht, cerca de Machadorp.

—¿Es verdad que Kruger quería soltarlos á todos.

—Es muy cierto. Van ya gastadas en ellos 30,000 libras esterlinas. El otro día he leído las cuentas en "De Volksstem." ¡Y la gente que se necesita para cuidarlos y guardarlos! Kruger propuso á Lord Roberts, hace quince dias un canje general de prisioneros; pero el general ha rehusado. Entonces se trató de dar libertad á todos el día 24, como testimonio de consideración á la Reina Victoria el día de su cumpleaños; pero algunos del Gobierno se opusieron, diciendo que en lugar de juzgarlo un acto de magnanimidad, se tendría en Inglaterra por una muestra de adulación y una

prueba de debilidad, y ha prevalecido esta opinión.

—Yo los soltaría de todos modos.

—Eso está resuelto á hacer De Wet con los que caigan en sus manos. Cogerles las armas y cuanto pueda servir y mandarlos á paseo. Dice que no quiere impedimentas.

—Pues yo—añadió un circunstante—aconsejaría que nos quedáramos siempre con algunos rehenes, que deben ser los jefes y oficiales. A Inglaterra le importan poco los soldados, son carne de cañón. Pero cada oficial representa una familia inglesa de mucho valimento, y esto hace peso en aquel país. Trescientos ó cuatrocientos aristócratas ingleses prisioneros serían excelentes rehenes. Ni costaría gran cosa el mantenerlos, ni habría dificultad en guardarlos en lo más áspero del país. Y mientras los tuviéramos en nuestro poder se guardarían muy bien los ingleses de hacer barbaridades temiendo las represalias; mientras si soltamos todos los prisioneros no habrá nada que los contenga. Hay que conocer á los ingleses, y si no, al tiempo.

—Eso está muy bien pensado. ¡Con tal que al Gobierno se le ocurra!

—Me temo que el Gobierno, por obrar, como siempre, con exceso de nobleza, deje escapar tan buena ocasión para contener los desmanes de los ingleses.

—Y hablando de otra cosa; aseguran que De Wet está ahora camino de Bloemfontein.

—Capaz será de presentarse allí cuando menos se piense. Lo positivo es que ha recuperado á Heilbron y á Lindley, y que cuanto más avance Lord Roberts hacia el Norte, más darán qué hacer los orangistas en el Sur.

* * *

En los corrillos delante del Transvaal Hotel y del Grand Hotel, como si dijéramos, en el **Mentidero**:

—¿Ha entrado ya Lord Roberts en Johannesburgo?

—Todavía no, pero las patrullas inglesas están ya á seis millas de Pretoria. Lo sé de buena tinta por los que vienen huyendo del Sur. Dicen que Elansfontein y Langlaate, á los dos lados de Johannesburgo, han quedado arrasados por la artillería inglesa.

—¿Pero cómo es que Botha y su gente no están ya en Pretoria?

—No lo sé. Tal vez estén huyendo ya hacia el Norte sin pasar por aquí.

—Así debe ser. El Presidente dicen que también ha escapado ya.

—Y en Johannesburgo las turbas están saqueándolo todo.

—¡Señores!—exclama otro que llega corriendo.—Se han vuelto las tornas. El general

French ha querido avanzar tanto, antes de entrar en Johannesburgo, que ha sido rodeado y hecho prisionero camino de Pretoria; Botha sigue teniendo en jaque á Lord Roberts en Klip River y le ha ocasionado pérdidas terribles; De Wet ha cortado las comunicaciones por el Sur y está á las puertas de Bloemfontein.

—¿Es posible?

De que en una población tan pequeña como Pretoria, en vez de noticias claras, positivas y netas, corrieran rumores tan contrarios y muchos tan absurdos, tenía la culpa el mismo Gobierno transvaalense. Todas las conversaciones que transcribo son rigurosamente históricas. Una de las mayores equivocaciones, á mi modo de ver, de los hombres de Pretoria, ha sido su conducta en lo relativo á la publicidad de los hechos. Lo mismo en la capital del Transvaal que en Johannesburgo, las noticias publicadas acerca de la guerra han sido siempre sumamente escasas y tardías. Creo que ya lo he mencionado antes de ahora.

El Gobierno transvaalense ha juzgado, sin duda, que con estar él en comunicación con los jefes de los diferentes comandos era suficiente, pero en estos tiempos de gran publicidad no es bastante. Lo mejor es dar á conocer al país, pronto y claro, la verdad de lo que ocurra. Las noticias favorables alientan en-

tonces positivamente; y los pueblos y los ánimos fuertes no se arredran ni desmayan por los reveses. Estos son acicates y revulsivos, y al conocer la verdad de la situación se procura ponerle inmediato y eficaz remedio si lo necesita. Todo menos alimentar ilusiones y permitir forjar castillos en el aire, que al venirse abajo desalientan al más entusiasta y hacen perder la confianza.

Ni el general French había caído prisionero, ni los ingleses estaban á seis millas de Pretoria, ni el Presidente, en la mañana del 29, á que ahora me refiero, había aún salido de Pretoria.

Aquella misma mañana había muerto la esposa del Cónsul portugués en Pretoria, señor Cianatti, cuñado de D. Jaime Batalha Reis, conocido en todo el mundo por sabio profundo y modestísimo, honra y gloria de Portugal, y al que me unen, después de largo trato en Londres, lazos de amistad fraternal é inquebrantable. Poco después de mediodía encontréme al secretario de Estado, Dr. Reitz, que iba solo y paseando muy reposadamente hacia Sunnyside, á dar el pésame al Sr. Cianatti. Yo ya había estado antes, tan luego como tuve noticia de la desgracia, pero al ver solo al Dr. Reitz le fuí acompañando en su camino. Y nadie hubiera creído al vernos marchar á pie por la polvorienta carretera, con todo so-

siego y conversando tranquilamente, que uno de los dos era el hombre sobre quien carga el peso de la dirección de esta contienda, mientras allá abajo la ciudad bullía en agitación y un poco más lejos se peleaba con encarnizamiento.

* * *

Y vamos á ver ahora la situación del Gobierno de Pretoria en estas circunstancias.

Durante la guerra se ha acudido á todos los medios posibles para allegar elementos con que combatir. Se han requisado por todas partes animales, vituallas y medios de transportes; se han trabajado por cuenta del Estado algunas de las principales minas de Johannesburgo; el Ejecutivo fué autorizado por una ley para emitir bonos del Tesoro por valor de un millón de libras, al interés del 6 por 100, con la garantía de determinadas propiedades del Estado, y redimibles por décimas partes cada año en el término de diez anualidades. De estos bonos se han emitido, hasta ahora, por valor de 80,000 libras esterlinas. Apremiado por las circunstancias, Kruger convocó el Volksraad (Parlamento) el día 7 de mayo, para pedirle autorización de venta de ciertas propiedades del país; pero el Parlamento, á pesar de lo apurado del caso, consideró que la proposición era ruinosa y se ce-

rraron las sesiones el 11 sin aprobar la operación.

A todo esto los acontecimientos siguieron su curso. Los ingleses, con fuerzas aplastantes por lo numerosas, seguían avanzando hacia Pretoria. Los boers, combatiendo con heroísmo y tesón, les disputaban el terreno palmo á palmo y el paso de cada línea costaba á los invasores una serie de combates. Así, á fuerza de hombres dejados en el camino y de millones gastados en la empresa, están ya á las puertas de Pretoria.

Pero los boers han aprendido con la guerra y cambiado sus tácticas conforme las fuerzas inglesas han ido aumentando. No es prudente encerrarse en Pretoria. Para continuar la guerra en mejores condiciones es mejor retirarse al Norte y abandonar la ciudad al invasor. Mas para seguir la campaña se necesitan elementos. El Gobierno tiene que aprovecharlos todos.

El 27 se han recolectado 80,000 llibras esterlinas del dinero que el Gobierno tenía en Johannesburgo; otro tanto se ha hecho ayer en Pretoria, y anoche 28 un funcionario ha salido con 200.000 libras para Machadodorp, donde esperará al Gobierno. Todo está dispuesto para la marcha de éste. Acaso salga esta noche, acaso salga mañana.

La Casa de la Moneda está trabajando sin

cesar, acuñando á razón de unas 20,000 libras diarias. Créese que se reunirá más de un millón de libras en oro acuñado y en barras. Con esto y los depósitos de municiones y vituallas reunidos en Lydenburgo se continuará la guerra hasta el último cartucho y el último chelín. Además, el país tiene aún recursos, y no faltará quien sacrifique su hacienda, donando cuanto pueda ser útil para la continuación de la campaña. Y luego Dios proveerá. Pueden ocurrir muchos sucesos imprevistos: conflagraciones en el extranjero; que se acentúe la opinión en América y varíe la marcha de las cosas terminadas las elecciones; pérdidas con que no cuenta Inglaterra. ¡Quién sabe!

De los acreedores se pagará cuanto se pueda y empezando por lo más justo y perentorio. La ley autorizando la emisión de bonos del Tesoro prescribe que éstos se destinen solamente al pago de deudas interiores del Estado. Con estos bonos se pagará, pues, á los acreedores que pululan por Pretoria.

Tal es la situación y tales los propósitos del Gobierno del Transvaal, según colijo, y salvo error ó equvocadas apreciaciones por mi parte. De lo que él haga y de lo que suceda hablará el tiempo.

* * *

Durante la tarde del 29, muchos de los acree-

dores fueron pagados. Se les veía salir del palacio del Gobierno con los cheques en la mano, mirando y remirando el papel por todas partes, y después venir del **Standard Nacional Bank** con sus mazos de billetes y ya más tranquilos. Algunos de los balances y pequeños picos han sido satisfechos en sellos de correos, telégrafos y otros timbres de derechos del Estado.

Al mismo tiempo, las calles de Pretoria se van llenando de gentes de Johannesburgo, de refugiados de los campos del Sur y de boers armados que van acudiendo á caballo por pequeños pelotones. La agitación aumenta y los rumores más disparatados corren de boca en boca.

Hacia las nueve de la noche gran golpe de fuerza armada acude á la estación. Un comando entero se reune con sus equipos de marcha. ¿Qué ocurre? Es el Presidente y el Gobierno que se van. Desde las nueve á las diez de la noche se están á la puerta del palacio del Gobierno, cargando vagones con saquillos de oro y con papeles importantes. Los grupos contemplan la operación en silencio profundo. A las diez de la noche parte el último vagón, con su escolta, hacia la estación. Poco después, un coche cerrado viene de Kern Straat, atraviesa á galope la plaza y marcha á todo lo largo de Mark Straat. Allá va el Pre-

sidente ¡el viejo Kruger! ¡Qué trabajo y qué dolor le habrá costado dejar á Pretoria!

La muchedumbre que se ha reunido en la estación es inmensa, pero no suena una voz, no se oye un grito. El comando ya estaba acomodado en los vagones del tren cuando llegó el Presidente. Despedidas silenciosas y después el tren en marcha. La multitud se vuelve á la ciudad lentamente y haciendo sus comentarios, pero en voz baja, muy quedito. Hubo un momento en que pensé marcharme yo también, pero al fin me decidí á quedar esperando los acontecimientos.

* * *

Estoy seguro que aquella noche pocos en Pretoria durmieron. Yo la pasé escribiendo y escuchando.

Poco antes de las doce oyóse el ruido de fuerzas de Caballería qué atravesaban la ciudad de Sur á Norte. El trotar y resoplar de los caballos, los choques de los arreos y las armas continuaron sin cesar toda la noche. De cuando en cuando se oía allá lejos, muy lejos, pero resonando bien en el silencio algún tiro de fusil; mas el desfile de la Caballería proseguía pausado, lento, inalterable. Eran las fuerzas de Botha, que se retiraban de Johannesburgo.

El día 30 la ciudad parecía un campamento.

Los trenes salían atestados con las gentes que escapaban; por las calles no se veía más que boers armados á pie y á caballo. En los corrillos de los hoteles los pacíficos esperaban que los ingleses entrarían en la ciudad á mediodía, y, sin embargo, todavía no habían penetrado en Johannesburgo. Botha había dejado algunos pelotones en posiciones visibles; los generales británicos no sabían los enemigos que tenían enfrente, y antes de renovar el ataque estaban parlamentando con las autoridades locales de Johannesburgo, para evitar, decían, los estragos del bombardeo y del combate. Entretanto el comandante general boer iba reuniendo sus fuerzas en Pretoria y señalándoles nuevas posiciones. Se formó un campamento en las afueras Norte de la ciudad y se enviaron destacamentos á proteger los primeros trayectos de la línea férrea de Delagoa. Se situaron fuerzas en la doble línea de montañas del Sur para evitar sorpresas, mientras Botha, en consulta con los demás generales, fijaba los detalles para las nuevas operaciones.

Desde el momento en que el Gobierno transvaalense salió de Pretoria ya no hay centinelas de la policía á las cuatro esquinas del palacio del Estado, pero la ciudad no ha quedado sin autoridad. El alcalde ha convocado esta mañana á un **meeting** ó reunión pública á los ciudadanos residentes en Pretoria, y se ha

formado una Junta especial para el gobierno local de la población y mantenimiento del orden. Constituyen la Junta el juez Gregoroswki y los Sres. Nel, Chas Marais, Loveday, De Villiers, Zeederberg, Bosch, F. Eloff y P. Grobler. Esta Junta ha dado una alocución para prevenir desórdenes. Los mismos ciudadanos prestarán, como de costumbre, el servicio de policía y vigilancia urbanas, y el general Botha dará la fuerza armada que se necesite para reprimir cualquier disturbio. El día y la noche pasan sin más incidente que la llegada de nuevos comandos.

El 31 continúa el éxodo. Entre los que se marchan están Mr. Davies, el corresponsal del "New York Herald" y el corresponsal de "La Patrie," que es hembra.

Las autoridades comunican que De Wet ha destruído el ferrocarril en Ventersburg, justamente á la retaguardia de Lord Roberts, cortando así las comunicaciones de éste con el Cabo. Circulan vehementes rumores de que los orangistas han ocupado de nuevo á Kroonstad y á Bloemfontein, pero no se encuentra fundamento serio que lo pruebe.

Continúan llegando comandos. Más de 10,000 boers hay ya reunidos en Pretoria. Luis Botha y Lucas Mayer arengan á sus gentes animándoles á la lucha, y diciéndoles que en

una prolongada y tenaz resistencia está el triunfo.

Aconseja también Botha que se haga resistencia en Pretoria, pero yo creo que esto lo dice para que llegue á oídos de Lord Roberts, y antes de avanzar se detenga para hacer todos los preparativos del ataque que una plaza como Pretoria supone. Me parece que lo que se propone Botha es ganar tiempo para tomar sus disposiciones. En la capital ya no hay provisiones, y los fuertes no tienen artillería. No hay que pensar en resistir el sitio. Sin embargo,, puede que sus palabras hagan efecto y el avance de Lord Roberts se detenga algunos días.

A la noche, tiros lejanos hacia el Sur; mucho movimiento de fuerzas á la callada.

En la mañana del primero de junio, gran alarma. Los pusilánimes vuelven á asegurar que los ingleses están ya á las puertas, y que se han visto los jinetes del general French rebasando Pretoria y dirigiéndose hacia el Nordeste á cortar la línea de comunicaciones de la capital con Komati Poort. Numerosas fuerzas boers salen de Pretoria. Todas las tiendas y almacenes particulares se cierran y atrancan. Algunos grupos de mujeres asaltan un almacén público donde quedan algunos sacos de azúcar.

Llega también la noticia de que el día anterior dos ó tres escuadrones de lanceros ingleses habían hecho una correría hacia el Este con intento de cortar la línea férrea á Delagoa, volando uno de los puentes próximos á Pretoria, pero que sorprendidos por numerosas fuerzas boers habían sido rudamente castigados, dejando la sexta parte de su gente en el campo muertos y heridos.

Botha, para dar tiempo á retirar todo el material de guerra que aún queda en Pretoria, dispone sus fuerzas al Sur de la ciudad.

Efectivamente ya es peligroso permanecer más tiempo en Pretoria. Aunque los ingleses tarden aún dos ó tres días en entrar en la población, pueden rodear ésta antes, aislarla y quedarme yo encerrado sabe Dios por cuánto tiempo. Decido marcharme.

Mis amigos me dicen que es una locura. Que me expongo á encontrar ya cortado el camino en la mitad del viaje, ó á dar con las patrullas inglesas; y, aunque yo sea un ciudadano extranjero perfectamente neutral, tener algún contratiempo desagradable. Pero yo tengo mis razones para marchar á todo trance. No me voy á quedar con mis cartas en el bolsillo, expuesto á que me las decomise la censura inglesa, en uso de sus atribuciones, ó á que no lleguen á Madrid hasta las calendas griegas. **¡Adiós, Pretoria!**

Y salí con uno de los comandos que marchaban á Machadodorp y á Waterval Onder. Nunca olvidaré esa jornada. Fuerzas situadas á todo lo largo de la línea, apostadas en los cercanos y lejanos cerros, protegían nuestra marcha contra las incursiones probables de las patrullas inglesas.

Luego, el cruzar rápido de las interminables llanuras con la hierba ardiendo á derecha é izquierda del camino; el cuidado de mi impedimenta, parte de la cual perdí, y ¡oh desgracia! con mi provisión de tabaco; un día entero sin probar bocado ni beber una gota de agua, por mi inadvertençia en no proveerme de merienda y de bebida, y mi firmísima resolución de no beber agua del campo para evitar la fiebre. Un grupo de voluntarios italianos, armados hasta los dientes, pero también sin provisiones, marchaba detrás, entreteniendo el hambre cantando barcarolas napolitanas. Por fin, allá á las diez de la noche y en un alto, lejos ya de todo posible encuentro con las patrullas inglesas, un portugués brindóme á compartir con él un pastel, ya rancio y duro, pero que me supo á gloria, y un boer compasivo me dió un gran trago de café frío y del que llevaba una buena provisión en una enorme cantimplora. Nunca me pareció haber gustado néctar más delicioso.

Al llegar cerca de media noche, sano y sal-

vo con todos mis papeles á la vista de Machadodorp, dí por bien empleadas todas las fatigas y peripecias de la jornada, viéndome en franquía y libre de todo peligro de incomunicación más ó menos larga con Madrid.

XVI

LA NOCHE EN LA PRADERA

Majestad de la Naturaleza.—Los rumores del campo.—La población nocturna.—Los perros cafres.—El cielo africano.—Solemne reposo.—El apuntar del día.—La Naturaleza despierta.—La población diurna.—El pájaro de la miel.

Solemnidad augusta. Arriba el cielo límpido, sereno, de brillantísimo azul, con millares y millares de estrellas que relucen más que en ningún otro firmamento; abajo el suelo, extendiéndose en dilatados horizontes, onduladas llanuras cubiertas de alta hierba, que al soplo del viento se mece; y el espacio entero lleno de mil vagos rumores, signo de la vida que alienta en la pradera.

Sobre estos rumores tenuísimos, y como

contraste, la sensación de una quietud inmensa, imponente, y el aislamiento del hombre frente á la Naturaleza entera.

Revoloteando entre las zarzas salta la langosta africana, desplegando al aire á cortos intervalos sus alas con fosforescencia violácea; los **nachtaapies,** curiosos animales, mezcla de mono, de ratón y de murciélago, juguetean y triscan por parejas, extendiendo, al brincar de acacia en acacia, las peludas membranas que les sirven de alas; arrástrase junto á los gigantescos hormigueros el **Dios de los hotentotes,** rarísimo ortóptero, feroz y sanguinario, que al encontrarse con sus semejantes suele entablar terribles peleas, recreo de los cafres; bullen y zumban por los aires otros mil insectos, unos notables por sus élitros relucientes, otros por su penetrante y peculiar zumbido, algunos por sus molestas picaduras; y, á lo lejos, brillando en la semiobscuridad de la noche, se distinguen los ojos fosforescentes del gato de las praderas, inspeccionando con descaro al hombre intruso, ó atisbando al pájaro dormido que le haya de servir de presa.

Canta la cigarra en las mimosas; millones de grillos lanzan por todas partes su monótono y vibrante son. De cuando en cuando se escucha á lo lejos el graznido del **Great paanu,** especie de avutarda nocturna, y, como haciéndole eco, cerca de las **dongas** y las charcas,

lanza su knorr, knorr, grito estridente y melancólico, el **Knorr haam**, ave extraña y medrosa, mezcla de perdiz y pato salvaje.

Algunas veces se une á este concierto el mugido del búfalo, despierto en su descanso por algún vecino molesto, ó porque su instinto le delate la proximidad de algún felino; y, en otros tiempos, no era extraño el rugir del león, ahora refugiado en las selvas de la cuenca del Limpopo, y entonces merodeando alrededor de los **kraales** de los cafres y de los **laagers** de los boers.

Brillan en las laderas de las colinas lejanas las hogueras que los negros del país encienden alrededor de sus aldeas salpicadas por todos los campos del Transvaal, y donde viven los que no han abandonado aún su vida agreste y primitiva ó donde se refugian por la noche, después de su labor cuotidiana, muchos de los que en los poblados trabajan por los blancos.

A la husma de la cena del boer errante ó del viajero extraño que pernocta en estos campos bajan desde los kraales verdaderas manadas de perros cafres; saltan y triscan alrededor de los hombres blancos, pero sin ladrar y sin morderse. Cuando una mano compasiva alarga un hueso ó acaricia al más cercano, es de ver la felicidad retratada en sus ojos y el agradecimiento mostrado en los movimientos

de su cola. Los otros canes no hacen sino aproximarse más por si para ellos hay también delicias semejantes. No hay animal más dócil ni más manso que estos perros africanos semisilvestres.

* * *

Al acercarse la media noche, muchos de los rumores de la pradera van cesando. El frío se hace intenso, como que pasa de 25 grados centígrados á la sombra durante el día y desciende bajo cero antes de llegar la madrugada.

En el **laager** todos descansan, salvo el que por turno vigila y los criados cafres, medio dormidos, que de cuando en cuando atizan las hogueras.

El aire se hace más transparente, el firmamento más luminoso. Alzando la vista á lo alto, el europeo se encuentra sorprendido y desorientado. El cielo sudafricano presenta aún más diferencias que la tierra, si con el del hemisferio Norte se compara.

Bajo el trópico de Capricornio y en estas altas mesetas brillan las estrellas con tal fulgor, que algunas alumbran como verdaderas lunas. Los grupos estelares son distintos. No se ven ni la **Estrella polar**, ni la **Bocina** (Osa menor), ni el Carro (Osa mayor,) ni las pléyades, ni tantas otras estrellas y constelacio-

nes familiares al habitante del Norte; en cambio, se distinguen el **Cinto de Orión**, el **Centauro, Cetus**, y, luciendo augusta casi en el zénit, la magnífica **Cruz del Sur**, que orienta al morador de estas llanuras.

Antes que por Oriente el brillo de las estrellas se amortigiie, y cuando apenas se vislumbra tenuísima claridad precursora del nuevo día, la población nocturna de los campos se recoge; hay un período de descanso y la Naturaleza duerme, esperando á que la otra población, la que con la luz del sol despierta, empiece á rebullir y dar señales de vida.

Leves gorjeos del pajarillo que durmió en la acacia; agudos gritos del babuino escondido en los campos de maíz silvestre; algún graznido de las aves acuáticas que á la vera de las charcas á de los regatos viven, anuncian el apuntar del alba, y al par que el cielo por Oriente se colora, el caballo se despereza y relincha, las moscas reviven y atormentan, centenares de aves cruzan por los aires y, sobre todas, se cierne el **aasvogel** ó buitre del Transvaal.

Empiezan á moverse los habitantes de los kraales vecinos, y á poco tiempo grupos de cafres, saltando entre la maleza, descienden hacia el **laager**, ofreciendo leche y tratando de vender á todo trance, si ven europeos, azagayas, pieles preparadas, rústicas pipas de

madera y otra porción de chucherías que ellos mismos fabrican.

En esto un pajarillo revolotea y pía sobre el campo. No huye del hombre, antes bien parece buscarlo. Va y vuelve, siempre lanzando una nota suave é insinuante y como tratando de atraer la atención del viajero.

Es el **pájaro de la miel,** avecilla dotada de admirable instinto para descubrir donde las sagaces abejas ocultan sus panales, pero que carece de fuerza para remover las rocas ó los troncos que los esconden. Busca por eso la ayuda del hombre, al que mira como aliado y no como enemigo, y llama su atención para guiarle al sitio donde está la golosina.

Cuando el viajero se decide á poner al descubierto la aromática miel de las praderas y las industriosas abejas huyen ante la invasión y el destrozo, el pajarillo revolotea alborozado, pues algo le tocará del festín que se prepara, y cambia su nota primitiva, suave é insinuante por un canto abierto y regocijado, como diciendo al hombre: **¡muchas gracias!**

XVII

EL BOER.—COMO SE HA FORMADO LA RAZA

Carácter del boer, sus virtudes y sus defectos. —Origen de la raza.—La colonización del Cabo de Buena Esperanza.—Arribo de los hugonotes.—Las primeras dispersiones.— Las primeras luchas y la primitiva organización. — El dominio inglés. — El gran "treck" al Africa ignota.—Las primeras Repúblicas.—El boer actual.

De los boers de las ciudades ya he dicho algo al describir la población de Pretoria; quiero hablar ahora del boer de los campos, que forma el nervio y la masa de este pueblo.

El boer campesino de estos días, como el que hace sesenta y cinco años emigró del Cabo para escapar al dominio inglés, ama la soledad, la vida libre del pastoreo y de la caza.

Esta vida azarosa le ha dado confianza en sí mismo y serenidad y valor ante el peligro; le ha hecho austero y grave en su carácter, desaliñado y tosco en sus hábitos y maneras.

Apegado á sus tradiciones religiosas, amante de su vivir seminómada y libre, es taciturno, áspero é indómito, y ni sufre imposiciones ni menoscabo en su completa independencia.

Es rudo, pero es sencillo y con un sentimiento íntimo y profundo de personal dignidad y de respeto por la dignidad de sus semejantes.

Su inteligencia está poco cultivada con literaturas, pero despierta en la lucha con la Naturaleza y por dolorosas experiencias con los hombres.

Es hospitalario, es compasivo, es bueno. Muestra en un principio la natural suspicacia y recelo del rústico, pero se rinde en seguida á la evidencia de la franqueza y del trato sin doblez. Sus maneras no son pulidas, ni tan corteses en la forma como las de otras muchas gentes, pero son naturales y corresponden sin afectación ni engaño á lo que siente y piensa.

Hace á veces preguntas que revelan, no la estupidez del ignorante, sino el candor del niño; vive con la frugalidad del anacoreta; y, si los hábitos de soledad y el trato con los cafres le han hecho descuidado y sucio, y la cons-

tante lucha con los elementos, con las fieras y con los hombres duro y bravío, conserva una limpieza de espíritu, una rectitud de intención y una bondad ingénita que para sí quisieran los mejores de los demás pueblos. Tiene, en fin, las virtudes y los defectos de las sociedades primitivas, sanas y sencillas.

Su austeridad y desprecio por las pompas y vanidades del mundo le llevaron á consignar en sus primeras leyes la prohibición de beneficiar las minas de oro, opinando, como el poeta romano, que el oro escondido en las entrañas de la tierra es donde menos estragos causa: **aurum inrepertum et sic melius situm.**

En realidad, no hace aún cuarenta años era tan rara entre ellos la moneda, que hacían en especie las indispensables transacciones.

Decía Burgers, antecesor de Kruger en la Presidencia de la República, que los boers le miraban con disgusto y recelo desde el día en que negó que el diablo tenga el rabo con que le pintan en los dibujos de las Biblias; y con esto retrataba el Presidente la sencillez y el estado infantil del ánimo de su pueblo.

* * *

Para comprender cómo en un período relativamente corto ha podido formarse esta raza tan peculiar y tan fuerte, hay que atender á su origen, al medio en que ha vivido y á las pruebas terribles por que ha pasado.

Aunque fueron los audaces portugueses los que descubrieron y doblaron primero el Cabo de las Tormentas, los holandeses han sido los fundadores de la ciudad del Cabo, de donde ha partido la expansión de la raza blanca en el Africa del Sur.

En un principio, los barcos que por allí pasaban en su viaje desde las costas occidentales de Europa á los puertos remotos de la India y viceversa, no se detenían en la bahía del Cabo sino para hacer aguada; pero en 1648, habiendo naufragado en las inmediaciones de un buque holandés, su tripulación se vió obligada á pasar medio año en la vallada donde hoy se levanta la ciudad. Disponiendo de algunas semillas europeas, las plantaron y obtuvieron una cosecha abundante y de excelente calidad, de cereales, legumbres y hortalizas. A su vuelta á Holanda dieron cuenta del hecho, y en 1652 la Compañía holandesa de las Indias Orientales despachó tres buques que desembarcaron un cuerpo de colonos, bajo la conducta de Jan van Riebeek, con encargo de construir un fuerte y un hospital, cosechar hortalizas y legumbres y obtener de los hotentotes, pobladores del país, provisiones de carne fresca para abastecer los buques á su paso por aquella extremidad del continente africano.

La colonia así formada se fué extendiendo

lentamente, y, al fin del siglo XVII, los colonos, con sus plantíos, ya cruzaron la primera línea de montañas que el valle del Cabo limita. Pero entretanto, hacia 1689 llegaron unos 300 hugonotes franceses, parte de los que se habían refugiado en Holanda después de la Revocación del Edicto de Nantes por Luis XIV.

Los primeros colonos holandeses eran gentes rudas, reclutados entre las clases bajas de la Frieslandia, de religión protestante, afiliados á la Iglesia holandesa reformada. Los hugonotes franceses, llegados después, procedían de buenas familias; eran personas de educacion é inteligencia, luteranos impregnados de fe en su religión y de amor por la libertad.

Estas dos clases de gentes hicieron buena mezcla, suministrando cada grupo á la comunidad sus cualidades dominantes; pero siendo la colonia un establecimiento holandés, el idioma y la religión oficiales fueron los dominantes, y á mediados del siglo XVIII todo rastro del lenguaje francés había desaparecido.

Pero tanto los hugonotes, por haber sido expulsados para siempre de su patria, como los colonos holandeses, por provenir de clases pobres que no habían dejado intereses ni lazos en la Metrópoli, perdieron toda relación con Europa y se acostumbraron en seguida á considerar como su verdadero hogar y su pa-

tria definitiva la nueva tierra en que se habían asentado. Casi incomunicados con el resto del mundo, tuvieron que ir acomodando su modo de vivir al medio en que se encontraban, y así fueron adquiriendo sus costumbres peculiares, su carácter especial, acentuándose cada vez más los rasgos geniales del nuevo pueblo que así se iba formando.

Cuando la zona, comparativamente pequeña, de tierra cultivable sin necesidad de riego fué toda ocupada, y el crecimiento de la colonia exigió extenderse, empezaron, como mejor recurso, á dedicarse al pastoreo. Pero la tierra, pasadas las montañas, ofrecía tan escasos recursos, que se necesitaban áreas considerables de terreno para alimentar el ganado, y fué preciso dispersarse cada vez más hacia las regiones desconocidas del interior del Africa.

Esta dispersión se hizo, en un principio, sin grandes dificultades á consecuencia de dos terribles epidemias de viruela, que en 1713 y en 1755 destruyeron casi por completo las tribus hotentotes que hubieran podido oponerse á la expansión. De esta suerte, durante todo el siglo XVIII, efectuóse una constante dispersión de colonos, en su lenguaje llamados **boers**, en busca de tierras donde apacentar sus ganados.

Allá iban, en sus carros ó vagones tirados por bueyes, llevando consigo sus mujeres y

sus hijos, con todos los enseres más necesarios para la vida; allá iban, siguiendo sus vacadas y rebaños, de puesto en puesto, según los cambios de las estaciones y la sucesión de las lluvias, ó buscando en nuevos distritos el pasto ya agotado en otros,

Omnia secum
Armentarius Afer agit, tectumque laremque
Armaque, Amyclaeumque canem, Cressamque (pharetram.

Topáronse entonces con los bosquimanos, salvajes que vivían dispersos por los bosques y cuyos fieros ataques y flechas envenenadas los hacían terribles enemigos; encontráronse con bestias feroces de todo género que asaltaban los ganados, cuando no las personas; y de este modo los boers errantes y dispersos se hicieron hombres intrépidos y duros, perfectos tiradores, como que de su seguridad en el tiro dependía en muchas circunstancias su vida; y se desarrolló en ellos la bravura, la confianza en sí mismos y la pasión por la independencia, que son los rasgos que les caracterizan.

El Gobierno central de la Colonia difícilmente podía ejercer un dominio efectivo sobre estas gentes dispersas y bravías. Contentóse con nombrar para cada región una especie

de magistrado, llamado **landdrost**, que con unos cuantos asesores (**heemradem**) elegidos entre el pueblo desempeñaban la administración de justicia.

El único rudimento de organización que ponía en relación unos boers con otros, era el que ellos mismos se procuraron, cuando de tiempo en tiempo ocurría la necesidad de resistir ó castigar los salvajes bosquimanos. Entonces los boers del distrito perturbado se reunían **motu propio**, en pequeñas bandas que operaban para la defensa común. El Gobierno central del Cabo se vió obligado á reconocer estos métodos de pelea, por la necesidad á que obedecían, y designó en cada distrito un comandante con oficiales subordinados llamados **field cornets**.

Estos funcionarios vinieron á ser con el tiempo la base del sistema de Gobierno local entre los boers, y las bandas guerreras formadas en cada distrito (algo parecidas á nuestros **somatenes**), y que se llamaron **comandos**, han jugado después un papel importantísimo en la historia militar y política del Africa del Sur.

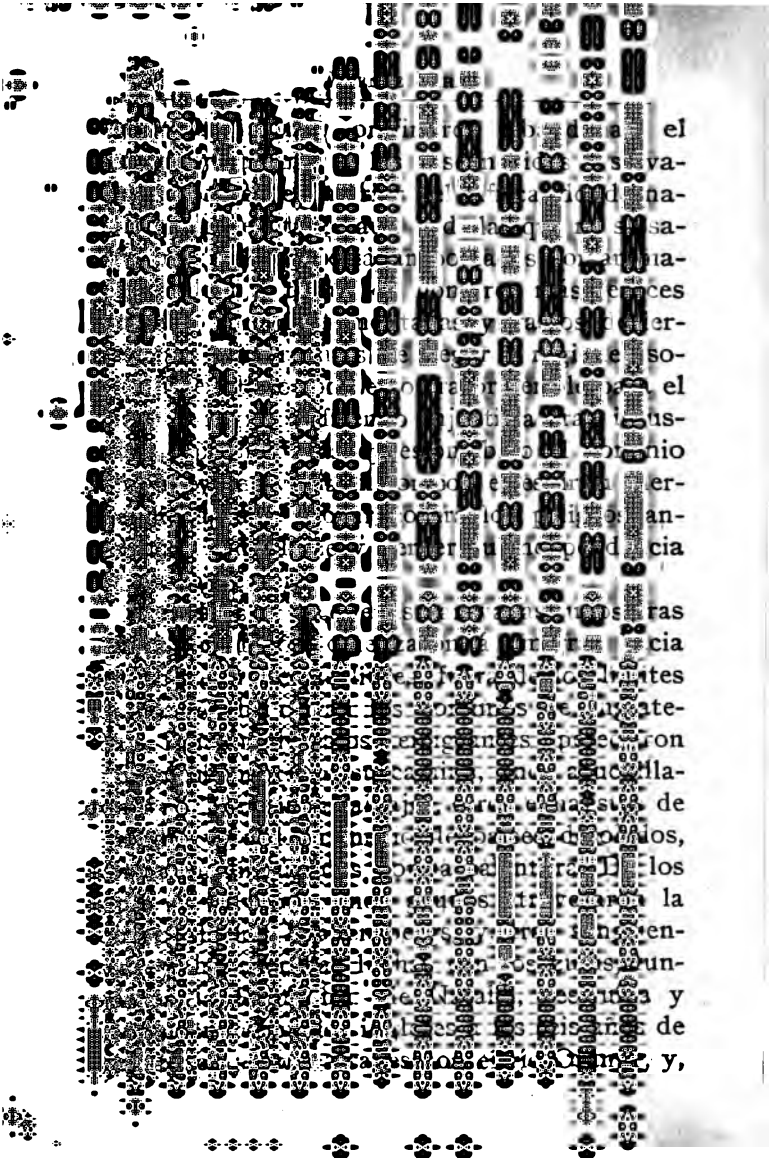
* * *

A principios del siglo XIX ocurrió un cambio muy importante en la marcha de las cosas. A consecuencia de las guerras entre In-

glaterra y Holanda, la Colonia del Cabo pasó á poder de los ingleses en 1806. Los boers ó colonos que, con su espíritu independiente, apenas habían tolerado el dominio del Gobierno central holandés, y que varias veces se habían quejado de las ingerencias de la Compañía Holandesa de las Indias, y aun estallado en revuelta contra esta Compañía, encontraron más duro aún el hallarse convertidos en súbditos de los ingleses.

La soberanía de Ingleterra tuvo necesariamente que ejercerse en un principio de un modo autocrático. Se alteró el antiguo sistema de Gobierno local, disminuyendo las atribuciones de los ciudadanos; se declaró obligatorio el uso del idioma inglés en todos los documentos y procedimientos oficiales y legales; se abolió la esclavitud, pero se hizo de tal manera, que la mayor parte de los colonos sufrieron enórmes perjuicios y algunos se arruinaron por completo. Con esto y verse constantemente vigilados y denunciados por los misioneros ingleses, con haberles hecho perder el fruto de sus victorias sobre los cafres, cuando éstos, en 1834, invadieron la Colonia, arrasando las granjas, destruyendo el ganado y pasando á cuchillo las gentes indefensas, los boers se encontraron en condiciones, á su modo de ver, incompatibles con su existencia.

No siendo bastante fuertes para rebelarse



tras porfiada lucha con los matabeles mandados por el feroz Umzilikazi, se establecieron en República en la región comprendida entre el Orange y el Vaal.

Finalmente, muchos de los emigrantes, guiados por Andrés Pretorius, siguieron más al Norte, cruzaron el Vaal, resistieron las acometidas de los Basutos, acaudillados por el famoso Moshesh, y después de penalidades y luchas sin cuento, pudieron dominar y extenderse por el país al otro lado del Val (Transvaal), agrupándose en pequeñas comunicaciones que constituyeron otras diminutas Repúblicas, entre las cuales, y como más importantes, aparecen ya formadas en 1852 las de Potchefstroom, Utrech, Lydenburgo y Zoutpansberg.

Cada una de estas nacientes Repúblicas tenía su Volksraad, ó concejo popular, y su Presidente ó directorio ejecutivo, y sencillos lazos federales las relacionaban entre sí, no con propósitos administrativos, sino para la mutua defensa contra el enemigo común.

Pocos supervivientes quedan ya de la época de la gran inmigración y de las grandes luchas hasta el establecimiento de las comunidades boers independientes, y uno de estos pocos es Stephen John Paul Kruger, niño de doce años cuando la peregrinación comenzó, y al que hay que oir relatar, valido de su me-

moria portentosa, todos los detalles de la lucha colosal que dió por resultado la constitución y la organización de un pueblo nuevo.

* * *

Así se ha formado la raza especial de los boers con sus virtudes y sus defectos, pero con sus rasgos peculiares y característicos.

Los boers campesinos actuales conservan el mismo modo de vivir de sus padres, y por lo tanto sus hábitos y sus costumbres; sus doctrinas y prácticas religiosas; su individualidad.

Los boers de las villas son cultos, modelo de ciudadanos, y han dado pruebas repetidas, así en tiempo de paz como en los de guerra y de revueltas, del más perfecto civismo.

Unos y otros, boers rústicos y boers urbanos, proceden de la misma masa, tienen los mismos caracteres morales dominantes, poseen el mismo temple y se baten de igual manera.

No hace todavía un mes hallábase un comando apostado en unas posiciones cerca del enemigo. Al romper el día, y antes de emprender operación alguna, reuniéronse, como suelen, á cantar sus himnos religiosos de la mañana.

En esto un explorador, perteneciente á uno de los cuerpos voluntarios extranjeros, llega

cuenta por el número de electores, teniendo presente que allí hay sufragio universal para todos los ciudadanos boers. Y calculando que muchos votantes no pueden pelear, pero en cambio muchos jóvenes que no tienen edad para votar acudirán á los filas, juzgo que el Transvaal no puede poner sobre las armas más de 15,000 hombres, que con otros 7,000 que, fundándome en los mismos cálculos, opino que podrá dar el Orange, hacen en total unos.... 22,000 combatientes.

Esta misma idea acerca de las fuerzas boers ví que era entonces la dominante en todos los círculos políticos y militares de Londres. Contra 22,000 paisanos armados, por muy bravos que fueran, se consideraba ser más que suficientes los 65,000 ó 70,000 soldados ingleses que entre las tropas existentes ya en Africa y el ejército expedicionario, que se preparaba, se habían de reunir.

Pero en la actual campaña todo han sido sorpersas y bien desagradables para los ingleses. Sólo en el combate de Farquhar's Farm y Nicholson Nek, al principio de la guerra, los boers desplegaron en línea, según testigos muy competentes, más de 20,000 hombres.

Y por entonces ya había más de 2,000 boers sitiando á Mafeking, y se calculaba que estaban 6,000 alrededor de Kimberley, más los que pululaban al Sur del Orange, haciendo algara-

das por el Norte de la Colonia del Cabo; y los que asomaban por la Rhodesia; y los que vigilaban los pasos de Komati por el lado de las posesiones portuguesas de Lorenzo Márquez; y, en fin, los que guardaban las fronteras del país de los basutos.

Era, pues, evidente que las fuerzas boers eran, por lo menos, dobles de las calculadas en un principio.

Pero después sucedió una cosa aún más extraña. A medida que llegaban refuerzos ingleses y los núcleos británicos iban engrosando los boers presentaban nuevos contingentes, no pudiéndose calcular de dónde procedían.

No se ha sabido en realidad en Inglaterra el número positivo de enemigos que los generales británicos han tenido enfrente.

El **Times** del Cabo (**The Cape Times**) publicó, al principio de la guerra, un minucioso análisis de todas las fuerzas boers y las fijó en 87,000 hombres. En este cálculo figuran 40,000 transvaalenses, 4,500 aventureros mercenarios y 8,000 **uitlanders**, que habían tomado las armas por ellos. El Estado de Orange ha contribuído con 27,000 hombres, más 2,500 extranjeros residentes en dicho Estado. Añadiendo á estas cifras unos 5,000 rebeldes procedentes de la Colonia del Cabo, resultaría, según el **Cape Times**, el total citado de 87,000.

Pero todo esto no son más que conjeturas.

pre-

s y

drá

ero

puesto

ipio

ptas

del

en

li-

rta.

los

mpo

402

nge,

400

argo,

caso

rnos

cua-

ritos

recha

os de

; en

pa-

sido,

con-

tar los auxiliares del Cabo y del Natal ni los voluntarios extranjeros.

Pero nunca todos estos combatientes se han hallado al mismo tiempo en el campo. Antes que los voluntarios extranjeros y los colonos del Cabo y del Natal llegasen á las cifras mencionadas, ya los primeros contingentes habían sufrido bajas en muertos, heridos, prisioneros y enfermos.

Cuando nuevos individuos acudían á reforzar los comandos, los jefes de éstos dejaban marchar á sus casas, por fracciones, parte de su gente, que descansaba algunos días y volvía después á operaciones, renovándose así continuamente. Puede, pues, calcularse que nunca han estado á la vez más de 36,000 á 40,000 hombres en las filas. Con este contingente han tenido que acudir á todas partes.

* * *

La organización militar, lo mismo en el Transvaal que en el Orange, se basa en la división territorial. El Transvaal comprende veintiún distritos ó provincias, y el Orange diez y nueve, que á su vez se subdividen en secciones ó partidos.

Cada provincia ó distrito tiene asignado un **comandante**, y cada partido un jefe local, que es el **field-cornet**. Este convoca y manda los boers de su sección, que constituyen lo que pue-

de llamarse una compañía. Es la unidad táctica, y la forman casi siempre alrededor de un centenar, pues para la limitación de cada sección ó partido se ha tenido en cuenta la densidad de la población.

Todas las secciones de un mismo distrito, con sus respectivos **fields-cornets** á la cabeza, forman un **comando** que acaudilla el comandante del distrito.

La convocatoria á las armas comprende: primero, todos los hombres útiles desde los diez y ocho á los treinta y cinco años y los voluntarios de mayor y menor edad que quieran acudir; el segundo llamamiento lleva á las filas lo de treinta y cinco á sesenta años; el tercero todos los demás que puedan tomar las armas En todas las convocatorias se exceptúan, además de los que tienen impedimentos físicos, los que desempeñan algunos puestos oficiales y aun particulares que no pueden abandonarse sin grave perjuicio para la localidad, como médicos, los de ciertos oficios, como panaderos, etc., etc. Pero todos éstos quedan siempre obligados á desempeñar los servicios de policía.

Cada comando presenta, pues, generalmente el contingente de un batallón bien nutrido, es decir, de 700 á 1,000 plazas efectivas, según la población del distrito; y como hay algunos de éstos donde la referida población se

ha condensado mucho, como los de Pretoria y Heidelberg (que comprende las ciudades de Johannesburgo, Boksburgo y Heidelburgo, se han subdividido; y tales distritos dan dos, tres ó más comandos.

He aquí la lista de todos los comandos transvaalenses:

Bethel, Bloemhof, Boksburgo, Carolina, Ermelo, Heidelburgo, Johannesburgo (cuatro comandos), Kriigersdorp, Lichtenburgo, Lydenburgo, Marico, Middelburgo, Piet Retief, Potchefstroom, Pretoria (dos comandos,) Rustenburgo, Standerston, Swazilandia, Utrecht, Vryheid, Walkerstroom, Waterberg, Wolmaranstadt y Zuapansberg.

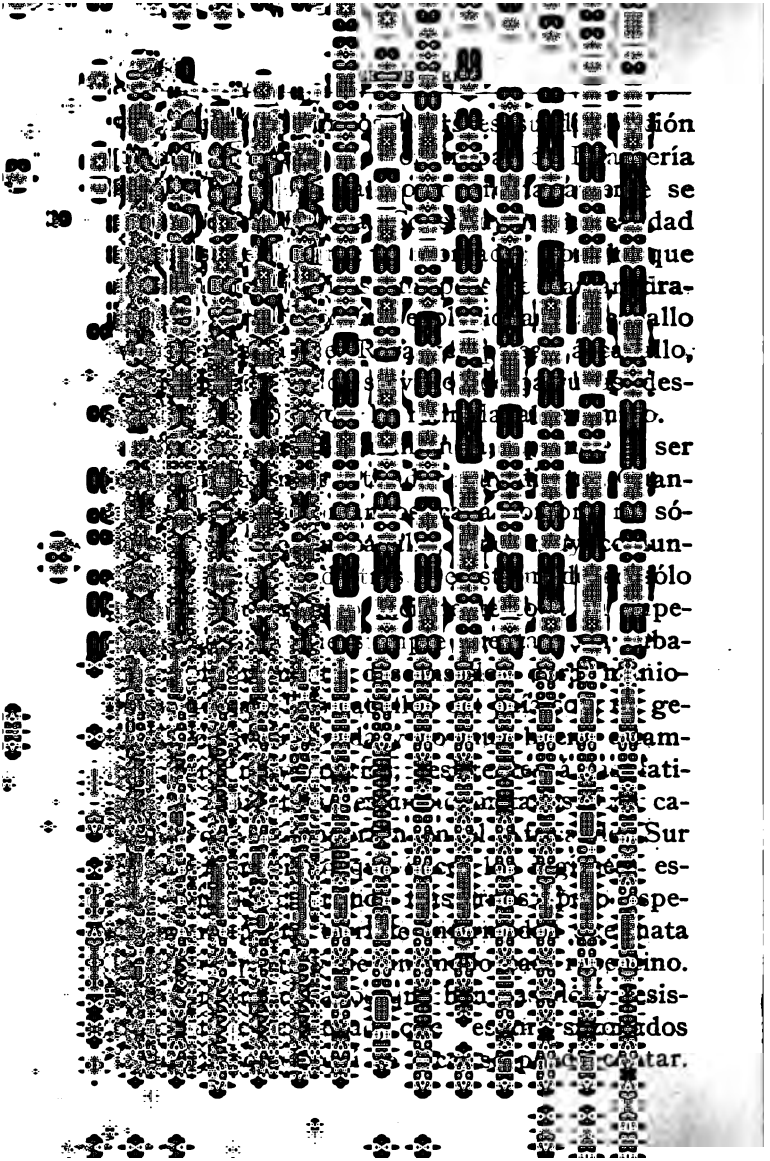
En la misma forma los nombres de todos los comandos orangistas son los siguientes:

Bethlehem, Bethulia, Bloemfontein, Boshof, Caledon River, Ficksburgo, Fauresmith, Harrismith, Heilbron, Hoopstad, Jocobsdal, Kroonstadt, Moroka, Philippolis, Rouxville, Urede, Wepener y Winsburgo.

Los colonos de los territorios ingleses que han tomado parte en la contienda se han organizado, bien en comandos, bien en cuerpos especiales, y los voluntarios extranjeros han formado también, por lo general, legiones sueltas o independientes.

* * *

Lo más característico de los batallones pro-



Con los demás (de los importados) no se tiene hora segura.

El boer, pues, dispone de caballos no sujetos á los riesgos de la aclimatación, y allá va jinete en uno de ellos y llevando de la brida el otro, como el guerrillero cura Merino, famoso en nuestra historia. Cuando un núcleo de boers llega al lugar de la acción ó se prepara para ésta, echa pie á tierra, deja sus caballos á descubierto, y protegidos los hombres por las trincheras, que con tanta habilidad construyen, ó si éste no es el caso, por los accidentes del terreno, encomiendan á su habilidad en el tiro el éxito del combate. Pelean, siempre que pueden, por unidades tácticas, formadas, como he dicho, de compañías de más de cien hombres; procuran acumular en cada punto y en cada momento el mayor número de fusiles posible, y tiran siempre á corta distancia y sobre seguro. El jefe da la indicación general y después cada uno dispara á discreción. Si las fuerzas que atacan son tan numerosas y decididas que no es posible destruirlas ni contenerlas desde que se ponen á tiro, evacuan el centro en el momento oportuno, despues de haber hecho todo el daño posible al enemigo, y recogiendo sus caballos se repliegan con gran rapidez sobre los dos flancos, tien para desorientar ó, si pueden, envolver al

enemigo, bien para preparar la retirada, concentrándose después en nuevas posiciones convenidas de antemano.

Este modo de pelear, casi siempre á cubierto, y esta movilidad extraordinaria, han desorientado de tal modo á los ingleses las más de las veces, que casi nunca han sabido el número positivo de boers que han tenido enfrente, ni la verdadera dirección de sus retiradas. Soldado británico ha habido que, después de estar en innumerables encuentros, ha declarado que no había conseguido ver un boer todavía.

Solamente en la segunda parte de esta campaña, cuando los generales ingleses han dispuesto de fuerzas aplastantes, que les han permitido efectuar movimientos envolventes á gran des distancias, se han visto obligados los boers á precipitar sus retiradas, pero aún así han procurado siempre marcharse sobre los flancos, batiendo las cabezas de las columnas envolventes.

También se ha dado el caso, en alguno de los últimos combates en que han entrado grandes masas, de que los boers más aguerridos ya y más prácticos en evoluciones militares, han abandonado sus antiguas tácticas y cargado en campo abierto al enemigo, como los ejércitos europeos.

Tal fué la célebre carga dada en los llanos

de Ventersburgo por los comandos de Ermelo, Walkerstroom y Standerton, mandados por Luis Botha en persona, conteniendo así el avance del grueso del ejército inglés en la batalla de Sand River; y la carga no menos notable del cuerpo de Caballería africana, á las órdenes del general boer Malan, contra la extrema derecha de las fuerzas británicas, en el mismo combate.

* * *

Aunque los boers han fijado principalmente el éxito de la lucha á su destreza en el tiro de fusil y á la movilidad prodigiosa de sus fuerzas, han prestado también mucha atención á la organización de su Artillería.

El núcleo de esta arma lo formaba, en el Transvaal, antes de la guerra, un cuerpo compuesto de 30 oficiales, 86 subalternos y unos 300 soldados á sueldo y enganchados voluntariamente para el servicio; constando el material de 8 baterías, ó sean 48 piezas, todas de tipos modernos.

El Orange disponía, en la misma forma, de un cuerpo permanente de Artillería, constituído por 3 jefes, 12 subalternos y 100 soldados, con 14 cañones de campaña sistema Krup y 4 de tiro rápido.

Oficiales facultativos alemanes y holandeses han estado encargados de la instrucción de todo este personal, y de otros muchos boers que, por turno, acudían al aprendizaje, para después encargarse en la campaña de la Artillería, ayudando á los cuerpos permanentes, como lo han hecho, mostrando gran pericia.

Inmediatamente antes de la guerra y cuando ya se veía venir el conflicto, transvaalenses y orangistas reforzaron considerablemente su material de Artillería con los tipos más perfectos de cañones de tiro rápido Maxim y Nordenfeld, con piezas de campaña últimos modelos Krupp y Creusot y con cañones de gran calibre para sitio y defensa de plazas y fortalezas; calculándose que poco antes de estallar la guerra reunían entre las dos Repúblicas 50 cañones de tiro rápido, 86 piezas de Artillería de campaña, en su mayor parte de 75 milímetros y 12 cañones de enorme calibre de los que se han llamado **Long-Toms.**

Todo este material ha prestado excelentes servicios durante la campaña, siendo superior en alcance y rapidez en el tiro al de la Artillería similar inglesa del ejército terrestre.

Los boers han llegado á reunir, además, unos 30 cañones de diversos tipos y calibres tomados á los ingleses en Glencoe, Lombards Kop, Tugela, Stormberg, Scheeperneck y otros

puntos en diversos períodos de la campaña (1).

Aunque reducido, cuentan también los boers con un cuerpo permanente de Ingenieros militares, y en fin, un servicio completo de ambulancias para atender á los heridos y enfermos en el campo. Este servicio de ambulancias ha sido espléndidamente reforzado en personal y material con las expediciones que las secciones de la Cruz Roja de muchas naciones europeas han enviado desde que comenzó la guerra, y con algunas ambulancias particulares que varias Compañías y Corporaciones del país han organizado.

Uno de los elementos característicos del ejército boer, y que por necesidad ha tenido que adoptar también los ingleses, es el vagón-carro ó galera del país.

Este vagón es una verdadera institución en el Africa del Sur. Sin él serían imposibles los transportes en la mayor parte de estas regiones. Aquí las distancias son inmensas, y fuera de las cuatro grandes líneas férreas que ponen en comunicación las principales ciudades del interior con los cinco puertos de la costa, quedan territorios inmensos que no se pueden atravesar más que en el carro africano. Consis-

(1). Esto ha sido escrito el 6 de junio de 1900.

te en una sólida plataforma de madera, como de dos metros de ancha y de unos cinco, y á veces más, metros á lo largo. Esta plataforma descansa sobre dos ejes, que corresponden á dos pares de ruedas de poco diámetro, pero de gran solidez y resistencia, y va provista, por lo general, tan sólo en su mitad posterior, de un toldo semicilíndrico de lona, al modo de las antiguas **galeras aceleradas** españolas.

Este carro va tirado algunas veces por mulas, pero lo más común es que lo sea por bueyes que, en número de catorce, dieciseis y hasta veinte, van unidos por parejas, y los yugos correspondientes á cada una de éstas van uncidos á una fuerte cadena de hierro que corre á lo largo, en medio de todas las parejas, estando, por su cabo posterior, sólidamente enganchada á la delantera del carro. Un cafre va generalmente guiando á la cabeza del par de bueyes delantero, y otro sentado á la parte anterior del vagón, y provisto de un enorme látigo, ayuda á la conducción de todo este tinglado.

Ambos animan constantemente al ganado, usando tal letanía de apóstrofes, que el clásico jurar de nuestros carreteros resulta, si con el de los cafres se compara, blando y apacible soliloquio de un hombre timorato.

Estos vagones hacen de 12 á 16 millas por día, y lo mismo suben y bajan montes que va-

cean ríos ó cruzan las praderas cubiertas de maleza, ó las llanuras peladas, hundiéndose en el polvo ó en el lodo, según las estaciones; que eso de las carreteras en el Sur de Africa es puramente una metáfora, pues fuera de las comunicaciones entre las ciudades principales, en estos vastísimos y casi despoblados territorios no hay todavía más caminos que los que las ruedas de los mismos vagones africanos han trazado.

Estos carros han servido á los boers en sus emigraciones y mudanzas. En ellos conducen sus familias y su ajuar. Durante la guerra en ellos van los depósitos de municiones y vituallas, y cuanto al sostén de un ejército en campaña, es necesario.

Al acampar, sea en tiempos semipacíficos la caravana, sea en los de guerra las columnas, colocan los vagones con las zagas hacia afuera, cerrando un gran circuito, en el centro del cual se deja el ganado, la gente enciende sus hogueras y prepara sus comidas, y así queda establecido el **laager** ó campamento. Los vagones sirven de tiendas de campaña y de barricada ó línea de defensa en caso de ataque imprevisto de los hombres ó de las fieras.

Algunos de estos carros he visto llevando á la trasera un cañón Maxim de tiro rápido, con su plancha blindada correspondiente.

[illegible]

extranjeros de fuera y de dentro del país que se han alistado, de forma que en la actualidad se cuentan de 28,000 á 30,000 hombres en el campo, á saber: unos 9,000 distribuídos en el Orange, principalmente hacia el Este; unos 4,000 con Christian Botha, desde Standerton á Vryheid; otros 4,000 que con Delarey pelean en los distritos de Lichtenburgo, Marico y Rustenburgo, al Oeste del Transvaal, y el resto, ó sean unos 11,000 hombres, que son los que acaudilla Luis Botha, al Norte de Pretoria.

Toda esta gente, acogida á las regiones montañosas del país, se propone pelear ahora en guerrillas á la española, hasta que Inglaterra, cansada de gastar hombres y dinero, considere el asunto como un mal negocio, ó hasta que complicaciones en el resto del mundo, ó sin ir más lejos, en las colonias del Cabo y del Natal, donde las cosas no están resueltas ni mucho menos, hagan variar la marcha de los acontecimientos.

sidera; pero llegan á ser el terror constante del que está expuesto á sus ataques.

Hormigas blancas y negras, moscas y mosquitos, langostas, ofidios, ratas, murciélagos tremendos y otra porción de bichos hacen hacen casi imposible la vida en los campos de Africa, pues contra tales enemigos apenas hay defensa.

Podrán reirse de esto los europeos bien hallados en sus cómodas y deliciosas zonas medias, cuna de la población humana, centro y foco de la civilización. Para el habitante blanco de las regiones africanas es continua pesadilla y tormento perpetuo.

La plaga de las moscas es terrible. Aparte de ser, como los mosquitos, uno de los principales agentes de propagación de muchas infecciones, al invadir, como suelen, las localidades habitadas por el hombre, sean burgos, sean campamentos, no hay forma de vivir. Los caballos y bueyes se impacientan y espantan. El hombre se fatiga de luchar contra la acometividad de estos pertinaces invasores, y furioso y loco no piensa sino en escapar fuera de su acción.

Una de estas moscas, el **tsetsé**, ha dificultado más la ocupación de Africa por la raza blanca que los salvajes, las fiebres, los animales feroces y demás peligros del continente negro, todos juntos.

Hombres, caballos, bueyes, ovejas, perros, caen bajo el ataque de esta mosca, más pequeña que la común en Europa, y ante sus mortíferas picaduras no hay más alternativa que escapar ó sucumbir. Los asnos y las cabras son los únicos animales domésticos que pueden resistir el veneno del **tsetsé.**

La construcción del ferrocarril de Delagoa á Pretoria se ha retardado y dificultado mucho por tener que atravesar la zona habitada por esta mosca terrible, y la emigración blanca hacia el Nordeste del Transvaal se halla también contenida por este enemigo tan tremendo.

La presencia de los mosquitos es también intolerable, especialmente en las tierras bajas y en la proximidad de la costa y de los ríos y lagunas.

Son tantos y sus picaduras tan brutales, que desde los primeros días de mi llegada á las tierras de Africa tuve la cara y el dorso de ambas manos cubiertos de postillas como si hubiera sufrido un ataque de viruela. Es imposible dormir con tan molestos huéspedes. Su zumbido pone nervioso, sus picaduras frenético. Es inútil la lucha ni el tratar de exterminarlos, pues cuando, por acaso, se consigue aplastar uno, acuden más de ciento á su funeral, como me hacía notar un habitante del país ya resignado á este suplicio.

[illegible]

[illegible]

ojos; y, antes que se vea libre de la plaga, bien puede decir que ha sufrido los tormentos del infierno. Estas hormigas son tan tenaces, que cuando se pretende arrancarlas, antes que soltar la presa dejan las mandíbulas clavadas en la carne de la víctima, y ésta se encuentra con el abdomen del insecto entre los dedos, mientras el aparato masticador, con la cabeza y el tórax, quedan adheridos al sitio de la mordedura.

Cuentan que uno de los suplicios entre los cafres, en los tiempos pasados, era sujetar al condenado á cuatro estacas clavadas en el suelo, cerca de los hormigueros. El infeliz perecía en medio de los más atroces tormentos y no se pasaba mucho tiempo sin que quedasen solamente los huesos pelados.

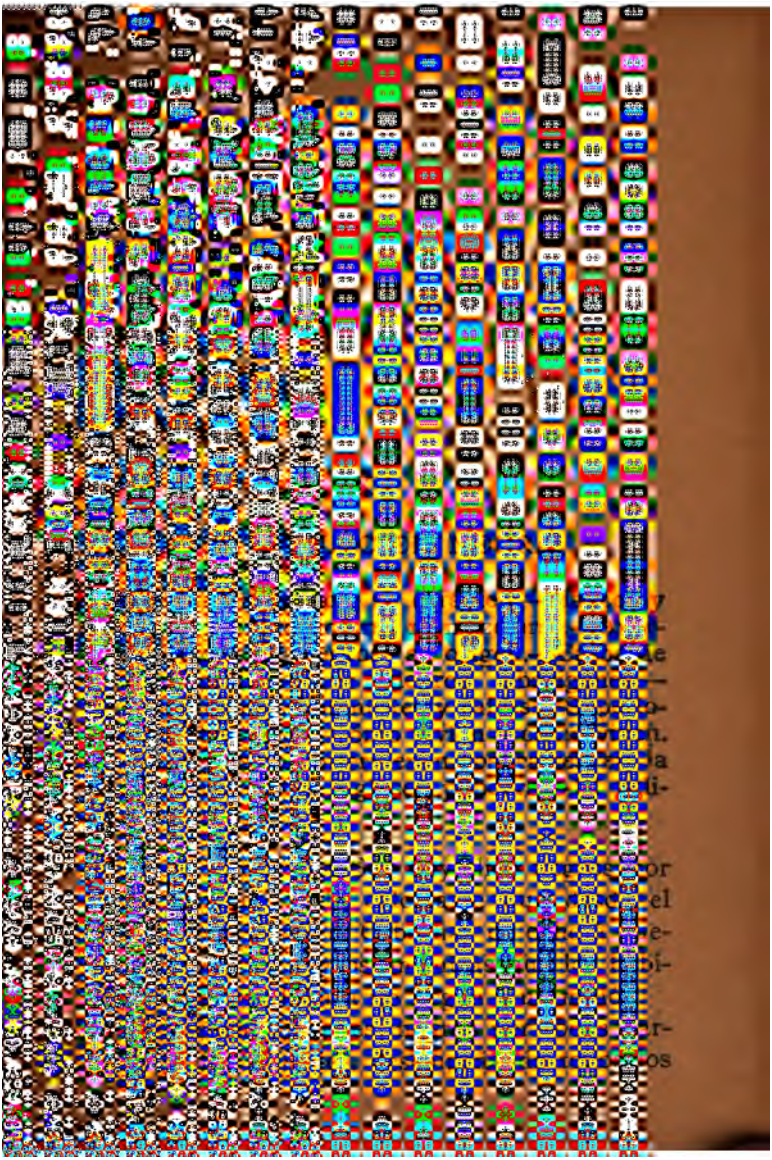
Las llamadas hormigas blancas son todavía más voraces. Lo devoran todo menos los metales y las piedras. Minan, á veces, los cimientos de las casas, penetran en éstas, generalmente de noche, en numerosísimas falanges, y muebles, esteras, vestidos, todo desaparece. Un baúl de cuero, un par de botas son para ellas gran regalo, y, después de la invasión, estos objetos desaparecen como por encanto. Al amanecer, terminada su obra destructora, emprenden estos ejércitos su retirada, no dejando tras sí ni despojos ni residuos.

Los hormigueros no son como en Europa,

pequeños agujeros que dan acceso á las galerías subterráneas donde estos insectos se albergan. Son verdaderos edificios de tierra endurecida, de forma cónica, que llegan á medir sus 30 pies de altura por 100 de circunferencia en la base. A veces aprisionan entre sus muros los troncos de los árboles que por allí crecen, y éstos siguen viviendo y levantan y extienden sus copas sobre el hormiguero; cuando desde lejos se distinguen varios de éstos, vecinos unos de otros, más semejan aldea de cafres que habitación de insectos diminutos.

No es posible imaginar el número de hormigas que tendrán que ponerse al trabajo para levantar construcciones semejantes; y este es uno de los ejemplos más patentes de lo que pueden la unión y la perseverancia.

El hombre, con todos sus poderosos medios de destrucción, no es el enemigo más temible para las hormigas africanas. Al que ellas temen más, porque es el que les causa más daño, es al aardwaark, como lo llaman los boers, ú oso hormiguero, como lo llamamos nosotros. Este animal ataca las habitaciones de las hormigas abriendo desde lejos galerías subterráneas, para presentarse de repente en el interior del albergue de la tribu y sembrar en ella el espanto y la desolación. Porque el oso hormiguero no teme las picaduras del insecto, y los devora por millones, como que son su manjar por excelencia.



oficios manuales; en los campos, ayudando á la labores de las granjas; trabajando en las minas; haciendo las más rudas faenas de los puertos; y, en fin, viviendo á su arbitrio en lo más agreste del país, organizados en tribus y bajo la conducta de sus jefes naturales. Pero en ambos casos, domésticos ó silvestres, los negros son libres, pues la esclavitud quedó abolida en el Africa del Sur, y merced á la influencia inglesa en el primer tercio del siglo XIX.

Que estos negros son valientes hasta la más absurda temeridad, lo han demostrado en las porfiadas y terribles guerras que han sostenido con ingleses, boers y portugueses; que son de natural fiero, salvaje, sanguinario, lo han probado en sus feroces luchas entre sí y en sus acometidas traidoras á los blancos, cebándose á veces en gentes indefensas, aplastando el cráneo á los niños, abriendo en canal á las mujeres, sometiendo á los hombres á los más bárbaros tormentos. No sin motivo los epítetos de **cafre** y de **zulú** han quedado en los idiomas europeos para expresar el grado más alto de barbarie y salvajismo.

Ahora bien. Si son tantos, si son tan bravos y tan fieros, si son libres, ¿cómo es que no suenan para nada (se entiende como partícipes activos) en esta contienda entre ingleses y boers?

En las rebeliones cubanas, el elemente negro ha tomado siempre una participación muy importante. En la misma guerra de secesión americana hubo regimientos de negros que se batieron al lado de los blancos. ¿Por qué en Africa no toman parte en la lucha y siguen viviendo tan tranquilos como si nada sucediese á su alrededor?

Este hecho curiosísimo y el de la coexistencia de las dos razas, blanca y negra, viviendo interpuestas pero sin mezclarse, cual el agua y el aceite, y casi sin intervenir la una en la vida de la otra, constituyen un fenómeno social interesantísimo y al mismo tiempo un problema muy grave para el porvenir.

No sería, pues, completo el cuadro de las impresiones de un viajero en el Sur de Africa, ni exacta la idea que haya de formarse todo el que siga con atención las peripecias de la contienda entre boers é ingleses, sin tener en cuenta este problema y prestar la atención debida á la gran masa de población negra que aquí vive y que constituye, después de todo, el elemento humano más numeroso de estas regiones.

* * *

Lo primero que impresiona al hombre que llega por primera vez á estos países es el despótico orgullo, la superioridad altiva con que

el blanco trata al negro; y en esto portugueses, ingleses y boers son absolutamente iguales. Se pueden citar casos concretos muy curiosos.

Al llegar á un hotel con mi equipaje, que acarreaban cinco cafres, dí á cada uno de éstos un chelín, juzgando que quedaban bien pagados. Pero ellos, con gran algazara, me reclamaban más dinero. Entonces el manager ó jefe del hotel, inglés de nación, que presenciaba la escena, saltó del mostrador y me dijo:—No les haga usted caso. Aunque les diera una libra esterlina á cada uno, pedirían más. Es su costumbre.

Y dirigiéndose á los cafres empezó á repartir puntapiés y bofetadas á diestro y siniestro, con lo cual los cinco negros se apresuraron á despejar el campo.

En otra ocasión un misionero europeo, viajando por el país, hizo alto en una granja boer. Recibiósele y tratósele con gran hospitalidad, según costumbre. A la hora de rezar y leer la Biblia, el misionero, después de reunida toda la familia, indicó al jefe de ésta la conveniencia de llamar también á los criados negros para que asistieran á la plática.

—¿Cómo?—exclamó el boer sorprendido.—¿Los cafres? ¿Por qué no pide usted que traiga también mis perros?

Cuenta el ilustre escritor inglés Mr. James

Bryce, que no hace muchos años la esposa de un obispo protestante inglés dió un **garden party**, ó recepción en su jardín, asistiendo, naturalmente, lo más florido de la localidad. En esto aparece un clérigo negro, invitado también, y á su presencia casi todos los huéspedes del obispo abandonaron la recepción como si se les hubiera inferido un gran insulto.

Otro caso. Un colono inglés apaleó tan brutalmente en una ocasión á uno de sus criados cafres, que éste murió de las resultas. Llegó el asunto á los tribunales, y el Jurado, compuesto totalmente de blancos, absolvió al inglés; y más todavía, los vecinos de éste, todos de raza blanca, le acompañaron desde el local de la **justicia** á su casa con un banda de música.

En fin, ocurre lo siguiente: Un negro rico y propietario admite como dependiente á un blanco. Este vive, pues, del salario del primero, para el cual trabaja. Sin embargo, el principal, el capitalista negro, al dirigirse á su dependiente blanco, lo llama siempre **boss** (señor).

Los hijos y las hijas de los negros no son admitidos en las escuelas de los blancos, aunque los padres puedan y estén dispuestos á pagar los más altos honorarios. Y esto acontece lo mismo en las colonias inglesas que en el territorio de las dos Repúblicas boers.

Es frecuente ver, tanto en las posesiones ale-

manas, portuguesas é inglesas de Africa, como el Transvaal, individuos de policía negros, mu emperejilados con su uniforme á la europea y convenientemente armados. Sin embargo, estos policías negros se guardarán muy bien de dirigirse á un blanco, aun cuando vean que éste comete cualquier transgresión contra las ordenanzas de la localidad. Lo más que harán, en tal caso, será avisar á un individuo de la policía blanca. Ellos, los negros, no intervienen más que en la población negra, y para esto los han organizado las autoridades blancas del país, á cuyo sueldo y servicio están.

No se necesita, creo, añadir más ejemplos para demostrar las condiciones de inferioridad á que está relegada la población negra y la altivez y desprecio con que es tratada por la raza blanca.

Al europeo recién llegado esto le causa repulsión y disgusto. Pugna con nuestros naturales sentimientos. Luego se juzga si será necesario obrar así como medida política y social preventiva contra las extralimitaciones de una raza bárbara y que por su número podría en todo momento aplastar la población blanca, si no se la hiciera sentir constantemente su inferioridad. Pero ni aun esto puede explicar por qué todos los blancos, grandes y chicos, de todo sexo y nacionalidad, y hasta

los de carácter más blando y sentimental, concluyen por obrar del mismo modo.

La razón está en un sentimiento íntimo é invencible de aversión, de repugnancia física y moral, de incompatibilidad de carácter, que produce en el blanco una especie de impaciencia, de desasosiego y de irritabilidad, que hace, por fin, estallar al más angélico.

Y lo más extraño, para nuestro modo de sentir y de pensar, es que el negro no se muestra, ni en realidad se siente indignado por trato tan opresivo, y en esto se ve patente la inferioridad de organización de la raza. Y así como al caballo inteligente y dócil le basta una ligera indicación de las rodillas ó de los talones del jinete y el duro ó bravío necesita fuerte espolazo que le desgarre los ijares, así el cafre es insensible á las para nosotros fuertes reprimendas, y sólo siente como ligero escozor estimulante los más duros tratamientos.

Por todo esto, y teniendo además en cuenta el natural feroz y sanguinario del cafre, se comprenderá perfectamente cómo, por convenio, más ó menos tácito, pero seguramente bien cumplido, ni boers ni ingleses han armado negros ni consentido que éstos tomen parte en la lucha entre los dos pueblos blancos. Los emplearán á jornal como obreros en los campamentos y en las obras de defensa; como

ayuda para los transportes; como criados donde sea menester; pero nunca como soldados. Ni ingleses ni boers estarían seguros de que un batallón de cafres, después de pelear un día contra el enemigo, no se revolviese al día siguiente contra los blancos de sus propias filas y armase un terrible zipizape en su mismo campamento; ó de que los negros de uno y otro bando, una vez con las armas en la mano, se uniesen todos contra los blancos é hiciesen una degollina general de boers y de ingleses.

* * *

Por su parte los negros sudafricanos, á pesar del imperfecto desarrollo de su inteligencia, reconocen bien la superioridad de los blancos y aprecian que han mejorado considerablemente sus condiciones de existencia en la forma en que ahora viven al lado de los advenedizos europeos. Para comprender las circunstancias en que las dos razas se encuentran ahora en el Africa del Sur, hay que tener en cuenta las condiciones de ambas.

Reflexionando acerca de todos los casos en que los hombres civilizados, al extenderse en sus emigraciones, se han puesto en contacto con los aborígenes de nuevas tierras, se observará que ocurren resultados que pueden reducirse á tres clases.

Primeramente: cuando la raza aborigen es ó escasa en número, ó, si numerosa, por cualquier circunstancia es débil é incapaz de asimilarse la civilización europea ó de vivir bajo esta civilización.

Tal es el caso de la extinción de los naturales de las Antillas ante la dominación española, la de los australianos ante la colonización inglesa y la lenta desaparición de los pieles rojas al Norte del Continente americano. En estas circunstancias la raza aborigen se extingue, y el país queda convertido en una comarca poblada tan sólo por razas europeas.

El caso contrario ocurre cuando los pueblos civilizados conquistan un país habitado por una raza numerosa y prolífica, y, tan conforme al medio, que la extinción es imposible; encontrando al mismo tiempo el europeo que las condiciones del clima de la región exigen la existencia de la raza aborigen para la vida social del mismo país. Así acontece con los ingleses en la India, con los holandeses en Java y Sumatra, así ha sucedido con los españoles en las Filipinas y ocurre ahora con los franceses en Madagascar. En estas condiciones, los europeos, aunque dominadores, siempre serán un elemento postizo y la comarca permanecerá en su esencia poblada por la raza aborigen.

Y hay, en fin, un caso intermedio que se

presenta cuando la raza habitadora del país es fuerte y numerosa para mantenerse enfrente de la inmigración europea, pero al mismo tiempo la extensión y condiciones climatológicas de la región ofrecen facilidades para la referida inmigración europea, y ésta, por lo tanto, aumenta y se extiende gradualmente. Ejemplos de este caso es lo ocurrido con los españoles en Méjico, con los franceses y españoles en Argelia, con los rusos en el Asia Central, con los ingleses y norteamericanos en Hawaii. En todos estos sitios la raza aborígen y la nueva coexisten y viven y se desarrollan independientemente. Hay veces, como en Méjico, en que los dos elementos se van mezclando y se forma una raza intermedia; hay otras ocasiones en que las dos poblaciones, por incompatibilidades de carácter, de temperamento y de estética, permanecen constantemente separadas.

A este último grupo corresponden las condiciones que se presentan en el Africa del Sur. Ocupaban este país solamente razas negras cuando los europeos llegaron y se establecieron. Hallaron éstos suelo fértil; clima, en general, bueno, y amplia extensión de territorio. Con tales circunstancias, la población blanca ha ido aumentando y extendiéndose sin cesar, llegando á constituir verdaderas nacionalidades nuevas. Pero al mismo tiempo

los primeros ocupantes negros, por lo menos el grupo más fuerte, no sólo coexisten también, sino que se multiplican ahora más rápidamente que antes de la llegada de los europeos, porque éstos han puesto fin á las carnicerías de tribu á tribu que antes de tiempo en tiempo despoblaban el país, y porque han abierto para los negros nuevos medios de vida que antes no conocían, y desarrollando los elementos de riqueza de la región, han hecho que á todos, blancos y negros, alcancen los beneficios.

Conviene, pues, aunque sea en rapidísima ojeada, señalar cuáles eran las condiciones de existencia de los negros aborígenes antes del establecimiento de los europeos en el Sur de Africa, y cuáles son estas condiciones ahora, para que pueda apreciarse lo muchísimo que han ganado los habitantes negros en tranquilidad y bienestar, y así se explicará su plácida actitud pasiva durante esta contienda entre blancos; como antes ha quedado explicada la actitud de ingleses y boers al no utilizar los negros en la lucha.

* * *

Al llegar los primeros europeos á estas tierras encontráronse con tres razas negras bien distintas. Los bosquimanos, los hotentotes y los cafres ó bantúes.

Los bosquimanos ú hombres de los bosques eran acaso los primitivos y verdaderos aborígenes del país. De menguada estatura, hasta poder considerarlos como enanos; verdaderamente salvajes; errantes por selvas y montañas, vivían exclusivamente de la caza, y cuando ésta faltaba, de frutos silvestres ó de raíces de las plantas. Ni cultivaban el suelo, ni poseían ganado. Refractarios á toda idea de civilización, hasta en su grado más elemental, ni aun presentaban la organización en tribus, vagando solitarios ó en pequeños grupos, como las fieras, con quien compartían el dominio de los bosques. Fieros y silvestres sobre toda ponderación, absolutamente indomesticables, las otras razas negras y después las blancas los han ido destruyendo ó rechazando á las regiones más agrestes y remotas del país, ni más ni menos que á las mismas fieras, y hoy sólo se encuentran algunos de ellos en el desierto de Kalahari, en las fronteras septentrionales de la Bechuanalandia y al Oeste del país de los matabeles.

Los hotentotes, á quienes portugeses y holandeses encontraron ocupando las tierras próximas á la costa, eran muy superiores á los bosquimanos física é intelectualmente. Algo más altos, más amplio y proporcionado el tronco, eran principalmente pastores, llevando de una parte á otra sus ganados, según

las necesidades del pastoreo. No conocían los metales ni trabajaban la tierra. Eran de natural pacífico, y peleaban muy poco entre sí, pero á las veces se veían obligados á hacerlo con los bosquimanos para proteger su ganado de los ataques de aquellos salvajes. Los colonos holandeses entraron fácilmente en relaciones con los hotentotes y en términos amistosos se mantuvieron generalmente, pues sólo dos veces en el curso de ciento cincuenta años estuvieron en guerra los dos pueblos. Pero los hotentotes primitivos eran poco numerosos; privados poco á poco de las mejores tierras de la costa por los emigrantes europeos, tendían á disminuir, cuando dos terribles epidemias de viruela, en 1713 y en 1755, destruyendo tribus enteras, casi extinguieron completamente la raza. Como representantes ó sucesores de ésta, quedan hoy, por una parte, los griquas ó bastardos, mestizos de mujeres hotentotes y colonos holandeses, y por otra parte, los actuales negros domésticos de la Colonia del Cabo, **cafre boys**, resultado del cruzamiento de los hotentotes primitivos con los malayos procedentes de las Indias Orientales holandesas, y con los negros de la costa Occidental del Africa, ambos grupos transportados por los holandeses á la Colonia en los siglos XVII y XVIII.

Para encontrar hoy día algunos hotentotes

de la pura raza primitiva, hay que ir á las áridas y solitarias tierras de la Namacualandia, donde alguna que otra reducida tribu vaga errante, arrastrando una vida miserable por la escasez de recursos que esa comarca ofrece.

Pero además de los bosquimanos y de los hotentotes encontrábase otra raza negra muy numerosa y extendida principalmente hacia el Sudeste. Estos negros llamábanse entre ellos bantúes, y fueron nombrados, por los portugueses, cafres, del árabe **kafir**.

Los cafres ó bantúes comprendían numerosos grupos, que recibieron nombres particulares según la región que principalmente habitaban, y así se distinguieron y se distinguen hoy día los kosas, tembús y pondos; los zulús, los swazis y los matabeles; los angones, los fingos, los tongas y los bechuanas; los basutos, los barolongos y barotsos, y, en fin, los macalacas ó maholíes y las tribus que pueblan las Mashonalandia y Manicalandia.

Todos estos pueblos, con lenguajes sumamente afines y caracteres étnicos comunes, constituyen una raza poderosa, muy superior en inteligencia á los hotentotes, y sobre todo á los bosquimanos, de tremenda resistencia física, belicosa y fiera, y principalmente muy prolífica. Aunque no puede decirse que ninguno de estos pueblos cafres es superior á los demás, se ha notado que los zulús sobresalen

en sus cualidades guerreras, los fingos en su aptitud para el comercio y los basutos para las industrias sedentarias.

Antes de llegar los tiempos actuales, todos estos cafres vivían organizados en tribus, guerreando constantemente entre sí, cazándose y destruyéndose unos á otros. Con frecuencia una tribu, ya por robar los ganados ó apoderarse de las tierras de otra, ya puramente por dar expansión á sus sanguinarios instintos, entraba á sangre y fuego en territorio ajeno, asolándolo todo y exterminando cuantos enemigos encontraba, y esta tribu venía después á ser aplastada y destrozada por otra, más numerosa ó más fiera, quedando á las veces despobladas comarcas enteras.

Ni en la propia tribu tenían vida segura, pues sin ser caníbales, las costumbres eran feroces y abominables, y unas veces por mero capricho de los jefes, otras por bárbaras supersticiones de los **wizards** ó sacerdotes, miles de víctimas eran sacrificadas á sangre fría. Pestes y hambres solían con frecuencia diezmar las tribus, y la más miserable esclavitud era el porvenir de los que escapaban con vida en manos de los enemigos. Sólo por el vigor potente de la raza y por su naturaleza prolífica se libraron estas gentes de una desaparición completa.

En cuanto tropezaron con los blancos, trabaron con ellos guerras largas y sangrientas. Portugueses, ingleses y boers han tenido ocasión por muchos, muchos años, de apreciar la fiereza y el valor de las tribus bantúes, y solamente la superioridad inmensa de las armas de fuego modernas los tuvo á raya primero, y los ha dominado después, haciéndoles reconocer, tras lecciones terribles, la supremacía de los blancos.

Y una vez en tratos y en paz con éstos, su existencia ha cambiado por completo. Los que han aceptado, digámoslo así, la domesticidad y alternan con los ocupantes de raza europea, conviven con éstos en las ciudades y en los campos, y cambian, como hombres libres, su trabajo por un salario ó estipendio. Verdad que siempre se les relega á las faenas más duras; pero en Europa las mismas faenas existen y blancos son los que tienen que desempeñarlas. Algunos empleados como sirvientes domésticos viven bajo el mismo techo que sus patronos; otros, después de la jornada de trabajo, van á pernoctar á los arrabales ó barrios especiales que en todas las poblaciones se les asignan, ó se retiran á sus **kraales** (corrupción de la voz **corral**) ó villorrios establecidos cerca de las mismas poblaciones. En todo caso viven protegidos por las leyes generales del país, y, aunque con ciertas limitaciones,

gozan de los derechos y preeminencias que las leyes de la región respectiva conceden á los habitantes blancos. En principio, no están excluídos del derecho electoral, ni de la intervención de los Jurados para la administración de justicia; pero están exentos del servicio militar, se les prohibe llevar armas, fuera de casos muy especiales, y se les restringe mucho el uso de las bebidas alcohólicas.

Son las costumbres, son los hábitos del país los que marcan más las divisiones entre las dos razas, blanca y negra, y lo que hacen que cada una de éstas exista separada é independiente de la otra.

Los cafres que viven silvestres todavía, quiero decir, lejos del contrato y trato directo con el blanco, conservan su organización por tribus, obedecen á sus jefes naturales y viven de los productos de sus campos, del pastoreo ó de la caza. Pero muchos de ellos gozan de la tranquila posesión de sus tierras mediante tratados especiales con los blancos, ingleses ó boers, y bajo el protectorado político de éstos, residiendo entre ellos un magistrado ó representante del Gobierno blanco, bajo cuyo protectorado viven. Otros gozan completa independencia, pero ésta es reconocida y respetada también á virtud de tratados con los blancos, ni más ni menos que si fueran, como de hecho lo son, pueblos autónomos. Pero por

estos mismos tratados resultan más ó menos cohibidas las luchas entre ellos por la intervención que éstas luchas provocaría de parte de los blancos.

La población cafre disfruta, pues, ahora de una paz y tranquilidad que nunca conoció; se le han abierto medios de trabajo y de subsistencia que antes no sospechaba; está en presencia y contacto de la civilización, pudiendo gozar y apreciar muchas de sus ventajas; y el pasado, negro y terrible, está tan cercano, que al compararlo con el presente no pueden menos de apreciar lo infinito que han ganado en bienestar.

Por eso están tan contentos y satisfechos y miran como cosa ajena las contiendas y diferencias entre los blancos.

* * *

Pero aquí el problema grave que para un porvenir no lejano se presenta.

Esta raza negra, potente y vigorosa, merced á la paz y prosperidad relativa que la presencia del blanco le ha proporcionado, se está multiplicando con una rapidez alarmante. Por mucho que aumente la inmigración blanca, la población negra aumenta más. Cuando los hombres de raza europea, ahora en número de unos 800,000, lleguen á dos millones,

adornan y parece como que guardan el vestíbulo. Ocho puertas vidrieras con cristales de colores dan, desde el corredor, acceso á las habitaciones de la casa.

En la calle, á lo largo de la verja de madera que forma el linde de la propiedad, dos individuos de la policía del Estado, con su uniforme azul obscuro, paseaban de arriba abajo vigilando.

La primera vez que, con paso lento y curiosidad extrema pasé por delante de esta mansión sencilla y apacible, ví un anciano con gafas negras, sentado en una silla rústica de paja, junto á una de las vidrieras, y fumando reposadamente su pipa.

—¡Es el Presidente!—me dijeron.

Detúveme unos instantes y miré con ansia. Efectivamente, allí estaba. La personificación, la encarnación perfecta del pueblo boer; ¡el Presidente! mejor se podría decir ¡el patriarca!.... ¡Kruger!

De pie ante él, un hombre alto, con barba entrecana y vestido de negro, leía en voz alta unos papeles, interrumpiendo á veces la lectura, para intercalar frases breves de su propia cosecha. Observaciones ó aclaraciones sin duda. El Presidente oía con gran sosiego, asentía alguna vez con la cabeza; ó separando la pipa de sus labios, y después de lanzar una gran bocanada de humo, pronunciaba dos ó

tres palabras para volver á fumar y escuchar en silencio.

—Está despachando con el Secretario de Estado—me explicaron al mismo tiempo que, prosiguiendo nuestro camino, pasábamos de largo.—Aunque viejo, enfermo de la vista y abrumado de pesadumbres y cuidados, continúa, como siempre, enterándose de todo y dirigiéndolo todo. Los diferentes departamentos del Estado llevan el detalle de la marcha de las cosas; pero en última instancia y en compendio, todo pasa por su mano y él da la resolución definitiva.

Su vida durante los últimos quince años ha sido constantemente la misma. Levántase á las cinco de la mañana en verano y á las seis en invierno, toma su café, y recibe, ahí donde lo ha visto usted, sentado á la baranda, hasta las siete y media. Todo habitante del Transvaal, pobre ó rico, es admitido sin ninguna ceremonia, y el más humilde ciudadano puede discutir con él mano á mano ó exponer sus puntos de vista y sus opiniones sobre la cosa pública. A las siete y media se retira con su familia á tomar el desayuno y rezar, dedicando después desde las ocho á las doce toda su atención á los asuntos del Estado. A mediodía come, echa su siesta y vuelve á trabajar hasta las seis de la tarde, hora en que torna á la baranda á conversar con sus visitantes,

hasta la de la cena, que es siempre á las siete; y concluída ésta y los rezos de costumbre, se retira á descansar invariablemente antes de las nueve.

Cuando el Volksraad ó Parlamento está abierto, asiste con puntualidad á todas las sesiones; no pierde detalle de cuanto allí ocurre; lleva la palabra en todos los asuntos de importancia, y discute y perora cuando es necesario hasta conseguir la aprobación de las determinaciones que juzga convenientes.

Le parecerá á usted esto una dictadura, pero en realidad no es así. Está tan compenetrado de los sentimientos de nuestro pueblo y su patriotismo es reconocido por todos tan acendrado é intenso, que siempre que habla parece que lo hace la comunidad boer por su boca, y lo consideramos todos, no precisamente como cabeza del Gobierno y como formando parte de éste, sino como el verdadero representante del pueblo, y elegido, en sufragios repetidos, para ser nuestro defensor, nuestro tribuno, hasta dentro de nuestra misma administración.

Ese es Kruger.

Hoy día, por razón de las críticas circunstancias que atravesamos, por la tremenda responsabilidad que tiene encima, por la delicada condición de su vista, está más retraído que de costumbre. No recibe extranjeros sino cuando

son presentados por los altos funcionarios ó por los amigos íntimos. Y hace bien. Hay muchos que pretenden verle como ente raro, y que, pagados sólo de la exterioridad y la certeza, le ridiculizan después ante el mundo entero.

* * *

Así me habló, al día siguiente de mi llegada á Pretoria, mi buen amigo Mr. Michaelson, transvaalense ilustradísimo, uno de mis compañeros de viaje en el "Konig."

Ha transcurrido un mes desde entonces y.... ¡cuántas cosas han pasado en este tiempo! La serie de acontecimientos de que he sido testigo, y que por su importancia consignará la historia, me han permitido comprobar la exactitud de los juicios de Mr. Michaelson y apreciar muy de cerca cuanto se refiere al carácter de uno de los hombres más extraordinarios de este siglo.

Figurémonos: José, protector de su pueblo en Egipto; Moisés, legislador y guía, y Josué, caudillo, las tres personalidades reunidas en una sola; ó si se quiere, acudiendo á nuestros tiempos, Mazzini, propagandista; Garibaldi, batallador y guerrillero; Cavour, político y diplomático, y Víctor Manuel, el soberano popular, **il re galanthuomo**, los cuatro en una

piezza, y tendremos una idea de Kruger y su
pieza, y tendremos una idea de Kriiger y su
obra.

* * *

Nació el 10 de octubre de 1825, en Colesberg, al Norte de lo que es hoy la Colonia británica del Cabo. Tenía, pues, doce años cuando se verificó el **Gran Treck** ó emigración en masa de los colonos de origen holandés á las tierras inexploradas del interior del Africa, huyendo de la dominación inglesa. La familia de Kruger fué de las que tomaron parte en el éxodo, y por tanto, el hoy Presidente del Transvaal fué, en los días de su infancia, testigo de las peregrinaciones y sufrimientos de los de su raza; en su juventud, como los demás boers, cuidando el ganado de su padre, lidiando con las fieras, peleando contra los salvajes y distinguiéndose entre los mejores por su resistencia física, por su valor intrépido, por su serenidad en los momentos difíciles, por su destreza prodigiosa en el tiro, fué el tipo perfecto del boer con todos sus caracteres.

Asistente de **field-cornet** á los diez y siete años, **field-cornet** á los veinte, exploró la Matabelandia hasta el Zambesi; tomó parte en las revueltas que en los primeros años de la ocupación y colonización del país surgieron,

destacándose poco á poco, como figura militar, siempre al lado de la idea de la organización y unificación de todas las agrupaciones boers en una sola comunidad, en un solo pueblo.

Lenta y trabajosamente, luchando afuera con los ataques de los cafres y con la constante oposición inglesa, y dentro con la rebeldía de los indómitos, con la resistencia de los obtusos, con la inercia de los apáticos, con la escasez de medios y con la dificultad de establecer la uniformidad de aspiraciones entre todas las familias boers desperdigadas en un país tan vasto, fué, sin embargo, abriéndose camino la idea de la unidad, y al fin, en 1864, aparece ya Marthinus Wessel-Pretorius, hijo de Andrés, el famoso caudillo durante la gran emigración, como Presidente reconocido por todos los boers del Norte del Vaal, y Kruger como comandante general de todas las fuerzas.

En 1872 Pretorius renunció la presidencia, y fué elegido para sucederle Mr. Burgers, con Kruger como vicepresidente; y en 1877, cuando Inglaterra, sin consultar la voluntad de los habitantes del Transvaal y fiada solamente en su inmenso poder, se anexionó la República sudafricana, Kruger protestó, y, formando parte de una Comisión, fué á Londres á reclamar contra tal medida y recabar la independencia de su pueblo. No consiguió nada, y

en 1880, convocando á una reunión general de los ciudadanos boers en Paardekraal, se decidió el levantamiento en masa contra Inglaterra, se firmó la declaración de independencia y se eligió un triunvirato, compuesto de Pretorius, Kruger y Joubert, proclamándose de nuevo la República. Llegaron entonces los días de Laingh's Nek, de Ingogo y de Majuba Hill; los ingleses fueron derrotados en todos los encuentros, y en 1881 Gladstone reconoció la indepencia del Transvaal, bajo la soberanía de Inglaterra.

Elegido entonces Kruger Presidente, no se desmayó al encontrar al país sin recursos y casi sin organización. Con constancia, con habilidad, con energía, atendió á todo, y al mismo tiempo que iba regulando los elementos de la vida nacional y robusteciendo la existencia de su pueblo, fué preparando los medios para su expansión en lo futuro. A este fin, en el Oeste favoreció la formación de dos pequeñas Repúblicas: una la de Estelandia, al Norte de Kimberley, y otra la de Goshen, cerca de Mafeking, y en el Este consiguió la incorporación al Transvaal de todo el territorio de la Swazilandia.

Pero los ingleses, con el derecho del más fuerte, se apresuraron á destruir las dos nacientes Repúblicas al Occidente del Transvaal y se anexionaron toda la Bechuanalandia. No

contentos con esto, se apresuraron á hacer contratos y convenios con las tribus de los matabeles y demás cafres al Norte de Limpopo, convenios que les aseguraron el protectorado primero y el dominio después de todos los territorios del Norte, que hoy llaman Rhodesia, y así cerraron todo posible movimiento de expansión de los boers hacia el Oeste y Septentrión.

Por la parte de Oriente, si Kruger andaba listo mirando el porvenir, Inglaterra no se mostró menos avisada. En 1884 se enarbolaba el pabellón inglés en Lucía Bay, en la costa de Zululandia, y un poco más tarde, á pesar del derecho, que Kruger había asegurado, de construir un ferrocarril á través de la Swazilandia hasta Kosi Bay, lo cual daba á los boers un puerto en el Océano Indico, el Gobierno británico declaró bajo su protectorado los territorios de los Tongas, estableciendo que los dominios ingleses se extendían hasta la frontera del territorio portugués, impidiendo así á la República transvualense el acceso al mar, que era lo que Kruger iba buscando.

Este, en nueva expedición á Londres en 1884, consiguió que se reformara la Convención de 1881, suprimiéndose la cláusula de la soberanía de Inglaterra, y con esto y el desenvolvimiento de nuevos elementos de ri-

queza de la comarca, dedicó Kruger toda su atención á asegurar la prosperidad y fuerza de su país, ya que después de tantos trabajos y vicisitudes parecía definitivamente conquistada su independencia.

Pero el descubrimiento de las minas de oro, al par que dió al Transvaal inesperados y abundantes recursos, trajo el germen de nuevos peligros y revivió las ambiciones de sus enemigos.

Kruger vió en seguida el riesgo, y siempre previsor, ha estado constantemente al quite de todas las tentativas y de todos los golpes que se han fraguado contra la independencia de su pueblo.

Hominum negligentia, Dei providentia, regitur Helvetia. El dicho del antiguo estadista suizo pudo aplicarse á su país, y aun hoy día á otras naciones, pero seguramente no al Transvaal. Bien está por la providencia de Dios; pero si no hubiera sido por la diligencia y sagacidad de Kruger, muchas veces la República boer hubiera sido presa de sus enemigos, siempre al acecho.

Y cuenta que estos enemigos han sido formidables, con medios de acción ilimitados y constantemente alerta contra la independencia del Transvaal; y Kruger, siempre también vigilante y prevenido para defender esa misma independencia, no ha tenido más apoyo

nos. Comprende el inglés, pero no lo habla nunca. Su lenguaje es el dialecto holandés del Sur de Africa, el llamado **Taal**, derivado del holandés antiguo. Es el que hablan los boers del campo. Idioma sencillo que comprende solamente unos cuantos centenares de voces, lo puramente preciso para las necesidades de la vida. Difícil es con el **Taal** hablar de abstracciones y de meterse en disquisiciones filosóficas. Por eso Kriiger para manifestar su pensamiento se vale casi siempre de parábolas ó símiles, pero de tal expresón y claridad, que impresionan vivamente á la inteligencia más ruda ó más dormida.

Sin escuelas á que asistir en su infancia, pasando su juventud en los bosques y praderas, luchando con los hombres, las fieras y los elementos, lejos de todo contacto con la civilización, conserva ahora todos los hábitos y caracteres de hombre primitivo.

Es creyente sincero, pero no es fanático ni es intolerante. Cuando ofreció al Doctor Leyds una elevada posición en el Gobierno de Pretoria, el joven Doctor le hizo presente que su religión era distinta.

—Nada me importa tu religión—contestó Kruger—si eres bueno y sirves bien al país.

Tiene una sagacidad maravillosa para conocer á los hombres y leer en su expresión

siones de esa especie, Su Honor no consiente que se mezcle su nombre en tal asunto."

En otra ocasión consintió, después de importunarle mucho, en presidir la inauguración de un templo judío, y al celebrarse la ceremonia se levantó con gran solemnidad y dijo: "En nombre de Nuestro Señor Jesucristo, declaro abierto este edificio."

No le volvieron á invitar los judíos á más festividades religiosas.

Cierto día fué á visitarle una diputación de **uitlanders.**

—Somos amigos—dijeron—que deseamos ver al Presidente sobre la cuestión de las reformas.

—¡Amigos!—contestó Kruger.—Sí, algunos sí lo sois. Pero también veo á otros que son unos ladrones. Así, pues, comenzaré diciendo: "Estimados amigos, señores ladrones....."

Su aparente rudeza encubre un natural tierno y bondadoso. Con frecuencia se detiene en la calle cuando ve llorar á un niño, enjuga sus lágrimas y le consuela como puede.

Más de una vez le ha ocurrido sostener durante el día alguna acalorada discusión con el secretario de Estado sobre cualquier asunto, y, valido de la confianza, emplear frases demasiado vivas ó términos violentos. Sucedía entonces que á altas horas de la noche Kruger dejaba el lecho y se iba á pedir perdón á casa

Ad-

as á

pre:

bue-

las

tido

vida

bre.

(di-

las

cró-

du-

iere

lles,

es-

Sand

crip-

deta-

del

exis-

les y

ríos,

que

ha-

ervar

ninu-

ciosa descripción hecha en taal por el Presidente—me parece imposible que un hombre pueda saber todos estos detalles de un país. Tengo curiosidad de saber cuándo y cómo los ha aprendido.

—¡Toma!—le dijo el mismo Kruger—en 1857, cuando acompañé á Pretorius en la expedición desde Potchefstroom contra el Orange. Yo quise ir precisamente para evitar la lucha, y no la hubo; pero me enteré bien de todo el país que recorrimos.

¡Y esto hace cuarenta y tres años! No creo que se necesite presentar más prueba de este prodigio de memoria.

Como muestra de su sagacidad y agudo ingenio se puede citar un hecho muy curioso que corre parejas con el célebre juicio de Salomón.

Dos individuos eran dueños **pro indiviso** de una propiedad bastante extensa, en donde había plantíos de diversas clases, edificios, saltos de agua, etc. A cada individuo correspondió la mitad de la propiedad, y deseaban dividirla para administrar cada uno independientemente su parte. Pero era tan difícil hacer la partición, que nunca podían llegar á convenirse. Acudieron con el caso á Kruger.—Es muy sencillo—dijo éste;—que uno de vosotros haga la división de la propiedad, y que el otro es-

coja la porción que quiera de las dos que así resulten.

Aceptaron, y tuvo muy buen cuidado el que hubo de hacer la partición de que ambas partes fueran iguales en valor, para que el otro no escogiese la de más valía.

* * *

He dicho antes que Kruger suele emplear parábolas ó símiles para expresar su pensamiento. Hé aquí algunos casos bien característicos:

Refiriéndose á los agitadores extranjeros que, habiendo venido al Transvaal á enriquecerse, querían cargar con el santo y la limosna y apoderarse del Gobierno del país, dijo un día:

—Me hacen gracia esos agitadores. Quieren dominar la nación con la misma razón y derecho que un viajero que dijese al conductor de una diligencia: Dame las riendas y el látigo, que en el coche va mi equipaje. Es claro que el conductor diría: "también va el mío y el de otros viajeros. Además, el coche me pertenece á mí y sé adónde y cómo conducirlo; si te doy las riendas, qué sé yo dónde tú me llevarás."

Cuando después de algún fracaso financiero los capitalistas de Johannesburgo arreciaban

se les

ruger

pierno

nicos,

á más

ruger

ridad,

—"Si

dos á

os en-

entre

nos áni-

h que

legra-

caso,

la de

agan-

altitud

contra-

previ-

o, que

erení-

mento-

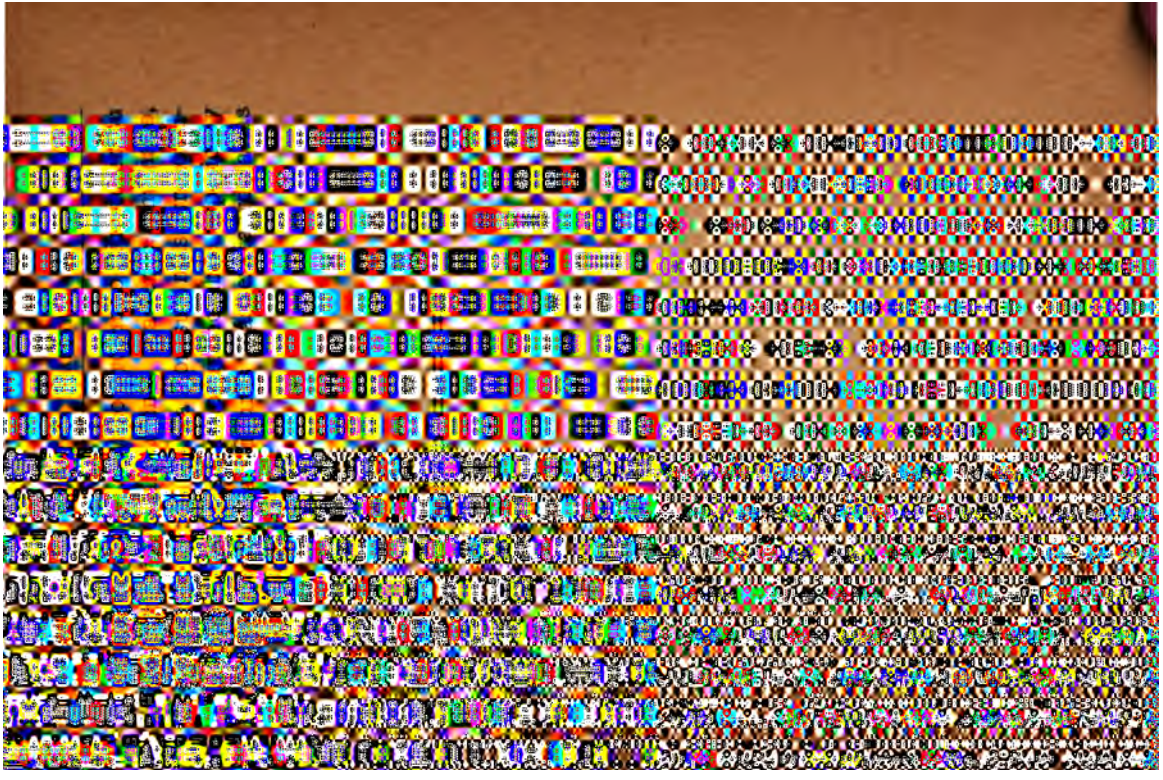
y de-

depen-

pueblo,

dades;

políti-



Delarey mandará la campaña en el Oeste, y De Wet y Olivier se mantendrán al Nordeste del Orange cuanto puedan.

Terminada esta parte de la campaña, que acaso se prolongue mucho tiempo, vendrá la retirada sobre Lydenburgo, y entonces empezará otra etapa de la guerra en los distritos montañosos del Norte del Transvaal, para la cual se están preparando ya los boers con gran anticipación.

Es, pues, lo más probable, que la guerra continúe por muy largo tiempo, y en realidad no se sabe cuál serán los resultados de una lucha porfiada, enojosa é interminable en las abruptas regiones del Norte.

Por lo pronto, se calcula que los ingleses, entre muertos, prisioneros é inválidos enviados á sus casas, han perdido ya unos 40,000 hombres, y que no bajarán de 30,000 los que entre heridos y enfermos hay en los hospitales. Es decir, unas 70,000 bajas.

Las guarniciones que hay que sostener en toda la Colonia del Cabo y en el Natal; las tropas que exige la ocupación militar de la Gricualandia, de la Bechuanalandia y del Orange y las que hay que dedicar á la vigilancia de las extensísimas líneas de comunicación desde los diferentes puertos de la costa hasta las posiciones actualmente ocupadas en el Transvaal, suman número tan considerable,

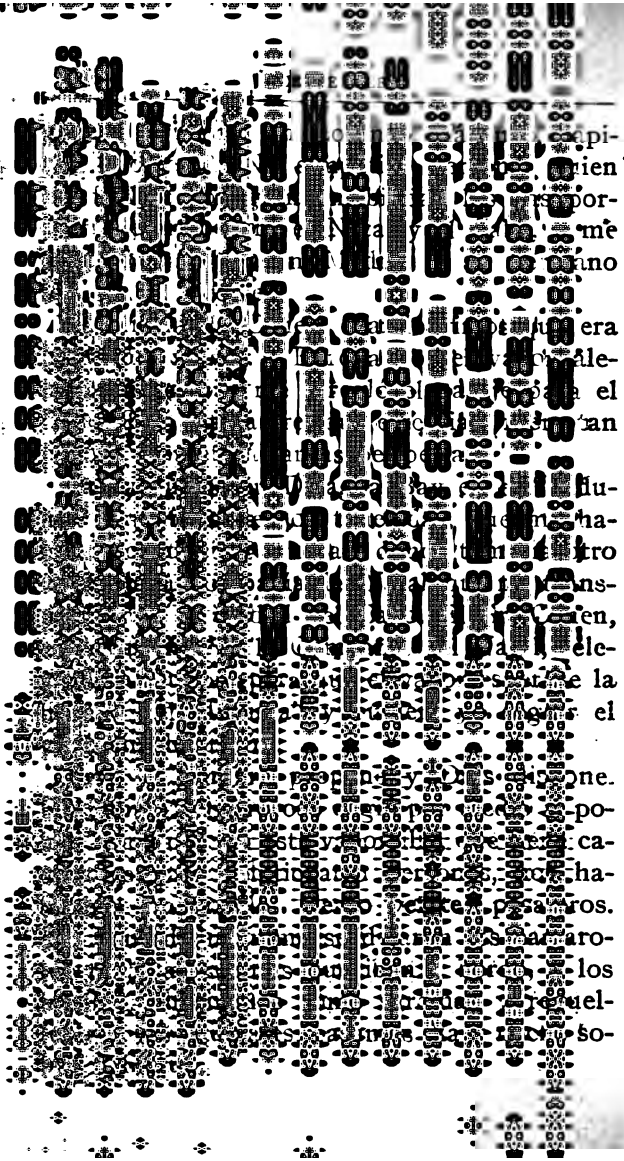
* * *

En Komati Poort los boers ejercen ahora una vigilancia mucho más rigurosa aún que cuando pasé por vez primera, al penetrar en el Transvaal. No sólo los equipajes, sino las personas son objeto de un minuciosos registro, y por ningún concepto consienten que salgan cartas, periódico ni documento alguno. Y así can con un pedazo de creta ó de yeso los baú- como en todas las Aduanas los oficiales mar- les y maletas que se han revisado, en Komati Poort se marcan también las personas. La señal consiste en una cruz bien visible, hecha en las botas ó zapatos, y nadie sale si no muestra la consabida marca á los guardias fronterizos. Algunos pasajeros tomaban la cosa á broma, otros se manifestaban indignados de que los señalasen como carneros.

Yo me libré de todas estas molestias. El Dr. Reitz me entregó una orden (que como previene al jefe de Komati Poort que se me documento curioso conservo), en la que se deje paso libre y sin registro, y, efectivamente, fuí tratado con la mayor amabilidad y cor-

---

cados en "El Imparcial" en 26 de agosto de 1900, han recibido plena confirmación con los hechos.

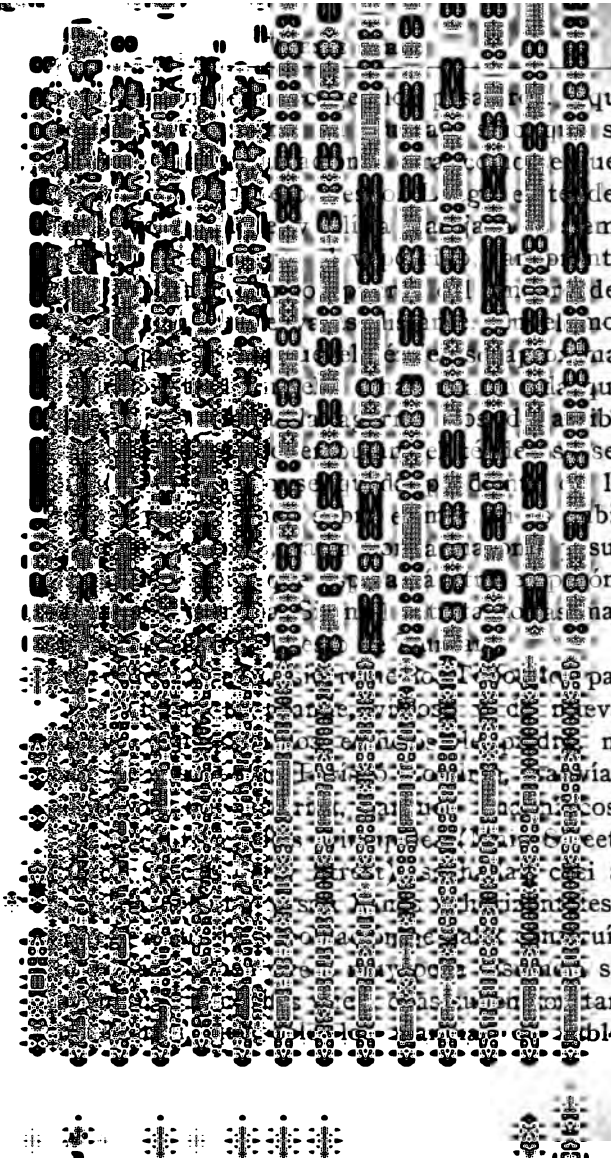


que salía al día siguiente para la ciudad del Cabo, haciendo escala en East London, Port Elisabeth y Mossel Bay.

Durban es una ciudad muy linda y pulcra. Lo más notable en ella es el número prodigioso de **richshows** ó carricoches á la japonesa, tirados por cafres, ataviados de la manera más estrambótica y llamativa. Estos **richshows** constituyen, aparte de los tranvías, los únicos vehículos para personas en Durban. Los cafres que los arrastran van escapados, saltando y dando cabriolas, saludándose é increpándose á gritos unos á otros. Me dicen que estos desgraciados mueren muy jóvenes, atacados de enfisema, como los caballos de las diligencias y los ómnibus.

En Durban me enteré de que el general Buller, después de simular un ataque por el frente, al Norte del Natal, había forzado el paso de los Drakensbergs por el Oeste, penetrando por Botha Pass, y que los pocos boers que había por aquella parte habían contenido el avance de las tropas inglesas incendiando los campos.

El "Tantallon Castle" es un barco de 5,700 toneladas y no puede entrar en el puerto. Para embarcar hay, pues, que salir en un vaporcillo que para al costado del gran buque, fuera de bahía. Pero la marejada es tan fuerte que los dos barcos no pueden estar próximos y el



que puede aprender Historia natural é Historia política contemporánea.

* * *

En Port Elisabeth se publican muchos periódicos. Los hay de todos colores, y no me refiero al político, sino al del papel. Blancos, amarillos, rosados.

Apenas había dado cuatro pasos por la ciudad, me encontré á un amigo, Mr. Miller, de Maidenhead, cerca de Londres. Pasada la sorpresa y los abrazos de ordenanza, al ver la colección de papeles de diferentes y vivos colores que llevaba en la mano, le pregunté si iba á hacer algún regalo á su cocinera para adornar los vasares de la cocina al estilo madrileño.

—¡Cá! ¡No, señor! Son los periódicos del día—me contestó.

—¿Con esos colorines?

—¡Oh! Esto es muy práctico. Desde lejos, sin necesidad de ver el título, sabe usted si el muchacho lleva "El Argos," ó "El Telégrafo," ó el "Eastern Provinces Herald," y compra ó deja pasar, según sus gustos.

Como yo, en mi calidad de nuevo en la plaza, no entendía de colores, compré toda la escala cromática, y así me enteré de que De Wet seguía haciendo de las suyas en Orange,

Ortiz y Pi; ni, en fin, mencionar las plácidas horas que con el dicho cónsul español, con el Sr. Sterni, cónsul de la Argentina, y con el Sr. López, cónsul de Portugal, he pasado en aquella lejana ciudad, los cuatro como verdaderos hermanos y casi como compatriotas.

Regresé desde el Cabo á Europa, costeando el Africa Occidental, tocando en la isla de Madera, pasando á la vista de las Canarias y desembarcando en Southampton.

Estropeado y maltrecho á mi vuelta á España, sufriendo otra vez de mis heridas, obligado á soportar nuevas operaciones quirúrgicas, he tenido, durante mucho tiempo, que dejar ociosa la pluma.

Pero la guerra ha continuado y continúa, y, al reanudar mis narraciones, debo, prescindiendo de lo retrospectivo, hablar sólo de la situación actual de la campaña en el Africa del Sur y del objeto de la venida de Kruger á Europa.

Inglaterra, ya por razones políticas, con motivo de las elecciones que allí acaban de celebrarse, ya para justificar su decreto de anexión del Transvaal y dificultar las gestiones de Kruger, ha presentado, hace dos meses, la guerra como concluída, los boers en rota completa, el país dominado, justificando con esto la anexión.

El mundo entero, que se estremeció de ad-

siquiera han puesto el pie. Delarey impera en los distritos del Oeste.

La admirable retirada del general French desde Machadodorp hasta Johannesburgo, recorriendo más de 250 millas á través de los distritos de Carolina, Ermelo, Standerton, da gran crédito de hábil al famoso jefe inglés, pero ha demostrado plenamente que cruzaba un país enemigo y en el que no dominaba más que el suelo que ocupaba su columna.

Con seis regimientos de Caballería, dos baterías de montaña y medio batallón de Infantería, y con un convoy que ocupaba una línea de nueve millas, salió el general French de Machadodorp; y apenas en marcha ya los boers se le vienen encima, y tan pronto combatiendo á vanguardia como á retaguardia, acudiendo á un flanco cuando ya es atacado el otro, así ha caminado durante diez días, perdiendo en un combate 30 hombres, en otro 40, más allá 20, en lucha constante noche y dia, dejando en el camino 1,200 bueyes de los que arrastraban el convoy, y á retaguardia y á ambos flancos todo el país bajo el dominio de los boers.

Mientras los comandos de Carolina, Ermelo y Standerton, bajo el mando de Hans Botha, han hostilizado así al general French y probado que campan en el país, otro Botha, el comandante Christián, amenaza con los

[illegible] ción
[illegible] cerca
[illegible] lle-
[illegible] que-
[illegible] poers
[illegible] en
[illegible] ecin-
[illegible] o se
[illegible] ad-
[illegible] los
[illegible] evol-
[illegible] su-
[illegible] in-
[illegible] orte,
[illegible] á lo
[illegible] nes-
[illegible] ando
[illegible] ere en
[illegible] petos
[illegible] domi-
[illegible] el te-
[illegible] hacen
[illegible] acio-
[illegible] sobre
[illegible] or to-
[illegible] en te-
[illegible] al te-
[illegible] pose-

sión de las principales ciudades y algunas columnas recorriendo un país totalmente enemigo; los africanders inquietos y en actitud amenazadora, y muchos de los ciudadanos del Transvaal y el Orange, que se habían sometido, otra vez lanzados al campo á consecuencia de las medidas de devastación adoptadas por los generales ingleses.

Si esto no es estado de guerra, y guerra terrible y á sangre y fuego, venga Dios y lo vea.

Lo que oí en Pretoria á Steyn y á Reitz, y lo que aconsejó Kruger en Machadodorp, se cumple. Como lo oí lo expuse, y como son hombres que hacen lo que dicen y que cumplen lo que prometen, las cosas pasan como en mis crónicas anuncié.

El fin aún es dudoso, que si Inglaterra es fuerte y rica, hay por medio un pueblo decidido á todo antes que dejarse dominar; y si despues de perder 100,000 hombres y cien millones de libras esterlinas se entera la Nación inglesa que tiene que perder otros 100,000 hijos y gastar otros cien millones, es posible que mire las cosas de otro modo.

A eso viene Kruger á Europa, á hacer valer esta situación. Imposibilitado por sus años de seguir, como Steyn y Reitz, á los comandos en sus continuos movimientos, para no dar ocasión á los ingleses de que hicieran en él buena presa y obtener con esto un triunfo

tre
cer
ro-
ado
el
In-
en-
se-
el
on-

gle-
Bre-
en
oco
star

ndo
de

británico hubiera podido conjeturar la duración de la lucha, los sacrificios y los gastos enormes que ha tenido que hacer y los perjuicios sufridos, se hubiera mirado mucho más antes de ir á la guerra.

El dominio absoluto del Transvaal y del Orange no compensan ya el esfuerzo realizado. El continuar la lucha es ya sólo cuestión de amor propio y de salvar el prestigio.

Además no se ve todavía el fin de la contienda. Los boers continúan con su sistema de guerrillas y haciendo de las suyas.

El golpe audaz dado en Nochebuena por De Wet sorprendiendo el campamento del coronel Firmam, inutilizando cerca de 1,000 hombres entre muertos, heridos y prisioneros, y apoderándose de artillería, municiones, vituallas y vestuario, ha dado nuevo relieve á la gran figura del famoso guerrillero, héroe ya legendario, tipo que encarna el pueblo por cuya nacionalidad pelea.

***

Es hombre serio, de pocas palabras, estatura mediana, complexión robusta y nadie, al verle con su sombrero de fieltro de ala estrecha, sus anteojos ahumados, su chaquet obscuro, sus maneras llanas y sencillas, vería en él al hombre de las empresa guerreras más

tensible se han dado las noticias, pero siempre truncadas y á empujones, para quitarlas su virtualidad y su importancia. Es menester ir enlazando con paciencia unos despachos con otros, separados á veces por largos intervalos; escudriñar las listas oficiales de bajas, también dadas á retazos, y explorar entre las noticias particulares llegadas por correo ó aprendidas de los repatriados, para irse formando alguna idea de la marcha de la campaña.

* * *

Por lo que se refiere á la de De Wet, desde el avance de Lord Roberts sobre Pretoria, precisamente desde cuando ya se creía concluída la guerra, se verá, al apreciarla en su conjunto, que constituye una verdadera epopeya, con la que, mirando en toda la historia, sólo las hazañas de Mina ó los diez y nueve meses de Zumalacárregui pueden ponerse en parangón.

Al marchar Lord Roberts con sus 60,000 hombres desde Kroonstad sobre Johannesburgo y Pretoria, el sagaz De Wet hizo un movimiento hacia el Este, y rebasando el flanco derecho del ejército inglés, se colocó á su retaguardia. Mientras Botha, con sus 9 ó 10,000 hombres, procuraba ir conteniendo al

muerto en el campo, y el resto del regimiento prisionero. A la madrugada ya estaba De Wet en Roodeval esperando el tren que venía del Cabo y Bloemfontein conduciendo el correo para el ejército inglés de Lord Roberts, un cargamento de uniformes, otro de granadas y más de cien hombres de escolta. Todo quedó en poder del guerrillero. Por tres días permaneció allí con sus fuerzas destrozando las vías férreas y telegráficas en una extensión de más de 16 kilómetros, y volando los puentes de Rhenoster y Roodeval, con lo cual quedó cortado el ejército inglés é incomunicado con el Sur. Calcúlese cuál hubiera sido la posición de Lord Roberts de haber tenido De Wet fuerzas para sostenerse.

Pero el 10 de junio llegaron á Roodeval dos columnas numerosas; una mandada por Methuen, otra por Kitchener en persona. De Wet, por un hábil movimiento, se escurrió por entre las dos sin una baja, y esto fué celebrado por los ingleses como una gran derrota del caudillo orangista. Methuen, entonces, marchó hacia Kroonstad, que creyó necesitaba de su auxilio, y viendo que no era así, continuó la persecución de De Wet. Pero éste, entretanto, había vuelto sobre sus pasos y atacó otra vez á Roodeval el 14, dando un zarpazo á las fuerzas de Kitchener, y por muy poco no coge prisionero á éste. Retiróse De

22 ya estaba en Uredefort con tres columnas de Caballería tratando de alcanzarle, y el 24 se hallaba en salvo con su gente en el distrito montañoso al Sur del Vaal.

Allí permaneció una semana dando reposo á sus fuerzas, y Kitchener preparaba entretanto las operaciones para rodearlo y rendirlo, empleando todas las tropas que habían quedado libres después de la campaña de Bethlehem.

* * *

Llegó el primero de agosto y empezaron entonces las operaciones inglesas para la caza de De Wet.

Las maniobras de éste durante veinte días constituyen una de las páginas más brillantes de la historia militar, y es seguro que, andando el tiempo, los detalles de este movimiento, con los planos á la vista, se estudiarán como lección en todas las Academias militares.

Cuando Kitchener, con fuerzas imponentes, se fué sobre De Wet, que tenía consigo poco más de 2,000 hombres, el astuto guerrillero empezó por hacer una gran ostentación de sus tropas, ocupando posiciones formidables y como dispuesto á resistir el alud que se le venía encima. Con esta estratagema engañó á Kitchener, quien empezó á tomar disposicio-

el boer calculó todo esto, y la noche del 11 cruzó el ferrocarril, desvióse hacia el Oeste y dejó al Sur á todos sus enemigos, encontrándose las divisiones Methuen y Smith-Darrien frente á frente y el enemigo evaporado.

De Wet se encontró entonces, delante, con la cordillera de los Magaliesberg, que ofrece sólo tres pasos, todos ocupados á la sazón por fuerzas inglesas de las que Lord Roberts había llevado á Pretoria; el generalísimo, con el grueso de sus fuerzas al Este, y Kitchener, Methuen y Smith-Darrien detrás. El orangista hizo ostensible demostración de atacar el paso Magato, y hacia allí acudió Methuen, en tanto que De Wet, con toda tranquilidad, forzaba el paso de Olifant's Nek con todo su convoy y penetraba en la comarca donde dominaba su camarada Delarey.

Nek é intimaba la rendición á Baden-Powel,

El 17 se presentaba delante del Commando no por esperar rendirle, sino por despistar y ganar tiempo; e 19 estaba en Hebron, desde donde envió á Steyn con escolta al Nordeste á conferenciar con Kruger; dejó aprovisionados y reforzados á los transvaalenses, y él con unas docenas de hombres, se volvió hacia el Sur, cruzó de nuevo el Vaal y el 31 de agosto aparecía otra vez en el Orange con gente

entre Thaba'Nchu y Ladybrand, burlando á sus perseguidores y aniquilando de paso un destacamento de los guardias de Corps de Kitchener.

Marchó entonces á las montañas de Doornberg, donde dió descanso á su gente, y á fines de enero de 1901, con 3,000 hombres y cuatro piezas de artillería, volvió otra vez hacia el Cabo. Sorteando el movimiento convergente de los generales Knox y Bruce Hamilton, cayó sobre la columna del coronel Crowe, en Tabaksberg, la derrotó por completo y se apoderó de su artillería. Pasó el Orange el 10 de febrero, entrando en el Cabo por Colesberg, facilitando el alzamiento que tanta guerra ha dado y está dando á los ingleses.

Pero Kitchener lanzó en su persecución siete columnas, y sólo á fuerza de estrategia y de actividad logró De Wet escapar del círculo que formaron á su alrededor todas ellas. Retrocedió hacia el Norte, librando un magnífico combate de retaguardia y llegó al río Orange; pero éste iba tan crecido, que sus perseguidores, viéndole cortada la retirada, lo tuvieron ya por prisionero. Sin embargo, De Wet pasó el río, tuvo tiempo de caer sobre un destacamento de exploradores de Kitchener, dejando 80 fuera de combate, y al fin se encontró otra vez en su territorio de Orange, fuera del alcance de los ingleses.

s
n
s
a
ó

s
-
-
e
s-

mith, haciendo sufrir á las tropas británicas uno de los más recios descalabros de toda la guerra. Por lo que se ve que continúa tan decidido, tan audaz y tan hábil como siempre.

Conocí á Kruger en su casita de Pretoria, y lo ví la triste noche del 29 de mayo de 1900 abandonar, lleno de dolor, su ciudad querida; ví á Steyn, después de la retirada de Kroonstad, alentar á los burghers del Transvaal y del Orange á proseguir la lucha hasta morir ó vencer, predicando con el ejemplo; traté al Dr. Reitz en aquellos azarosos días que precedieron al avance de los ingleses sobre Pretoria; conocí á De Wet y á Delarey á las orillas del Vaal, cuando, después de la batalla de Sand River, planeaban sus respectivas campañas de guerrrillas, uno al flanco derecho, otro al flanco izquierdo del formidable ejército que traía Lord Roberts; y en las últimas horas de Johannesburgo, al gran Botha, al simpático Lucas Meyer, al venerable Lemmer.

Y si llego á viejo, cuando en los días que vendrán; las gentes, acá en Europa, hablen con admiración y asombro de esos héroes ya legendarios y de fama inmortal, podré decir con orgullo: ¡Yo los ví! ¡Yo ví á esos hombres, grandes en su sencillez, inmensos en su patriotismo, sublimes en su abnegación y sacrificio!

* * *

Delarey es un hombre como de cincuenta años, de cerca de seis pies de estatura; pero,

título de conde, generalísimo del ejército inglés, un donativo nacional de 100,000 libras esterlinas." Delarey, al enterarse de la conversación, hizo el siguiente comentario: —"Estoy seguro de que Lord Roberts renunciaría de buena gana á todo eso y se quedaría gustoso de soldado raso á trueque de no tener que llorar la pérdida que esta guerra le ha costado." Y aludía con esto á la muerte del hijo de Lord Roberts, muerto de un balazo en uno de los combates para librar á Ladysmith. Delarey apreciaba el dolor del padre porque se halla en el mismo caso.

Este es el general boer que, después de cada combate, recorre los campos de batalla para que no quede ningún herido, amigo ni enemigo, que socorrer; visita los prisioneros para saber si han sido bien tratados y están bien atendidos, y del que los mismos ingleses dicen que es un perfecto caballero.

Cuentan que, en una de estas visitas á un pelotón de prisioneros, un soldado inglés herido preguntó: —"¿Quién era ese señor vestido de negro y tan afable?—Delarey, le contestaron.—¡Ah! ¿El gran Delarey? Si lo hubiese sabido, lo habría saludado aunque hubiera tenido que ponerme de rodillas."

Refirieron el caso al comandante boer y contestó: Muy halagüeño es para un hombre

neral de combate y en sitios hábilmente elegidos, donde colocaba hombres de su confianza y excelentes tiradores. Bien se vió el efecto de esta estrategia en la mencionada batalla de Magersfontein, y en adelante siempre se notó que las gentes de Delarey eran las que más tiempo resistían los ataques de fuerzas superiores y las que con más frecuencia los rechazaban.

Hizo enérgicas tentativas para salvar á Cronje cuando éste se vió cercado en Paardeberg por los 40,000 soldados de Lord Roberts; en combinación con De Wet tomó parte en los fieros combates librados en las inmediaciones de Colesberg, á principios de 1900, y en hostilizar continuamente la marcha de las tropas británicas, primero sobre Bloemfontein y después sobre Johannesburgo y Pretoria. Asistió á la batalla de Sand River, mandando el centro derecho de la línea boer; y luego, á pesar de estar enfermo, cuando después de la ocupación de la capital del Transvaal por Lord Roberts, el 5 de junio, todo el mundo en Inglaterra daba ya por terminada la guerra, emprendió con más energía que nunca la campaña maravillosa que lleva sosteniendo hace cerca de dos años.

Eligió por campo de sus operaciones el Oeste del Transvaal, que conoce á palmos, llegando á dominar en el Occidente del Magalies-

Precedióla el asalto y captura, en Buffel's Hock, de un gran convoy de 120 vagones escoltados por unos 300 soldados ingleses y dos cañones. Todo el convoy y la mitad de la escolta cayó en poder de las gentes de Delarey, que se encontraron así con gran cantidad de provisiones de las que parece estaban muy necesitadas. Fué esta buena preparación para el golpe de Nooitgedacht, donde se hallaba acampado el general Clemens con más de 1,500 hombres, cinco cañones y muchos elementos de boca y guerra. Al amanecer del 13 de diciembre, Delarey y Beyers cayeron sobre el campamento inglés, y, después de catorce horas de sangrienta lucha, las tropas del general Clemens quedaron completamente destrozadas. La mitad de su efectivo quedó en el campo, muertos, heridos ó prisioneros, y la otra mitad fué perseguida por más de veinte millas, durante una jornada entera, dejando en poder de los boers sobre 500 caballos y todos los almacenes con buena cantidad de municiones.

El desastre afectó extraordinariamente á los ingleses y emprendióse una activa persecución contra Delarey; pero él lo supo eludir siempre, logrando, unas veces, poner una columna inglesa en frente de otra (como ocurrió á las de Gordon y Babington el 5 de enero de 1901); otras dando zarpazos terri-

según los parte oficiales británicos; el general inglés se retiró como pudo con los restos de sus fuerzas y Magaliesbreg volvió á quedar bajo el domino de Delarey.

* * *

Así ha seguido la campaña este héroe, pacífico ciudadano ayer, soldado valeroso y jefe militar habalísimo hoy, al luchar por la independencia de su patria; peleando repetidas veces con los generales británicos del Oeste del Transvaal, destruyéndoles ó copándoles las patrullas y descubertas; librando el sangriento combate de Moedwill contra dos columnas inglesas reunidas; y, en fin, venciendo y capturando á su competidor Lord Methuen.

Ahora, según las últimas noticias, no sólo ha vencdo á los ingleses en el campo de batalla, sino que las ha dado una lección moral que seguramente sabrá aprecial el mundo entero.

Los ingleses han fusilado jefes boers prisioneros; Delarey, teniendo en su poder un general británico, no piensa siquiera guardarlo en rehenes y le da la libertad porque también se la da á los soldados que han caído en su poder.

las dotes de caudillo, las desarrollará en seguida, en cuanto se encuentre en circunstancias para ello; y aunque carezca de los conocimientos técnicos absolutamente necesarios para el buen oficial, le basta un poco de escuela práctica para guir sus gentes á la victoria. Si, además de esas cualidades personaies, que no se adquieren porque no se enseñan ni se aprenden, posee los conocimientos técnicos, será un Napoleón.

La historia de todos los pueblos, y especialmente la de España, está llena de ejemplos de esta clase; la guerra anglo-boer presenta casos recientes que han maravillado al mundo.

Hombres de valor sereno, de enrgía indomable, de golpe de vista rápido y certero para apreciar en un instante todos los elementos que entran en cada problema militar (como naturaleza y disposición de terreno, condición y distribución de sus fuerzas y las del enemigo, tempo que se empleará en cada movimiento y los efectos de ella, la psicología colectiva de sus gentes y de las contrarias, dotes personales y carácter del jefe que tiene enpesar y medir todos estos elementos, dando á cada uno el valor que realmente tiene; que no pierden nunca la confianza en sí mismos y saben comunicar esta misma confianza á sus tropas; que escuentran recursos inesperados en las circunstancias más apuradas, son los

batientes; invadido el Orange por un ejército inglés formidable; mermados y desparramados los comandos, Botha supo imprimir unidad de acción á todas sus gentes, y cuando Lord Roberts las creía deshechas ó abatidas, se halló sorprendido con que, por el contrario, tomaban una ofensiva vigorosa que, de haber sido sostenida por algunas más fuerzas, siquiera la tercera parte de las que el generalísimo inglés llevaba, hubiera colocado á éste en una situación comprometida y héchole perder el fruto de las victorias obtenidas hasta entonces por la enorme superioridad numérica de sus tropas.

Al emprender el ejército británico, fuerte de 60.000 hombres, el avance desde Bloemfontein hacia el Vaal, formando inmenso semicírculo, las escasas fuerzas republicanas que podían oponérsele se veían á cada momento en peligro de ser envueltas ó de ser batidas en detall, distribuídas como se hallaban en núcleos relativamente débiles, por una zona extensísima. Los hombres de más autoridad y competencia militar en Europa han expresado su admiración por el modo con que los boers maniobraron en esta parte de la campaña. La mezcla de circunspección y de audacia con que supieron entretener á los generales French y Rundle, hasta que los comandos que se hallaban en Wepener pudieron

tenientes han hecho sufrir de cuando en cuando á las columnas inglesas serios percances que han servido para mantener vivos los ánimos de los guerrilleros y para mostrar á Inglaterra que la guerra continua.

A pesar de las fuerzas aplastantes que ha tenido en contra suya, ha sabido mantenerse, primero al Norte de Pretoria, después sobre la línea de Delagoa, luego en los distritos montañosos de Ermelo, Carolina y Vryheid, unas veces amenazando al Natal, otras corriéndose hacia Lydenburgo; y por allí sigue sin que el núcleo de sus fuerzas haya sido roto.

De su habilidad y ánimo sereno para aprovechar las circunstancias da clara muestra su conducta ante Johannesburgo y Pretoria. No entró ni por un momento en su ánimo el resistir en forma al ejército de Lord Roberts en ninguna de estas dos plazas. Hubiera sido una torpeza insigne. Pero tenía que ganar tiempo para que todo el material de boca y guerra, que aún quedaba en la capital del Transvaal, fuese trasladado hacia el Norte. Le convenía además mostrar á los ingleses que sus fuerzas estaban enteras y no abatidas ni desorganizadas; y, en fin, veía que era necesario foguear á sus boers, para que no desmoralizaran en una constante retirada sin hacer cara al enemigo. Por eso libró los combates de Gatsrand, de Klip River y de Germinston delante

triotas; modesto y sencillo, no puede resistir los cumplimientos; ni le exaltan los triunfos, ni le desaniman los contratiempos. Su energía y perseverancia han sido factor muy importante en la continuación de la campaña, pues ha logrado comunicar á sus hombres su entereza de ánimo á prueba de toda clase de dificultades y reveses.

Al mismo tiempo que su capacidad militar, todo el mundo ha reconocido su habilidad diplomática, su acendrado patriotismo, su honradez y su caballerosidad.

En las negociaciones entabladas al principio de junio de 1900 entre el General Buller y Botha, con el fin de hacer la paz, el comandante en jefe de los boers manifestó que no era él, sino su Gobierno, quien había de decidir sobre la terminación de la contienda; que los boers peleaban por su independencia, y ante ella, sus bienes, sus familias y sus vidas, todo era secundario; y que merecería ser odiado por sus compatriotas si él cediera en lo más mínimo. Cuando más tarde, en marzo de 1901, volvió Lord Kitchener á tratar con Botha el modo de terminar la lucha, éste mostró la misma entereza que el año anterior y conocer mejor que el generalísimo inglés el problema político causa de la guerra, no cediendo un ápice, ni extralimitándose nunca de las atribuciones y deberes que como soldado tiene.

el séquito de calamidades que trae consigo, sólo puede tener disculpa:

Primero. Cuando es absolutamente necesaria para repeler una agresión, es decir, en caso de legítima defensa.

Segundo. Si se hace por sostener un alto principio de justicia.

Tercero. Dadas las ideas, aún reinantes, acerca de las nacionalidades, cuando por la guerra se trata de realizar un gran pensamiento político de **conveniencia** suma.

En el primer caso, la guerra es inevitable y justa para el país que se defiende; en el segundo, podrá evitarse ó no, pero también se pelea por la justicia; en fin, en el tercer caso, la guerra, injusta y evitable, sólo puede tener excusa para la nación que la provoca, cuando los resultados son tan **convenientes** que compensan con gran exceso los crímenes, horrores y calamidades que se ocasionen.

La guerra angloboer se podía haber evitado, como queda dicho; no ha sido justa, por parte de Inglaterra, pues el Gobierno del Transvaal cedió á las demandas de derecho civil de los **uitlanders**, no quedando, pues, ni sombra de justicia por qué combatir; pertenece, por lo tanto, á la tercera categoría. Ha sido una guerra realizada por Inglaterra persiguiendo un fin político, y por motivos de interés.

más

en-

que

nto

do

ate-

ntar

la

los

uti-

la

los

mar-

dado

los

bla-

aca-

am-

mo-

es in-

cam-

435

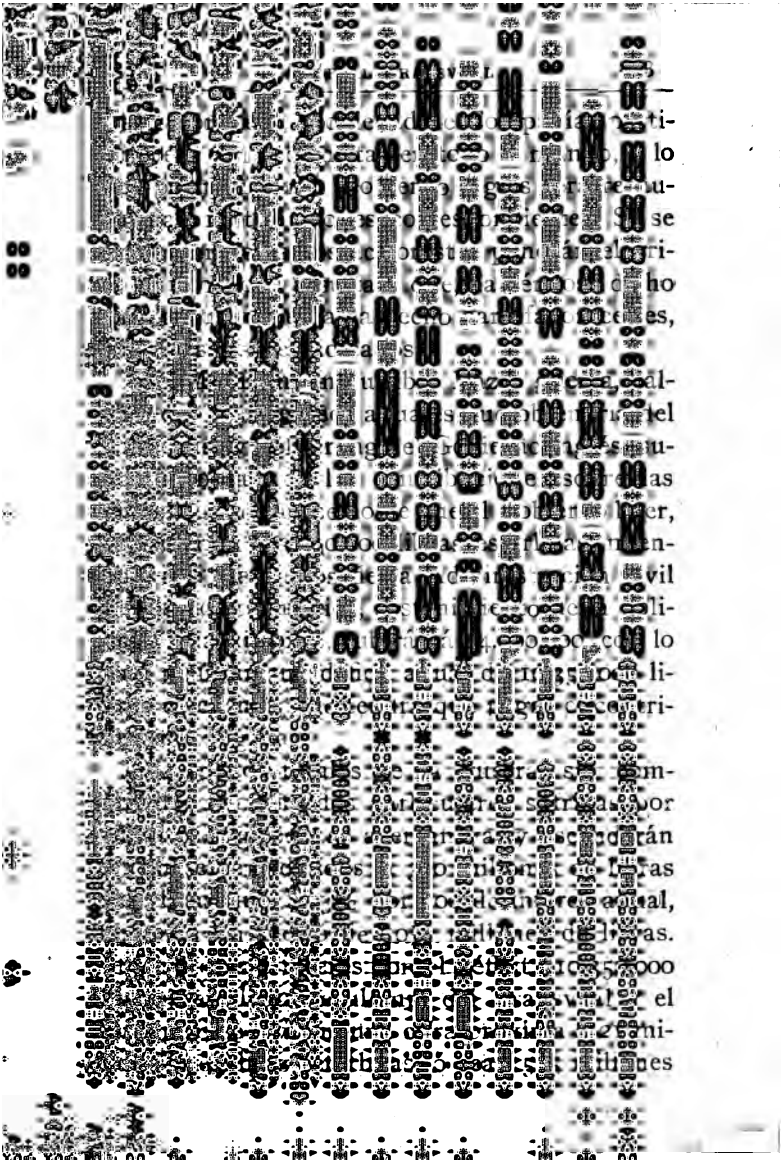
boer

me-

moria y herencia, sus hijos muertos, su hacienda destruída. Los jóvenes no pensarán más que en vengar á sus padres; los hermanos á las hermanas, los maridos á sus mujeres. Y como á la población del Cabo y del Natal han alcanzado directa é indirectametne los efectos, en la población holandesa de esos territorios germinarán y anidarán los mismos sentimientos de odio y de venganza.

El dualismo del elemento blanco que se trataba de destruir seguirá, pues, más acentuado, más terrible, verdaderamente irreconciliable. La raza holandesa, aun vencida, no mirará con más respeto al inglés que antes de ahora, porque tendrán siempre presente que se necesitaron más de 300,000 soldados para dominar 30,000 campesinos, y que sin algunos errores y accidentes fortuitos aquéllos no se hubieran podido proclamar vencedores. Y como las 150,000 familias holandesas existentes en el Africa austral no pueden ser exterminadas ni expulsadas, el fin primero que podía buscarse con la guerra no se ha conseguido; al contrario, la situación se ha agravado, los resultados han sido contraproducentes.

Pasemos ahora á los otros dos puntos. La anexión de los Estados del Transvaal y del Orange, aun suponiendo que se lleve á cabo de una manera completa, no supone que Inglaterra se pueda incautar de las minas de oro.



de francos, oro, que será la suma anual que tendrá que pagar durante muchos, muchos años, la Gran Bretaña como coste de la guerra, saliendo vencedora.

Más de 100,000 ingleses han quedado, además, muertos en el campo de batalla y en los hospitales ó inválidos é inútiles para toda su vida. ¿Compensan los territorios adquiridos estos tremendos sacrificios? Dejo la contestación al más optimista.

Además, como consecuencia de la guerra la Gran Bretaña se ha enajenado las simpatías de todos los pueblos (esto es un hecho innegable), y lejos de haber aumentado su prestigio lo ha perdido, pues se ha visto que ha necesitado enviar 10 soldados ingleses por cada combatiente boer; se han visto muchos escándalos en la organización del ejército, en las contratas y en los servicios sanitarios; y si se quiere presentar como muestra de gigantesco poder el haber podido enviar á Africa más de 300,000 hombres, no se olvide que España, con sus escasos recursos, envió también, en menos tiempo, á América y á las islas Filipinas, un ejército igual ó superior en la última contienda y sin que ocurriera en la travesía ni el más pequeño contratiempo.

Ha perdido, además, Inglaterra prestigio en China, durante la guerra internacional; en Europa, cuando los acorazados franceses fueron á

tendrá un resultado práctico de valor positivo é inmediato. Debemos aprovechar todas las ocasiones que se presenten de estudiar todos los mercados extranjeros y especialmente los que ofrezcan los pueblos en formación, como sucede á los del Africa del Sur. Por haber descuidado años atrás estos estudios y trabajos, otras naciones más emprendedoras nos llevan la delantera.

Así me habló el Sr. Gasset, y atento á su encargo, no he perdido ocasión en observar y en recoger cuantos datos me han sido posibles respecto á tan interesante asunto.

Para apreciar las condiciones de un país como mercado, es preciso conocer: Primero. Sus producciones naturales, como resultado de su clima y de su suelo. Segundo. Necesidades y costumbres de sus habitantes para determinar los artículos de consumo. Tercero. Condiciones manufactureras del país, determinadas por las primeras materias que produzca, fuerzas motoras disponibles y cualidades y coste del trabajo del obrero.

Creo que conociendo todos estos términos se puede precisar qué artículos, tanto naturales como manufacturados, consumirá un país y de ellos cuáles se producirán en él, y cuáles no, y estos últimos tendrán que ser necesariamente importados siempre. De los que el país produzca habrá importación también cuando la

brá

es,

da-

es

vo.

No

que

es,

rán

en

ica.

par-

orte

ises

en

lu-

uto.

vaal

ción

bo.

ve

a el

La producción del vino en la región del Cabo no pasa de unos 150,000 hectolitros, de los cuales exportan parte á Inglaterra y á colonias inglesas no vinícolas. La cantidad de vino del Cabo que queda para el consumo del país y demás comarcas próximas, como el Natal, el Orange y el Transvaal, es, pues, pequeña.

Además, los vinos del Cabo son muy inferiores en calidad á los tipos europeos que tratan de imitar. Hay un tinto de mesa, algo parecido á nuestros vinos de la Mancha, que es regular; pero los blancos comunes, copia de vinos franceses y alemanes, son dulzarrones y pesados, y las imitaciones del Jerez y del Oporto sencillamente abominables. Así es que la gente que bebe vino en estas regiones prefiere, en general, los vinos europeos, á pesar de ser enormemente caros por los trasportes y altísimos derechos de entrada.

En el Transvaal, por ejemplo, en 1897 se importaron 182,377 galones (8,290 hectolitros) de vinos del Cabo, y 160,826 galones (7,310 hectolitros) de vinos europeos, sin contar el Champagne, del que se introdujeron 20,545 galones (938 hectolitros). El valor de los vinos africanos estaba representado por 36,328 libras esterlinas y el de los europeos por 37,356 libras esterlinas para el Champagne y 66,198 libras para los demás vinos; ó sea, en junto, 103,554 libras esterlinas de vinos de Europa.

sitivo que, entre otras, partidas de vino de los Sres. D. Jaime Vernet y Don Gregorio Rull, ambos de la provincia de Tarragona, han sido enviadas aquí por comerciantes ingleses desde Londres.

La casa Waegenaere, de Pretoria, que se dedica especialmente á la venta y propaganda de los vinos y coñacs portugueses, y á la que debo, así como al Consulado portugués en el Transvaal, muchos de los datos que aquí consigno, me ha manifestado que con mucho gusto y grandes esperanzas de éxito se encargaría también de la importación de tipos genuinos de vinos españoles.

* * *

Procediendo, pues, con el mismo método para los demás productos del suelo, resulta en resumen que las principales producciones del Africa del Sur son actualmente: trigo, avena, maíz, mijo, frutas, hortalizas, azúcar, tabaco y algodón.

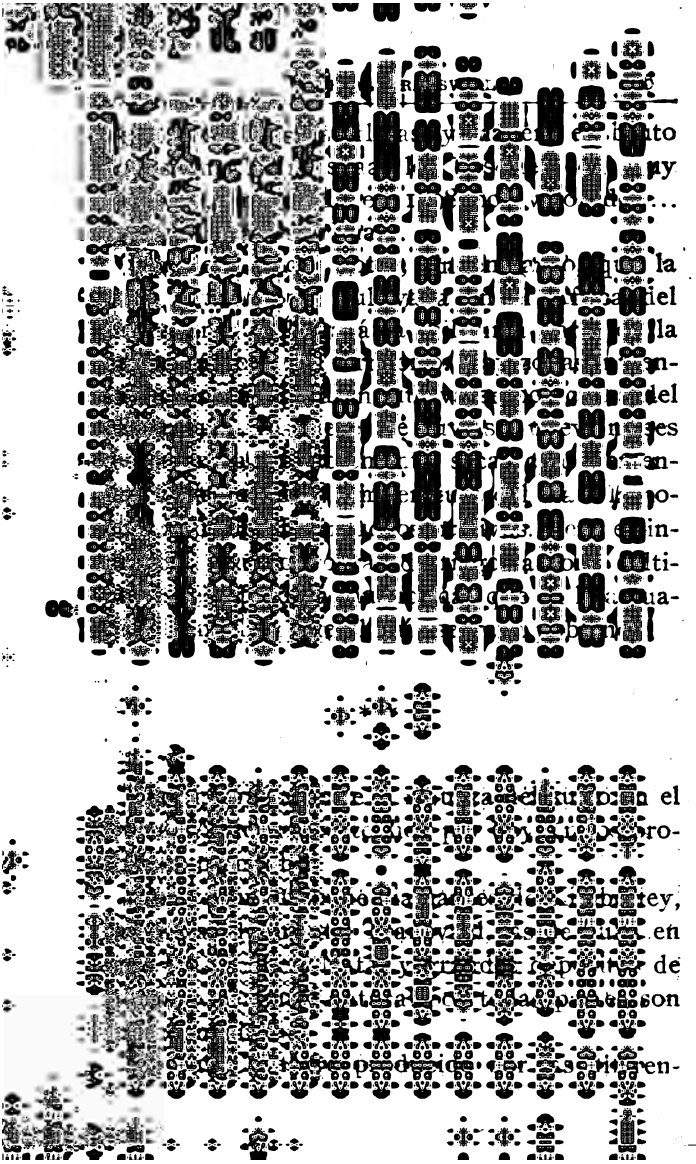
El trigo y maíz no se producen, sin embargo, todavía en cantidades suficientes para el consumo, y se importan en grandes cantidades, á pesar de los enormes derechos con que están gravados. Solamente en el Transvaal se importaron harinas y cereales (sin contar el arroz) por valor de 741,460 libras esterlinas (más de 25

26.308,390 libras de azúcar, valoradas en..... 199,483 libras esterlinas; en 1898 la importación fué de 27.043,550 libras, con un valor de 198,440 libras esterlinas.

El tabaco es otro artículo que se produce en el Transvaal en gran cantidad y su cultivo está llamado á tener gran desarrollo. Por experiencia propia puedo afirmar que es de calidad excelente, en especial para pipa. Constituye ya un artículo de exportación. En 1898 se exportó tabaco en rama y cigarros elaborados en cantidad de 693,808 libras. Sin embargo, siguen importándose cigarros y cigarrillos de las marcas más apreciadas en todo el mundo. En 1898 se introdujeron cigarros por valor de 41,903 libras esterlinas, y cigarrillos por valor de 3,304 unidades de la misma moneda.

De los demás productos agrícolas que, por no cosecharse en el Transvaal ó serlo en muy pequeña cantidad, constituyen artículos de importación en este país, debo mencionar los siguientes:

El café, del que se introdujeron en 1898 hasta 4.170,830 libras, valoradas en 73,235 libras esterlinas; la achicoria, que se importó en el mismo año en cantidad de 544,570 libras, con un valor de 11,876 libras esterlinas; lúpulo, importado en el mismo período en cantidad de 121,490 libras, valoradas en 7,281 libras esterlinas; plantas y simientes, recibidas por valor



tes minas del Transvaal en 1898 ha sido el siguiente:

MINAS	Libras esterlinas.
Witwatersrand	15.135,909
Heidelberg	148.441
Schoonspruit	205,413
De Kaap	307,966
Swazislandia	28,985
Zoutpansberg	4,422
Jelgenisrust	406,647
Diversas	2,937
Suma	16.240,720

Las minas de carbón del Transvaal, durante el año de 1898, han producido 1.907,808 toneladas de hulla, valoradas en 668,346 libras esterlinas, según el detalle siguiente:

MINAS	Toneladas
Boksburgo	1.239,185
Heidelberg	312,639
Middelburgo	297,627
Lydenburgo	33,202
Klerksdorp y Pretoria	25,157
Suma	1.907,810

cabezas de ganado lanar y en cinco millones las cabras de Angora y otras razas existentes en la Colonia del Cabo, y seguramente que pasaban de dichos números las cabezas de ambas clases de ganado en los demás países del Africa del Sur. Los merinos españoles fueron introducidos hace unos setenta y cinco años, habiéndose aclimatado perfectamente y dando tan excelente lana como las mejores castas leonesas y sorianas. El padre del Dr. Reitz fué uno de los que primero importaron y aclimataron dichos merinos españoles.

Como consecuencia de esta inmensa riqueza en ganadería, resulta una gran corriente de exportación de carne, de pieles y de lana. Desde el Transvaal, solamente en el año 1898 se exportaron 5.594,753 libras de lana, 4.582,851 libras de pieles y 49,463 libras de cuero.

La cría de avestruces, para la obtención y exportación de las plumas, es también muy lucrativa. Solamente en la Colonia del Cabo hay registrados unos 250,000 avestruces, existentes en las granjas para esta explotación. Port-Elisabeth es el principal centro mercantil de este artículo.

Al ganado caballar y mular se presta una atención grandísima. Antes de la ocupación del Africa del Sur por los europeos, no se conocían en estas regiones caballos ni mulas; la zebra y el cuaga eran las especies similares

equivalentes. Desde los principios de la colonización se han ido importando caballos en número crecidísimo, y muy principalmente españoles. Cuesta, sin embargo, mucho trabajo aclimatarlos. El tanto por ciento de los que perecen es horroroso. Con los que se han ido aclimatando, desde antiguos tiempos, se ha ido formando una subraza de poca alzada y no muy buena estampa, pero sobrios, resistentes y buenos corredores. En el Transvaal se calcula que existían, antes de comenzar la guerra, más de 130,000 caballos. El boer los cuida con cariño y atiende cuanto puede al crecimiento y perfección de la raza del país. Sin embargo, por mucho tiempo, y más ahora que la guerra ha ocasionado una mortalidad terrible de caballos, éstos constituirán un artículo importante de importación, no sólo en el Transvaal, sino en todos los países del Africa Austral.

Aparte de los que el Gobierno inglés ha adquirido para las necesidades de la guerra, la iniciativa particular importa bastantes, principalmente de la República Argentina. He tenido ocasión de asistir en el Cabo á la compra de 200 caballos argentinos destinados á las tropas portuguesas del distrito de Lorenzo Márquez.

Las jacas peñarandinas y algunas otras castas españolas semejantes creo que darían resultado importadas en el Africa del Sur.

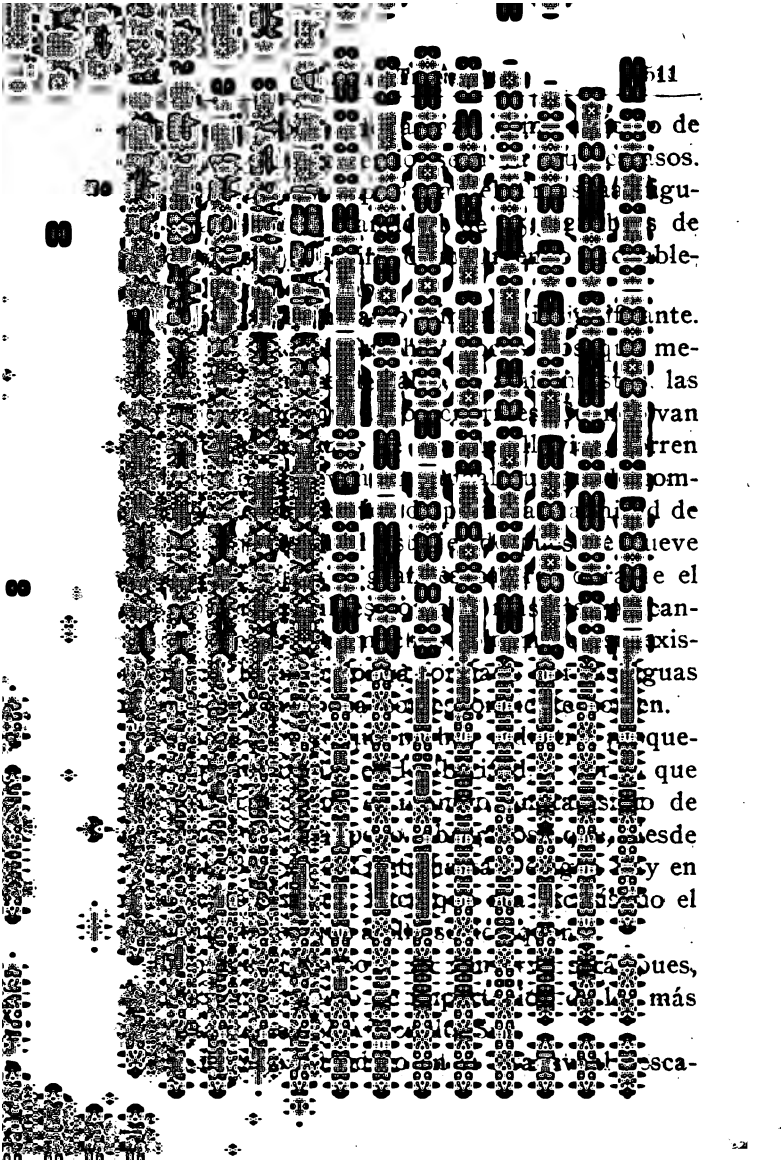
Las mulas existen en mucho menor número que los caballos. Han sido siempre muy apreciadas por su rusticidad y resistencia; pero las enseñanzas de la guerra actual han hecho que se estimen mucho más, y es seguro que tan pronto como la paz se restablezca atenderán los Gobiernos y los particulares á la importación metódica del ganado mular, habiéndose advertido que las mulas españolas han sido las que han sobresalido entre todas las importadas últimamente, especialmente las cordobesas.

Por lo que respecta al Transvaal, solamente en 1897 se importaron 19,667 cabezas de ganado caballar y mular, y 9,651 cabezas en 1898.

* * *

La caza ha ofrecido abundantes recursos á los habitantes negros y blancos del Africa del Sur mientras estas regiones estuvieron en estado salvaje ó poco frecuentadas por los blancos. La colonización por parte de éstos, con sus armas de fuego, ha exterminado por completo los animales silvestres de ciertas comarcas ó los ha hecho huir y refugiarse en distritos del Norte, en la región del Zambesi, poco frecuentados todavía.

La forma en que se han hecho las matanzas de animales silvestres, lo mismo de los inofensivos que de los feroces, ha dado por resultado



do fresco por valor de 9,067 libras esterlinas y de pescado en conserva nada menos que por la cifra de 70,243 libras esterlinas. En 1898 el valor del pescado fresco introducido fué de 9,252 libras esterlinas y el del pescado en conserva de 58,274.

Las fábricas españolas de salazón y de conserva de pescados tienen, pues, un mercado en el Africa del Sur, porque á las cifras señaladas á la importación en el Transvaal hay que añadir las que correspondan á las demás regiones colindantes.

* * *

Terminado lo que se refiere á los productos naturales del país, procede decir algo respecto á los artículos industriales ó manufacturados.

Al presente, la industria en el Africa del Sur es insignificante. Todos los tejidos, objetos de metal, aguas minerales, bebidas espirituosas, jabones, vidriería, instrumentos y maquinaria de toda clase, calzado, mobiliario, en fin, toda clase de productos en cuya preparación interviene la industria y necesarios en el Sur de Africa, proceden de Europa. Y es más, no se ve la probabilidad de que este estado de cosas cambie, es decir, de que en estos países se desarrolle ninguna industria en grande escala, aparte de la minería.

Para que un país pueda competir con las grandes industrias de Europa y Norteamérica, se necesita el concurso de cuatro factores indispensables: un mercado propio de suficiente extensión é importancia; fuerza motriz barata y abundante; mano de obra inteligente y á precio razonable; primeras materias á coste mínimo.

Todos los países del Africa del Sur reunidos apenas dan actualmente una población blanca de un millón de habitantes, y como los negros (aunque suman unos nueve millones) viven aún en su inmensa mayoría á la buena de Dios sin experimentar la necesidad de los productos de la industria moderna, resulta que el número de los consumidores de estos productos no es todavía suficiente para formar un mercado propio bastante á sostener establecimientos industriales en el país que puedan competir con las grandes empresas europeas y americanas.

Respecto á la fuerza motriz, no hay que contar con la que puedan suministrar los saltos de agua, pues ya he dicho que los ríos sudafricanos están casi secos una gran parte del año y presentan bruscas crecidas después de los turbiones; y en cuanto al carbón de piedra, aunque abundante, es de inferior calidad al inglés, al belga y al norteamericano, lo cual

influye después en el precio de coste de los productos industriales.

Relativamente al trabajo ó mano de obra, hay que decir que el del obrero inteligente resulta caro, por ser escaso, y el del negro ú obrero ignorante resulta más caro aún, por ser malo. De poco sirve que en un país la mano de obra sea muy barata si el trabajo es poco efectivo por descuidado ó malo; en definitiva, el trabajo resultará más caro que si se pagaran buenos jornales á obreros entendidos.

En resumen, en el Africa del Sur no hay mercado suficiente para sostener industrias propias; hay escasez de fuerza motriz natural, y el trabajo resulta caro. Aunque algunas primeras materias sean baratas, no hay, pues, condiciones para que estos países lleguen á ser manufactureros.

La mayor parte de los artículos de la industria moderna son, pues, importados. Así, entre otros artículos, en 1898 se introdujeron en el Transvaal:

	Libras esterlinas.
Carnes en conserva, por valor de..	88,491
Frutas en conserva..	25,416
Hortalizas en conserva..	24,150
Jabón ordinario..	46,153
Bujías..	123,295

Productos farmacéuticos	536,073
Instrumentos de música, cirugía, etc.	32,298
Tejidos de algodón	235,441
Vestuario	962,661
Tejidos de lana	165,876
Sombreros	57,441
Calzado	269,097
Sedería	13,934
Mobiliario	179,512
Carruajes	48,837
Bicicletas	101,765
Maquinaria	1.462,323
Artículos de hierro	577,049
Sal de cocina	14,568
Bebidas destiladas	262,924
Leche condensada	123,256
Huevos	47,996
Cuchillería	21,156
Aceite para máquinas	39,188
Petróleo	50,050

Además, para el Gobierno del Transvaal se han importado: fusiles, en 1897 por valor de 264,295 libras esterlinas, y en 1898 por 78,163 ídem íd.; artículos para telégrafo y teléfono, en 1897, por 63,200 libras esterlinas, y en 1898 por 18,435 ídem íd.; material para caminos de hierro, en 1897, por valor de 869,443 libras esterlinas, y en 1898 por 266,203 ídem ídem.

La simple inspección de todas estas cifras muestra cuáles son los artículos industriales de mayor importación en el Transvaal.

En resumen, tanto la República sudafricana como los países limítrofes, constituyen hoy un mercado, aunque no muy extenso, muy importante para muchos productos españoles, y como los precios que se obtienen son buenos y el mercado será muy duradero, merece la pena entrar en la competencia.

Y con esto creo haber cumplido el especial encargo de Don Rafael Gasset.

LA VIDA EN EL TRANSVAAL

Una merienda en el campo siempre sabe bien. Puede calcularse cómo sabrá después de una caminata de cuatro horas á través de las praderas del Transvaal, respirando el aire purísimo y tónico de aquellas altas mesetas.

Echamos pie á tierra y, como á las once de la mañana el sol en el Heildelberg pica que rabia, nos amparamos en la sombra de un grupo de acacias que al borde de una **donga** (1) crecían

(1) Barranco hecho por los torrentes en la estación de las lluvias.

—No quiero decir eso. Los boers han peleado con bravura y han hecho verdaderas heroicidades; pero después de los primeros triunfos de Glencoe, Nicholson Nek y el Tugela, han creído que no se necesitaba gran esfuerzo para derrotar ó resistir á los ingleses y han tomado las cosas con mucha calma, lo cual se conforma muy bien, además, con nuestro carácter. Durante el sitio de Ladysmith, y en ocasión en que una columna inglesa salió á practicar un reconocimiento, un comando fué designado á oponerse al avance. Una vez en línea y roto el fuego, ocurrió que aparecieron un par de ciervos en el campo á espalda de los boers. Así que éstos lo advirtieron, no pudieron resistir la tentación, y, volviendo la espalda al enemigo y sin cuidarse de éste, empezaron á tirotear á los ciervos, dando tiempo á que la columna inglesa avanzase más de lo debido.

Muchas veces cuarenta ó cincuenta boers han estado resistiendo tenazmente desde un cerro el ataque de más de mil ingleses y quinientas yardas más atrás el resto del comando estaba muy tranquilo comiendo ó descansando, sin cuidarse de la pelea, como considerando que el reducido destacamento á la vanguardia era suficiente para contener al enemigo y era innecesario hacer más esfuerzo. Este exceso de confianza, ó falta de disciplina es lo que ha hecho más de cuatro veces que hayamos teni-

do más pérdidas de las debidas y que el enemigo se haya escapado sin recibir durísimas lecciones.

Al lado de estos descuidos se han registrado rasgos de arrojo y acometividad verdaderamente sublimes. El ataque al cerro de Spion Kop lo hicieron solamente cuarenta boers. Su ímpetu y su fuego de fusilería fué tal, que los ingleses, no pudiendo retirarse, so pena de perecer todos, enarbolaron bandera blanca. Cuando los boers al ver ésta, salieron tras de las rocas y saltaron de la maleza á recoger las armas de los rendidos, uno de los coroneles ingleses, al ver que los enemigos eran tan pocos, gritó: "¡No! ¡no nos rendimos!" y mandando hacer fuego, dejaron fuera de combate á diez y nueve de los confiados boers, que avanzaban á hacerse cargo de los prisioneros. En cualquiera otra parte esto se llamaría traición; sin embargo, los boers que se salvaron de las descargas, al refugiarse de nuevo tras de las rocas para seguir combatiendo, se contentaron con decir: "¡Habrá sido una equivocación!" Al final de la jornada bien caro pagaron su acción los ingleses. Nunca he visto carnicería semejante. La meseta de Spion Kop quedó completamente cubierta de cadáveres de soldados británicos, y las mismas trincheras rellenas de muertos en horrorosa confusión.

(El mismo Mr. De Villiers me regaló más

tarde unas fotografías tomadas en el mismo campo de batalla de Spion Kop, antes de retirar los muertos los ingleses, fotografías que demuestran la fidelidad del relato del transvaalense).

—Ahora—prosiguió nuestro amigo—lo que nos falta son buenos artilleros. Hemos perdido muchos en los siete meses que llevamos de campaña, y, aunque se ha procurado instruir á algunos **burghers**, no hay los suficientes para servir todos los cañones que poseemos. Nuestra salvación está, pues, en la destreza de nuestros fusileros y en no presentar grandes núcleos, sino dividirnos en pequeños destacamentos, molestando por todas partes al invasor. De la certeza en el tiro de nuestra gente podrán ustedes juzgar por sí mismos esta tarde.

En efecto, el objeto de nuestra expedición era asistir á unos ejercicios de tiro en Roodekopen, distrito de Heilderberg, donde los muchachos recién incorporados á las filas iban á ejecutar algunas maniobras antes de marchar á Vereeniging, á orillas del Vaal.

Ví, ciertamente, aquella tarde cosas estupendas. Unos seiscientos jóvenes de diez y seis á veintiún años, jinetes prodigiosos, mandados por un boer de venerable aspecto, con más trazas de campesino que de soldado, hacían blan-

cos inverosímiles á distancia de mil yardas y disparando á todo el correr de sus caballos.

* * *

A la caída de la tarde, y después de dos horas de camino hacia el Norte de Krugersdorp, hicimos alto en una granja, donde nos dijo Mr. De Villiers podríamos pasar la noche.

Toda la familia de la granja, el padre, mister Carls, la vrouw (esposa) y tres pequeñuelos salieron á recibirnos. Dos hijos mayores se hallaban peleando por su patria. Los criados cafres nos miraban á distancia. Después de desmontar y de las presentaciones de ordenanza, dimos la mano, uno por uno, á todos los individuos de la familia, incluso á los muchachos, y sacaron los **boys,** una gran almofia con agua para lavarnos. Laváronse igualmente cara y manos los granjeros, y pasamos á una habitación central, recibimiento, sala y comedor al propio tiempo.

Brindáronnos primero con grandes tazas de leche y unas rebanadas de pan duro y tostado, que es lo que llaman **bizcochos boers,** y una hora después, encendidas las bujías de parafina, tendido el blanco mantel sobre la mesa y previa una larga oración en holandés, comenzó la cena.

Sirviéronnos primero **ouderwetse pastei,** una

especie de empanada ó pastel de ave, que preparan con pechuga de gallina, huevos y jamón, aderezado con vino, limón, cebollas y especias. Aunque algo complicado, es un plato que puede servirse en cualquier mesa. Antes de probarlo pregunté si tenía **blatjang**. Mr. De Villiers soltó el trapo á reir y contó el efecto que nos había hecho el tal picante por la mañana.

—Puede usted comer sin recelo; el **blatjang** lo usamos, generalmente, sólo para comidas de campo y en nuestras expediciones, para dar gusto al **biltong**.

Como segundo plato tuvimos **kabobs** ó **sasaties**, que viene á ser pierna de carnero, cortada en pedacitos cúbicos, fritos é impregnados en el condimento indio llamado **curry**, que á mí me sabe á trementina. Finalizó la comida con **Rys Kluitjes** ó **pudig** de arroz, mezclado con batatas cocidas, postre que declaro excelente; y, con tal motivo, hablamos de la cocina boer. Declaré que hasta entonces no la conocía, pues unas veces en los restaurants, otras en campaña, comiendo galletas y carnes en conserva, no había tenido ocasión de apreciarla.

La dueña de la granja, mujer simpática y dispuesta, de mediana estatura, más que medianamente gruesa y con ojos azules muy expre-

sivos, nos hizo una descripción de los platos más característicos entre los boers.

—Son muy buenos—nos dijo—los **swartzuir,** costillas de carnero guisadas con tamarindos y especias; los **gesmoorde hoender,** pollos fritos con pimientos y cebollas; los **boontjes bredces** ó estofado de judías secas.

Preparamos también en la granja dulces y pastelería. Nuestro pastel más clásico es el **kocsister,** que hacemos con harina, azúcar, huevos, manteca, levadura y especias. Con pasas y mostillo hacemos los **moss bolletjes,** que son muy agradables. Con albaricoques desecados al sol, quitado el hueso, salados y cristalizados con azúcar, resulta el **suebos,** dulce que se puede conservar mucho tiempo y que es remedio eficaz contra el mareo. Los **wentel jeeftjes** son bollos tostados, muy harinosos y de muy buen comer. Hacemos también barcuillos y **hoete kockies,** ó bizcochos para el té, muy mantecosos. En fin, toda doncella boer, al llegar á los diez y seis años, debe saber hacer todas estas cosas, además de coser, amasar y cocer el pan y dirigir todas las labores de la granja.

Atento estuve á esta lección de culinaria, que me iba poniendo al tanto de la vida doméstica del boer; pero no por eso dejé al mismo tiempo de notar que cada vez que Vrouw Carls se dirigía al criado cafre que servía á la

mesa, lo hacía empleando un lenguaje para mí desconocido. No era idioma cafre, puesto que yo percibía algunas palabras que me sonaban á inglés y holandés, pero al mismo tiempo la frase me resultaba completamente ininteligible. Así es que cuando la señora, concluída su relación de guisos y pasteles, exclamó dirigiéndose al **boy**:—"**John! Voetzak inyama! Lette pudding!**" no pude menos de decir:—Señora, usted dispense, ¿en qué idioma habla usted al criado?

—¡Ah!—me contestó sonriendo—es lo que llamamos **cafre de cocina.** Es una mezcla de cafre, inglés y holandés, pero todo pervertido. Ahora, por ejemplo, he querido decirle que se lleve la carne y traiga el puding, y ya ve usted cómo me ha comprendido. En rigor no hay otra forma de entenderse con ellos.

Los mejores criados son los recién venidos del **Kraal,** es decir, de sus aldeas de la montaña. Al principio no saben hablar más que su idioma, pero pronto cogen aquí y allá palabras en inglés y en holandés confundiendo las erres con las eles y mezcládolo todo con voces de su propio idioma, y así resulta esta jerga, por la que con ellos nos tenemos que entender.

Son sujetos muy curiosos estos boys. Tienen un don especial de imitación. Por el traje y el aire de un criado cafre se puede adivinar cuál es la profesión y hasta el carácter de su amo.

Serían excelentes actores si se les adiestrase para el teatro. Es de ver la cómica seriedad con que desempeñan algunas comisiones que ellos creen de importancia ó en las que tienen que poner algo de su iniciativa.

—Recuerdo—prosiguió Vrouw Carls—que en una ocasión, estando en Pretoria, fueron á visitarme tres amigos. Abrióles la puerta el cafre: dos de los caballeros le entregaron sus tarjetas; sucedió que el tercero no las llevaba, y dió sencillamente su nombre. Pues bien, el cafre dejó pasar á los dos primeros, y cuadrándose con el otro, le dejó á la puerta, diciéndole: "Los dos señores tienen billete. Usted no tiene billete. Los señores entran á ver mi **inkosigaas** (mi ama). Usted esperará en la calle." Y no hubo forma de arreglarlo hasta que yo intervine.

Terminada la tertulia de sobremesa, levantóse el padre de familia, pronunció una larga oración de gracias, los **boys** trajeron otra vez la almofia con agua para lavarnos, y la familia boer se retiró á descansar, besando al padre uno por uno.

Condujéronme á mi dormitorio, donde me encontré una cama con una pila de enormes colchones de lana, y puedo asegurar que dormí como un bendito, hasta que al salir el sol el bullicio de toda la gente en pie me despertó. Mientras preparaban el café tuvimos otra vez

abolución general, contándome Mr. De Villiers que en los antiguos tiempos, y aún hoy, en las granjas más apartadas de los centros de la población, es costumbre después de las comidas, no sólo lavarse todos cara y manos, sino también los pies.

Montamos á caballo. Toda la familia boer acompañónos largo trecho y nos despedimos de nuestros cariñosos huéspedes, mientras los criados cafres nos gritaban desde lejos: **¡Saku bona! ¡Saku bona!**

* * *

¡Saku bona! es la primera expresión en idioma cafre que aprende todo extranjero al llegar al Africa del Sur. Al pie de la letra quiere decir **¡te veo!** Pero su verdadero valor es el de un saludo y significa tanto como buenos días, adiós; ¿cómo va? etc., etc.; **¡Saku bona!** dicen los cafres al encontrarse y al despedirse; **¡Saku bona!** al saludar al **umlunau** ú hombre blanco; **¡Saku bona!** al ver al **bass**, á su patrón.

Los grados de respeto, al saludar siempre con esta misma frase, los miden por la tardanza en contestar, si á ellos se les habla primero. Así, mientras dos cafres se dirigen rápidamente uno á otro, como nosotros, sin parar el paso, nos decimos: adiós, adiós, ellos, al contestar al **bass** se ponen muy serios, dan una expresión

de gravedad cómica á su fisonomía, y al cabo de un rato contestan: ¡**Saku bona!**

Esta prueba de respeto no impide que le roben los cigarros ó le beban el vino en cuanto tengan ocasión.

* * *

Al fresco de la mañana marchamos hacia el Norte en dirección á Pretoria. Dí muchas gracias á Mr. De Villiers por haberme proporcionado ocasión de conocer al boer en su casa, en su vida doméstica, y contestóme:

—Lo mismo hubiera hecho Mr. Carls, si usted se hubiera presentado solo. La hospitalidad es cualidad general en los boers.

Hablamos después de las mujeres.—Mantienen el espíritu de la raza tanto ó más que los hombres—dijo el transvaalense.—Son más patriotas aún que nosotros. Muy hacendosas y amantes como nadie de su familia y de su hogar. El hombre caza, cuida el ganado; la mujer atiende á todas las faenas de la granja y, cuando llega el caso, en el carro, ó á caballo, acompañan al hombre en sus expediciones lejanas.

Mistress Kruger, la esposa del Presidente, es el tipo de la mujer boer. Levántase al amanecer y ella hace siempre el café del desayuno. No ha gastado Kruger más medias que las que

su mujer le ha hecho. Cuando todos los quehaceres de la casa se han terminado, se sienta á hacerse sus trajes, siempre negros. Puedo afirmar que la esposa del Presidente de la República sudafricana nunca ha tenido más de tres vestidos. Comparte con Kruger su amor por los animales y nunca se le ha visto usar en sus adornos ó atavíos plumas de pájaros, para no ser cómplice, dice, de la moda que tantas víctimas cáusa entre las inocentes avecillas.

Puedo citarle á este motivo un rasgo muy interesante, que prueba cuán tiernos son los sentimientos de la esposa de Kruger hacia los animales. Al erigir una estatua al Presidente, el escultor presentó á la dama el boceto, por si era de su gusto, ó si tenía alguna observación que hacer. El boceto mostraba á Kruger con su inseparable levita y su eterno sombrero de copa alta. Mistress Kruger, modestamente, pidió al escultor que, puesto que visto desde el suelo no se notaría, dejase el sombrero sin copa. De este modo se formaría una oquedad, á modo de pila, donde al llover se recogiera agua.

Extrañó al escultor la petición, pero cumplió el encargo. Erigióse la estatua, y ahora puede verse á menudo, coronándola á modo de guirnalda viviente, una turba de alegres pajarillos que revolotean sobre la escultura del venerable Presidente, atraídos por el agua que allí,

[illegible]

[illegible] por [illegible] [illegible] [illegible]

SEGUNDA PARTE.—**Camino del Transvaal** . . 75
I. Desde Nápoles á Zanzíbar 77
II. A las puertas de la muerte. 107
III. Desde Zanzíbar á Delagoa. 121
IV. En Lorenzo Márquez 135
TERCERA PARTE.—**Entre los boers** 155
I. Desde Lorenzo Márquez á Pretoria 157
II. Pretoria 171
III. Una visita al Dr. Reitz. 181
VI. Desde Pretoria hasta Johannesburgo 193
V. La ciudad del oro. 203
VI. Steyn 219
VII. Los prisioneros ingleses. 229
VIII. O'Reilly 239
IX. La campaña en Orange. 251
X. Batalla de Sand River y retirada de Kroonstad 267
XI. Mirando al Natal.—En Majuba Hill 277
XII. Los voluntarios extranjeros. 285
XIII. Batalla de Klip River. 297
XIV. Las mujeres dan valor. 307
XV. Los últimos días de Pretoria 317
XVI. La noche en la pradera. 341
XVII. El boer.—Cómo se ha formado la raza 347

THE NEW YORK PUBLIC LIBRARY
REFERENCE DEPARTMENT

This book is under no circumstances to be taken from the Building

Form 410

AUG 27 1920